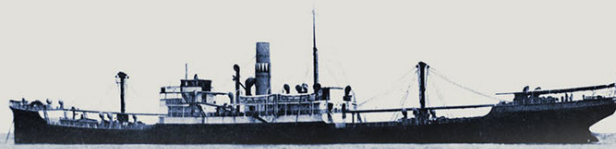
ÁLVARO POMBO

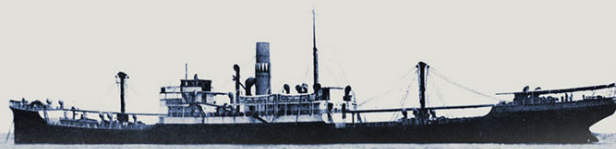
Santander, 1936



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

ÁLVARO POMBO

Santander, 1936



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Epílogo

Créditos

A Ignacio Laguna Aparicio, «Iñaki».

Agradeciéndote que me ayudaras a escribir esta novela,
Santander, 1936, en las peores condiciones posibles.
Sin tu energía y espontánea perspicacia narrativa
se hubiera ido todo al garete.

1

–¡Tú eres un señorito, Alvarín! –exclama Rafael Mazarrasa, dando una palmada en el hombro a su amigo.

–¡No se puede ser menos, desde luego! –contesta Alvarín, fruncido el ceño. Añade luego–: También eres tú un señorito. Es lo único que somos, señoritos del Muelle.

–¡Señoritos, sí, a mucha honra! Sí, nosotros llevamos corbata; sí, de nosotros podéis decir que somos señoritos... ¿Te acuerdas de esas frases? Tú acababas de llegar a Santander, a España, a finales de octubre de 1933. Comentamos, ¿te acuerdas?, ese discurso. Somos señoritos porque así lo fueron siempre, en la historia, los señoritos de España. Así lograron alcanzar la jerarquía verdadera de señores, porque en tierras lejanas, y en nuestra patria misma, supimos arrostrar la muerte y cargar con las misiones más duras...

–Señoritos es despectivo, somos niños bien, diga lo que diga José Antonio Primo de Rivera.

Es un día nublado de finales de 1934. El Muelle está casi vacío esta tarde. Santander, en cambio, está repleta de agitación a finales de ese año. Será una Navidad agitada por fuera y remansada por dentro. Mercedes, la cocinera, hará una rica cena de Navidad: un pavo asado relleno de manzanas y de pasas. Álvaro y Cayo, su hermano, cenarán en casa de su padre esa noche. Manifestarán una alegría sombría. Una indiferencia por la presente situación familiar que, en el fondo, no sienten. Con veintiún años, Cayo ha vuelto de Inglaterra satisfecho de sí mismo, contento con las copas que ha ganado jugando al tenis allí y también aquí, en Santander. Un chico guapo sin gran interés por nada en concreto. Su máxima aspiración, desde que llegó a Santander, es echarse novia. Una novia de familia adinerada. Una guapa chica de la sociedad santanderina. Ha contado a su hermano que, nada más llegar a Santander, su padre, Cayo Pombo Ybarra, le hizo una lista de chicas posibles, buenos partidos todas. Era un juego irónico y sombrío de su padre, recientemente abandonado por Anita, Ana Caller Donesteve, la

madre de los chicos. Esta tarde nublada, mientras pasea con Rafael Mazarrasa y hablan de política, Álvaro piensa con envidia en su hermano Cayo: Ojalá fuese como él, despreocupado, guasón, como todos los Pombo, descreído, arrogante, y a la vez lo contrario, muy capaz de ser encantador y de hacerse querer. Fingirse desvalido con tía Rosa e interpretar ese papel de hijo abandonado, aunque, la verdad, le encanta disfrutar la libertad que da el abandono materno, interesar a las chicas santanderinas a los veintiún años.

Rafa Mazarrasa es el único que se atreve a utilizar el diminutivo, Alvarín, para tratar al introvertido, y con frecuencia agresivo, Álvaro Pombo Caller. Un diminutivo así le parece feminoide. Demasiado tierno. A sus diecisiete años, la ternura es un asunto importante y espinoso para el chico. Él mismo reconoce en su fuero interno que la ternura en el trato, cuando aparece en sus relaciones, le conmueve profundamente. Pero siente que dejarse conmover por la ternura ajena es una muestra de debilidad. A todo trance tiene que demostrar que no es débil y que no es frágil. Algunas de sus peleas callejeras en Puertochico o en el Sardinero vienen de este temor a mostrar fragilidad. Y en sus años franceses ha cultivado casi más la gimnasia que la literatura. Ahora es un chico fuerte y cuadrado. Solo a Mazarrasa le consiente que le llame Alvarín o Alvarito. Al tener que suprimir la ternura, Álvaro considera que no hay ningún asunto más difícil y espinoso en su vida. Tiene que mostrarse, casi siempre, como quien no es del todo. Piensa que si alguien pudiera verle del todo, por dentro, vería su fragilidad y sus dificultades. Por eso es preferible no acercarse demasiado a nadie. Ser parte de un grupo, como de hecho lo es, le facilita mucho las cosas. Y también la política: las discusiones políticas en curso estos últimos años funcionan en realidad como parapetos y disfraces. Un debate político elimina la ternura que alguien pueda sentir por él o que él mismo pueda sentir por cualquier otro. La gran novedad es Falange Española, que funda José Antonio Primo de Rivera el 29 de octubre 1933, en el Teatro de la Comedia de Madrid. Las dos primeras líneas de ese discurso fueron, para Álvaro, un código de conducta antes de entrar en Falange: Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente, gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo. Eso era estupendo. La idea de ese laconismo militar del estilo de Falange le pareció a Álvaro la gran seguridad, el certificado de garantía de que guardaba las distancias con los demás

y los demás con él. Solo se acortan las distancias que se guardan. Por eso evitaba tontear con las chicas. Porque tontear era, en cierto modo, saltarse las distancias. Dejar ver su intimidad. Afortunadamente, pensaba, las chicas de las familias santanderinas conocidas habían sido educadas en el distanciamiento con los chicos. Relacionarse con las chicas era fácil porque podían seguirse protocolos sociales muy bien definidos. No había que tontear. Su hermano Cayo tonteaba con las chicas. Pero Álvaro se acogía a la regulación no escrita de respetarlas a ellas para que ellas respetasen su independencia. Todas estas reflexiones le aviejaban un poco. En cierto modo Álvaro, a pesar de su deportivo aspecto y su facilidad para relacionarse socialmente con sus iguales, era o se sentía reviejo a los diecisiete. En una ocasión le confió esto a Rafa Mazarrasa:

–Estoy reviejo, soy cauteloso como un viejo. Temo que me hieran.

Y Rafa se echó a reír.

–No creo que nadie sea capaz de herirte a ti. Eres fuerte como un roble.

Y Álvaro le respondió, siguiendo la broma:

–Fuerte como el vinagre, querrás decir, un viejo avinagrado.

Pero, por supuesto, nada de eso se le ocurría a Mazarrasa, que trataba a Álvaro de igual a igual. Esto del igual a igual era importante. Sentirse entre iguales, la camaradería, eso era lo mejor de todo. No importaba que, en las relaciones de camaradería, la propia personalidad, su carácter distintivo, se opacase. Era mejor así: una opacidad que procedía de la brillantez de su natural habilidad para el compañerismo, para ser un buen camarada entre iguales. En casa, de niño, antes de irse a Francia a los quince años, había Álvaro experimentado una peculiar versión de la ternura: la teatral y voluble ternura de Ana, su madre. Desde la elegancia y la egolatría maternas, desde la impaciencia materna con los niños, emergía, sin embargo, a contrapelo, una imagen tierna: la ternura como imposibilidad y como desastre. Las fotos de estudio que les hicieron a él y a su hermano Cayo con ocho y doce años respectivamente eran fotos de gran formato, fotos de época. Había dos fotos en particular, recortadas en óvalo y pegadas a un cartón,

en las que se le veía a él mismo abrazando a una oveja y a su hermano Cayo sujetando a un pastor alemán por la correa. En esas fotos se veían dos niños regordetes. El jardín del fondo es el jardín de Campogiro. Cayo tiene un aire distraído y adusto. El perro cuya correa sostiene no parece interesarle gran cosa, sin embargo lo tiene controlado. Él mismo, Alvarín, abraza a su oveja. Estas dos fotos es lo más tierno que Álvaro recuerda de la infancia de los dos hermanos. Y lo otro que recuerda son las grandes fotos de su madre ensombrerada: las grandes fotos de las madres ensombreradas de la alta burguesía de la época. Se usaban todavía trajes largos. Y se adoptaban poses poco naturales para las fotografías. La ternura era un sentimiento poco natural en casa de sus padres. De hecho, la experiencia de la ternura la tuvo Álvaro con el servicio doméstico. La doncella, Elena, Paco, el chófer, Mercedes, la cocinera, eran personas tiernas, a ratos formidables, violentas, se peleaban en la cocina a grandes voces. Estas grandes voces, desde muy pequeño, Álvaro notaba que eran fuertes y sofocadas a la vez. El servicio no vocea en las casas. Ni siquiera en la cocina. Ni siquiera en el office. Ni siquiera en el dormitorio al fondo del pasillo. Ahí se estaba bien, sentado en la cama con Elena, que guardaba en una caja de galletas una foto del novio, una foto de sus padres, un rizo, un pañuelito que olía a pachulí. También ahí guardaba Elena los ahorros, unas veinte o treinta pesetas, contó Álvaro, que iba ahorrando para su ajuar. Era fácil dar un beso a Elena, enfadarse y desenfadarse con Elena o con Mercedes. Rara vez su hermano Cayo iba a los atrases de la casa a charlar con Paco o con Mercedes o con Elena. Ya a los quince años, Cayito era un niño a la importancia, como las patatas a la importancia que guisaba Mercedes. Era un chico frío y guasón que tonteaba con Elena, cosa que escandalizaba a Alvarín entonces. ¡Ojalá me pareciese a él!, exclamaba Álvaro para su capote muchas veces. Les hicieron otras dos fotos célebres, años más tarde, instalados los dos en los sillones de orejas de cretona de la sala de estar. Cayito tiene un libro delante que finge leer. Se ve su cara de chico mayor, presumido, consciente de sí, que finge leer. En cambio, Álvaro, en la foto sentado en el otro sillón, o quizá sería el mismo, mira de frente al fotógrafo y se le ve desgarbado. Una cara simpática de nariz ancha, demasiado tierna en opinión del propio interesado.

Paco estaba ahí desde siempre. Y la palabra siempre está en la

conciencia de Alvarín desde que tuvo uso de razón, desde la primera comunión del año 25, con siete años. Paco, el chófer, ha seguido en la casa, de ayudante, para todo excepto conducir el ya inexistente automóvil. Venidos a menos, comenta entre dientes el padre de Alvarín en ocasiones. Ahí está la casa de Gándara 6, envuelta en el sudario de sus excelentes sillones. Ahí, en el aparador, el comedor de sillas de rejilla, el juego de té de plata, el frutero de plata con su cristal dentro. La cubertería de plata con las iniciales del matrimonio grabadas, su reprimida tristeza.

Pero el servicio, que se ha quedado con el señor, está de corazón con el señor. También las hermanas de la señora, que viven en Santander, están de corazón con el señor. Y está prohibido hablar de la señora fuera de casa. Pero más prohibido aún, si cabe, dentro. ¡Y ganas no faltan de saberlo todo en el servicio de las otras casas, un elegante escándalo fue todo, un bofetón se merecían las chismosas, que todo creían saberlo y todo lo ignoraban!

Estar con el señor, con don Cayo, es arduo para Mercedes, que le compadece más y mejor que sus cuñadas, pero que no puede manifestar su compasión porque el señor odia ser compadecido; casi tanto como Alvarín teme la ternura, teme su padre la compasión, por sobria y auténtica que sea.

A diferencia de don Cayo, don Gabriel María de Pombo Ybarra, su hermano, que vive en un vivero de relumbrantes cargos y conversas con medio Santander, y ahora también con el otro medio triunfante, el republicano, el bando fascinado a la vez por Lenin y el esnobismo rampante del tío Gabriel María, la buena vitola del Galgo de la Reina. ¡Paradojas son, comentaba divertido en el Círculo de Recreo Gabriel María, cómicas paradojas de la empecatada izquierda bolchevique! Incluso bien entrado el 35, se atrevía Gabriel María a comentar en la Sociedad Filarmónica, que él mismo fundara en 1908, y refiriéndose al Frente Popular, que no es tan fiero el león como lo pintan. Sus amigos filarmónicos se animaban oyéndole: aquel hombre delgado, de cabeza calva, muy joven todavía, que continuaba su cruzada cultural santanderina con aparente –quizá también real– desdén por la situación política, de la que, por cierto, no obstante su fidelidad a la Monarquía y a su propia clase social, no tenía el menor empacho en beneficiarse. Una frase que decía era:

«La cultura es una diosa arremangada, una roja, una pescadera roja, a quien venero, y a la vez una diosa ensombrerada, una diosa blanca a quien venero quizá más todavía.» La frase –que era redicha– venía a sonar aproximadamente así. Se contraponían las dos diosas, una arremangada y otra ensombrerada con toda deliberación y descaro. Y este descaro, que le venía de familia, les venía bien a todos, que, la verdad, estaban viviendo medio mal, cejijuntos, preocupones. La ajena ilusión republicana. A veces pensaban de Gabriel María –comentándolo entre ellos– que era vanidoso, insustancial, que fingía saber mucho de todo –ahí estaban, para que no cupiesen dudas, su conferencia sobre Einstein, titulada «El absoluto relativismo», o su discurso a los militares hablando de estrategia militar, acerca de lo cual no parecía posible que supiese más que por lecturas o de oídas–. Era fatuo y valiente, y, de algún modo, había un dejo aristocrático en aquella deportividad con que aceptaba cualquier comentario que de él o de su gestión se hiciese. Era, a su manera santanderina, un vivo eco del magnífico de la Ética a Nicómaco. Alvarín le admiraba de buen grado y era aficionado a contar sus muchísimas anécdotas y a la vez pensaba que el talante ingenioso y desenvuelto de su tío carnal, del hermano de su padre, inspiraba una admiración que no llegaba al amor. Al amor se llega en lo sombrío. Alvarín pensaba eso muy en serio y frecuentemente lo comentaba con Rafa Mazarrasa:

–Desengáñate, Rafa. Siempre que amamos a alguien, alguien a quien queremos de verdad, no nos ilumina el sol, sino la luna. Al quererlos, en lo bueno y en lo malo, con lo que tienen de bueno ambas cosas, amarles es tomarles como son. No poder dejar de quererles, eso es lo sombrío. ¡Lo más puro del amor, desengáñate, Rafa, es lo lunático! ¡Siento un lunático amor por mi padre! Solo cariño por mi tío Gabriel María.

Esta declaración de amor a su padre contenía, a sabiendas, al hablarlo con Rafa, un reproche al carácter de su madre: una crítica al desenfado materno. Una crítica que, a la vez que le parecía injusta por un lado, impía, le parecía justa por otro. Y, sobre todo, purificadora. Alvarín tenía, a los diecisiete, una necesidad de sentirse justificado, lavado, expurgado de pensamientos agresivos, de sentimientos impuros, de inclinaciones cobardes. Era una irracional voluntad de perfección que Rafa Mazarrasa calificaba a

veces de narcisismo al revés:

–Un narcisismo de tu propia oscuridad y turbación, en vez de lo que suele ser común, un narcisismo de tus propias gracias, que las tienes de sobra. Chico estúpido.

Daba igual lo que Rafa le dijese porque todo lo decía por su bien. Que Rafa le quería y quería su bien era una profunda fe que Alvarín tenía. Por eso la fe falangista en José Antonio Primo de Rivera que Rafael tenía se le contagió muy pronto a él también, le iluminó como una explicación indiscutible: Falange Española es el bien absoluto, el valor verdadero, la vocación valiente y fuerte, pensaba. Uno de los rasgos de Primo de Rivera que Mazarrasa había subrayado era, precisamente, la defensa a ultranza de su padre, el dictador. El paralelismo para Alvarín estaba claro: entre su propio padre y Miguel Primo de Rivera había un parecido esencial: aquel hombre, fuerte como un gran soldado, sensible como un niño, pudo resistir seis años de trabajo por España, extenuándose por servirla, y no pudo soportar seis semanas de afrenta. Una mañana, en París, con los periódicos de España en la mano, inclinó la cabeza –nimbada de martirio– y se nos fue para siempre. Afortunadamente su propio padre, Cayo Pombo Ybarra, estaba en casa, le esperaba en casa, era una figura noble y cansada. El viejo sentido del humor, la vieja guasa de los Pombo, se había diluido a esas alturas en un comentario amable, un comentario inaudible casi, un comentario que era pura aceptación de su destino. Por eso lo tenía fácil Alvarín: hablar con su padre era lo más fácil del mundo, casi más que hablar con Rafa. Porque su padre parecía iluminarse al hablar, reanimarse, como si su malestar, sus padecimientos hepáticos, fueran lo menos importante o lo más fácilmente llevadero del mundo. Entre el ilustrado vividor que era el tío Gabriel María y el resignado enfermo que era su padre, había una desemejanza infinita. Y Gándara 6 era un hogar por eso, porque, a ojos de Alvarín, la vida y la muerte ahí se equilibraban mutuamente. Cayito odiaba los silencios paternos. Alvarín amaba aquellos silencios. La melancolía norteña de su padre.

Y qué decir de Rafael Mazarrasa Quijano. ¿Qué hubiera sido de mí sin él?, se preguntaba Álvaro muchas veces en esos años.

Rafa Mazarrasa tenía la edad de Cayito. Y un punto frenético y

tarumba y faltón, y era muy lector. Desde un primer momento, ya en el 33, se afilió a Falange Española.

–En Falange, Alvarín, nadie te preguntará cómo te llamas ni de dónde vienes. Es como el tercio, da igual quién seas, ahí vale todo el mundo igual. Los camaradas, somos camaradas todos.

Eso fue definitivo para convencer a Álvaro de que ahí estaba su sitio, en las filas de esa nueva legión. Nadie en Falange sabría tampoco quién era aquel nuevo falangista, ese Pombo Caller, el camarada Pombo, como mucho, Álvaro, como mucho. Un nuevo novio de la muerte, como un torero, como un maletilla. Y Falange Española tenía, a ojos de Alvarín, mucho, casi todo lo que tenía Rafa Mazarrasa también: eran extroversiones puras. Daban más miedo las casas que las calles. Lo interior era amenazador por sí mismo: con una cualidad propia de gran espejo. La casa era como el gran espejo, el triple espejo del vestidor de su padre. Entrabas ahí al mirarte. Y venía a ser como un gabinete reservado que te desmesuraba y que te oscurecía y prolongaba más allá de ti mismo, en los trajes colgados, en la vida adulta, la vida envejecida, lo irrespirable que venía de ti mismo. Alvarín pensaba que él mismo, por sí solo, era irrespirable como el ambiente de un espejo de tres cuerpos. El interior tenía tres cuerpos y desrealizaba el cuerpo único exterior y todas sus acciones para volverlas todas fantasmales, triplicadas, sombrías, lunáticas. Falange Española era la luz del día, igual que Rafa Mazarrasa, arcángeles de lo abierto y de la luz, en pleno Gándara 6, en pleno interior de Santander. Y lo exterior, como Rafa, era el Santander de siempre, ahí abrillantado, dado todo de una vez en su conciencia, tan marinero, toda la bahía tan variable e inmóvil como el soleado otoño, el lluvioso otoño reluciente, frío, firme y transitable, como su bote de remos, el chinchorro fondeado en la dársena de Puertochico. Era un bote grande. Bastante más grande que un chinchorro. Era un bote de remos que podían remar dos a la vez, cuatro remos, y en el cual se podía salir a pescar más allá de Cabo Mayor, al mar abierto. Así era el mundo, encrespado y bravo y abierto y noble, como Falange Española. Cuando por fin se afilió en la filial de Falange de Santander, eso es lo que Alvarín, a quien apadrinaba Rafa, como es lógico, pensaba.

2

Era agradable merendar en casa de tía Rosa y tío Gabriel. Era jueves por la tarde. Álvaro se había repeinado y arreglado cuidadosamente: su traje cruzado, una corbata nueva a rayas. Había que llegar muy puntualmente. Todo sucedía en esa casa puntual y lentamente, un tiempo circular, un tiempo intemporal que recordaba el instantáneo tiempo de los conciertos para clarinete de Brahms. Era agradable tomar tazas de té y escones recién hechos con mermelada de fresa. Lo agradable, piensa Álvaro, ahuyenta lo interior sombrío de su propia casa paterna, y a la vez lo exterior, las calles, la excesiva belleza del mar abierto, el vivo aire libre, la gracia de la bahía de Santander, con sus cambiantes luces... Lo agradable de esta casa se interpone, incluso, entre Rafa Mazarrasa, con su gran energía, y él mismo, Alvarín, con su menguada energía pensativa. Esta casa, con el sonido de sus relojes, sus porcelanas chinas, aquieta las agobiadoras exaltaciones y desplomes del ánimo del joven Álvaro Pombo.

Los acelerones y frenazos de la situación política de España este último año 1934 hacen que Álvaro se sienta en suspensión, exceptuado, preservado de tener que decidirse: de momento se trata solamente de merendar como es debido en casa de tía Rosa y hojear después el ABC, instalado en uno de los sillones de cuero azul oscuro del despacho de tío Gabriel. Todavía, hasta las ocho, le queda una hora entera de amable conversación entrecortada: unas conversaciones, las conversaciones de esta casa, desactivadas, como si no contuvieran referencias al mundo real y fueran solo emociones e ideas, analogías de las cosas del mundo. Tío Gabriel no hablaba nunca de política. No estaba literalmente prohibido hacerlo. Pero el rostro de tío Gabriel se tensaba prohibitivo, como si de pronto le aquejara una migraña: ni de política ni de enfermedades en la mesa ni en el despacho. El teléfono sonaría, quizá, al otro lado de la casa, al fondo. Sonaría el timbre, tal vez al fondo del largo pasillo de atrás. Pero nada llegaba al comedor, a la sala de estar de tía Rosa, al salón, al despacho de tío Gabriel, a los dormitorios, a las habitaciones de delante. A lo sumo, tío Gabriel comentaba –Alvarín, al menos, recordaba ese comentario– que cuando la Monarquía, con

los Reyes, cuando el general Primo de Rivera, se tenía mejor educación. Se cuidaban las maneras. Que ahora, con el desabrido republicanismo, al parecer, se descuidaban. Álvaro se preguntaba a veces cómo demonios podía saber tío Gabriel si los modales y las maneras de la gente estos últimos años eran buenos o malos, si apenas se rozaba con la gente. Y había que ir –Alvarín era consciente de que había que ir– a ver a tío Gabriel bien vestido, como iba el propio tío Gabriel siempre, un dandy de su época, el chico más rico de su generación. Todo el presente y todo el pasado eran lo mismo. Una identidad de indiscernibles en la conciencia de tío Gabriel, aunque no, por cierto, en la conciencia de tía Rosa, que a su manera tranquila estaba mucho más al tanto de lo que pasaba por el mundo.

Se hacían, en esa casa, al atardecer, en el comedor o en el despacho, cómodos silencios, confortables como óleos ingleses de interiores y paisajes, que, con ser agrestes en sí mismos, contribuían, sin embargo, a interiorizar más lo interior y resguardado de la casa aquella. Algunas tardes, algunos jueves, había coincidido Álvaro con don Ángel Peláez, que había conocido personalmente a Enrique Menéndez Pelayo, que comparaba a Rosalía de Castro con Bécquer, y declaraba que salía ganando Rosalía porque era una poeta más variada que el sevillano. Alvarín pensaba: Esto puede durar siempre. Y siempre significaba sin quebranto, sin cansancio, sin mañana. Y también sin esperanza o impaciencia. Y Alvarín se daba cuenta de que, al dejarse invadir por todo ese agradable bienestar, quizá, desatinado, se arropaba y se escondía en una cueva de sí mismo, donde nunca había demasiada realidad, como si la realidad solo fuese, a fin de cuentas, un simple color local, un accidente.

Cuando su padre le escribió diciendo que volviera a Santander, que le echaba de menos, que el mundo estaba muy revuelto, Alvarín se alegró mucho. La verdad es que estaba un poco harto de tanto hablar francés. Había llegado a hablarlo bien –con mucho menos acento español que su madre, por ejemplo–, pero no tanto como para sentirse cómodo sin hablar en compañía de sus compañeros franceses. Tenía que hablar para hacerles ver que podía hablar. Quedarse callado escuchándolos era una opción de tartamudo. Alvarín odiaba eso, por eso entre sus compañeros franceses tenía fama de español charlatán. Cosa que no acababa de ser verdad del

todo. Y ahora, aquí, merendando en casa de tío Gabriel y tía Rosa, era justo al revés: el silencio no era nunca opacidad, sino bienestar. El silencio era elocuente. Un silencio más tranquilizador que en su propia casa, donde se abría, a veces, para el chico, un silencio temeroso de meter la pata. Aunque, en resumidas cuentas, en compañía de su padre diera igual hablar o no hablar, porque los dos se llevaban bien y se querían.

Elena era fácil de tratar. Alta y delgada como su madre. Elena era alta y delgada como su madre, Elena era fácil de tratar. Pero Elena quería irse, no quería quedarse. Y lloraba en camisón, mientras terminaba de planchar la ropa blanca, antes de acostarse. Lloraba porque quería dos cosas, irse y quedarse, posible y comprensible cada cual por separado, pero imposibles ambas a la vez. Alvarín pensaba que la culpa, la máxima culpa, la tenía Fredín, el sobrino de la Godofreda, posesiva, abultada, frenética, operada del bocio. Le habían metido a dependiente, en Godofredo, la tienda de útiles de pesca del Muelle. Embutido en una bata azul, se daba pisto con las chicas, que volvían a las casas de la compra y le veían en la puerta de la tienda echando un pitillo, rubio y lánguido, dejándose mirar, fingiendo no mirarlas. Ser sobrino carnal de la Goda, el hijo de su hermana, y el hecho de que viviera con sus tíos Godofredos hacía que se diese por supuesto que heredaría la famosa tienda porque el matrimonio no tenía hijos propios.

–Si me casase contigo, un suponer, Elena, le dejarías al rubio, ¿sí o no?

–Pues no, monín, eso no se hace. Si me casara con él, tú no pintarías nada. Y que conste que yo lo sentiría, porque yo a ti te quiero mucho...

–¿Cuánto es mucho? –Alvarín quería saber eso.

–Pues muchísimo, pero no te pongas tonto. Aunque quisiera, no me casaría contigo. Ni una pizca. ¡Loca tendría que estar!

Era tan divertido hablar así con Elena. Alvarín era de sobra consciente de que preguntar a Elena si le quería mucho o poco era una chiquillada. Hubiese sido una impertinencia de no haber sido Elena como era. Directa y sin revueltas. Inspiraba confianza. Se

podía pasar horas con ella, sentados en la cocina o en el cuarto de plancha o sentados uno junto a otro en la cama de su dormitorio, que compartía con Mercedes, sin que hubiese tensión entre ellos o rareza alguna. Al volver de Francia, encontrarse a Elena en casa de su padre fue una sorpresa inesperada. Sobre todo, era sorprendente cómo aquellas tres personas, Mercedes, Paco y Elena, cuidaban de su padre y formaban, casi sin darse cuenta, una familia. Su hermano Cayo no paraba en casa, Álvaro, en cambio, amaba su casa, las habitaciones, los muebles, los trastos, la vida casera. Después de los insulsos años franceses.

Todas las tardes, después de la merienda, entre siete y ocho y media, el Rubio venía a ver a Elena y se quedaban hablando en el portal de atrás hasta la cena. Alvarín había examinado sus sentimientos acerca de ese verse en el portal los dos. El portal de atrás, con su gran perro de bronce, era alto y oscuro. Había que bajar tres peldaños para llegar a él. Y ahí solo se veía la puerta que daba al garaje de tío Gabriel Roiz de la Parra y la puerta que daba a la calle de atrás, un portalón que se dejaba abierto los días de viento sur, cuando había que cerrar el gran portal que daba al Muelle.

Ser sobrino de la Goda, y además carnal, era mucho en aquel tiempo. Las doncellas jóvenes de los pisos del Muelle consideraban al rubio un buen partido, ¡lástima que fuese tan donjuán! Parecía, sin embargo, que Elena había dado con el truco para retenerle, tenerle, según se decía, a retortero. Alvarín lo dudaba, pensaba que el Rubio tenía muchas ínfulas, inclusive políticas. Se le veía en los mítines políticos de Santander, con la gorra de visera ladeada, como los apaches de París. Según Elena había contado en la cocina, al rubio, que tenía todas las virtudes posibles –también tenía sus inseguridades–, ponerse a trabajar en Godofredo con sus tíos, que eran peseteros y muy trabajadores, a ratos le gustaba y divertía y a ratos le humillaba.

–¿Por qué le va a humillar? –preguntó Alvarín en una ocasión.

Y contestó Elena:

–Eso es lo que yo digo, le humilla estar de dependiente. Le gustaría, igual, estar en un partido, en la CNT, los anarquistas, un partido

fardón con posibilidades de viajar a veces a los mítines de Madrid. Dependiente de una tienda de aparejos de pesca le parece poco para él.

–¡Pues eso es que es más tonto que Pichote! A mí me encantaría estar ahí de dependiente, en Godofredo.

Eso, curiosamente, era verdad. Antes de irse a Francia, Alvarín compraba ahí los anzuelos para reponer los aparejos, porque los anzuelos se engarmaban en el suelo laminoso de la machina. A Alvarín le gustaba meterse ahí a pescar cuando bajaba la marea, olía a podrido y se veían flotando condones como pulpitos, al vaivén de las mareas. Verlos, e incluso cogerlos con la mano, daba un asco fascinante. ¡Pensar cómo se usaban daba asco y también daba risa! Tomar a broma los condones aquellos, verlos flotando y a la vez pensar cómo serían al insertarse como guantes en el pito, hacía que Alvarín pensase bienhumoradamente a la vez en las raqueradas de Puertochico y en su alma mortal individual, sin que hubiese entre ambas cosas, a su juicio, gran distancia.

–Estos van a ser tiempos heroicos –comentaba Rafa cada vez que se veían, por lo regular cada tarde, a última hora. Y Alvarín sentía su alma escapándosele como un ratón, al encogerse de hombros. No se sentía Alvarín heroico, tampoco asustado. Se contentaba con pensar que boxeaba mejor que Rafa y que la mayoría de los amigos y los enemigos de las dos plazuelas en las antiguas urrias. Todos esos por Santander andaban todavía, habían crecido, como el propio Alvarín, y ya no andaban a pedradas, sino de hoz y coz metidos en la política local. Rafa se había afiliado a Falange. Y no había tarde que no animara a Alvarín a hacer lo mismo por el bien del destino de la patria. Estas frases y otras parecidas –las consignas de Falange– le parecían a Alvarín hermosas afirmaciones, propuestas heroicas inalcanzables para él.

Lo mejor, la gran alegría, era saltar al bote e irse remando desde Puertochico hasta el muelle de Maliaño. Era un bote grande, más grande que un chinchorro. Había mandado hacer Alvarín un buen par de remos en Pompeyo. En el bote llevaba aparejos de pescar, guadañetas para los maganos y anzuelos para hacer un poco de cacea a medida que remaba. Pero Alvarín prefería, una vez que remaba hasta la mitad de la bahía, aflojar el ritmo e ir remando y

dando vueltas a las mismas ideas que pensaba en casa o hablando con Rafa, pero que allí, al pensarlas a la vez que remaba, se le presentaban más luminosas, brillantes como anzuelos y plateadas como mules. Brillantes chicharros verdeantes. Las ideas aparecían y se escapaban como peces veloces. Pero ahí, en medio de la bahía, remando, su mismo escaparse era quedársele inmaterialmente en la cabeza como ocurrencias nítidas, indecisiones que se volvían decisiones, imágenes de sí mismo que en tierra eran ambiguas. Al salir al mar en su bote, se le volvían nítidas imágenes. Esto le ocurría especialmente con la imagen del heroísmo y de la gloria, que tanto daba que hablar a Rafa Mazarrasa. La gloria solo tiene su pleno valor cuando es innata. Quien solo posee lo que ha aprendido es hombre oscuro e indeciso, jamás avanza con pie certero. Solo cata con inmaturo espíritu mil cosas altas. Casi furioso le recitó este viejo texto a Mazarrasa para concluir diciendo:

–Yo solo puedo catar con inmaduro espíritu la valentía y el heroísmo que describes. Yo soy un personaje oscuro, Rafa. Un chaval miope que boxea un poco pero que nunca acierta.

Quizá Rafa no se fijó, pero ese texto que sabía de memoria fosforecía cuando lo pensaba, le deslumbraba por su exactitud. Eran palabras que se habían dicho acerca de Alvarín cinco siglos antes del nacimiento de Cristo. No tenía grandes virtudes innatas, no era un héroe. Había aprendido a defenderse a puñetazos. Había aprendido a no enfrentarse y a no huir a la vez. No se enfrentaba, pero no huía. Y la otra imagen brillante de esas travesías en el bote hasta Maliaño era Elena. Con Elena sí se había conducido con pie certero. Había acertado con Elena, había sabido hacerse querer por la chiquilla. ¿Era eso una virtud? ¿Era un mérito suyo? ¿O era más bien mérito de Elena el haberle apreciado? Se daba cuenta de que Elena era más importante en sí misma que en la medida en que le atraía físicamente. Que fuese guapa, que fuese emocionante darle un beso en la mejilla, un medio beso veloz, como quien no quiere la cosa. Acariciarle el pelo o la espalda velozmente. Todo eso componía una totalidad que era mayor que la suma de sus partes, y que, sin embargo, aun conociéndolas y siendo capaz de sumarlas unas a otras, no acababa Alvarín de obtener la cifra correcta, de sumar los sumandos de la suma que era Elena. Y luego estaba el Rubio. Alvarín tomaba en serio al Rubio, y no como rival amoroso.

Sino casi ya como marido de Elena. Pensaba, con una cierta melancolía, pero sin resentimiento, que al final Elena se casaría con el Rubio, se iría con él. Y esto, curiosamente, que era melancólico, no era, sin embargo, para Alvarín, deprimente. Tenía que dejar irse a Elena en su corazón, caso de que llegara de verdad a quererla. Dejarla irse, si ella quería, era parte esencial de saber que la quería.

3

Volver a Santander fue también volver a ver los barcos mercantes. ¡Ah, el romanticismo larvado del comercio marítimo! Ese era un secreto que Alvarín tenía: enrolarse en un barco mercante. Entrar en la marina mercante. A diferencia de la marina de guerra, que venía a ser como un cuartel, el trajín viajero de los barcos mercantes le fascinaba. Desaparecer durante largos meses en alta mar. Cruzar el océano hasta Cuba, hasta Nueva York... Eso valía la pena. Un desaparecer y aparecer. Y, a la vez, los barcos mercantes no eran barcos ebrios. Alvarín admiraba aquel orden aventurero, no revolucionario, aquel mundo administrativo y burgués de cargar y descargar mercancías. Eso representaba, para él, el Alfonso Pérez, fondeado en el Pozo de los Mártires. ¿Qué es lo que amaba Alvarín en realidad? Era la estampa de aquel barco de vapor que, fondeado sin lastre, parecía, incluso en días de sol, no apoyarse, no apoyar su quilla en las aguas. Dando vueltas alrededor del Alfonso Pérez con el bote, observándolo de popa a proa, elevado sobre la línea de flotación, tenía un aire geométrico, cubista, como dibujado en tinta china, en blanco y negro. Este barco en particular, sin embargo, había resultado ser un carguero antieconómico. De aquí que, al verse fondeado, ahí, en medio de la bahía, tuviera una irrealidad visual, como si el armador santanderino, Gumersindo Pérez, hubiese fletado ese buque como quien escribe una novela. Flotaba allí, asentado, geométrico, adelgazado en el aire, fantasmal casi, en su gran tonelaje. Saber que el armador había perdido dinero con él daba prestigio al buque. Fletarlo fue como un acto de capitalismo suntuario. Los barcos eran una tradición familiar, al fin y al cabo. Don Juan Pombo, el bisabuelo de Alvarín, había sido también un armador del Muelle, con hermosas fragatas y bergantines, que transportaban harina castellana a Cuba y volvían con el cacao, el café, el azúcar antillano, el tabaco de Filipinas. Alvarín recordaba los nombres de esas fragatas, que tenían, con la belleza marinera de su línea y de su arboladura, una comicidad de secano en sus nombres: Don Juan, Doña Flora de Pombo, Castilla, Villada. Maravillosos nombres de secano para buques harineros. En la segunda mitad del XIX toda esa flota de veleros estaba ya

arrumbada. Había llegado el vapor. En Santander, sin embargo, los barcos de vapor tardaron en aceptarse y no fueron ya de la familia Pombo, sino de otras familias de armadores. La bahía era ahora de los regatistas. Todos sus primos navegaban velozmente con sus balandros por la bahía, imponiendo una imagen deportiva, festiva, años veinte. La belle époque. El veraneo regio había sido en gran medida regatista. ¡Ah, había sido brillante! Pero eso fue la niñez de Alvarín. Su juventud comenzó internacional y agreste con la República. La República era ahora el gran mundo. Sustituyó la elegancia monárquica por la elegancia intelectual. El Palacio de la Magdalena se convirtió, a partir de 1932, en la sede de la Universidad Internacional de Verano. La idea de que lo internacional fuese un valor cultural importante se le emborronaba a Alvarín a causa de su propia experiencia –desvaída– en Francia, en Pau, o la de su hermano Cayo en Inglaterra, y, sobre todo, la de Ana, su madre, fugada a París, triunfante, al parecer, en la alta costura parisina. Su madre era internacional también. Y Alvarín fruncía el ceño cada vez que oía hablar de ella admirativamente. Alvarín apenas había prestado atención a esa incipiente y vigorosa fundación republicana que fue la Universidad Internacional de Verano de Santander. Todos los grandes intelectuales republicanos de la época pasaban los veranos ahí dando sus cursos. En las casas del Muelle se les observaba con desconfianza. Un poro luminoso por donde España asoma al mundo, había escrito un joven intelectual de la época, Julián Marías, en 1934. Pensaba, con razón, este joven filósofo, que ese poro servía para asomarse a ver el mundo y mirar más allá de nuestras fronteras, pero también para ser vistos por el mundo, erguidos, alerta. Y añadía: Importa mucho que España se deje sorprender en esa postura, porque algo de lo peor que podría sucederle sería tornarse invisible y desaparecer a las miradas ajenas. Acarrearía esto, en buena parte, que también nosotros dejásemos de vernos, y ello sería, rigurosamente, un comienzo de no existir. Pero tornarse invisible le parecía una posibilidad fascinante a Alvarín aquellos años. Resultaba ya casi invisible desde el Muelle mientras remaba en su bote de remos. Se volvía invisible del todo en el asubio de la casa paterna. ¿No era un gran bien desaparecer a las miradas ajenas? Incluso si en este desaparecer nosotros mismos dejáramos de vernos y eso fuese un comienzo del no existir, ¿no sería eso un bien? Todo el mundo en esa nueva década republicana parecía demasiado público y notorio. Todo el mundo se dejaba ver

demasiado. ¿No era lo elegante desaparecer? Así desaparecía en la niebla de la bahía, en el Pozo de los Mártires, el Alfonso Pérez en aquellos años, un carguero desfuncionalizado, convertido en un daguerrotipo melancólico. ¿Valía la pena existir? Valía sin duda la pena volver a casa, ver a Elena, hablar con su padre, dar una vuelta por el Muelle con Rafa Mazarrasa. Eso también era existir, y valía la pena. La República y los republicanos no hubieran sabido de qué hablar en casa de tío Gabriel y tía Rosa. ¿Era esto un defecto grave? ¿O era, al revés, una auténtica virtud del republicanismo de esos años?

En su mayoría eran obreros, eran intelectuales, clase media. Quizá no tuvieran, como solía decirse, mucho mundo. Pero las caricaturas de la sección «El gran mundo democrático» de Gracia y Justicia eran injustas, exageradísimas. Se daba por supuesto que existía una inmensa distancia entre la atmósfera de la gran corte borbónica y el nuevo gran mundo democrático. Y ese supuesto era un envenenamiento atmosférico que llegaba también a Alvarín en las conversaciones de sus familiares y amigos. La experiencia que Alvarín tenía en aquel momento de su propio grupo social era compleja, sin embargo: aquello mismo que en su figurada eternidad burguesa –como la casa de tío Gabriel y tía Rosa– le acogía sin reservas, no le protegía ni incluía en el mundo exterior de su ciudad, le excluía, más bien, del Santander democrático y le aislaba. Así, sucedía que cada vez que fondeaba su bote en medio de la bahía y la elegante silueta del paseo de Pereda desfilaba brumosa ante sus ojos inmóviles, percibía en su corazón una irrazonable hostilidad de clase. Era un sentimiento reciente, de recién llegado a Santander, que a la vez era preciso y difuso y que el joven Álvaro trataba de acotar en su conciencia sin gran éxito. Se trataba, sin duda, de una hostilidad irrazonable, agudizada por los cambios políticos del momento, una herencia que Alvarín había recibido con la misma naturalidad que su buen gusto al vestirse, o sus correctas maneras de dar conversación o sentarse a la mesa. Una innata –si es que lo era– hostilidad hacia aquellos que no se le asemejaban, que no se parecían a los suyos, y que, desde luego, no podía, sin más, cargarse a la cuenta de la aretá, la virtud aristocrática de los antiguos poetas griegos, sino, más bien, al desconocimiento, al prejuicio, a la insana cuenta de la malevolencia. Pero Alvarín no era malevolente a sus diecisiete años, solo quebrantado y melancólico,

solo desconsiderado y brutal en las peleas callejeras al reaccionar con violencia a causa de su propia inseguridad y timidez. El que da primero, da dos veces, recordaba, y añadía: el que da primero se esconde mejor y antes que el que pega en segundo lugar. ¿Cómo podía ser Alvarín malevolente si amaba a Elena y vivía del cariño de Mercedes y de la abrupta fidelidad de Paco? ¿No detestaba Alvarín «el señoritismo» como, por lo visto, lo llamaba Primo de Rivera de sus amigos, los señoritos del Muelle?

El bote fondeado giraba sobre sí mismo al compás de la marea y Alvarín giraba sobre sí mismo también, queriendo ser justo y entender y no entendiendo del todo todavía. ¡Tendría que hablar con Rafa de todo esto, con Rafa, cuyo buen natural aceptaba sin cuestionarse gran cosa su, en el fondo, arbitraria moralidad de clase! Un poeta angloamericano resumiría años más tarde todo eso en una frase sencilla: «Home is where we start from.» Nuestro hogar es nuestro comienzo. Y eso vale igual para ambos bandos.

Los dos, Alvarín y Rafa, cenaron con amigos de Rafa en el Tenis esa noche. Una cena de voceras –casi todos hablaban a la vez con voces destempladas, locales unas, con acento pejino, y patrióticas otras, con una media retórica de moda a la sazón, importada del periódico Arriba, que ya sonaba a falangista–. Alvarín cenó huevos fritos con patatas fritas, sentado junto a Mazarrasa, fijándose apenas en qué cenaban o de qué hablaban los demás. Era fácil abstraerse en el barullo. Así que, mientras Mazarrasa intervenía en las discusiones a estampidos, Alvarín intervino poco y bebió una botella –quizá entera– de vino de la casa. Al salir llovía y Mazarrasa se empeñó en llegarse andando al Sardinero.

–¡Andar curte, y más con lluvia! Sé un sitio abierto hasta las tantas al lado de San Roque. Te vendrá bien andar, Alvarín. Te he visto murrio todo el rato.

–¡No me llames Alvarín, joder! ¡Ni Alvarito, llámame como me llamo, coño! ¡Alvarín suena a marica!

–El que se pica, ajos come, ¡maricón! Es solo un diminutivo cariñoso.

–¡Maricón tú!

Es y no es un enfrentamiento. El tinto excita y atonta a la vez. A Alvarín le da igual, en realidad, el diminutivo. Pero esta ha sido una noche suspicaz. Está cansado del alboroto. A ratos los vociferantes amigos de Rafa le parecen esperpénticos. El aire libre húmedo azul oscuro, yendo hacia la primera playa, es tranquilizador, como la lluvia. El sirimiri, el rebrillo de las farolas recientemente instaladas de cien en cien metros, Piquío entrevisto al fondo como un pueblecillo marítimo. Y a la derecha de ambos, a medida que avanzan, el ventoso Cantábrico nocturno, espumeante, muge en los acantilados del Palacio de la Magdalena. Un tapiz sensorial que calma los sentidos. Ser sociable en estos tiempos le parece a Alvarín cada vez más difícil: hay demasiadas opiniones contrapuestas, expuestas a voces, las gesticulaciones de los comensales de las cenas gesticulan por sí solas una vez garabateadas en el aire enrarecido del hablar, cenar, fumar, en el vacío de la inacción presente. Para arreglar las cosas entre los dos, Alvarín dice, ya más tranquilo:

–Reconoce que me llamas Alvarín porque me ves encogido y amomao...

–¡Qué va! Te veo hasta más fuerte que yo, lo contrario de amomao. Lo que es que tienes más alma, más sensible, de lo que hace falta para irse a cenar con los amigos. ¡Por eso en las cenas te encorvas y te callas, Alvarín, jodío!

–Me callo porque estoy harto de hablar tanto. Tanto hablamos, tanto voceamos. Así no vamos a llegar a nada.

–¡Estoy de acuerdo! Por eso hay que apuntarse a Falange. Ahí no se habla. ¡Ahí sí que no!

–¿Cómo que no? ¿Pues qué se hace entonces?

–¡Pues callarte, lo primero! Obedeces y te callas.

–¡Como un perro!

–¡Como un hombre, joder! Así sientes los sentimientos que tienes que sentir, no los que andan por ahí, los folletines babosos.

–Reconoce que suenas más bebido tú que yo ahora, Rafa. ¿Y qué

sentimientos tengo que sentir y cuáles no? A ver, dímelo. ¿Cuáles? ¡No podrá solo ser por lo que diga Primo de Rivera, igual resulta ser un dictador, como su padre!

–Escucha, Álvaro de las narices, escucha lo que te digo. Ahora vamos a tomarnos un orujo, o varios, eso ya se verá, para entonar lo que se dice el cuerpo, entonar, y yo te cuento.

El bareto donde le lleva Mazarrasa es poco más que una barra, unas mesitas y una botillería con un aire polvoriento. El de la barra es un cuarentón arremangado que empieza a encanecer. Se le ve que arremangado pasa medio invierno. Le llaman «el Stanis», por Stanislao. Y se conoce que Mazarrasa ha estado aquí otras veces por el tono en el que dice:

–¡A las buenas tardes! ¿Qué se les ofrece aquí a los señoritos? Vamos a ver.

–Por lo pronto dos orujos.

Se instalan en unas mesillas. El bar carece, casi cómicamente, de todo confort y todo lujo. Es estrecho y largo, y detrás de la barra hay una cortinilla de maderitas pintadas que chocan entre sí cuando el Stanis entra y sale. Es un bar del puerto, un bar para ir tirando que aprovecha los veranos y el buen tiempo para hacer algo de caja. Serrín y colillas en el suelo. Los dos señoritos sentirían frío si no hubiesen al final arreado fuerte de camino.

–Lo primero que te choca en Falange, cuando entras, entres donde entres, porque en Santander no tenemos sitio fijo todavía, nos reunimos por los bares o las casas, es cómo hablan. Si les oyes viene a ser como un caló que tienen. Fíjate bien en las palabras, la intemperie, lo inexorable, lo exacto, la milicia, lo imperial, la claridad, la impasibilidad, el heroísmo de los héroes, frente a lo turbio, lo chillón, lo estéril, lo bárbaro oriental. Somos a la vez última moda y antiguos, como don Miguel de Unamuno, ¿sabes quién es?

–Sí, eso sí lo sé.

–El primer día que entré estaba Hedilla hablando del atraso

español. ¿Puedes creerlo? El atraso español, ¡lo elogiaba! Eso hacía. Tronaba contra la idolatría de las deslumbradoras técnicas americanas, la sensatez del time is money anglosajona contrapuesta a la cordura latina, el genio español repleto de escepticismo y fe, de ímpetu y prudencia. ¿Qué te parece? ¡Te juro que sonaba medio a chino todo!

Alvarín pensó en aquel momento, sonriente, que aquello que contaba Mazarrasa era un truco, era una trampa y era un truco. Un juego de palabras, porque parecía que todo estaba en las palabras. ¿Qué significaba la intemperie? Significaba estar al aire libre: la gente del campo está al aire libre, la gente de la mar está al aire libre, los pescadores de Puertochico están al aire libre, las pescadoras cosían las redes al aire libre al sol del Muelle. En las redes brillaban todavía las escamas plateadas de los peces. A la intemperie estaban los raqueros que robaban carbón de los trenes retenidos en vías muertas alrededor de la estación... ¿Por qué era de pronto intemperie un término sagrado que designaba, al parecer, un estar fuera expuesto al aire libre, a todo el viento y todo el aguacero y todo el sol rabioso? El amor de Alvarín por el oficio de los marinos mercantes apareció de pronto con un color renovado, disciplinado, exacto, azul marino. Aguantar impasibles los temporales en los cargueros que cruzaban el Atlántico, aguantar la claridad insondable del firmamento oceánico que superaba toda denominación y toda designación y todo nombre, el éter sagrado de los poetas griegos. La vida transformada en milicia con un sentido estético y viril. ¿Viril también? Esto de la virilidad proclamada cansaba, en realidad, a Alvarín un poco. ¿Había que ser viril a la fuerza para estar a la altura de Falange? ¿Tenían que ser viriles las mujeres, si es que había mujeres o chicas en Falange? Y todas esas palabras eran unidades de significación que explotaban en la conciencia multiplicándose. Disciplina, por ejemplo, se multiplica en obediencia, en castidad, en pobreza... Pero ¿no era eso lo que predicaban los putos curas? El laicismo de Alvarín, importado de Francia, hacía su aparición en ese bar del Sardinero, en el más inhóspito e improbable de todos los lugares. ¿Estaba Mazarrasa predicándole un Evangelio nuevo?

Iban ya por el tercer orujo o por el cuarto. Ahora resplandecían los dos, enceguecidos, no viéndose a sí mismos, enaltecidos por la

nueva retórica que balbuceaba Rafa Mazarrasa. Una religiosidad sonaba a los oídos laicos de Alvarín como una religiosidad monástica de solitarios guerreros que acampaban a la sombra de sus cabalgaduras en las arenas del desierto...

4

La Revolución de Asturias inquietó mucho a tía Rosa, a tío Gabriel, casi tanto como saber que Alvarín se había apuntado a Falange.

–Pendencieros sí que son, son eso más que nada, me parece –comentó tío Gabriel.

–Todos son pendencieros ahora, todos los partidos –comentó Alvarín sin mucho énfasis, para no preocupar a tío Gabriel, que odiaba discutir. Era mejor darle la razón que discutir. Eso es lo que tía Rosa hacía también. Toda su vida había cedido, consentido las manías del marido. Lo único que Alvarín no pudo no decir fue–: Lo único, tío Gabriel, es que Falange no es un partido político más, es un movimiento nacional. Los partidos políticos existen a base de separarse unos de otros. Ahí tienes a UGT, por un lado, CNT por otro, los socialistas por otro, los comunistas mismos, aunque son pocos todavía. Falange no es un partido, es un movimiento espiritual.

–Eso espero, guapo, eso espero que sea. Y católico. No me fío de los partidos sin Dios.

Alvarín sonrió: era la más radical expresión de sus creencias políticas que le había oído nunca a tío Gabriel. Tío Gabriel había transitado en poco tiempo desde aquella inicial comparativa estética entre Monarquía y República hasta una distinción desasosegada entre republicanos moderados y republicanos inmoderados y huelguistas.

–Los huelguistas de Asturias son la peor cuña a estas alturas... ¡No hay peor cuña que la de la misma madera!

Alvarín tenía la impresión de que tío Gabriel no expresaba pensamientos propios en esa ocasión, sino pensamientos de los editoriales de ABC. Un periódico liberal, al fin y al cabo, ABC reconocía que tan buenas table manners tendrían, con seguridad, los intelectuales republicanos como tuvieron en su día los

monárquicos. Alvarín pensaba, de acuerdo en esto con Rafa Mazarrasa, que a esas alturas de la confrontación política venía a dar igual que los unos y los otros dieran bien o mal conversación en las reuniones sociales. Lo que inquietaba a tío Gabriel de verdad era que la Huelga de Asturias estaba teniendo eco en Santander, a lo largo y lo ancho de toda la provincia, con particular intensidad en torno a Torrelavega. En Asturias, la Huelga General Revolucionaria se inició el 5 de octubre de 1934 y los mineros pasaron rápido a la acción haciéndose con el control de toda la cuenca minera. Hubo también en Asturias violencia anticlerical, eso era preocupante también. Se había producido un gran distanciamiento entre la jerarquía eclesiástica y las organizaciones obreras. Hubo, en total, un saldo de once muertos y numerosos detenidos y procesados por consejos de guerra en Asturias. Todo lo que preocupaba a tío Gabriel se resumía en que sentía que estaba amenazada su hermosa propiedad de La Cavada. Torrelavega estaba a un paso de La Cavada y fue el epicentro de la revuelta por ser la capital de la comarca del Besaya. El hecho fue que la comarca de Torrelavega recuperó la normalidad después de trece días de huelga, de manera que, en Santander, la huelga que comenzó el 5 de octubre terminó el 18. Fueron en total unas dos semanas. Santander, Torrelavega, Valle de Buelna, Reinosa, Piélagos, Astillero eran zonas industriales. Las zonas rurales, con excepción de Liébana, se mantuvieron tranquilas. A consecuencia de la sublevación, hubo tantas personas encarceladas que, al no haber suficiente sitio en las cárceles de Santander, se tuvo que habilitar un barco, el Alfonso Pérez, como cárcel. Esto le pareció a Alvarín, y también a Rafa, de lo peor: que el hermoso mercante se convirtiera en un barco-prisión les parecía terrible. Y, sin embargo, se comprendía que un barco, por su situación exenta respecto de la tierra, estaba en medio del Cuadro, resultaba un lugar aislado ideal para encarcelar a la gente. A diferencia de los barcos de guerra, cuya enérgica belleza y brío marítimo era visible e indiscutible, los barcos mercantes tenían un aire liberador, viajero. Tenían sus rutas, por supuesto. Rutas comerciales fijas, sin duda, pero su aspecto civil era desahogado. Un buen buque mercante, como el Alfonso Pérez, por seguir con este barco en particular, contenía en sus líneas toda una evocación sintética de la aventura marítima, de la experiencia de nuevas civilizaciones, de los intercambios comerciales, del don de lenguas. Un buque comercial era todo un don de lenguas en sí mismo. Al

llegar aquí, Alvarín observó que se estaba produciendo un cierto cambio –muy difuso aún– en las opiniones de su amigo Rafa. Aun coincidiendo los dos en comparar favorablemente los barcos mercantes en relación con los buques de guerra, había ahora, sin embargo, una reticencia en Rafa Mazarrasa:

–Los barcos de guerra son, sin embargo, indispensables en las guerras. Y las guerras, Alvarín, impulsan el destino de los pueblos.

Y Alvarín respondió sorprendido:

–¿Más impulsoras las guerras que el comercio? ¿Estás seguro de eso?

–De lo que estoy seguro es de que ahora mismo estamos al borde de una guerra, una contienda, un enfrentamiento muy serio entre dos maneras de entender España. Y tengo la impresión de que todo ahora, y sobre todo nuestros sentimientos estéticos, tiene que ceder el puesto a nuestros sentimientos patrióticos. Eso es lo que te van a decir dentro de nada en Falange. Te voy a llevar al local que tienen en Pedrueca. Ahí te apuntas a Falange y compras tu camisa azul de la uniformidad. Ahí, en Pedrueca, tienen todo eso. Pero verás, cuando te encuentres con los demás camaradas, que la estética está cediendo el paso, el sitio, a los severos impulsos de la belicosidad de la nueva violencia no-reglada que es la violencia guerrera. Al boxear has aprendido a controlar tu violencia de acuerdo con las reglas, las célebres reglas pugilísticas de Queenberry, a finales del XIX en Inglaterra. Pero las reglas de la guerra no son, creo yo ya, de caballeros, sino de guerreros. Pero muy pronto verás que es otra cosa. Al entrar en Falange entramos en una orden militar, como las órdenes militares del Temple o de Santiago o de Calatrava: ordenes militares. Es emocionante, pero nos hace ver la guerra y la paz menos estéticamente de lo que tú y yo estábamos acostumbrados a pensar...

Era el mismo Rafa Mazarrasa, su voz era la misma, pero a la vez había una diferencia, una variación firme importante: apuntarse a Falange era apuntarse a una orden militar. Eso era aún más fascinante. Pero era, sin embargo, un gran salto para Alvarín, desde su indolencia melancólica hasta esa nueva forma beligerante de ver las cosas en la nueva situación de España.

–Tengo mucho que aprender, entonces. ¿No es eso, Rafa?

–Así es. Y yo también. Los dos tenemos mucho que aprender en estos años, en este nuevo futuro que tenemos delante, en este porvenir fuerte y claro, sacrificado y valiente. Estoy seguro de que los dos mejoraremos en esta nueva orden militar que es Falange de José Antonio Primo de Rivera.

Aquella iba a ser una tarde preliminar, introductoria. Al día siguiente Rafa acompañaría a Alvarín a Pedrueca a presentarse en Falange. Había, sin embargo, todo lo que quedaba de tarde, e incluso toda una noche entera, para discutir lo que pasaba.

–¿Qué es lo que de verdad está pasando, Rafa? Me refiero aquí, en Santander, en la provincia de Santander, en toda España. Mi tío Gabriel Roiz de la Parra teme el futuro. Balbucea acerca de lo que empieza a llamarse ahora el Frente Popular. Está atemorizado. Yo no estoy atemorizado. Y, sin embargo, sí estoy confuso. ¿Dónde quedamos tú y yo, Rafa, en todo esto? ¿Qué papel nos corresponde a nosotros dos?

–Nosotros estamos en la derecha, una derecha falangista. Una derecha que incluye el socialismo con más profundidad incluso de lo que los partidos socialistas incluyen en sus pretensiones sociales. Nosotros no creemos en la lucha de clases, sino en el alzamiento espiritual de todas las clases. La clase obrera, la clase trabajadora, la clase de los propietarios y de los terratenientes. Todos formamos una unidad de destino. Nosotros no somos excluyentes, sino incluyentes: somos totalitarios porque amamos la totalidad de España, que nos incluye a todos, pobres y ricos, socialistas y capitalistas, religiosos y laicos. Falange nos propone sobre todo unidad frente a la disgregación, la dispersión, la desunión, frente al resentimiento personal, frente al rencor nos propone el amor a la patria. Dice José Antonio que las brechas de nuestros días se resisten a cicatrizar en falso. Hay que pedir socorro a las últimas reservas vitales, a las que, en las horas ascendentes, fíjate, Álvaro, en esta expresión tan hermosa: horas ascendentes, lograron edificar las naciones. Por eso José Antonio usa sobre todo la expresión «lo nacional». Lo nacional como una misión, no como un vago presupuesto de las tareas de todos los partidos. Piensa, Álvaro, que lo nacional, con este sentido preciso, poético y combatiente, los

primeros que proferimos la palabra nacional fuimos los hombres de Falange Española.

La Revolución de Asturias –aquellos trece días de octubre de 1934–, con sus cerca de dos mil muertos, y entre quince mil y treinta mil detenidos, que formaba parte de la Huelga General Revolucionaria, arraigó en Asturias porque la CNT –los anarquistas– se integró en la Alianza Obrera propuesta por UGT y el PSOE. Llegó a organizarse la Comuna Asturiana por analogía con la Comuna de París de 1871. Pareció triunfar en Mieres o en Sama de Langreo o en Gijón o en La Felguera. Tuvo, aquel año, sus profundas raíces muy a la vista. Y eran justo esas raíces proletarias y revolucionarias lo que tío Gabriel no quería saber. Solo quiso saber que habían fracasado porque la República presidida por Alejandro Lerroux en aquel momento encargó la operación al general Franco, que introdujo las tropas coloniales marroquíes –los regulares del ejército de África– y la legión, procedentes del Marruecos español. Alvarín se daba cuenta de que, a pesar de haber sido derrotada –o quizá precisamente por eso–, esa Revolución Asturiana se convirtió en un mito para la izquierda obrera española –eso estaba a la vista en las comparaciones que se hacían con la Comuna de París o el Sóviet de Petrogrado de 1917–. El estado de ánimo de tío Gabriel no era estrepitoso, fue una especie de nerviosismo político que duró dos semanas consecutivas, más todo el asunto de que Torrelavega y La Cavada estaban a un paso. Lo curioso es que, en aquella casa, tanto los acontecimientos reales como los sentimientos que provocaban quedaban como puestos entre paréntesis. En el comportamiento de tío Gabriel no había signos externos de agitación. Alvarín se fijó en ello porque quien sí se fijó en ello fue tía Rosa.

–Tu tío está imposible estos días –comentó–. También yo lo estoy. También tu tía Carolina. Y tu tía Elba me escribe desde Suiza preguntando qué nos pasa en Santander.

Alvarín sonreía oyendo eso. Tía Rosa hacía esas confidencias en su cuartito de estar, tan cómodo y abrigado, con un mirador que daba a la bahía y un escritorio donde tía Rosa despachaba su correspondencia. Eran tiempos de cartas familiares. Tiempos de perplejidad. Las familias del Muelle, aquel grupo de familiares y amistades que Alvarín designaba genéricamente por «mi familia» o

«los míos», estaban tardando mucho en darse por enterados –por no hablar de sufrir– del cambio que, desde 1931 hasta la fecha, esos cuatro años, estaba teniendo la sociedad española. Todavía se hablaba de la Monarquía, del veraneo regio, de la abdicación de Su Majestad el Rey. Y se comparaba negativamente a las esposas de los políticos de ahora, que se vestían con mucho gusto, con las elegantes esposas de la corte borbónica del Palacio de la Magdalena los veranos. En esa temporada en que Alvarín se decidía a apuntarse a Falange, se le hizo más visible que nunca la flacidez del comportamiento de sus familiares. Por una parte, sentían temor, hablaban asustados de la formación del Frente Popular en Santander, y, por otra, no querían saber del todo qué pasaba. Había un regionalismo involuntario de las clases acomodadas: un lamentar el célebre delenda est monarchia de Ortega. Una elegante paralización espiritual que tío Gabriel ejemplificaba al máximo, pero que de algún modo era familiar a todos los familiares de Alvarín: ¡parecía imposible que aquello que llamaban la agitación obrera llegase a nada, y, sin embargo, estaba cada vez más anegándolo todo!

Lo que más asustaba a tía Rosa, según decía, es «que ya vayáis todos armados». Eso era verdad. Las juventudes de izquierdas, chavales de la edad de Alvarín y aún más jóvenes, llevaban ya al cinto sus pistolas. Y la dialéctica de los puños y las pistolas, la existencia de armas de fuego y su uso, eran un tópico en Falange. Y toda esa situación, todo ese armamento, que era absolutamente fascinante, lo atractivo en sí mismo, para Alvarín y Mazarrasa, era aterrador para tía Rosa. Las armas todavía sin estrenar eran una ilustración cruel de una situación que estaba a punto de estrenarse. Los de Falange iban a estar en primera línea de fuego, Alvarín, Mazarrasa y todos los demás, pero también en esa primera línea de fuego estaban los otros, los Eulalios Ferrer, los educadores y las educadoras socialistas como Matilde Zapata, casada con Malumbres, que se apasionaba por todo lo que suponía una emancipación de los trabajadores. Había los Grupos Infantiles Socialistas de que hablaba La Región, el periódico de izquierdas, en noviembre de 1932, y había también el Orfeón y el Cuadro Infantil Socialista, que se anunciaba el 27 de mayo de 1933.

El otro amigo de Alvarín en Santander venía, como Rafa, de antes

de su estancia en Francia. Se habían hecho amigos a raíz de una urria en Puertochico entre plazuelas. En esa urria le abrieron la cabeza al Tote de una pedrada. Alvarín, que era del bando de enfrente, acompañó al Tote ensangrentado a la casa de socorro. Su madre era portera en Santos Gandarillas, lo que llamaban «la escalerilla» entonces, que une Puertochico con Juan de la Cosa. El mote de su madre, «la Machichaca», había pasado al crío, que había heredado una genética rompedora. El chiscón de los Machichacos olía a cocido de alubias y garbanzos, y tenía el perpetuo relieve auditivo de una bronca. La Machichaca resolvía a bofetadas los disgustos. Y el Tote había heredado esa estirpe, cocinera y guerrera y proletaria, que Alvarín, antes de Francia, había empezado a admirar ya. El caso fue que se hicieron amigos a consecuencia de la ayuda prestada. También, cómicamente, porque después de la cura y del vendaje y la antitetánica que hubo que ponerle, hubo bronca para todo el mundo, Alvarín incluido. Una bronca –Alvarín recordaba haber pensado entonces– injusta y redentora a la vez: la salvación de todos los chavales envueltos en la barrabasada fue el indiscriminado e injusto y despampanante reparto de bofetadas entre todos, incluso allí mismo, en la casa de socorro.

–¡Así te desangres y te mueras, hijoputa! –le chilló al propio hijo–. ¡Cosa mejor que hacer no tendré yo que traerte a la casa de socorro!

La incapacidad de la Machichaca para distinguir unos chavales de otros, unificando víctima y culpable, le pareció a Alvarín reconfortante. La verdad es que sí se sentía culpable del descalabro del Tote, aunque no fue él quien le dio la pedrada. Fue, por cierto, «el Gordo», de la pandilla de Alvarín, eso sí, que era agresivo y faltón.

Cuando Alvarín volvió de Francia se encontró con que el Tote era tan alto como él. Seguía llevando la cabeza rapada. Y estaba afiliado a las Juventudes Socialistas Unificadas y leía La Región y Nueva Ruta, la revista de unificación socialista y marxista santanderina.

Ahora que el Tote había crecido, le brillaban los ojos, le relucía el pelo rubio cortado al cero o al uno, Alvarín percibió también un fascinante cambio: se había vuelto un pensador. Quizá la palabra pensador le venía grande, pero, al volver de Francia, se encontró

Alvarín con un Tote reflexivo, un socialista comprometido con el socialismo de la calle Magallanes, donde los socialistas santanderinos tenían su sede. El encanto del Tote venía de que seguía siendo el inconfundible Tote que había sido y que, a la vez, se había vuelto pensativo, aunque, en ocasiones especiales, se embalaba con sorprendente elocuencia.

–¡Te has vuelto un orador, chaval! ¡Da gusto oírte! –le dijo Alvarín.

Y Tote contestó:

–A Matilde se lo debo eso, Matilde Zapata, que nos lleva por los pueblos. Gracias a ella me encontré con Lalio, que es mayor que nosotros, tres o cuatro años mayor, yo creo. Ese sí que habla bien.

El nuevo Santander, el desconocido Santander de la calle Magallanes y los barrios y las misiones pedagógicas, eso era fascinante. Alvarín recuerda siempre cómo le contó todo esto a tío Gabriel María de Pombo una mañana que se encontraron en las calles de atrás. El tío Gabriel María contemplaba fijamente el escaparate de una tienda de ultramarinos que tenía un gran cocodrilo de mazapán, cerca ya de Navidades. En esa ocasión, tras oír lo que su sobrino le contaba, había dicho el tío Gabriel María:

–Me alegro de que conozcas a este chico, Tote, este joven socialista, ¡me encantará conocerle a mí también! Siempre digo que lo que nos falta a los de siempre, ya me entiendes, es no tener verdaderos amigos a la izquierda.

–¡Entonces, tío Gabriel, yo voy bien, porque del Tote soy muy amigo! También de Rafa Mazarrasa. Mazarrasa es el más amigo mío. Ese, al revés, es falangista, tres años mayor que yo o así.

–¡Eso es lo que siempre digo yo! ¡Que Falange y socialismo casan bien los dos, salvo que se líen a trompazos!

Era una bendición, pensó Alvarín en ese momento, que ese célebre tío carnal suyo, ese monárquico elegante famoso en todo Santander, tuviese a la vez tan buena vista en lo social. Alvarín, que era miope, tenía dividida, a la gente conocida, en de vista larga y vista corta. Queriendo decir que poder ver bien de cerca y a lo lejos a la vez,

forzosamente tenía que ser liberador a la larga y a la corta. Alvarín, en aquel entonces, no llegó, ni siquiera remotamente, a pensar en la palabra equidistancia. Eso es de antes de ayer. Pero sí pensaba, porque tenía amigos a ambos lados del dilema, que había que encontrar una manera de resolver los dilemas sin armarla. El otro gran tema del momento se había también enunciado en la familia: esta vez fue tía Rosa Caller, la casada con Gabriel Roiz de la Parra, quien declaró una tarde, con su habitual tono de voz, un poco titubeante:

–He tenido carta de Elvira, tu tía Elva, Alvarín, que está viviendo en Suiza. Me encanta Suiza. Me encanta ir. Me encanta porque en Suiza no hay pobres.

Alvarín recordaba que, en aquella ocasión, que era media tarde y tomaban el té, una prima suya, María Teresa Pombo, había exclamado:

–Pero, tía Rosa, ¿cómo puedes decir eso? Piénsalo si quieres, pero no lo digas, porque además no es muy cristiano. Siempre habrá pobres entre nosotros. Nuestro Señor Jesucristo es lo que decía.

Y la lucha ahora era entre ricos y pobres. También, y quizá ante todo, era entre ricos y pobres, por difusas y ambiguas e insuficientes que ambas palabras fuesen. En aquel entonces, el contexto las circunscribía con un muelle de acero, una radicalidad centelleante. Se prohibía el paso de una a otra.

5

Acaban de dar las doce en el reloj de los Jesuitas. Es el Ángelus. Alvarín sabe lo que significa: es la anunciación, la encarnación del verbo en la Iglesia católica. El laicismo, el ateísmo de su padre, como una niebla distante. Un sirimiri evocado a ratos sin querer como un paisaje familiar, una neurastenia difusa, hace que esta evocación de mediodía le parezca de pronto repleta a la vez de significación y de vacío: sabe lo que significa, y, a la vez, lo que significa no significa nada. Están sentados en un banco del paseo de Pereda, Rafa y Álvaro, viendo pasar la gente, los descansados y pacíficos viandantes del Muelle a mediodía con buen tiempo. Es un mediodía de marea alta. Y la conciencia de pleamar es una misteriosa sensación de plenitud en los puertos de mar. No es así como Alvarín lo vive todo desde que regresó a Santander. Una sensación de desalojo: la impresión de pertenecer a una familia y a una casa que a la vez se hallaba en pleno Santander, conocidos y reconocidos por todo el mundo, no era nadie: no había nadie, solo la juventud de su hermano Cayo y la suya propia como un malestar resbaladizo. No había tenido lugar ninguna anunciación venturosa. Solo una sensación de desalojamiento, precariedad. Había oído hablar de todos ellos, de todos sus jóvenes amigos santanderinos, como de una masa hidalga de señoritos sin empleo y empleados con sueldos inferiores a jornales. En aquel momento todavía le quedaba a Alvarín, como una exigua cuenta de ahorros en el Banco Santander, una remanente juventud, como una renta: un tiempo todavía incierto de vivir en la casa de su padre sin tener que emplearse o que ganarse la vida, un lugar y un tiempo todavía comprensible, adaptable a su desánimo. El desánimo venía a ser como una mala compañía, un compañero de costumbres licenciosas a quien se admira, y que, por eso, porque se le admira, hace que se imiten tímidamente sus insensatos gestos, sus insensatos gustos, sus aires de juerguista seguro de sí mismo. No ser un señorito ni un juerguista y querer, a la vez, parecerlo era ridículo. Era también desasosegante. Era también un comienzo en falso, una salida nula en una carrera de atletismo. Tienes que volver a la línea de salida y volver a empezar. Ese volver a empezar te desalienta. Volver a

Santander, todo aquel volver a Santander y a la casa paterna demediada, había sido una salida nula. Ser llevado a Francia, a Pau, volver a España, a Santander, no había sido una experiencia concentradora o enriquecedora, sino al revés, una desconcentración, una desorientación. En cualquier otro momento de la historia, para cualquier otro individuo de esa edad, esos comienzos repentinos y frustrados significan poco o nada. Así es como es la vida al empezar. Empiezas con mal pie y vuelves a empezar con buen pie. Se trata solo de prestar mucha atención y estar tranquilo. Pero aquel 1935 requería más concentración y seguridad y energía, mucha más de la que Alvarín era capaz de reunir en aquel momento y lugar, cualquier día de ese año. Ha sido una Navidad triste en casa. Sin decidirse ninguno de los tres a no reconocer que la Navidad es la Navidad. Y sin sacar los adornos navideños, que solo aparecieron momentáneamente en el comedor, el espumillón que Mercedes colocó en la mesa en la noche del veinticuatro al veinticinco. Los tres, Cayo, Álvaro y su padre, que se arreglaron para cenar esa noche, se sintieron incómodos a lo largo de toda la cena, una rica cena navideña, sin embargo, como todas las que Mercedes hacía. Lo que Rafa denominaba Falange resultó ser para Alvarín un refugio, un reducto acogedor y explosivo a la vez. Implicaba numerosas reuniones cerveceras con los camaradas en La Austriaca, pero también implicaba lo contrario: salidas agresivas contra los otros, los de La Zanguina, quienes fueran, los rojos. El único lugar seguro, en realidad, eran las palabras y las frases, la retórica falangista, que parecía, al oírsela a Manuel Hedilla o al propio Rafa Mazarrasa, alzarse por encima de todas las preocupaciones particulares, los defectos propios, las insuficiencias propias, para anclarse como un inmenso dirigible en el hermoso cielo de los ideales, los discursos, las palabras de los grandes tiempos en que el acontecer era aún visible. Alvarín no veía el gran acontecer universal ahora, sino solo el tictac acelerado de su corazón. Por eso en Falange estaba bien. Encuadrado ahí, en sus escuadras, tenía razón de ser su identidad desasosegada.

–¿Quién es pobre y quién es rico, Rafa, hoy día?

–Eso es una pregunta tonta, niño. ¿Qué eres tú? ¿Pobre o rico?

–Pobre.

–¡Anda ya!

–Lo digo en serio, soy pobre como mi padre es pobre, un pobre enfermo. Meningitis crónica. ¿Puede ser eso lo que tiene? Mi madre nos sentenció a los tres sin darse cuenta. Creyó, seguramente lo creyó de buena fe, que separarse de mi padre era lo corriente en este tiempo. Estamos en un tiempo de ángeles precipitados y automóviles veloces, más bello que cualquier escultura griega, más bello que la Victoria de Samotracia, dice no sé quién. Es un automóvil a cien por hora. Mi madre quiso la victoria y se desenganchó de nosotros, eso fue lo que fue. La victoria era París, la victoria era alta costura, la victoria era olvidarnos y dejarnos. La victoria era su santa voluntad, la voluntad sagrada de mi madre que, sin embargo, es imposible censurar, mi padre nunca lo hace, nunca la censura, porque transcurre toda en la inconsciencia, en una ignorancia esplendorosa de sí misma y de nosotros. Una santidad, la de mi madre, al revés, una endiablada santidad resplandeciente que la vuelve irresponsable, invulnerable, que nos ha dejado malheridos, sobre todo a mí. No podía soportarnos, no podía soportar la sociedad santanderina, no podía soportarnos a nosotros. Era veinte años más joven que mi padre. Dicen que mi madre decía, poco antes de irse, que una vez de vuelta del viaje de novios, metido el nuevo matrimonio en Santander, mi padre nunca más salió de la cama ni de casa con mi madre. Un recluso imaginario, un enfermo imaginario, un pobre enfermo verdadero...

–Falangista es lo que eres. Falange es tu familia ahora. Eso os cuesta, a lo mejor, la vida, pero lo que vivamos de aquí a la muerte será resplandeciente y no melancólico, y no enfermo, será puro y fuerte. Un automóvil a cien por hora.

–¡Alvarito, Álvaro, ven! Ven un momento...

–Estabas dormido hace un rato. Abrí la puerta un poco. Me pareció eso, que te habías dormido después de comer, una siestecita...

–No, no creas. Igual cerré los ojos sin llegar a dormirme...

–Me has llamado. ¿Qué querías?

–¿Además de verte? Quería verte otra vez.

–¡Anda, anda! ¡Que me tienes ya muy visto, papá! Siempre estoy aquí y lo sabes.

–No me debe de quedar ya mucho.

Fuera es el atardecer invernizo. Dentro las cortinas del dormitorio están corridas. Solo luce la lamparilla de la mesita de noche. Su padre, en la cama, en pijama, cubiertos los hombros con una toquilla de colores. En ese conjunto resalta la cabeza calva, la cara demacrada, la nariz aguileña. Una incipiente parálisis facial.

–¡Qué cosas dices! Los Pombo somos mala hierba. ¡Mira a tu esnobísimo hermano, ahí tienes ahora a tío Gabriel, hecho todo un marxista socialista anarquista, qué sé yo, comunista, ganando al póquer a todo el mundo en el Círculo de Recreo! Dice que los capitostes republicanos juegan mal al póquer, ya ves tú. Más Pombo que nadie, el tío Gabriel. Y encima del comercio de esta plaza. Al comercio no le pasa nunca nada. ¡Hasta los anarquistas tienen que comer y beber para ir frescos a la Confederación! ¡Ríete, papá! ¿A que tiene gracia tío Gabriel hecho un pollo pera con los rojos?

Su padre ríe, o, por lo menos, sonríe, y enciende la luz de la otra mesilla. Hay una pausa que Alvarín sabe que fue, en otro tiempo, la pausa de encender un cigarrillo. Ahora no hay cigarrillos. Lo que hay es más luz en la habitación con la segunda lamparilla y Alvarín se acomoda a los pies de la cama.

–¿Echas de menos a tu madre?

–No.

–¡No digas mentiras!

–No las digo. Sabes que no digo mentiras. Ni de niño. Me lo decías tú mismo.

–Ya. Pero es natural que te acuerdes de ella. Echarla en falta quizá no. Pero te acuerdas, ¿a que sí?, de ella.

–Acordarse no es echar en falta, papá. No en mi caso.

–¡Cuando nos dejó, yo la maldije!

–Lo sé. Sé eso por Mercedes, que te da toda la razón a ti.

–Nadie tiene toda la razón. Yo tampoco la tenía, supongo. La maldije. Deseé que fracasara. Deseé... No volver a verla. No hablar de ella nunca más.

–Lo sé, papá. Y nunca lo hacemos. Pero tú te acuerdas de ella, también tú.

–También tú.

–También yo, claro. Es una herida abierta.

–Entonces la echas de menos, digas lo que digas.

–No... Acordarse es otra cosa. No es un sentimiento, es una presencia que se va y se viene.

–Sí, es eso.

–No es ni una emoción ni una novedad, ni una sorpresa, ni un cargo de conciencia. Uno dice: ¡Ea, ahí estás! Y eso es todo. Ahí está y nadie la echa en falta.

–Ahí está, sí. Una presencia que maldije. Yo la amaba. No la quiero ya, pero la quise.

–¡Ella no nos quiso nunca! Ni tampoco quiso que la quisiéramos nosotros. El amor no fue su estilo. El amor es fastidioso, papá. Es una sensatez en el fondo, lleva tiempo, como entender algo, aprender algo de memoria. Mi madre quería salirse de la fila, de la sensatez, del fastidioso amor, dar el golpe, sobresaltar a todos con un gesto, un ademán definitivo. Me acuerdo muy bien de ella, papá, ya te digo. Era impulsiva, embalada, violenta, moderna. La más moderna creadora artística española. De París. Eso es al menos lo que se creía. Es una presencia, solo eso. Porque es imposible sentir ningún cariño: fue demasiado deprisa, acelerada, a través de todas nuestras vidas. Todos teníamos que darla cualquier perfil deprisa: mi hijo anarquista, mi hijo falangista, mi hijo carmelita descalzo, daba igual con tal de sacarlo a colación siempre del mismo modo. Mi marido neurasténico, mi marido veinte años mayor, mi marido arruinado, mi marido Pombo. Por eso se hacía llamar Ana de

Pombo, porque era un perfil señorial, una moda hace unos años.

–Acertó en eso de los Pombo tu madre. Disfrutamos de una cierta ilegitimidad en los años veinte y después. Una ilegitimidad heráldica, artística, combinada entre bromas y veras, con una legitimidad, eso sí, agraria, comercial, del comercio de esta plaza. Ana de Pombo sonaba de primera, casada y separada, eso fue para siempre, una Pombo.

–¿Sabes que tía Petronila está en la checa del comisario Neila?

–¡Dios! ¡Petronila! Pero si fue la más pelma y la más benefactora de todas las señoras de Santander. Hizo tantos favores a tantos. Y ahora denunciada en una checa. ¡Y yo aquí, Álvarito! Me da vergüenza estar enfermo.

Alvarín se deja inundar por la depresión paterna. Es su deber acompañarle a esa poza laberíntica, quedarse ahí con él el tiempo que haga falta. No es su deber darle consejos ni animarle especialmente, solo estar ahí todo el rato que pueda, sujetar con su mano derecha la mano derecha de su padre, una mano pálida, deshidratada, de enfermo. Ese deber que Alvarín siente que tiene apenas tiene contornos psicológicos: siente que es su deber filial. Pero antes que eso o por debajo de eso siente que siente el cansancio paterno, el desvalimiento, ese tener tan poco que decir en su defensa, tan poquísimo que censurar en la fugitiva esposa: hundirse en el desvalimiento de su padre, que fue en su día un buen partido, allá en los tiempos de los bailes de palacio, allá en los remotos tiempos de la Monarquía y los veraneos regios... Tiene que estarse ahí, lo más que pueda, con su padre, y sabe que no tiene que hacer nada especial, como no sea sujetarle la mano o ahuecar las almohadas. No es ni siquiera una obligación, piensa Alvarín, es lo que quiero hacer, como si solo queriendo su curación pudiese aliviarle y mejorarle la salud. Hacer lo imposible es posible en todo gran amor. Tan útil, tan inútil, como el propio amor, el desvalido amor: la valentía no consiste en estar fuera, al aire libre, a la intemperie, sino hundido en el fondo, acompañando a quienes se hunden en el pozo sin fondo de la mala suerte del desvalimiento. La valentía es abrazar la propia muerte como posibilidad antes de la posibilidad.

Y el caso es que fuera, a la intemperie, había excitación, había violencia, había peligro, y hacía sol en pleno invierno. Pero haberse apuntado a Falange no podía ser, para Alvarín, una escapatoria. En la primera línea del frente estaba también su padre enfermo, quizá lentamente moribundo a esas alturas.

6

Lo que más le gustó de Pedrueca, el local de las Jons santanderinas en aquel momento, fue pasar del nombre propio, Álvaro, con su diminutivo afectuoso, a su primer apellido, Pombo. Un apellido de combate. Pedrueca no le pareció a Alvarín una sede, sino un campamento. Y la abreviatura Jons, al descomponerla, de inmediato le pareció satisfactoriamente viril y belicosa: Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. Pombo, Alvarín, solo vagamente, sabía la historia de esa reciente fusión. Las Jons de Santander habían aparecido por primera vez en 1932. La ruta ascensional de esa agrupación había encallado a raíz de la fundación de Falange Española. Alvarín recordaba las cifras de ese año: doscientos afiliados Jons, frente a dos mil FE. Rafa Mazarrasa, que fue responsable de que Alvarín se afiliara a Falange, le había enviado, sin embargo, a un local de las Jons en Pedrueca, añadiendo:

–Lo de Pedrueca es de las Jons. Los guapos nos apuntamos a Falange.

A Alvarín le pareció una afirmación desvergonzada aquello. Un estúpido bromear con cosas sagradas. Que las Jons y Falange Española le parecieran, ya a esas alturas, organizaciones sagradas no se debía, en aquel momento, al contenido religioso católico de ambas organizaciones, sino a la imaginación fervorosa de Alvarín, del joven Pombo Caller. A su manera, Alvarín era consciente de que lo que él confusamente consideraba religioso era lo poéticoreligioso. No el convencional catolicismo de su familia. La tumultuosa familia Pombo, la original familia de las Caller Donesteve: sus tías, tía Rosa, tía Carolina, tía Elva, y su madre, Ana, Anita. Ellas también, las cuatro hermanas, eran también convencionalmente religiosas. El catolicismo en aquel entonces no se discutía: era en España, en el norte de España, lo consabido, lo aceptado, parte integrante de toda una clase social, la alta burguesía del momento. El catolicismo, sin embargo, no le parecía poético a Alvarín, sino ritual, ritualizado. Parte indispensable de los rituales festivos en las Navidades o en Semana Santa, indiscutible, sin duda, y a la vez inane. A esas alturas del nuevo siglo XX, la voz profética de su fundador, Jesús de

Nazaret, se había apagado encarnándose en la Iglesia católica institucional. Es cierto que esa Iglesia, a partir de la instauración de la República en España en 1931, había sufrido agresiones formidables. Se habían quemado iglesias. Se había perseguido a los creyentes. Esto, que en sí mismo era terrible, le parecía a Alvarín casi lo mejor de todo: le parecía la gran renovación de los mártires. Recordaba una frase que había oído en Francia: «La Iglesia católica no necesita teólogos, sino mártires, no necesita teólogos, sino santos.» Los mártires, los santos, los guerreros de la fe, estos podían convertirse, y se habían convertido de hecho, en los héroes y heroínas de su imaginación político-poética. El imaginario de Alvarín a los diecisiete era muy vivo y a la vez muy segmentado o muy parcial. Se alimentaba de héroes y de hazañas bélicas, héroes militares, héroes religiosos: no había lugar –aunque a la vez sí que lo habíapara la vida cotidiana. Lo cotidiano tenía que ser a la vez lo extraordinario. ¿No habían sido extraordinarios los fundadores de su propia familia? ¿No había sido extraordinario don Juan Pombo con todas aquellas tres fragatas y aquel bergantín que desplazaba ciento sesenta y una toneladas de registro y que hacía el viaje de Santander a Cuba llevando harinas? Sus antepasados Pombo habían sido comerciantes, sí, pero comerciantes heroicos con sus fragatas y sus bergantines y sus velas desplegadas. Y existía, en la conciencia de Alvarín, una palabra, sobre todo un término a la vez envenenado y fascinante: extraordinario, lo extraordinario. El propio chaval tenía que reconocer que esa idea le venía de su madre, de Ana Caller, que había hecho de su propia vida un extraordinario espectáculo. Su madre era detestable, la peor mujer del mundo, la esposa despegada, la madre despegada, y a la vez era extraordinaria, incomparablemente extraordinaria: había una contradicción aquí obvia, patente, idiota a la vez. Sintiendo las garras de esa interna contradicción, Alvarín se sentía a sí mismo idiota y genial y original a la vez: lo nuestro, lo mío. No es en el fondo sensatez, sino locura. A mi madre la llamaban de joven «niña loca», se murmuraba a sí mismo. Y había a la vez, junto a lo extraordinario positivo o salvaje, lo extraordinario negativo, lo mortuorio, lo enfermo, lo fúnebre: su propio padre tumbado en la cama a los cincuenta y cinco años, con el aspecto ya de un hombre viejo, un viejo prematuro, una vejez paralizante y prematura y amada. Alvarín pensaba que su padre tenía que ser protegido y amparado, en su extraordinario estar enfermo y en su fragilidad, de

aquel otro extraordinario largarse a París de su madre y organizar la alta costura y bailar sus raras danzas con las castañuelas, las grandes gesticulaciones a lo Isadora Duncan. Lo extraordinario artístico, expresionista, injusto y supramortal, frente a la mortalidad y la fragilidad de la enfermedad de su padre en casa, en Gándara 6. De ahí que Alvarín necesitase en 1934 respirar un aire puro que estuviese de verdad limpio de contradicciones, libre de atascos y de paradojas: un aire imperial de escuadra, de movimiento juvenil, un ardiente amor militar en aquella célebre frase de Primo de Rivera: Amamos a España porque no nos gusta. Alvarín se sentía identificado con esa frase: amo a España y el Santander que me agobia y disgusta. Amo a España porque no me gusta, esa era la gran revolución espiritual, la gran empresa de las juventudes falangistas y jonsistas.

Alvarín tenía dos espacios: se trasladaba de uno a otro con una cierta deliberación, como quien hace sonar el timbre de una puerta de entrada o repica un picaporte dos veces consecutivas ligeramente espaciadas entre sí, para indicar que es él quien llama y no cualquier otra persona. Entrar en casa o salir de casa no coincidían del todo con esos dos espacios, ni tampoco estar fuera de casa o estar dentro. El ejemplo más singular de esos dos espacios que Alvarín consideraba propios y únicos era, por un lado, Falange, que era el exterior puro, la intemperie perfecta, y por otro lado estaba su conciencia reflexiva, que era, frente a Falange, un interior puro, una estancia sin puertas ni ventanas. A diferencia de Falange, que era un exterior crecedero, su conciencia era un interior decreciente, una amenaza de cerrazón. Al apuntarse a Falange se había apuntado al aire libre, a la decisión pura, a la dureza pelada de la cima de Peña Cabarga. Lo crecedero estaba ahí. Lo decreciente, por el contrario, estaba en su conciencia de sí mismo, donde se arrebujaba como bajo las mantas y las sábanas al meterse en la cama, donde se resguardaba y escondía de la intemperie, donde se permitía estar más a gusto que fuera. De ahí que evitara sus adentros, su interior, y frecuentara aquellos dos años, 1934 y 1935, los campamentos y las residencias y los bares de Falange Española. Pasaba largos ratos con su padre enfermo: almorzaba con él y se quedaba hasta media tarde. Inmediatamente después salía de casa, como quien se desabriga o se remanga para emprender un trabajo que requiere desenvoltura física. Ese vaivén le había hecho olvidar

bastante –o mucho– a Elena. Es cierto que en la esencia de la figura de Elena se contenía la obligación de olvidarla: no hacerlo así, tenerla demasiado presente en la conciencia, hubiera sido una notable falta de delicadeza espiritual. Elena estaba en casa porque tenía un empleo en casa. Era la doncella. La conciencia de que ese era su empleo, que Elena era sirvienta de su padre, fue haciéndose más aguda a medida que pasó de la niñez, los diez, los once años, a su juventud, los quince, los dieciséis. De niño podía dar un beso a Elena, de joven no debía hacerlo. Pero, a la vez, Elena seguía siendo la misma chica guapa, la montañesa espigada y guapa que siempre había sido, tan agradable de tratar, tan fácil de tratar. Permanecía en el interior de la conciencia de Alvarín, circundada por el aura de una esencial y legítima distancia. ¿Qué más podía pasar? ¿Qué más podía no pasar?

–¡No me haces ya ni caso, niño! Entrar y sales y me miras y me hablas como si no me vieras ni me oyeras. ¿Te das cuenta de eso?

–¿Eso a qué viene, Elena? ¿A qué viene eso?

–Viene a que cada día te fijas en mí menos. ¡Me gustabas más cuando te fijabas en mí más!

–¡Pues mejor así! ¡Cuanto menos caso me hagas, más mejor! Más caso harás al Rubio, que es tu novio.

–¡Pues mira, lo que acabas de decir no lo dirías antes, ni lo pensarías ni siquiera!

–Es que los dos somos mayores ya. Más mayores.

El caso es que Elena tenía razón. A fuerza de quererla querer y querer no quererla, porque esa era su obligación, Alvarín había acabado por emborronar a la chiquilla sin proponérselo. ¡Una fatalidad de las preocupaciones ascéticas del chico!

Se le ocurrió que «fatalidad» no era una palabra falangista, porque contenía una raíz de resignación. Falange era ya –o sería muy pronto– un destino elegido, frente a resignación, elección de una vida personal. Era esta idea de destino elegido lo que le había apartado, en el fondo, de Elena, porque Elena se le presentaba

imaginariamente como un destino cautivo, capturado, encerrado en su propia casa. No, ciertamente, por culpa de Elena, que se ganaba la vida con ese trabajo, sino porque, al coquetear con ella, se aprovechaba de que Elena estuviese a mano y fuese, en cierto modo, fácil de alcanzar. ¡Claro que le gustaba, claro que la quería! Pero la respuesta de Elena no podía ser auténtica si procedía de una situación como la que ahora tenía de servicio. Tenía que ser Elena libre para poder quererle. Elena había elegido al Rubio, y eso sí era una elección voluntaria –otra cosa es que el Rubio fuera o no adecuado para ella–. Falange estaba reñida con la insustancialidad de un flirteo con Elena. Y el caso es que, en verdad, el destino de Elena, su buena o mala suerte, era equiparable a su propio destino, el de Alvarín, que aquellos años parecía irse decantando, sobre todo, por su participación activa como militante de Falange.

De Falange le había venido, en muy poco tiempo, un sentido de extraordinaria severidad, seriedad. Tenía que estar ahí, vestir la camisa azul era estar en pie, estar alerta, estar en guardia. A toda costa había que evitar las casi inevitables superficialidades que todo comienzo de un amor contiene.

7

Allá, en aquellos tiempos, las cartas lo eran todo. A simple vista, ya una carta cuyo remitente se anunciaba en su letra. Gruesas cartas pasadas de peso, con sus delicados sellos nacionales y extranjeros, y sus matasellos agrupados en ángulo a la derecha del sobre. Entre recibir la carta y abrirla había un enigmático espacio maravillado a veces, ceñudo otras veces porque se adivinaba que su contenido no nos complacería demasiado. Había las cartas de un disimulado amor, las más emocionantes. Cartas encabritadas también, verbosas y furiosas, las peores. Los PomboYbarra no eran de cartearse y las Caller tampoco, a excepción de tía Rosa, que se carteaba con sus sobrinas suizas o francesas. Ni los telegramas ni los ordenadores personales de hoy en día, ni siquiera el teléfono, han superado jamás el enigma emotivo –positivo y negativo a la vez– de aquellas cartas. Escribir cartas, además, comprometía a los corresponsales, al receptor, al remitente, al empleado de Correos, que participaba guiñando absurdamente un ojo al entregar la carta, como si al cartearse las personas revelasen inevitablemente un secreto, lo más secreto de sus almas.

Alvarín acaba de recibir carta de su madre. La descuidada letra de su madre, que da lugar a un correo abultado pero infrecuente:

Alvarino querido, mi amor:

Retrasadísima esta carta, mi sol, que la tengo empezada hace un mes. Aquí estamos como locas tu tía Elva y yo montando Elviana en un local de la Place de la Madeleine. Una casa de modas, un local muy sencillo que resulta muy moderno, piso blanco y negro, cortinas blancas, sofás negros, la tienda abierta al público es pequeña, sin mostrador. A veces se apilan ahí las telas. Es un sitio acogedor, ahí hacemos la vida, almuerzos a base de baguettes y queso y un té frío. De mí no te hablaré, más no te hablaré, tienes que saberlo, pienso mucho en ti y en Cayito, pero sobre todo en ti, mucho más sensible que Cayito, más como yo, más artista, aunque tú te veas más como boxeador, como gimnasta,

deportista, yo te digo que eres pura sensibilidad, como la mía, una explosión continuada de amor a la belleza, nosotros eso somos. Te tengo que comentar una cosa que ha pasado que lo he sentido muchísimo, muchísimo, Alvarín. Tu tía Rosa ha hablado con tu tía Elva por teléfono contando que tu padre está imposible con su locura, que la tiene, y encima te tiene de enfermero a ti, metido en casa, que es lo que le gusta, meterte en ese piso horrible, en ese horror de Gándara, que solo acordarme del esquinazo del ultramarinos y vosotros encima justo, que el salón da justo encima, ese horror, con lo que fueron los Pombo, lo que es ese espanto de Santander, las calles de atrás, las desclasadas, que tuvo que meterse en ese piso al vender Campogiro. Tú eres, Alvarín, un santo, y no te fijas, pero os tiene ahí tu padre encerrados como me tuvo a mí con la dichosa Mercedes, que fue la doncella de mi suegra antes de casarnos, y se vino con nosotros de ama de llaves al casarnos, malmetiendo todo lo que puede contra mí, lo peor que puede. Y lo que siento es que, por no llevarle la contraria, tú le des a tu padre la razón en todo, para que no se ponga como un loco a la menor cosa que una dice, y es siempre contra mí, eso me dicen. Eso, al saberlo, me ha dolido mucho, por lo injusto, incomprensivo y maldad que eso supone. ¡Tú sabes, Alvaruco, que yo me atreví a hacer lo que muchísimas, la mayoría de mi edad, ni se atrevieron ni soñaron con hacer, buscar la libertad, el propio talento desarrollarlo hasta una cúspide en vez de guardarlo bajo el celemín, como en Santander hay tantas que ni huelen el arte ni lo entienden! Aquí te tengo que dejar, Su Majestad la Reina y la duquesa de Lécera, figúrate que acaban de llegar y que no hay sillas en que sentarlas a ninguna de las dos. Así vivimos.

Un beso de tu madre, que te adora.

Esta carta desmadradamente escrita, piensa Alvarín, es mi madre palabra por palabra. Desde el almuerzo con té frío y el pan y el queso hasta la gran visita, discretísima a la vez que grandiosísima, de la Reina de España en el exilio y la duquesa de Lécera, acompañándola de dama de honor y de servicio esa mañana: ahí está toda la esencia de mi madre, la moda, la baguette, la duquesa y la colección de pamelas negras y amarillas, mi ultramoderna madre, vendiendo inconsciencia y salud al todo París. Y el caso es –Alvarín no puede menos que reconocer esto– que estas cartas leídas en

Gándara 6, sin decírselo a su padre, ni falta que hace decírselo, ¿para qué?, suenan divertidas, horriblemente bohemias y frívolas en este Santander republicano con todos los milicianos victoriosos y amenazadores, chateando en la puerta de los bares de Puertochico.

Querida mamá:

Tu larga carta, que mucho te agradezco, estando tan ocupada como estás con tu nueva tienda de la Madeleine, no me ha gustado demasiado, la verdad. A la vez me ha divertido, mamá, y disgustado, las dos cosas. Te veo ahí en Elviana, sin tan siquiera sillas para la Reina y la duquesa, y me hace gracia, y a la vez te siento resentida con nosotros, con Mercedes y sobre todo con papá, y eso es injusto. Allá vosotros lo que pasó entre vosotros. Pero a mí me angustia que lo resientas tanto todavía. Al fin y al cabo te saliste con la tuya. Y de papá te aseguro que no sale delante de mí nunca una mala palabra contra ti. Está empeorando su salud y el padecimiento que tiene trastorna la cabeza, dicen, cómo no. Las personas sanas como tú y como yo no entendemos el malestar de los enfermos. Así que, por favor, no me hables en tus cartas con resentimiento de tu marido, que es mi padre. No sé quiénes te andan yendo ahí con chismes y mentiras sobre papá y nosotros. ¡Hasta con Mercedes tienes que meterte! En esta casa, sin Mercedes, no sé qué haríamos nosotros. Santander está difícil estos días. Por las calles andamos desalados todos. Las izquierdas, las derechas, los señoritos y los rojos, los obreros que están todos parados. Parados estamos todos, pensándonos con odio, enfrentándonos a navajazos y a tiros en Las Farolas y en el Muelle, y en eso estamos sin descanso. Piensa eso cuando pienses en nosotros, en papá y en Mercedes y en Cayito y en mí. Y a quien sea que te hable de nosotros mal, que seguro que tía Rosa no es, le mandas a la mierda de mi parte. Te deseo de corazón que tengas mucha suerte con la alta costura tuya de París y las duquesas. Nosotros aquí estamos, hechos un lío y enfrentados los unos con los otros y aborreciéndonos en Santander. No nos aborrezcas tú también, que a ti, aquí, en Gándara 6, no te aborrece nadie. Te deseo suerte con tu nueva tienda.

Un beso,

Álvaro

Cuando termina de escribir la carta es media tarde. Tiene que llegarse hasta Correos para echar la carta una vez puestos los sellos. Se le ocurre telefonear a Rafa Mazarrasa, aunque esa tarde no han quedado en verse.

–El señorito Rafa no está en casa. –Es la voz de Ramón, que suena en el teléfono oficial, como si las idas y venidas del señorito Rafa fueran idas y venidas de mayúscula importancia.

Ramón es de la edad del chófer de su padre. Hacen pareja los dos en las partidas de mus las tardes libres.

–Le diré que ha llamado usted, señorito Álvaro –dice Ramón–. Sigan ustedes bien, usted y su familia.

Al salir, Alvarín se da una vuelta por La Austriaca a ver si anda Rafa por ahí. O no ha llegado o se ha ido ya. La gente de La Austriaca está revuelta. Y de algún modo, piensa Alvarín, acuartelada. La Austriaca cobra, a estas horas de la tarde, un aire fogoso de cuartel. Alvarín se encamina Muelle arriba, hacia Correos. A medio camino se encuentra con Rafa. Rafa le acompaña a echar la carta. Los dos vuelven paseando lentamente por las calles de atrás. Pasan frente a una taberna ruidosa llena de milicianos.

–¿No crees tú, Alvarín, que, como falangistas y como cristianos, tenemos la obligación de entrar ahí y predicarles que Cristo es el camino, la verdad y la vida? Di sí o no.

–No, no lo creo. Lo primero que con el alboroto no te oirían. Y si te oyesen, te rompen a botellazos la cabeza, ¡y harían bien!

–¿Ah, sí? ¿Estás de parte de esos bestias?

–Sabes que no. Pero también sabes que haríamos el ridículo.

–¿No será que nos entraría miedo? ¡Igual nos está entrando a los dos miedo, niño!

–¡Pues seguro que sí! A estas horas la verdad es que no me siento vigoroso, no mucho, ni buen falangista ni buen cristiano, más bien

acobardado, la verdad es esa. Preferiría entrar en otra tasca y beber una cerveza en paz.

–¡Lo que son las cosas, yo también! Es lo que haremos. Y que conste que ni eres cobarde, ni eres mal falangista, ni eres mal cristiano. Somos valientes los dos. Te lo pregunté en broma. Valemos más vivos que muertos ahora mismo. Venga lo que venga. Eso es como hay que estar ahora, a lo que venga.

–¡A lo que venga, Rafa, a lo que venga, sea lo que sea! Una cosa es defender lo que crees verdadero y otra cosa es provocar.

–Eso es verdad, Alvarín. Me estoy volviendo un provocador puñetero.

Hubiera sido una pelea absurda. Hubiera sido una provocación. Sin duda el miedo a que les rompieran la cara los milicianos fue parte del asunto. Aun suponiendo que hubiese sido un gesto valiente provocar la pelea, ¿no hubiese sido a la vez una temeridad ridícula? Tal y como está la situación en Santander ahora, con la victoria del Frente Popular, no hace falta ni siquiera pensar en la situación global de España para entender dos sentimientos que se oponen: por un lado, la necesidad de conllevarse con los que son ideológicamente contrarios, por otro, la imposibilidad de hacerlo con éxito en las presentes circunstancias. La posición del tío Gabriel María, un monárquico de toda la vida, un conservador, sin duda, que ahora intima o finge intimar con los gerifaltes republicanos, no acaba de parecerle a Alvarín del todo bien. Pero a la vez tampoco del todo mal. Su propio padre le ha hablado muchas veces de la posición de Canalejas, el presidente del Gobierno asesinado por el anarquista Manuel Pardiñas en la Puerta del Sol en Madrid en 1912: Canalejas era un modelo político a imitar, a juicio de Cayo Pombo Ybarra. Se sentía reflejado en el talante contemporizador de ese gran político socialista. Su padre insistía siempre en contraponerle a don Antonio Maura, con su celebrada «santa intransigencia». Entendía Maura que Canalejas no renunciaba a una táctica de apertura a la izquierda. Y Antonio Maura consideraba esa actitud como una entrega de la Monarquía a las fuerzas oscuras de la revolución. Alvarín había dado muchas vueltas a la defensa de Canalejas que hacía su padre. «Nuestros diversos juicios acerca de la situación de España», solía decir, parafraseando a Canalejas,

«aparecen irreconciliables, y, sin embargo, tenemos la obligación de reconciliarlos sin que se decolore nuestra significación política o se mermen nuestros convencimientos doctrinales.» Que su padre volviese una y otra vez a este viejo debate político de 1912 le parecía a Alvarín perfectamente pertinente ahora, en 1935, y a la vez la fórmula perfecta para una confrontación armada.

–¡Cualquier confrontación con la izquierda que contenga violencia, aunque solo sea puñetazos, es ya la guerra civil, Rafa!

–¡En eso estamos, claro! Es la guerra civil, sin más. No creo que ni tú ni yo debamos hacernos la más mínima ilusión de lo contrario.

Desde el mismo momento en que Alvarín contó a su padre que se acababa de apuntar a Falange, su padre le llamaba a la menor cosa «falangistón» y niño reaccionario, o, a ratos, integrista irreconocible en una familia liberal como la nuestra. Y Alvarín, que tomaba esa reacción de su padre como lo que era, como una manera de tomarle el pelo, la tomaba también como una manera de recordar algo que él le había enseñado antes: que ser católico y tener incluso, como el propio Canalejas, una capilla católica en su propia casa, como tío Gabriel y tía Rosa tenían en La Cavada, era perfectamente compatible con no ser de derechas y con no ser integrista. Y, una vez más, Alvarín vivía en dos mundos, el exterior, falangista, de Rafa Mazarrasa, que él mismo también había elegido, y el interior, escéptico, crítico, socialdemocrático, abierto a lo inseguro y a lo discutible, la honorable posición de Canalejas, según su padre. En resumidas cuentas, que ser moderadamente de izquierdas, casi como en secreto, le parecía a Alvarín aquel año una virtud, algo que sin embargo tenía obligación de disimular y no profesar abiertamente para no traicionar a sus valientes compañeros de Falange. A todo trance había que sobreponerse, estar en todo y con todos a la vez. Conciliar a los irreconciliables, superar creadoramente las contradicciones que toda posición política o dogmática conlleva. Era una situación ardua para un chaval de esa edad, que no tenía nada de cobarde, que solo era meditabundo, reflexivo y, sin saberlo él mismo, valiente de corazón.

8

Alvarín era uno más. Afiliado a Falange Española en octubre de 1934, había acabado, en el 35, con dieciocho, formando parte de la primera línea de Falange Española en Santander. Esa primera línea de Falange santanderina formaba una centuria que no llegaba a cien. Ser uno más de esa centuria, esa primera línea, le parecía a Alvarín honor y dignidad de sobra. Le permitía, además, acogerse a un relativo anonimato, de tal suerte que tener que dar con frecuencia un paso al frente no le convertía automáticamente en un falangista de renombre o famoso o glorioso. Solo en uno más. Un camarada más.

Con eso de la primera línea, Alvarín se veía ahora como un auténtico falangista interior. Tan interior, entregado y recogido como lo había sido el introspectivo Alvarín de la casa paterna. Alvarín se sonreía pensando en los dos lados de su manera de ser, tan extraño a veces se sentía ante sí mismo a causa de esta como duplicidad, que lo había comentado con Rafa Mazarrasa.

–¿Sabes, Rafa? ¡A veces pienso que no doy el tipo en Falange!

–¿Qué quieres decir con eso?

–No lo sé bien del todo. Supongo que quiero decir que debo de parecer un poco raro: miope, gafoso, en primera línea, ¿no vengo a ser un poco como un chiste?

–Eres corto de vista, desde luego, tienes que usar por eso gafas, por eso eres gafoso, pero a la vez estás fuerte como un toro. Boxeas mejor que ninguno de nosotros.

–Quizá sí, pero ahora no hace falta boxear tanto.

–¿¡Cómo que no!? ¡Dentro de nada nos abriremos paso en Santander a puñetazo limpio, y si no, al tiempo!

–Eso es mamporrerismo, Rafa. La dialéctica de los puños y las pistolas famosa en el fondo es mamporrería.

–En el fondo es valentía. Y en la forma también. ¡Hay que dar la cara; si te la rompen, mala suerte!

A diferencia de su atrevida y audaz madre, la loca y audaz Ana Caller, la más pequeña de las cuatro hermanas Caller, la discípula predilecta del maestro Granados, la mala madre, Alvarín solo había logrado volverse un chico fuerte –a los diecisiete ya era un chaval fuerte de estatura media y hombros anchos–, pero no era audaz. La audacia implica un cierto grado de irreflexión. El atrevimiento requería un cierto grado de inconsciencia. En alguna parte había leído o había oído contar que José Antonio decía de sí mismo que se exponía con facilidad al peligro porque era de reacciones lentas. Una lentitud anímica frente a la vivacidad de Alvarín era ideal para andar por Santander aquellos años y pelearse con unos y con otros.

Amar es sentirse acogido. Sentirse acogido, para que sea un impulso creador, tiene que contener una gratitud desplegada en el tiempo. Desde la gratitud de un crío que piensa en su madre y en su casa cuando las cosas se ponen feas en el colegio hasta la gratitud de un chaval de la edad de Alvarín tiene que haber una continuidad, sin rupturas. Si hay rupturas puede haber admiración por un personaje. Rara vez se había sentido Alvarín acogido en casa. Y eran más bien Mercedes, Elena, Paco y su propio padre enfermo quienes dibujaban la imaginaria casa imaginaria, quienes contenían la ternura, como quien hace un regalo con naturalidad, sin darse importancia. Disfrutando con la mera acción de regalar algo a otro sin pensar en los posibles retornos. Todo ese tejemaneje de la admiración y el amor, de la ternura y el no sentirse amado, funcionaba todo a la vez –sus conceptos, sus imágenes– en la conciencia que Alvarín tenía de Ana, su madre. De ahí que se preguntara con frecuencia –ya que quererla propiamente no la quería– si, al menos, admiraba la inmensa desenvoltura materna. ¿Es admirable la desenvoltura? Todos hemos admirado a personas desenvueltas, resueltas, pero a la vez las hemos situado fuera de nosotros, por cercanas que sean, por muy de la familia que sean. Ana, su madre, era una joven madre de su época. Su talento artístico, como ella misma lo llamaba, consistía, sobre todo, en estar de moda, amar la moda en que se estaba en aquel momento, y era una moda formidable: lo había sido, en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en la década anterior, los felices veinte, y ahora, en los años treinta, en España y

también en Francia, también, muchísimo, en Roma, en Italia, con el Duce, estaba siendo la moda, la actualidad, para personas tan desenvueltas como Ana Caller, la única identidad posible, el único horizonte animoso posible. Pero, fatalmente, el horizonte familiar distaba mucho de ser animoso. Era hermoso hacerse fotos artísticas con su elegante marido envejecido y sus dos hijos vestidos de marinero. Era hermoso pasearse por Campogiro, pero era maravilloso, sobre todo, poder dejar de sopetón todo ello y pasar la tarde y buena parte de la noche en el Tenis o, por supuesto, en Palacio. El irse y entregarse a aquella actualidad, a aquella moda, a los nuevos amigos que disfrutaban de su juventud y su dinero. Todo el revuelo aquel era lo verdadero y lo profundo a diferencia de lo que quedaba en casa, que era, en su innegable profundidad lárica, hogareña, accidental, y, por decirlo así, susceptible indiferentemente de atención y desatención a la vez y bajo el mismo aspecto. Por eso los niños estaban bien en el extranjero haciendo deporte y aprendiendo lenguas vivas, y su marido Cayo estaba bien en casa mirando, melancólicamente, a través de los cristales de la ventana, las calles de atrás que habían sustituido a las risueñas vistas de Peñacastillo y el fondo de la bahía de Santander, las cincuenta hectáreas de Campogiro en cuesta que habían tenido que vender para mantenerse en primera línea de la actualidad y de la moda. Perdido aquel paraíso inicial que no había tenido continuación y que más valía olvidar. En su calidez agropecuaria y provinciana, era un aburrimiento. Ana nunca había dicho ni pensado «¡Familias, os odio!», como André Gide, pero sí había pensado y dicho «¡Provincias, os odio!», lo cual venía, al final, a ser lo mismo.

La conciencia reflexiva de la propia vida –el sentirsese queda en nada a veces. Una pujante dejadez se agazapa en nosotros. ¿Vale la pena seguir?, nos preguntamos, abrumados. Aparecen entonces dos tendencias opuestas. Una, deslavazada, quizá germinalmente valiente, pero también caediza. Otra, lujuriosa, que es casi toda negación: ¿no da igual lo que yo haga? Nada esencial depende de mí. O bien: yo soy lo único esencial y es obvio que soy inesencial, melancólicamente insignificante. En ambos casos el ánimo parece insustancial, iluso. Y el desánimo, en cambio, sustancial, lo verdadero.

Alvarín había alcanzado de pronto –le había llegado de repente– ese nivel de autoconciencia que nos anima a consentirnos el desánimo. Como si el desánimo fuese una pulsión más noble que la acción. En algún sitio había leído Alvarín que ese desánimo, que produce una sensación de vergüenza propia, se convierte con facilidad en desvergüenza tan pronto como consentimos la complicidad de los desánimos. Y la inacción parece más noble que la acción. Al fin y al cabo, ¿no son las almas bellas las almas retiradas que desdeñan toda acción y se mantienen contentas con lo poco, administrando su poquedad céntimo a céntimo? Toda acción parece de pronto excesiva, estrepitosa y noble. Alvarín no era un pensador ni un teórico. Solo era sensible y estaba acostumbrado a analizar sus sentimientos. Pero esos análisis tendían con frecuencia a volverse circulares, eran laberínticos, y como en los laberintos dar con la salida, al cabo de intentarlo durante un buen rato, empieza a ser cansado, se nos ocurre sentarnos en el suelo, a la sombra del laberinto, sin pensar en la salida. No encontraré nunca la salida, pensamos, me moriré de inanición. Lo de la inanición Alvarín no lo pensaba, porque, a pesar de las melancolías, tenía muy buen apetito, disfrutaba mucho con los guisos de Mercedes, con los tés en casa de tío Gabriel y tía Rosa. Pero sí se sentía, a temporadas, sin salida. Él mismo se daba cuenta de que no encontraba la salida porque tampoco buscaba la salida. En esas temporadas, lo laberíntico de su conciencia se volvía lo sustancial. Y se sentía un mal falangista. Esto lo comentaba al principio con Rafa, pero había dejado de hacerlo porque ahí Rafa era obstinado: se obstinaba en no entender que uno pudiese sentirse de pronto sin salida, enredado en sí mismo, por muy en primera línea de Falange Española que estuviese. Para Rafa, en un principio era la acción, y la salvación era la acción. Y Falange Española en aquellos años, 34, 35, proporcionaba acción de sobra. Rafa provenía de una familia expansiva y práctica. Y Alvarín también, pero con su padre y la separación de sus padres se había detenido el movimiento, la acción. Lo insidioso de la enfermedad paterna fue mucho antes de declararse agresivamente: el infinito cansancio, la dejadez y una especie de aceptación de la propia decadencia. La misma frase la había oído muchas veces en casa en boca de su padre: «Hemos venido a menos los Pombo. Cuando hemos querido recordar, estábamos en el menos ya del todo.» Era un comentario trivial y a la vez describía la realidad de la situación. Alvarín contemplaba a su

padre esos días laberínticos de Santander con una sofocada compasión exánime. Y comparaba, desasosegado, a su padre con su madre, a la vez detestándola y creyendo entenderla: Ana no había venido a menos, desde luego. Y recordaba Alvarín que justo el otro día, la semana anterior en casa de tía Rosa, tía Rosa había comentado con tía María Teresa, mientras Alvarín las escuchaba apagado:

–La verdad es que yo no tendría el valor de hacer lo que hace Anita: irse a París a montar una tienda de modas. ¿A quién se le ocurre? Solo a ella. Como bailar como una profesional en un teatro. ¡Si no sabe bailar! ¡Solo gesticula! Está haciendo de mayor lo mismo que hacía de pequeña con nosotras. Gesticulaba con la cabeza y con los brazos delante de todas y decía que bailaba. Y mi madre le reía la gracia.

El comentario de tía Rosa era, por así decirlo, desapasionado: no era un juicio de faltas ni tampoco era una exaltación de su hermana pequeña. De algún modo solo era un comentario estupefacto. Y mientras la oía, Alvarín contraponía, escandalizándose a sí mismo, la dejadez paterna con la soltura materna, la melancolía paterna con la resuelta y agreste voluntad de vivir de su inquieta y cascabelera madre. Y entraba, sin querer, como resbalando, a hacer un juicio de valor sobre ella, un juicio positivo: mi madre fingía ser lo que no era, y a fuerza de fingirlo acabó siéndolo, o pareciéndoselo a todos: directora de alta costura, bailarina, escritora, casi cualquier cosa que pudiese transformarse en gestos, gesticulaciones y reuniones sociales. Que este juicio le pareciese al chico a la vez justo e injusto, adecuado e inadecuado, era parte del laberinto de su conciencia en aquel momento de su vida. En la inacción, todas las salidas de todos los laberintos adensaban sus bojes hasta anegar de verdor oscuro las salidas, al dejar sin salida a las salidas de la conciencia reflexiva y laberíntica. Una frase que le venía una y otra vez a la memoria a Alvarín era esta, sacada de un fascículo publicado en Valladolid sobre el fascismo: «El fascismo aísla y separa de sus filas a los inadaptados que tienen una necesidad constante de crear dificultades, de elevar objeciones, que no pueden vivir sin sembrar a su alrededor la discordia: a los egocentristas que se consideran como el eje del mundo, que sienten la necesidad de intervenir en los asuntos más diversos con tal de

satisfacer un prurito de notoriedad.» ¿Soy yo mismo un inadaptado?, se preguntaba Alvarín. Si Rafa me viera tal y como realmente soy estos días de laberintos, quizá se sintiera en la obligación de rechazarme por ser un mal falangista. ¿No soy yo un egocéntrico, estos días que me considero el eje del mundo? No tengo, ciertamente, un deseo excesivo de notoriedad: eso es lo que mi madre tiene o tuvo. Pero yo sí siento un afán melancólico de huir y recogerme en mí mismo y convencerme de que ningún esfuerzo político, exterior, vale la pena.

9

–Necesitarías un padre animoso, Alvarito. Uno igual que yo, si quieres, pero un repuesto, que no se sintiese siempre tan cansado. Un padre que tuviese la cabeza bien. Aunque tuviese el cuerpo mal. Un padre mutilado mejor que un medio loco como yo... ¡Es lo que tu madre dice que yo soy, que estoy loco!

–¡Bueno, ya la conocemos! A mamá ya la conocemos. De loco tú tienes lo que yo, papá, o sea, nada. Otra cosa es que te encuentres mal...

–Con gusto fumaría un pitillo.

–Fumamos un rubio entre los dos, ¿qué te parece?

–Me parece bien. Mejor medio pitillo contigo que diez yo solo.

Las tardes de lucidez de Cayo Pombo no guardan apenas relación con nada exterior. Dependen casi solo de las idas y venidas de su padecimiento. Sus dolores de cabeza, las jaquecas, que le dejan como un náufrago en una playa, pasmado de haber llegado a tierra y a la vez con gana de charlar. Esas tardes en casa estaban llenas de significación para Alvarín. Una significatividad creciente que quizá era ilusoria, pero que se correspondía con la decreciente inteligibilidad del exterior de Santander aquel mismo año. Charlar al buen tuntún con su padre aprovechando los buenos ratos daba mucho de sí: Alvarín recordaba luego las conversaciones y, gracias a esos recuerdos, lograba equilibrar la sensación que en las calles tenía de hallarse a la vez seguro e inseguro. Una tranquilidad amenazada de continuo por unos y por otros. Hablar así, al buen tuntún, era en aquel momento un lujo. En casi todas las casas se hablaba ahora de lo que pasaba o no pasaba, de lo que se temía que pasara o llegara a pasarle a cualquier miembro de la familia. Nadie se sentía del todo a salvo y, sin embargo, Santander resultaba todavía, en la superficie, igual al Santander de siempre, soleado o lluvioso, tranquilo y descansado. A diferencia de Bilbao, que Alvarín había visitado con su padre un par de años atrás, donde se

tenía una sensación de tráfago y de actividad intensa, en Santander se tenía, en los primeros años de la juventud de Alvarín, un sentimiento insular, como si Santander, debido en parte a su especialísima ubicación geográfica, fuese más una isla que una parte de la Península Ibérica. En Santander, en los Jardines de Pereda, en El Alta, uno se sentía retardado, entretenido, remansado, como si el tiempo abrupto de la confrontación se hubiese disuelto de pronto, mágicamente. Esos últimos dos años, tras su llegada de Francia, Alvarín había vivido, incluso dentro de Falange Española, abrigado por la bonhomía, la ingenua seguridad santanderina de que nada sucedía más allá del propio encanto que la ciudad ofrecía a sus habitantes. Y esa sensación se repetía ahora al hablar con su padre al buen tuntún, como peloteando contra una pared antes del partido de tenis que jugarían en breve en serio. Hablar sin calcular mucho lo que dices, como un paseo en el que vas andando por andar, sin proponerte ir a ningún sitio, y mientras paseas ves las vistas, los paisajes que se deslizan alrededor tuyo, como los sedosos peces de un enorme acuario.

–Santander es una ciudad acuario, ¿no te parece? Nos deslizamos por las calles de Santander como peces de colores...

–¡Sí, sobre todo tú, Alvarito, tan guapo y tan fuerte, tan al tanto de todo lo que pasa...!

–Lo que está pasando en Santander, ahí afuera, ahí abajo en la calle, no es muy tranquilizador que digamos, papá. Viene a ser como un recorte, una imitación de lo que está pasando en España, en Madrid, que nadie tolera a nadie que no sea de su cuerda porque todos tenemos toda la razón, unos contra otros. Santander es una imitación borrosa de España, una provincia borrosa, la mejor provincia de todas las provincias...

Los dos creían esto último a sabiendas de que creerlo era en gran medida una gansada. Cuando padre e hijo se reunían a hablar, como esa tarde, se iban volviendo más y más santanderinos cada vez, como si ser de Santander de toda la vida y sentirse mejor en Santander que en ningún sitio fuese una idea platónica, una perfección absoluta que los humanos solo a tientas alcanzan a contemplar de una sola vez del todo en ocasiones privilegiadas.

Hablar por hablar les ponía de buen humor a los dos. Valía la pena esforzarse por sacar ese lado de su padre. El lado del buen humor, con su mordiente Pombo, su buena mala leche, como Alvarín lo llamaba, y que disipaba lo sombrío, el pesimismo, y que adquiría, a ojos de su hijo, una comicidad como impostada, un exagerado asombro ante las cosas de la vida que las volvía de algún modo excepcionales. Uno de los temas favoritos de Cayo Pombo esos días eran las andanzas sociopolíticas y culturales de su hermano Gabriel María. Así que Alvarín intercaló en un momento de silencio:

–¿Sabes lo último de tío Gabriel, papá?

–Lo último último no. ¿Qué ha hecho esta vez?

–¡Pero, papá, si ha sido estrepitoso! ¡Lo ha sacado El Diario Montañés con todo lujo de detalles!

–Ya sabes que no leo los periódicos. ¡Y mira que es lástima, porque yo he sido aficionado a los periódicos, los leía todos, los de aquí y los de Madrid! Tú lo sabes.

–Lo sé. Y los periódicos ingleses también leías.

–Bueno, ¿qué ha hecho tío Gabriel? Cuéntame.

–¡Ha presentado la dimisión del Ateneo de Santander!

–¡Pero hombre! Pero ¿cómo ha sido eso?

–¡Pues ahí está la gracia! En cómo ha sido. Ha publicado en El Diario Montañés una nota con motivo de su dimisión de presidente y la elección de directiva. Y ahí, en esa nota, hace un recuento autobiográfico, por si todavía queda alguien en Santander que no supiese de qué va...

–Todos sabemos de qué va mi hermano. Es cierto que todo el mundo lo sabe. Lo más glorioso de los Pombo Ybarra santanderinos es él. Lo más genial. Entonces, ¿qué ha pasado?

–En esa nota que te digo del Diario recuerda a los ateneístas que el Ateneo de Santander lo fundó él hace veinte años y que ha sido el ininterrumpido presidente todos esos veinte años menos dos, en los

cuales dejó el cargo voluntariamente por entender que la confianza puesta en él por los socios debía tener un límite para dar entrada en la presidencia a nuevos elementos más capaces que él...

–¡Seguro que lo dijo eso, pero seguro que no lo cree! Esa seguridad en sí mismo de mi hermano Gabriel es admirable. Él es el más capaz: él mismo lo cree a pies juntillas. Eso es admirable y es a la vez cómico. Es imposible no respetarle y no quererle cada vez que sale con estas gallardías, con estas altanerías vanidosas.

–Pues verás, al parecer dimitió porque se empeñó en conceder la tribuna del Ateneo al destacado sindicalista don Juan García Oliver. Don Juan García Oliver, papá, como sabes, es un notorio dirigente de la Federación Anarquista Ibérica. Un anarquista como un piano. Y tío Gabriel estaba empeñado en invitarle, y con razón, porque entendía que la tribuna del Ateneo es y tiene que ser neutral. Ha declarado tío Gabriel que, en estas excepcionales circunstancias de España, los ateneos de las provincias, todas, tienen que cumplir la altísima misión que les está encomendada, siendo así lo de atender a todas las ideas políticas para su exposición doctrinaria, y estima como intangible el fuero de la libertad de su tribuna.

–Tu tío Gabriel ha sido excelso en eso siempre: meterse de cabeza en todos los jardines. Y resulta que en vez de liarse la manta a la cabeza, como suelen hacer los metepatas, tu tío Gabriel lo hace al revés: se mete fríamente en el peligro con la cabeza clara y convencido de que tiene toda la razón y dispuesto a dar todos los argumentos. Eso hace de él un valiente. El más valiente de todos mis hermanos, sin duda.

Era evidente el efecto benefactor que la anécdota había surtido en su padre. Alvarín está encantado. Siempre ha seguido con la misma intensidad y entusiasmo que esa tarde las andanzas de su hermano y siempre le han parecido a la vez arriesgadas y valientes. En este caso la valentía consiste en enfrentarse a un Ateneo conservador, como el Ateneo de Santander. Con todo lo monárquico que fue tío Gabriel, nunca fue conservador. Tampoco fue republicano. Tampoco fue primorriverista. Pero, sin embargo, defendió a don Miguel Primo de Rivera cuando le echaron. Estuvo imparcialmente con todos y con ninguno. Estuvo en su puesto. Fue valiente. Y, de paso, tuvo gracia. Tener gracia le parece a Alvarín esa tarde, y también a

su padre, el colmo de la sabiduría, el comportamiento más puro y más limpio: tener gracia, estar lleno de gracia.

10

–¿De veras crees que sabes qué es lo tuyo, quiénes son los tuyos? ¿No se te ha ocurrido eso nunca?

El Tote ha adelgazado mucho. Hace meses que no se ven. Acaban de encontrarse en Puertochico, por el lado de Corcho. Alvarín había salido a dar una vuelta con idea de llegarse hasta la Magdalena, quizá sentarse un rato en la playuca de los Peligros. Los dos se alegran de verse. Y los dos se muestran cohibidos. La agitación política de Santander les ha afectado a los dos, aunque quizá no tanto como ambos piensan. El Tote, que siempre va deprisa a todas partes, se acomoda al paso más lento del Alvarín. Caminan lentamente al lado de la escollera. Pasan delante de Pompeyo. Esa zona es muy salvaje, se ven solo algunos chalets encimándose sobre el paseo de la playa. Ese lugar agreste tan próximo a la ciudad, tan próximo a Puertochico y al Muelle, es parte muy intensa del imaginario aventurero de Alvarín. Ahí puede sentirse achicado y rodeado por la naturaleza, la maleza, el roquedo. Hay un gran desnivel entre este paseo por la orilla de la bahía y lo alto del paseo que lleva al Sardinero. En aquel entonces parecía aún un lugar deshabitado, repentinamente como a mil leguas del centro urbano, del cual, sin embargo, se halla a menos de un kilómetro. De primeras no se le ocurrió ninguna respuesta a la pregunta del Tote. Se repuso enseguida y contestó:

–Bueno, no sé. Tú eres de los míos. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Te acuerdas de las urrias?

–Claro.

–Entonces éramos amigos y enemigos a la vez...

–Entonces, como ahora, ¿no?

–¿Como ahora?

–Tú en Falange y yo al otro lado, enfrente. No es igual del todo. Sabes que no.

–El sitio es el mismo. Hemos sido niños los dos a la vez en el mismo sitio: Puertochico, las dos plazuelas, la Dársena, los botes amarrados ahí, las parejas que vienen de pescar sardina, que van llegando una tras otra al atardecer, el Sardinero...

–El sitio sí, el sitio es el mismo. Nosotros no.

No están discutiendo la identidad de cada cual ni la identidad común. No están ni siquiera discutiendo. Alvarín tiene la sensación de hallarse al borde de un terraplén peligroso. ¡Tantas veces saltando de roca en roca en los acantilados del faro, cara al mar Cantábrico! La sensación de peligro se diluía en la sensación de plenitud corporal. Pero ahora, al hablar con el Tote, siente algo parecido a aquel saltar en el vacío de roca en roca. Rebusca en su cabeza una imagen, una frase que les reúna a los dos, que clausure el repentino abismo.

–Los dos somos amigos de Rodolfo Díaz, mira.

Rodolfo es igual para los dos. La nueva estrella del boxeo cántabro. De los dos ídolos de la afición boxística santanderina, Rodolfo, 70 kg, y Amador, 78 kg, Rodolfo Díaz era el favorito. No era verdad que hiciese trampas. De pronto el boxeo pareció un lugar neutral y acogedor donde reunirse.

–Te vi el otro día en Cabezón de la Sal. En el discutido combate de Rodolfo y Amador.

–Pero, hombre, ¿cómo no me saludaste?

–¡Ibas mal acompañado!

–Iba con Rafa. Tú le conoces a Rafa. Y con otros dos.

–Falangistas...

–Sí, ¿y qué?

–Que son mala compañía. Señoritos con señoritos, sois. Sé yo más de ti que tú de mí. Y sé que eres de ley, eso sí lo sé. Pero a la vez del Muelle, un señorito del Muelle y de La Austriaca...

–¡Dios, Tote, qué mamonadas dices!

Discutieron los dos si había habido o no golpe bajo de Rodolfo a Amador. La carta de Amador Rodríguez del 24 de junio declarando que era falso que hubiera estado cinco minutos caído en el ring, puesto que rápidamente del golpe bajo se repuso y estaba dispuesto a continuar el combate tan injustamente arrebatado. Era esta una discusión reconfortante que les separaba de golpe a los dos del laberinto político en que se debatían. Y era un laberinto porque, no obstante la toma de partido que cada uno de los dos había hecho, derechas, izquierdas, lo cierto es que no había entre los dos abismo alguno. Venía a ser como si el ambiente, la circunstancia política, la exterioridad, la intemperie estableciesen círculos cerrados en torno a cada uno de ellos, círculos que era imposible traspasar, desbaratar. La inflamación política en aquel momento segregaba toda confianza juvenil entre los dos, agostaba los recuerdos, fueran muchos o pocos. Agostaba la hermosa ciudad donde los dos vivían y les implicaba a los dos en una confrontación sin límites, en un combate cuyo indeterminado número de asaltos acabaría con la muerte. Alvarín contempló de pronto a su amigo y se detuvo:

–Tote, tú y yo no vamos a romper las amistades por puñeterías políticas, ¿a que no?

–No lo sé, camarada, no lo sé. Ahora no es como antes: no estamos ya libres de asociarnos con quien nos cae naturalmente bien. No estamos libres de amar o desamar a unos o a otros. Esto es una lucha final. Desapareceremos y nuestros afectos se borrarán con nosotros. O ganamos o nos ganáis. Y hay que tomar partido. Y los dos lo hemos tomado. Sé que es duro de aceptar. Yo lo acepto. ¿Lo aceptas tú también?

–Me pides que acepte el absurdo.

–Claro. Absurdo es todo lo que hay. Lo único que nos queda por hacer es aceptarlo.

El encuentro con el Tote entristece a Alvarín. De pronto tiene la sensación de que el punto de partida de los dos, en esa conversación, a la vez queda más acá y más allá de la política. ¿Qué quiere decir más allá de la política? Más acá está la niñez de los

dos, la primera juventud de los dos, la buena amistad de esa época, las urrias. ¿Y más allá? Más allá hay un trasfondo que no suena a cosa política. ¿A qué suena ese trasfondo, ese más allá, que se ha revelado, como sin querer, en su encuentro con el Tote? Suena a religión. Alvarín piensa que eso no se le ha ocurrido a él, sino que lo ha leído en algún sitio. La frase era: «En el fondo de nuestra política encontramos siempre la teología.» Era cierto, si se pensaba en ello, que en los discursos y los artículos de Primo de Rivera salía con frecuencia una encendida defensa de la fe católica. Una defensa que se refería no a la tradición española o a las costumbres, sino, de algún modo impreciso, a la religión en general. En casa de Alvarín no se hablaba de religión, ni de la católica ni de ninguna otra. Su padre, Cayo Pombo, era agnóstico. En alguna ocasión había declarado: «No sé si es verdad que la religión sea el opio del pueblo, lo que sí me parece cierto es que la religión pretende enseñarnos más de lo que puede enseñarse razonablemente, que Dios existe, que el alma es inmortal, que hay una vida eterna después de la muerte, todo eso me parece indemostrable.» El agnosticismo de Cayo Pombo se reducía básicamente a eso, aparte, por supuesto, de un elegante escepticismo pesimista que contrastaba con el optimismo de su hermano Gabriel María. El pesimismo paterno no era contagioso, pero sí era, en opinión de Alvarín, un asunto a tener en cuenta: ¿qué podía saberse con seguridad más allá de los límites de la razón? El problema teórico no le preocupaba. Pero, en la práctica, en el agnosticismo había una cierta impiedad. Como un envaramiento. Una rigidez que sorprendía a Alvarín en el carácter melancólico pero bondadoso de su padre. ¿Qué era lo que se había interpuesto entre los dos, el Tote y él mismo, aquella tarde de paseo? No tanto, pensaba Alvarín, un concepto, como una poderosa decisión: tú eres un señorito y yo no, ni lo soy ni quiero serlo. De haber continuado la conversación, Alvarín hubiera, con toda seguridad, declarado que él tampoco era un señorito. Y, sin embargo, eso era inexacto: sí es verdad que pertenecía a una clase, la clase social acomodada que cabía oponer a la clase obrera en su conjunto. Alvarín conocía los términos de esa oposición: la burguesía frente al proletariado, los dueños de los medios de producción frente a los trabajadores... No era del todo un asunto de ricos y pobres. Se podía ser un señorito pobre y seguir siendo un señorito, es decir, miembro de una clase privilegiada aunque uno de sus individuos no disfrute de ningún privilegio en particular. Ese es

mi caso, pensaba Alvarín. El Tote tendría que haberse dado cuenta de que en mi caso da igual que yo sea un señorito o no, porque no tengo, que yo sepa, privilegio alguno. Aquella tarde, al sentarse como otras tardes en el cuarto de su padre, sacó esta conversación. Y su padre le sorprendió diciéndole:

–¿Cómo que no tienes privilegios? ¡Claro que tienes privilegios, hijo! Tienes, por ejemplo, tres personas de servicio en esta casa. Todo un servicio doméstico organizado para que no tengas tú que hacer las comidas, fregar los platos, limpiar el polvo, dar cera al suelo, salir a hacer la compra.

–¡Pero yo les quiero mucho! Les quiero mucho a los tres, a Mercedes, a Elena, a Paco, ¡no son sirvientes míos!

–¡Hombre, niño, sí que lo son! Están a sueldo tuyo. Nosotros les pagamos por servirnos.

–Entiendo lo que estás diciendo, papá. ¡Sería idiota si no lo entendiera! Lo que no veo es la dificultad. Suponte que un amigo mío viene a vivir a esta casa. Le instalamos en el cuarto de huéspedes y él nos paga una cantidad por el alojamiento. Si se quedara un tiempo considerable, desde luego nos pagaría una cantidad por alojarle. ¿El hecho de que nos pague implica que no puede ser amigo nuestro?

En la conversación había salido la conocida expresión «servicio doméstico». Su padre había dicho:

–Sin el servicio doméstico, una casa como la nuestra se hubiera venido abajo. Sin Mercedes y Elena y Paco acabaríamos tú y yo no siendo ni familia. Estamos unidos porque ellos nos sostienen.

–De todas maneras, papá, a mí me dolió que me clasificara así, los señoritos con los señoritos, dijo.

–Verás, tal como yo lo veo, ha habido una infección de la palabra señorito a causa de una deformación real del comportamiento de los hijos de padres acomodados, que se aprovechan de su cómoda situación y no dan palo al agua: es lo que llaman el señoritismo ahora. Tengo entendido que tu héroe falangista, tu José Antonio

Primo de Rivera, se ha ocupado de ese asunto muchas veces en sus discursos. El defecto no está en una denominación, señorito, para designar a los hijos de los señores, eso es una costumbre más o menos inocua. Lo que es malsano es un comportamiento holgazán de los hijos de los propietarios, que se sienten aureolados por la propiedad que sus padres crearon o mantuvieron. Señorito es una manera anticuada, a la española, de traducir el master británico. El señoritismo, en cambio, es una lacra de nuestra sociedad acomodaticia y perezosa. En eso le doy razón a Primo de Rivera.

Era reconfortante oír a su padre hablar así. Entrando a pie firme en temas de la actualidad, dando muestras de conocer a los políticos del momento. Ahora no parecía enfermo, sino solo delicado de salud. Lo malo no era tener que cuidarle, sino pensar que su salud se deterioraba inaplazablemente. Así que Alvarín bendijo, después de todo, al Tote por haber sacado un tema puntiagudo que había dado lugar a una conversación sustancial con su padre.

Tendría que buscar al Tote y volver a hablar con él de todo eso. Ahora es hora de hablar, decidió Alvarín aquella tarde. Y no solo de hablar entre nosotros, con mi padre, con Rafa, conmigo mismo, es la hora de hablar con quien se parece a nosotros como el Tote y, sin embargo, está contra nosotros. Ahora es la hora, para mí al menos, de salir afuera, de hablar, de reconocer a mis iguales, por distintos que parezcan, por contrarios que parezcan. ¿Cómo va a ser el Tote, a quien conozco de toda la vida, un contrario mío? ¿Cómo va a ser el Tote enemigo mío, si le conozco de toda la vida?

Esa tarde Cayo Pombo contempla a su hijo Alvarín de un modo nuevo: a la luz de un presente enfurecido, cuyos ecos alcanzan, apagados, su dormitorio, el dormitorio conyugal vacío, que esos últimos años ha ido como deslizándose hacia una habitación de enfermo. A ratos, algunos días, algunas temporadas, Cayo no se siente enfermo, solo desanimado, cansado. El regreso de los chicos a casa, en especial de Alvarín, que lleva ya casi dos años con él, le reanimó mucho: pensó que quizá podía aún serles útil a los dos, a Cayito y a Alvarín, aunque fuese solo charlando con ellos a diario. Cayito resultó ser el más inquieto de los dos, también el más sociable. Con su hijo mayor, Cayo Pombo tenía la sensación de que no tenía gran cosa que hablar, como si estuviera perpetuamente

distraído el chico, muy inquieto, muy activo, muy presumido. Con muchas más habilidades sociales que su hermano menor. Alvarín se había ido volviendo el hijo preferido, aunque solo fuese porque era el que más tiempo pasaba con su padre. Y los ecos que llegaban hasta su dormitorio, los incidentes santanderinos cotidianos, se sucedían bruscamente ahora, como los golpazos discontinuos de un albañil o un carpintero que martilleara discontinuamente en algún lugar del inmueble. Cayito se cambiaba de ropa dos o tres veces al día para jugar al tenis, para salir a almorzar o tomar el aperitivo, para irse a bailar hasta tarde por la noche en cualquier parte. El único cambio indumentario de Alvarín fue aparecer de pronto con la camisa azul de Falange. El azul mahón de la prenda tenía un aire obrero y militar a la vez. Le sentaba bien a su hijo. Le hacía gracia verle. Pero, a su vez, la idea de que se hubiera afiliado a un movimiento de extrema derecha –esa fama tenía ya Falange esos añosle inquietaba porque Cayo se consideraba a sí mismo un demócrata y un republicano de corazón, parte minúscula en Santander de una izquierda republicana. El partido de don Manuel Azaña. Cayo contempla a su hijo Álvaro esa tarde a la luz de lo que cree que está pasando fuera, en la calle, en Santander, en España, en Roma. Y, a la vez que lee en El Diario Montañés noticias sobre el fascismo español, lee descripciones de las juventudes de izquierdas que le sorprenden. La población exhibía la uniformidad nueva del desaliño, la suciedad y el harapo. La raza parecía más morena porque los jóvenes guerreros se dejaban la barba, casi siempre negra, y los rostros se ensombrecían. La juventud de izquierdas le parecía a Cayo Pombo reminiscente de las barricadas revolucionarias de un siglo ya dejado atrás, el siglo XIX. Veía a los santanderinos ir y venir por Gándara. Mucha gente incurría en la uniformidad del andrajo por miedo de parecer acomodada, sobre todo si lo era aún o lo había sido. La juventud politizada se exhibía por las calles de Santander disfrazada militarmente, con aires militares los unos, con aires proletarios y desarrapados los otros. Y es curioso que, en la conciencia de ese hombre avejentado antes de tiempo, recluido en casa, abandonado por su mujer, esa progresiva separación de la juventud en dos grandes bloques, uno militar, ordenado, otro antimilitar, desordenado, representara el principio de una contienda donde sobrarían las conversaciones y las palabras y toda la inteligencia que sin embargo había dado lugar precisamente a esos posicionamientos. Tolerancia, virtud primera

de los republicanos, nosotros no predicamos la guerra civil, nosotros no queremos más guerra que la guerra política y legal, políticamente desenvuelta entre los ciudadanos, lo primero, tolerancia escrita y practicada. Lo más difícil de meter en el espíritu y en los hábitos de los españoles. (...) Es falso, falso en su texto y falso en sus consecuencias, que la República haya perseguido ni quiera perseguir jamás en España a ninguna profesión religiosa. Falso.

Cayo Pombo contempla a su hijo menor embutido en su camisa azul como en un disfraz. Esa idea del disfraz hace sonreír a su padre. Alvarín le pregunta por qué sonríe y su padre le contesta:

–Me hace gracia verte vestido de faccioso. Me hace gracia tu aire militar. Estás más serio ahora, hijo, que has adoptado los símbolos de Falange.

–Los símbolos son interesantes, papá. El fascismo italiano es interesante. Ha reanimado toda Italia. Pero aquí, en España, donde, desde luego, es menos nutrido o menos fuerte, es más significativo, más expresivo, creo yo, de la juventud que tu republicanismo de izquierdas, papá, si me permites que lo llame así...

–¡Permitido, desde luego! Es el nombre que le da Azaña a su propia organización política, izquierda republicana. ¡Ojalá todo se quedase en una representación!

–¿Qué quieres decir con eso?

–Quiero decir que ojalá os quedaseis todos, tus amigos de izquierdas, tus amigos de derechas, en representar los lados hipotéticos de España. ¡Pero llegaréis a las manos! ¡La dinámica de toda esta representación acabará siendo la confrontación armada! Y yo temo eso por ti.

–¡Papá, no te preocupes! ¡Dejará esto de ser Santander al fin y al cabo! ¡Santander queda a trasmano, aquí nunca pasa nada!

–¡Ojalá se olviden de nosotros, sí! ¡Pero lo dudo! Durante años, la complejidad y las dificultades de España estaban como reprimidas o sofocadas. Todos nosotros aparentábamos desconocerlas. Como dice

don Manuel Azaña, sin embargo, él mismo lo dice claramente, la República, al romper la ficción en que vivíamos, ha sacado a la luz las realidades españolas sofocadas. Y no ha podido ni dominarlas ni atraérselas. La República necesitaba un discurso tranquilo, conversación política y no confrontación política. Pero nadie tiene gana de hablar ya, solo de gritar. Todos tienen ganas de pelea, tú el primero, hijo.

–Papá, no te preocupes por mí. No está pasando nada en Santander que no podamos controlar. A mí mismo, además, que lo sepas, es a quien menos va a pasarle nada, porque estoy a bien con los dos lados. Un poco como tío Gabriel María. Tengo amigos a ambos lados. Yo me paseo por el medio tan campante...

–¡Ojalá sea así! Discúlpame, lo malo de las enfermedades no es que nos hagan sufrir. Un dolor de cabeza es con mucho preferible, por fuerte que sea, mil veces preferible, al miedo al futuro, al temor a lo que pueda pasarte a ti, más a ti que a nadie, precisamente porque vas andando por el medio. Te llevas bien con los dos lados. Eso puede acabar mal, fastidiándoles a cada lado por su lado. Tú me entiendes...

–¡No va a pasar nada de eso! Yo tengo más mano izquierda de la que tú crees. Y, mira, al fin y al cabo, todo esto solo es como una fiebre, un espasmo político. Es verbal, es todo verbal, como una función de teatro...

–¡Ojalá se quede en eso! Si tan solo, como dice Azaña, pudiéramos quedarnos en los segundos términos, si los españoles pudiéramos quedarnos en los perfiles indecisos, paladeando la gradación de los matices, si pudiéramos ser estetizantes y tranquilos, pero esa no es nuestra moral, el español es violento, arrollador. Bajo la desidia, la pereza, el desdén, dormita la iracundia despótica. Somos intransigentes, intolerantes...

Alvarín se da cuenta de que su padre tiene razón, digamos que en última instancia. En el veloz y voluptuoso transcurso del tiempo santanderino de esos dos últimos años, repleto de incidentes, repleto de provincia, de minucia y de universalidad, todo en uno, Alvarín tiene la impresión de haber sido trasladado de un punto del espacio a otro, del pasado al presente, a saltos. De un salto se ha

apuntado a Falange. De un salto está planeando –si cabe expresarlo así– reunirse de nuevo con el Tote para discutir eso de la República, la Monarquía y la República, lo que haga falta, de un salto. Confía en saltarse la letalidad cada vez mayor de las peleas y los enfrentamientos. De un salto confía en seguir vivo y acompañar a su padre, de charla con él tarde tras tarde durante muchos años más. Por mucho que todo cambie, nada cambiará en Gándara 6. Al final, piensa Alvarín, todos somos de aquí, nos reconocemos de aquí, tenemos el sabor de la tierruca, republicanos y facciosos, acabaremos todos yendo a pescar juntos frente al Sardinero... Tenemos un alma naturalmente democrática. Anima naturaliter christiana. Anima naturaliter republicana.

11

¿Qué hay detrás de este Cayo Pombo Ybarra de 1934 y 1935? ¿Qué pasado hay presente en él? Rara vez los hijos imaginan el pasado de sus padres, su juventud. Rara vez los hijos, por mucho que a los diecisiete o a los dieciocho años se asemejen en el carácter o en lo físico a sus padres, están en condiciones de imaginarles jóvenes todavía, metiéndose en política o estudiando carreras o yéndose de viaje o enamorándose. Alvarín no es en esto una excepción. Para Alvarín, su padre y su madre son parte de un presente circunscriptivo y prescriptivo. Ese presente que sus padres son no llega muy lejos en la vida de sus padres, aunque sí en la suya propia, en la vida de Alvarín. De ahí que sea posible quererlos mucho, como Alvarín quiere a su padre o admira a su madre –sin quererla demasiado–, y no reconocerles sin embargo en su pasado, que, sin embargo, prescribe en gran medida el presente de Alvarín y el presente de su propio padre.

Resulta curioso pensar en el Cayo Pombo Ybarra de 1900 a 1910, entre sus veinte y sus treinta, los años de antes de casarse. En 1900, a los veinte años, Cayo Pombo era muy poca cosa por sí solo: era el hijo de una familia santanderina distinguida, con distinguidas conexiones bilbaínas por parte de su madre, los Ybarra. Era un distinguido joven burgués que se disponía a estudiar ingeniería agrícola en Barcelona. Era, digamos, un Hans Castor montañés. Entre la familia Buddenbrook y la familia Pombo, en esos años, hay solo la gigantesca diferencia española, el problema español, que diría Azaña. Dos grandes familias de finales del XIX y principios del XX que coincidieron en ser comerciantes de grano. Es inevitable comparar el destino de esas dos familias en su decadencia, es decir, en los años anteriores a la guerra de 1914. La similitud debe detenerse aquí. No es probable que Cayo Pombo haya leído Los Buddenbrook, de Thomas Mann. Solo se trata aquí de subrayar una analogía española de una familia imaginaria alemana.

Hay un personaje político español, Manuel Azaña, coetáneo de Pombo Ybarra, que fascinó a Cayo Pombo, contemplándole primero desde su provincia de Santander, tan confortable, tan burguesa, y

después desde la creciente presencia pública de Azaña en el contexto político español de la época. La vida de Azaña le interesó a Cayo Pombo porque, coincidiendo en el tiempo con la suya, resultó ser justo lo contrario. Entre el gran parlamentario y orador político que Azaña acabó siendo en 1935, y el distinguido propietario y rentista santanderino que era por esas fechas Cayo Pombo Ybarra, hubo una sola conexión profunda: la admiración que Pombo sintió desde muy joven, desde que oyó hablar de él, a los veinte años. Quizá esta admiración que en ocasiones somos capaces de sentir por figuras lejanas, aunque contemporáneas, sea uno de los signos más claros de nobleza espiritual, se trata de una admiración pura, laboriosa, concentrada, que no se dispersa en elogios públicos y que no alcanza siquiera a ponernos en contacto con el personaje público admirado: es solo admiración, celebración interior de la grandeza y la gracia de un escritor o un deportista o un político. En el caso de Cayo Pombo, esta seria y profunda admiración por Manuel Azaña le condujo a examinar su particular opción política, su republicanismo, el sentido profundo de las convicciones políticas de ese intelectual alcalaíno, que a sus treinta años ya pronunciaba en la inauguración de la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares un brillante discurso sobre el problema español. ¿Cómo es posible inhibirse tanto como Cayo Pombo Ybarra se inhibió en su vida política, en su vida social santanderina, en su matrimonio con Ana Caller Donesteve? Uno tiene la impresión de hallarse ante una desconsoladora inhibición provinciana, ante la desangelada vida de un pobre hombre rico, que hubiera dicho Unamuno de haberle conocido. ¿Qué se interpuso en la vida de Cayo Pombo Ybarra entre él mismo, su sí mismo, y su vida pública, tan discreta y apagada? Su inhibición, sin duda. También su posición económica, que le situaba claramente en la clase conservadora, en la alta burguesía de su tiempo, en su propia clase social. ¿Por qué no se afilió a la izquierda republicana, al republicanismo militante y audaz de esa ilustrada izquierda española? ¿Le dio pereza, sintió miedo, se sintió ridículo e insuficiente ante el paso revolucionario que hubiera sido para un señorito como él unirse tan vehementemente al destino de la izquierda española de su época? Un santanderino de la edad de Alvarín, un primo de Rafa Mazarrasa, Ramón Bustamante Quijano, ha dejado un extraño patético recuerdo de un responsable político anarquista, el comandante del Alfonso Pérez, que se reunía con un grupo de falangistas presos y, mirando fijamente al frente, se

preguntaba en voz alta por qué la CNT y Falange Española no se habían unificado por aquel entonces.

Ah, la Monarquía fue vistosa. Daba lugar en las conciencias a una película de cine mudo que elevaba a estampas los últimos años del XIX, los primeros años del XX. Y que en Santander parecen a la vez florecer, agostarse y florecer de nuevo, en un completo veraneo regio. El padre de Alvarín, Cayo Pombo Ybarra, podía tomar el pelo a su hermano Gabriel María por su impenitente monarquismo, su devoción monárquica al Rey y a la familia real, llamarle cortesano e ironizar sobre el monarquismo, con más o menos mala idea, a sabiendas de que Gabriel, tan seguro siempre de sí mismo, lo tomaría todo a beneficio de inventario. Se ejercitaba pues Cayo, a costa de su hermano, en un republicanismo guasón que no le impedía considerarse a la vez sinceramente republicano y liberal, y tolerante también con un régimen que consideraba caduco. La Monarquía hereditaria le parecía a Cayo Pombo una institución arcaizante, sustituible, incompatible con la energía republicana. La Iglesia católica, en cambio, le parecía más grave asunto al padre de Alvarín. Era una jerarquía intrusiva, adoctrinante, omnipresente, con frecuencia todavía inquisitorial, a ratos positivamente agresiva y obtusa.

Cayo Pombo no pensaba, en 1932, en la muerte, porque la República había abierto de par en par el futuro de España. Esta idea de abrir España de par en par le parecía a Cayo Pombo, en aquellos primeros años de la República, una imagen elocuente: se había reanimado el parlamentarismo, las Cortes, el sufragio universal. No hacía falta pertenecer a un partido. Bastaba con dejarse arrastrar por aquella nueva impulsión política, integradora, que había arrinconado a don Alfonso XIII y su Monarquía hereditaria. A Cayo Pombo le parecía que su bisabuelo, don Juan Pombo, fallecido en 1889, hubiese sido un entusiasta republicano en 1932. Su republicanismo no había alcanzado, sin embargo, ese punto en el que es acción política. Venía a ser, en aquellos primeros años, como una esperanza excesiva cuya imagen nos rejuvenece gratuitamente. De ahí que la noticia de que los representantes en las Cortes por la provincia de Santander habían invitado a don Manuel Azaña a un acto propagandístico en Santander le llenara de satisfacción y alegría.

El discurso se iba a pronunciar el 30 de septiembre de 1932 a las once de la mañana en el Teatro Pereda. El presidente Azaña llegaría a Santander el día anterior, el 29, por la tarde. Se había organizado una recepción en el Hotel Royalty a las ocho de la noche. Mientras se arreglaba cuidadosamente para asistir a la recepción del 29, Cayo Pombo pensó, mientras se sujetaba la corbata de seda negra con un pasador con una perla, que se sentía demasiado excitado. Una alegría republicana, pensó, no sabiendo bien del todo en qué consistía ese entusiasmo, excepto por comparación con lo que había sentido la gran muchedumbre el 14 de abril de 1931 al declarar la República en Madrid. Aquella muchedumbre que se había agolpado, desbordando la Puerta del Sol, sintiéndose juveniles, exultantes, liberados después de la Dictadura de Primo de Rivera. «Por fin llegamos al poder nosotros, los de abajo, el pueblo español.» Don Cayo Pombo Ybarra era demasiado guasón para considerarse a sí mismo pueblo español sin más, ojalá lo fuera, pero sí se consideraba un burgués republicano sincero. El discurso de don Manuel Azaña iba a tratar de los partidos políticos y el pueblo. La coalición republicano-socialista. La federación parlamentaria. La obra realizada. Y el programa de gobierno. Había mandado a Paco, con dos semanas de anticipación, a adquirir su butaca. Fila tres, cuatro como mucho, pasillo. Desde ahí podría ver y oír al presidente a una distancia confortable, e incluso acercarse a saludarle a la salida del acto. Pensaba que esto último no resultaría fácil puesto que la ocasión política abarrotaría el Teatro Pereda.

Don Manuel Azaña era un hombre de su edad. Vestido de oscuro, con una gran frente despejada y una oratoria resuelta, de párrafo largo que emitía con una gran continuidad sin consultar papeles. Aquella tarde iba a ser la primera vez que Cayo Pombo Ybarra le veía en persona, a tan corta distancia. No resultaba una figura impresionante. Pero sí una figura noble de intelectual gafoso, castellano, un castellano del sur.

Santander le encantó a don Manuel Azaña. Había llegado en el gran Hispano-Suiza del presidente de la República. Hasta treinta coches habían ido a esperarle al Puerto del Escudo, a la entrada de la provincia de Santander. En el Royalty se había organizado una recepción numerosísima, con todas las autoridades de la provincia, prohombres santanderinos, etc. Todos ellos fueron pasando delante

del presidente. Al lado tenía un ayudante que le iba informando de los nombres y figuras notables de la provincia. Entre estos se encontraba Cayo Pombo Ybarra. El presidente le dio la mano y, mirándole, le dijo:

–Yo conozco a un Pombo Ybarra de Santander que es presidente del Ateneo. ¿Tienen ustedes alguna relación?

–Es mi hermano Gabriel María, señor presidente.

–Un excelente fundador del Ateneo, según tengo entendido, un monárquico de pura cepa, un animador cultural de los que ahora nos hacen falta.

–Yo no soy monárquico, en cambio, yo soy un republicano burgués, y me siento muy honrado de saludarle en esta ocasión.

–¿Está afiliado usted a mi partido?

–No, señor presidente, yo solo soy un azañista, un modesto azañista. Me convence más usted que los socialistas de esta provincia.

–¡Me alegra saber eso! Mañana por la mañana daré un discurso en el Teatro Pereda.

–Así es, señor presidente. Tengo ya reservada mi butaca para oírle. Allí estaré yo.

–Me parece bien. Me encargaré de que el jefe de mi protocolo le siente a usted conmigo en el banquete de mañana, si le parece bien.

–Me parece magnífico, señor presidente.

La recepción de la tarde del 29 duró, entre una cosa y otra, hasta las once de la noche. Todos se retiraron entonces. Cayo Pombo no volvió a hablar con el presidente.

En su discurso del día 30 en el Teatro Pereda, empezó diciendo que los santanderinos habían dado más importancia a su conferencia de lo que él mismo había hecho. Aseguró que creía que iba a tratarse solo de una reunión con sus correligionarios de la provincia de Santander, «una especie de fiesta familiar política». En esas frases

había una captatio benevolenciae hecha con gracia. «No es culpa mía, señores, si lo que yo pueda decir aquí no corresponde a la curiosidad con que han venido al teatro.» Aseguró el presidente que ese discurso tenía particular importancia porque se trataba de aprovechar unas vacaciones parlamentarias, justo a su final, y tenía intención de distraer la imaginación y el corazón republicano, abriendo el porvenir y congratulándose por lo que ya se había realizado como una promesa y una garantía de lo que iba a realizarse. Cayo Pombo, apoyado en su elegante bastón de puño de plata, inclinado hacia delante, oyó fascinado que Azaña decía que esa ocasión iba a servirle para hablar con los ciudadanos y salir de ese encierro frío en que consiste un despacho ministerial, donde llega con dificultad el latido del corazón del pueblo. De la inmensa mayoría del pueblo español, aseguró, hemos recibido demostraciones ingenuas de lealtad, de adhesión y de entusiasmo. Y añadió: Traigo la impresión de que el pueblo está dispuesto a combatir por la República, de que España sostiene con firmeza a su gobierno republicano, que lejos de haberse apagado el fervor cívico el 14 de abril, es ahora mucho más ardiente, violento, decidido y poderoso. Hubo una gran ovación acogiendo estas palabras que rodaban como cantos rodados torrente abajo en el resplandor de la elocuencia. Una gran ovación. La primera de todo el discurso. Cayo Pombo pensaba, en efecto, mientras le oía, que él se había sentido también desanimado por el cascabeleo monárquico de los últimos años de don Alfonso XIII. El dictador Primo de Rivera, por un lado, y por otro, un Rey simpático, un Rey elegante y mujeriego, un Borbón mujeriego. Ser mujeriego no era un inconveniente a ojos de Cayo Pombo, pero, en cambio, sí era un inconveniente todo el resto de secuelas de la monarquía borbónica. Su catolicismo, su compromiso con un ejército ineficaz, su compromiso con las clases adineradas, con la propia clase social de Cayo Pombo, que le escuchaba fascinado. No podemos, decía el orador, desahuciar en la historia la esperanza de los españoles, porque caeríamos en la abyección política más desdichada y volveríamos a dar el espectáculo que se dio con la Monarquía. Nuestro partido, Acción Republicana, jamás será un partido de amigos y mucho menos un partido de amigos del señor Azaña. ¡Muy bien! El jefe de gobierno me lo ha dicho a mí confidencialmente y yo le creo (risas). El jefe de gobierno en política no tiene amigos ni los quiere (ovación). La amistad acaba antes de la política o empieza después de la política.

La mayor desdicha de un gobernante o un hombre público que quiere hacer algo útil en su país son sus amigos. Nosotros, en Acción Republicana, tendremos correligionarios, cooperadores, compañeros, jamás amigos. Para aprovechar este discurso, pensó Cayo Pombo, había que abandonarse en su poderosa marea de elocuencia: lo interesante no era el breve enunciado de los proyectos o de las intenciones políticas del orador, sino su encarnación en un habla tumultuosa. Un gran desbordamiento oratorio que era por sí mismo estimulante ya, como una gigantesca actuación teatral, una hermosa tragedia presenciada con temor y temblor por el público. Se trataba, evidentemente, de construir una nueva clase social, un nuevo pueblo español. Así lo expresaba el presidente Azaña aquella tarde: Cada régimen necesita su clase social sustentadora. Nosotros, la República, puesto que es una República liberal, no excluye a ninguna; pero no se va a apoyar en su clase naturalmente enemiga, ni en aquellas clases que, despojadas de sus privilegios históricos, han de sentir el odio o el desprecio o la aversión a la República. Nosotros creamos sin destruir, porque sacamos de la nada a la miserable clase de braceros campesinos, hoy corroída por el hambre y por la imposibilidad de trabajo, y de esos innumerables seres que apenas pueden satisfacer sus primeras necesidades aspiramos nosotros a formar, donde hoy no existe nada, una clase social sólida, consciente de ser fuerte y compensada en su esfuerzo nacional y social; y sobre esta base la República habrá asentado su mejor obra española. Hay dos leyes orgánicas que la Constitución exige que se voten en Cortes: una es la Ley Orgánica del Tribunal de Garantías Constitucionales y otra es la Ley de las Congregaciones Religiosas. Esta segunda Ley, mantuvo el presidente, se dirige, nada más y nada menos, que a cumplir el Artículo 26 de la Constitución. Yo ya sé que esta Ley provocará alguna polvareda y no poco ruido, y sé que se volverá a hablar de que perseguimos la libertad religiosa. No hemos perseguido a nadie, ni a ninguna conciencia religiosa ni a nada. Vamos, simplemente, a cumplir el Artículo 26 de la Constitución, que establece en España la República laica.

Cayo Pombo oyó fascinado este discurso, y, por fin, a las dos, tuvo lugar el banquete de despedida. Fue ahí cuando hablaron con más detenimiento. A Cayo Pombo le asignaron un asiento en la mesa presidencial, a la izquierda del presidente Azaña.

–¡Bueno, me han llevado a dar un gran paseo por todo Santander! He estado en el Regimiento de Infantería de Valencia, pero sobre todo me han llevado al Faro de Cabo Mayor. Eso ha sido magnífico. Esa visión del mar Cantábrico, ese color gris acero, ese color belicoso y resplandeciente del Cantábrico desde los grandes acantilados del Faro me ha fascinado, me ha parecido una visión sublime. Y ya de paso toda su ciudad. Me ha encantado el Sardinero, Piquío, el Casino...

En el gran salón del Casino es donde estaban almorzando ahora. Ese Casino, donde se celebraba el almuerzo con setecientas personas, había sido fundado por Arturo Pombo y César Pombo, hijos de don Juan Pombo, el primer marqués de Casa Pombo. El presidente había sido informado, por lo visto, de esos extremos, y se le veía con gana de hablar con Cayo Pombo aquel mediodía. Tenía que atender, por supuesto, a los demás comensales, pero pudieron ir intercambiando conversaciones a lo largo del banquete, que duró casi tres horas.

–La República, señor presidente, ha remozado esta vieja y ladina provincia. Fuimos muy monárquicos estas pasadas décadas, por pura conveniencia, tengo que reconocerlo. La ocurrencia de regalar el Palacio de la Magdalena a los Reyes fue un estupendo acto propagandístico. Yo no participé en ese asunto, pero mi hermano Gabriel María...

–A quien, por cierto, acabo de saludar hace un rato.

–Mi hermano Gabriel María, efectivamente, fue un gran promotor de esa iniciativa. Y Santander, que era hasta entonces poco más que un pueblo pesquero, con la llegada de los Reyes y los veraneos regios aquí, tuvo un gran momento. Como le dije ayer, yo soy republicano de corazón. Quiero decir, creo en los sistemas de gobierno donde se elige a los representantes y se gobierna como en Francia o en Inglaterra, sin recurrir a la mística monárquica. Las cosas son menos fastuosas, pero resulta más tranquilizador para el sano sentido común.

–Nosotros siempre hablamos de un gobierno del pueblo para el pueblo. Pero, sin embargo, reconocerá usted, don Cayo, que no es el pueblo precisamente quien está presente en este banquete que me están ustedes ofreciendo en este gran Casino del Sardinero. Todo

para el pueblo, pero sin el pueblo, diríamos. Un despotismo ilustrado. Yo deseo ir un paso más allá. Deseo mantener la ilustración, pero quizá no el despotismo. Uno o varios presidentes electos a lo largo de unos años sería el ideal para aplicar las medidas sociales y laborales que creo indispensables.

Cayo Pombo tuvo en aquel momento la impresión de que esa era la gran ocasión de su vida para entender el futuro de España. Don Manuel Azaña, que le atendía discontinuamente, para atender a los demás comensales, le daba la impresión de ser un hombre lleno de ecuanimidad y firmeza. Oyéndole hablar a tan corta distancia, todos los recelos o las reservas mentales inducidas por la prensa crítica con el republicanismo se desvanecían. Azaña daba la impresión de llevar personalmente un gran número de asuntos. Y daba una gran impresión de tranquilidad. Esa impresión que dan las personas que han resuelto sus conflictos interiores y que han tomado libremente sus decisiones y que ofrecen una figura equilibrada, una imagen de un poder tranquilo. Mientras hablaba con el presidente, recordó Cayo Pombo que este se había referido con frecuencia a la importancia de no tener amigos en política. Y eso le recordaba a Cayo Pombo los muchos amigos y las muchas camarillas que habían revoloteado en torno al último Rey Borbón. Un presidente republicano, un republicano responsable, no tiene amigos, aunque tenga colaboradores o camaradas de partido, porque las amistades son siempre, como en el célebre volumen de los amores en el siglo XVIII francés, amistades peligrosas. Tal y como se comportaba el presidente Azaña, daba la impresión de estar al tanto de todo y a la vez por encima de todo. No olímpicamente por encima, sino jurídicamente por encima. Representaba al Estado Republicano. No representaba los intereses de una familia, por antigua que fuese, ni los intereses de un grupo, por poderoso que fuese. Azaña estaba ahí a título de presidente del Estado español. Eso le daba, al mismo tiempo, el apropiado distanciamiento y la apropiada cercanía. Si esa situación republicana, que tenía ya dos años y medio de duración, se prolongaba por otros dos o tres años más a lo largo de esa nueva década, se produciría, en efecto, un cambio de usos y costumbres en la política española. Una nueva legitimidad republicana, que no dependía de la subjetividad ni del encanto de las figuras dominantes, sino de su racionalidad y buen sentido. De hecho, la nueva terminología para referirse al presidente de la nación era

significativa: donde antes se decía majestad y señor, ahora se decía don Manuel Azaña. Había un tono de ciudadanía despejada, tranquilizada, no un fulgor místico.

Una frase tomada de un periódico, en el que comparaba don Manuel Azaña el arte y la política, le vino a la cabeza a don Cayo Pombo Ybarra: La política consiste en realizar. La política se parece al arte en ser creación. La creación que se plasma en formas sacadas de nuestra inspiración, de nuestra sensibilidad, logradas por nuestra energía. La política es, pues, confianza en el esfuerzo, optimismo.

Cayo Pombo regresó a su casa aquella tarde, paseando lentamente Muelle arriba, sintiéndose por primera vez en mucho tiempo confiado, optimista.

Querido Alvarito:

Te escribo para contarte que he conocido a don Manuel Azaña. ¡Figúrate! Como sabes, tiene aquí fama de ser más feo y más malo que la tiña. Y es exagerado y falso todo lo que dicen. Y, bueno, me ha reanimado hablar con él. Tengo mucha gana también de verte a ti. Pero de momento estás mejor ahí que aquí. Me hubiera gustado que le conocieras. Si hubieses estado aquí, me hubieses acompañado al cóctel del Royalty el pasado 29 de septiembre y al discurso del Teatro Pereda el 30. Ya sé que a ti no te interesan estas historias de políticos. Pero este don Manuel es un caso especial, no es un político al uso, ni un republicano al uso. No es casi ni azañista, si me apuras. Te imagino leyendo esta carta y pensando que qué venada es esta que me da. Pero no es una venada, es más bien un entrar en razón por primera vez en estos malos años, que también, para vosotros, para Cayito y para ti, han sido malos, no por culpa de ninguno de vosotros dos, sino por culpa nuestra, de tu madre y mía. En fin, lo de tu madre lo he llevado mal, también por eso te pongo estas letras, no solo por Azaña. Los matrimonios son difíciles. Son uniones muy estrechas, no del todo naturales, entre personas que apenas se conocen. Dicen que los noviazgos que se alargan son muy malos, pero los que se acortan son peores todavía. Ni tu madre ni yo nos dimos cuenta de que nos metíamos de cabeza en un infierno al casarnos. Yo me casé con ella porque me gustaba mucho. Ella se casó conmigo porque le parecí elegante, y, sobre todo, porque a su madre, a Elvira, un Pombo Ybarra le pareció, en aquellos tiempos, un chico rico, un buen partido. Ni yo ni ninguno de mis hermanos éramos buenos partidos en aquel entonces: nos estábamos quedando sin un céntimo. Pero no lo parecía. Todavía dábamos el pego. Todavía en Santander en esos años los Pombo de la rama nuestra parecíamos álguienes. Me gusta escribirte esta carta –que ya sabes que rara vez escribo cartas, como no sean de negocios– porque es como si de pronto ser republicano, haber conocido estos días al presidente Azaña, me hubiese vuelto a mi ser, como un vendaval que arranca todas las telarañas, todas las ramas rotas. Bueno, yo soy la más rota de todas las ramas. Pero en cambio vosotros, Cayito y tú, sois los renuevos de abril, las ramas jóvenes, mi esperanza. Cuéntame qué

haces. Espero con ilusión tu carta, querido hijo mío.

Un beso de tu padre, que te quiere,

Cayo

¡Sí que era raro que su padre le escribiese una carta! ¡En aquel tiempo de tantas cartas, la familia de Alvarín no era dada a escribirlas! La carta de su padre le hizo ilusión. Y también le devolvió súbitamente, inesperadamente, a Santander, la patria chica, que la distancia y la juventud achicaba más todavía. Le había costado unos meses adaptarse al ambiente estudiantil de Pau. Pero, una vez pasada esa primera indecisión de encontrarse por primera vez solo en el extranjero, Alvarín comenzó a moverse como pez en el agua. No tuvo dificultades con la lengua francesa. Y el que tuviera tanta afición a los deportes venía a ser casi como un salvoconducto. Los variados y relativamente violentos deportes al aire libre que se practicaban en la Francia de aquel momento le ayudaron a afirmarse personalmente. Adquirió una cierta fama de jugar bien al fútbol, de medio centro. De no achicarse en las sesiones de boxeo y lucha libre. De participar con buen ánimo en las funciones teatrales que se organizaban con frecuencia en el instituto francés. Así que, embebido en ese nuevo ambiente juvenil, la provincia de Santander, que hasta entonces le había parecido lo más extenso y precioso y divertido del mundo, empezó a parecerle poca cosa y eso le hacía preferir su nueva situación. No le interesaba la política. Ni la santanderina ni la española ni la europea. Solo las nuevas amistades, cuyas fotos iba revelando y guardando en un sobre con idea de pegarlas en un álbum más adelante. Salir airoso en los ejercicios del plinto y del potro le mantenían absorto y olvidadizo. Así que la separación de su padre y de su madre, las aventuras de su madre Ana en París, las opiniones de tía Rosa o tía Carolina, incluso las de su propio padre, habían pasado muy a segundo plano. No se sentía por eso descastado, sino solo más libre que en Santander, más estudiantil y más envuelto en la vida estudiantil de su generación. Nada quedaba tan lejos de Alvarín en 1932 como las afiliaciones políticas. En aquel tiempo se consideraba un lujo que unos chavales de la edad de Alvarín y su hermano fuesen a estudiar al extranjero. ¡Era fácil vivir sin tener

que acordarse mucho de nada ni de nadie! Lo natural era estar donde estaba, en aquella bella ciudad al sur de Francia, en la cara norte de los Pirineos, sintiéndose francesísimo y lejísimos de la tierruca. La carta de su padre le sobresaltó a la vez que le encantaba tener la oportunidad de escribir él mismo otra carta.

Querido papá:

Muchas gracias por tu carta, que me ha encantado. Estoy contento de estar aquí terminando este difícil bachillerato francés. No esperes que saque unas grandes notas a fin de curso. Y haciendo muchísimo deporte. También yo tengo gana de volver a verte, pero no podrá ser hasta el verano. Les he contado a mis amigos que eres amigo del presidente de la República española y que te paseas con él por Santander. Les ha interesado mucho y a mí también. Siempre has sido tú republicano, ¿a que sí? Así que ahora no me extraña que te sientas en tu salsa. Al revés que a ti, a mí la política me aburre mucho. Me interesa más el deporte. Y ahora me interesa, y también a mis amigos de aquí, muchísimo más, Alemania que España, que dentro de nada tienen los Juegos Olímpicos. Y, según dicen, suben al poder Hitler y sus fascistas, que ahí les llaman nacionalsocialistas, creo. Igual en España nos venía también bien un poquito de militarización y disciplina militar a la población civil, de la cual soy yo, papá, como sabes, el más lamentable ejemplar que existe. Y, por cierto, lo de mamá y lo tuyo, lo vuestro, que también es lo nuestro, de Cayito y mío, que no te preocupe demasiado, la juventud no tiene corazón, y yo el que menos. Mejor separados que engarrados, papá, yo siempre pienso. Y a mi madre le iba más el canalleo chic de París que el aburrimiento provinciano de Santander y Campogiro. No tomes esto a mal, eh, por favor, papá. Que yo a mi madre no la quiero y a ti mucho, muchísimo, como sabes de sobra. Da también recuerdos a Mercedes, que no olvido sus ricos menús, y un beso a Elena (esto a escondidas, papá), y muchos recuerdos también a Paco, que echo de menos los pitillos de picadura que sabe liar tan espléndidamente.

Un fuerte abrazo desde el otro lado de los Pirineos,

Álvaro

Esta carta de su hijo más querido alegra a Cayo Pombo. Le ha gustado especialmente que Alvarito salga deportista, apolítico, como él mismo, y que tome un poco por el pito del sereno la separación de sus padres. Lo que para él, Cayo, fue una tragedia, su desastre conyugal, para sus hijos, para Alvarito, afortunadamente solo da lugar a un comentario irónico. Y piensa Cayo Pombo que ha perdido el sentido del humor estos últimos años, y que lo recobrará, si todo sigue bien, si sus hijos siguen bien, si sale la República adelante. Como dice su héroe, don Manuel Azaña: Felizmente, en política, palabra y acción son la misma cosa. Eso fue en el discurso de Valladolid, que siguió al de Santander. Ahí se reafirmaba Azaña en que: La primera acción política está concentrada en la palabra en todas sus manifestaciones, y la palabra crea, dirige, gobierna. ¡Ojalá!, decía entre sí Cayo Pombo.

¿Sabes qué pasa? ¡Alvarino, mi amor, lo que pasa aquí, en París, no pasa en ningún sitio! Y todo el mundo que pasa por París, que es todo el mundo, viene a verme. Acabo reventada por las noches que salimos a cenar, por tomar algo en los bistrós, con sus manteles y servilletas a cuadros rojos y blancos, como rústicos. Tomamos una bouillabaisse que luego, aparte, sirven en un bandejón con todas las cabezas, las espinas, ¡hasta los ojos hervidos se les ven! ¡Te encantaría, a ti te encantaría. Que tienes, como yo, esta sensibilidad para los usos y costumbres populares de los pueblos! Me encantan estos sitios parisinos medio apaches que no te tienes que arreglar para cenar, «come as you are», que a mí me chiflan. Lo que es yo, tú me conoces, voy como soy a todas partes. ¡Las pavisosas niñas bien santanderinas harían bien en venir aquí a copiar esta libertad, este descaro descocado, las impetuosas mujeres francesas de mi edad! ¡Y esa es otra, Alvaruco, esa sí que es otra! Aquí las mujeres elegantes, las verdaderamente chic, no son nunca las chicas, las jóvenes, ¡qué va! Tienen mucho más allure las casadas jóvenes, con posos, con historias. Las reuniones allí, de Santander, eran garduñas, aquí son lo contrario, l´esprit todo lo cambia y lo mejora. ¿Sabías que tu padre no me pasa un céntimo? ¡Ni un céntimo! Lo que pasa es que a mí me da lo mismo. ¡Siempre he tenido yo despachaderas! ¡De

soltera, de casada, me da igual! Y lo bueno, Alvarín, es que da igual, mi negocio marcha, la gente me trae gente, sin ir más lejos, el otro día, la vizcondesa de Dampierre. Y, fíjate, una mañana entra en Elviana un señor políglota, delgado, distinguido, que resulta ser el conde de Koutosoff, director publicista de la casa Chanel, y va y me dice: Mlle Chanel quiere verla. Y se fue. Y al día siguiente fui a verla. Pero no la vi, me entrevistó en cambio Mme Vera Bates. Absténgase usted de hablar con nadie. Pero tiene usted que cerrar la Casa Elviana. Van a ser veinticinco mil francos al mes, comidas en el Ritz, todo pagado para sus invitaciones. Figúrate, y yo que estaba sin un céntimo. Pero la fama mía había llegado ya a oídos de la gran dama de la moda parisina. No te cuento esto, querido mío, para que se lo cuentes a tu padre, que estoy segura de que lo sabrá ya, se lo habrán contado las garduñas que se me cuelan de España, de visita. Te lo cuento solo para que veas que estoy bien y sin pedir nada a nadie, sola, por mí misma, adelante todo lo he sacado, ¡pero todo! Tu tía Elvira, claro, que siempre ha sido muy muy de casarse, mil veces más que yo, va a casarse con Chappuis, director de Citroën. Aquí he salido mucho con un pintor uruguayo, un chico muy apuesto que se parece a ti, se da un aire, Fernando Capurro. Y este Capurro me dice, date cuenta cómo está de loco, que tengo yo todo el perfil ibérico de la Dama de Elche. Así que, por darle la razón y tirarle de la lengua un poco, algunas noches me pongo sombreros petrificados como cofias, que son mezcla de lo levantino, es un decir, de la provincia de Alicante, y lo cretense. Para parecer la Dama de Elche, y también mucho abalorio regional, que hay aquí pilas de abalorios en los mercadillos, y si sabes ponértelos con gracia, todos piensan que te los han hecho a ti a medida o los heredaste de quién sabe quién. ¡Todo el mundo vive aquí del cuento mucho! ¡Más que nadie yo, como comprenderás! Lo que más me gusta, sabes, del presidente de la República española ahora, de este famoso e increíble Manuel Azaña, de quien habla todo el mundo, es que le gusta lo que más París, como a mí, y cuando puede se escapa, con Lola, su mujer, a pasearse en otoño, en octubre, por lo que llama el centro del mundo, según creo, y yo también, entre el Boulevard de los Italianos y la calle Rivoli, Notre Dame, el Louvre, el Grand Palais, las Galeries Lafayette, que para mí también, por cierto, son donde más voy, que ahí puedes comprar todo de todo. Escríbeme y cuéntame qué pasa por España y por Santander, si es que algo pasa, que no creo.

Un fuertísimo abrazo y un beso de tu madre,

Ana

13

El despacho es la habitación más clara. Con los mismos muebles de roble americano que Alvarín recuerda de Campogiro. Tiene un aire ligero, con el tablero de la mesa con su cristal incrustado. Sus dos estanterías con la Enciclopedia Espasa en una de ellas. Más el bonito mueble que hace juego con la mesa en cuyo armario su padre guarda los documentos más importantes. Se han instalado ahí los dos, Alvarín y su padre, después del almuerzo. Y Mercedes les ha traído una buena jarra de café aromático. Un gran cuadro rectangular, un óleo de Baixeras, que representa a un pescador junto a su barca de remos un día nublado muy santanderino, ocupa todo el fondo de la habitación, frente a la ventana. El tresillo anglosajón de los sillones de orejas ocupa el resto de la estancia. Es una estampa burguesa, un poco anticuada, con un aire campero. Las habitaciones de Campogiro eran más grandes y más luminosas. El mismo mobiliario aquí, en Gándara 6, resultaría un poco agobiante si no le resultara a Alvarín tan conocido, tan familiar. Le gustan las habitaciones empequeñecidas por los muebles y las librerías, la reducida luz de las lámparas de mesa con sus pantallas de pergamino. Estas últimas semanas ha mejorado la salud de su padre y, sobre todo, su ánimo. Come con más apetito a la hora del almuerzo y se arregla para ir al comedor en lugar de quedarse en su habitación tumbado en la cama.

Que Alvarito se haya afiliado a Falange ha ejercido un efecto terapéutico en este viejo republicano, este azañista que es Cayo Pombo Ybarra. ¡Qué avejentado está! Aparenta diez o quince años más de los que tiene a la sazón, entrado en la cincuentena. El asunto que se traen entre manos estos últimos tiempos, y que ha ocupado todo el largo y agradable almuerzo, sigue ante ellos dos ahora como un labrantío: un paisaje de vegas verdes, fértiles, equilibradas, cultivadas a lo largo de muchas generaciones. Hablan de política, hablan de la actualidad política de ese año. Y parece, sin embargo, por la calma y el descansado ritmo de su conversación, un antiguo diálogo platónico o aristotélico.

–En resumidas cuentas, Alvarito, yo estoy tan convencido como tú

de que el ciudadano particular, tú, yo, quien sea, debe hacer política, aunque solo sea votando, afiliándose como mucho a un partido o apoyándolo, aunque no se afilie. Por eso, que tú te apuntases a Falange Española me gustó, aunque hay muchas cosas en tu nuevo partido que me preocupan y que no me gustan, eso ya lo sabes...

–¡No te gusta el fascio, vaya! Lo sé de sobra, papá.

–Vamos a ver. No estoy seguro de que me gusten tanto como a vosotros, fundadores del fascismo español, porque eso sois, Hitler, o incluso Mussolini...

–El fascismo español es nuestro, propio. Lo único en común entre los tres fascismos es, como mucho, el sentimiento de totalidad o de partido único. A diferencia del nacionalsocialismo, que viene del panteísmo germano, y del fascismo italiano, que viene del romanticismo musical italiano, nosotros venimos, de ahí viene José Antonio Primo de Rivera mismo, de la ejemplar milicia española. La milicia es una religión de hombres honrados. Así que sí, hay una religiosidad falangista que es el espíritu militar, la seguridad, la austeridad, el espíritu castellano...

Alvarín se embala a medida que va hablando y repite de memoria la primera frase de la primera proclama del movimiento fascista español. El fascismo español quiere la fuerza, la unidad, la popularidad, la autoridad de España, para realizar en el mundo el destino del gran pueblo. Los que hoy están en el poder y los que se agrupan en la oposición forman un conglomerado de voces anticuadas, palabreras, electoreras...

–Vamos a ver, hijo, no acabo de ver que esto que dices, esta primera proclama de vuestro movimiento, sea muy diferente del proyecto que don Manuel Azaña tenía para los españoles.

–¡Azaña no nos entendía, papá!

–¡Sí que nos entendía don Manuel Azaña, claro que sí! ¡Pero yo no estoy contra Falange Española! ¿Cómo voy a estarlo si estás tú ahí, en medio de ellos? Lo único que digo, porque te veo ilusionado con Falange, lo único que te advierto, es que ilusionarse y desilusionarse

es un lujo: un señoritismo, que diría vuestro jefe nacional. No hay que ilusionarse tanto. Hay que tomar partido, sí, en eso estoy de acuerdo. Pero quizá, también, reservarse el corazón.

–¿Qué quieres decir, papá, con reservarse el corazón? No entiendo bien qué quieres decir. ¡No querrás decir preservarlo como se preserva en alcohol un feto o un insecto! ¡Hay que gastar el corazón, si es que se tiene, como quien gasta una fortuna!

–En gastar fortunas, Alvarito, los Pombo somos de lo más expertos. Tan expertos fuimos y somos en eso ¡que estamos sin un céntimo! – Cayo Pombo se echa a reír al decir eso. Es la hora de la salud, de la revolución y de la vida. Y Cayo Pombo Ybarra se ríe a gusto hablando con su hijo de su propia herencia, de su propia amada y detestada familia Pombo, los Pombo.

–¡Tampoco es eso, papá! Tampoco es eso... Todavía tenemos para almorzar chipirones en su tinta.

–Eso sí, desde luego. Los mejores chipirones de todo Santander en esta casa los tomamos. Mercedes nunca falla.

La referencia a los guisos de Mercedes es uno de los territorios seguros e indiscutidos, por donde padre e hijo son capaces de circular inacabablemente. Cayo Pombo, que ha perdido ya hace años el apetito, y que tiene una memoria poética de los sabores de la comida, y Alvarín, que ahora come con más hambre que nunca. ¡Da gusto verle repetir su postre de arroz con leche espolvoreado de canela!

Este asunto de las afiliaciones políticas es candente para los dos. El republicanismo del mayor, que se volvió decidido azañista en los primeros años treinta, fue una opción racional y a la vez sentimental: en don Manuel Azaña, le pareció ver a Cayo Pombo una resuelta purificación de su alma burguesa. No la milicia, como acaba de recordar su hijo, sino la República le pareció en esos años, y aún le parece, una militancia de hombre honrado. Pero, a la vez, ¿no tiene su hijo Álvaro toda la legitimidad del mundo para afiliarse a un partido tan aparentemente contrarrevolucionario y tan secretamente conservador como quizá llegará a ser Falange Española en España? Un partido político deslumbrante en ese

momento, con el que es imposible no enfrentarse, no alegrarse, no discutir.

Alvarín está contento. Sabe que a su padre le encanta hablar con él de política a esas horas de la tarde, después de almorzar, mientras toman café, en esa clausura que se ha ido volviendo el despacho de Cayo Pombo, a la media luz santanderina de las calles de atrás, al margen de la vida, y, sin embargo, pendiente de la vida política española, casi más que su propio hijo. Cuando su padre está de buen humor, tranquilo, como ahora, los asuntos familiares salen entrelazados, repetidos una vez más sin resolverse nada. En cualquier caso, piensa Alvarín, ¿qué hay que resolver? Las cosas no se resuelven en familia, pero sí que se disuelven si se atina con el tono adecuado: se dulcifican como una enfermedad cronificada que se sobrelleva en gran medida hablándola. Y la política nacional es un asunto favorito de su padre porque, a través de ella, vuelve una y otra vez al insoluble tema de su cobardía. Así, ahora, dice:

–Tengo la misma edad que Azaña, como sabes, y cuando cayó el régimen de Primo de Rivera en el 30, pensé que debía instalarme en Madrid. Tenemos en Madrid sitios de sobra para pasar un invierno, participar en política. Era una intención tardígrada en mi caso. Vosotros dos ibais creciendo, ocuparme de Campogiro me aburría un poco, pero me tranquilizaba mucho. Me faltaba ya el arranque juvenil, lo que tú tienes ahora. Pensé, además, y esto fue lo que al final me desanimó del todo, que participar, al nivel que fuese, en la República equivaldría a abandonar mi clase social, nuestra clase social, donde me sentía cómodo. Tu madre estaba inquieta. No hablábamos...

–¡Sí que hablabais! ¡Yo os recuerdo hablando!

–Cuando vosotros estabais delante sí, entonces era un escenario. Lo malo era al quedarnos solos. Estar casados es algo de dos personas. Es la pareja, no los hijos. La soledad, la incomprensión, surge de la pareja. El conflicto surge de la intimidad desgastada que se convierte en enemistad lentamente... Te estoy aburriendo.

–Sabes que no. Cuando hablas de cobardía, en tu caso, siempre pienso que eres injusto contigo mismo. Estabas casado, estábamos nosotros, tenías Campogiro y otros asuntos. ¿De verdad crees que

hubiera sido más valiente dejarlo todo y convertirte en un político republicano?

–¡Y me aburría tu madre! Justo lo que me había seducido cuando nos casamos me aburría ahora, al cabo de una década o lo que fuese. Y eso hacía que me sintiera miserable. Me sentía culpable, irritable, ¡me estaba volviendo lo que yo más odiaba: un marido difícil!

–¡Supongo que mi madre tendría sus pejigueras también!

–Supongo. Era un matrimonio imposible. Y lo curioso fue, lo infernal, que cuando tu madre quiso irse a París con su hermana, con tu tía Elva, yo lo tomé muy a mal. Y ella tomó muy a mal que yo lo tomara muy a mal, y se largó con lo puesto. En fin, yo la maldije y me maldije a mí mismo por la frivolidad con que me casé.

–¡Pero ahí estábamos nosotros! Os casasteis y nacimos nosotros. Nosotros éramos vuestro destino. Tanto como la herencia de tu padre. Tanto como tu posición económica o tu clase social. Los hijos son el destino. Un destino que se ignora a sí mismo. Supongo que éramos unos niños imposibles...

–No, no lo erais. Pero tu madre organizó enseguida los colegios en el extranjero. Tú a Francia y Cayito a Inglaterra. Entonces se largó y yo la maldije. Y, a la vez, la escena nacional, la política nacional, se estaba acelerando descomunalmente. Y Santander era, a la vez, una balsa de aceite, como si no formáramos parte de la vida nacional. Pero no lo veía así, por ejemplo, tu tío Gabriel María, que se había lanzado a toda clase de empresas culturales, el Ateneo y todo lo demás. Era yo el inmóvil. Yo era el incomprensible. Fue penoso. No quería hablar con nadie. Apenas salía de casa. Me empezaron los dolores de cabeza por entonces. Eso venía de atrás.

–¡Ahora el dolor de cabeza lo voy a ser yo!

–¡Qué va! Tú y yo hablamos todo el tiempo. Desde que volviste de Francia no hemos dejado de hablar ningún día. Hablar mucho...

–Hoy, por cierto, no hemos hablado de Falange. Ese es el gran asunto. Desde que estoy ahí metido me siento más real, más útil,

muy sobrepasado por lo que allí se nos dice, como nuestros proyectos políticos, España y todo lo demás...

–¡Sí es verdad que ahora suenas diferente! No encorvas la espalda. Hablas como si formaras parte de una orden militar o de una congregación religiosa.

–Es que lo es. Falange es una espiritualidad más militar que civil.

–Hace falta ser tan joven como eres tú para militar en Falange. Viéndote ahora, pienso que yo nunca he sido demasiado joven, ni de joven. La República, que tenía su propia juventud, me interesaba a mí porque apelaba a mi razón y no a mis sentimientos. La República era una opción razonable, alejada de la magia monárquica y del trampantojo de la Dictadura.

–¿Sabes, papá, que estoy perdiendo la inocencia? Quiero decir que ya he perdido la inocencia. ¿Por qué sonríes?

–Sonrío porque me alegro por ti. Eso es porque has conocido una chavalita guapa, a que sí.

–¡No! Qué va. La inocencia que he perdido tiene que ver con la política y lo político. Tiene que ver, fíjate, con el Tote. Te acuerdas del Tote, claro...

–Claro que me acuerdo.

–El otro día volvimos a encontrarnos y me dijo que cualquier antagonismo que surgiese entre nosotros, entre él y yo, cualquier diferencia, se había convertido ya en política. Y cuando le pregunté que cómo era eso, me dijo que eso se sabía por la gran fuerza de arrastre que lo político tenía para agrupar a los hombres en amigos y enemigos. Y eso, según el Tote, era lo que nos estaba pasando ahora, que él y yo éramos lo que habíamos sido, amigos, pero éramos, a la vez, muy seriamente, enemigos políticos. Todos los hombres, decía, entran en esa gran separación al entrar en política, amigos y enemigos, políticamente hablando. La política se convierte en una inmensa frontera.

A Cayo Pombo le gustaba oír a su hijo hablando así. Era un chaval

despierto, valiente, que acabaría integrándose en su sociedad, acabaría casándose, acabaría eligiendo una profesión, acabaría haciéndose cargo de una parte de la herencia paterna... A la vez, Cayo Pombo tenía, esos años republicanos, una idea de inmensa confusión, como si le zumbasen los oídos, como si al dolerle con frecuencia la cabeza, como le ocurría, solo pudiera contemplar la vida o participar en la vida cotidiana intermitentemente. Esta participación intermitente le preocupaba ahora que sus hijos habían salido ya de la niñez y de la primera juventud. Mandarles al extranjero había servido para que aprendieran inglés y francés. Y poco más. Cayito se casaría con una chica de su clase. Si la chica era lista, entre los dos se apañarían. No tendrían dificultades económicas, aunque tampoco nadarían en la abundancia. Alvarín, en cambio, sí era un problema, porque vivía en una actitud poética respecto de la realidad: la realidad era inmensa, era incomprensible, era heroica. Apuntarse a Falange era una consagración de la propia vida a una idea política. En este caso, a las nobles e importadas nociones político-filosóficas de José Antonio Primo de Rivera. Cayo Pombo sabía que en las palabras de Primo de Rivera resonaba, por una parte, la historia paterna –siempre insistió en que entró en política para defender el honor de su padre, don Miguel Primo de Rivera–, pero por otra parte estaba el gran vitalista Ortega y Gasset, que hablaba de España como de una empresa que había que gestionar con generosidad, con grandeza, para que formara parte de una gran patria unificada y jerarquizada. Oyendo cómo esa tarde hablaban, Cayo Pombo tenía la sensación de no estar siendo capaz de orientarle con claridad. Había una desorientación natural –en opinión de Cayo Pombo– que se contagiaba a la juventud y que les forzaba, en los mejores casos, a adoptar posturas políticas. Había un artículo de José Antonio Primo de Rivera publicado en el número 18 del periódico Arriba, el 7 de noviembre de 1935, que se titulaba «Juventudes a la intemperie». Alvarín había recortado ese artículo y se lo había leído a su padre. En ese artículo, José Antonio se hacía cargo de las dos juventudes: la juventud de la izquierda, que había explotado fervorosamente el 14 de abril de 1936: Nosotros creíamos en el 14 de abril. Lo que nos unió a todos en 1931 fue, más que un programa, una actitud del espíritu. Sentimos como si nos diera en la frente aire fresco del amanecer. (...) Despertábamos de una pesadilla angustiosa; pérdida del imperio colonial, incultura, patriotería, mediocridad, pereza... Ya era otro día: un día

transparente como las palabras del manifiesto de Ortega y Gasset. En aquella mañana de abril no había socialistas ni liberales, obreros ni burgueses, éramos todos uno: masa esperanzada y propicia a que nos modelaran nuestros mejores. Lo interesante de este artículo, pensaba Cayo Pombo, era que José Antonio elogiaba por igual, se entusiasmaba por igual, con la juventud de la izquierda y la juventud de la derecha. Una vez más, resplandecía la calidad religiosa, misteriosa, de los grandes momentos populares: no se creía en esto ni en aquello; en este ni en aquel; se creía en el instante gozoso recién venido. (...) Patria y justicia para un pueblo sufrido, nación y trabajo, dijo más tarde Ortega y Gasset. Pero antes dijo: No es esto, no es esto. (...) Sordos al llamamiento profundo del instante, se entregaron a la sustanciación de sus primeras querellas. Por falta de grandeza malograron la casi unanimidad lograda. Nos encizañaron a los unos contra los otros, nos depararon una República «agria y triste». (...) Un marxismo crudo y hostil impidió que lo nacional y lo social se armonizaran. Un aire ruso, asiático, opresor, oreaba todo aquello. Empezaba a barruntarse la dictadura del proletariado. Y eso no era lo que los jóvenes de izquierda queríamos. Ese artículo le pareció importante a Cayo Pombo cuando se lo leyó su hijo porque era o fingía ser una crítica de la República desde la izquierda juvenil de la República. A su vez, los jóvenes de la izquierda, explicaba José Antonio, predicaron una cruzada, sacaron de sus casas a muchedumbres retraídas y en noviembre de 1933 se les dijo que habían vencido. Hoy, aunque nos duela, hemos de confesar que nuestro esfuerzo fue baldío. Hasta octubre de 1934 no se hizo nada. Nuestros jefes decían que forzar las etapas era imprudente. En octubre de 1934 estalló la rebelión separatista y marxista. Nadie en aquellas horas regateó su esfuerzo: ni los cuadros armados de España, que se multiplicaron hasta el heroísmo; ni las escuadras de la Falange, que compartieron con las fuerzas armadas peligros y lutos; ni nosotros mismos, jóvenes de derechas, que cooperamos abnegadamente en funciones auxiliares. (...) Pero se desperdició. Cayo Pombo recuerda que cuando su hijo le leía estos párrafos de José Antonio, le ahogaba la emoción. Sobre todo al oír este: Y es que ni los jóvenes de izquierda eran de izquierda, ni los de derecha eran de derecha. (...) Los muchachos de izquierda y de derecha que hoy se sientan a la intemperie no tenían, en el fondo del alma, vocación parcial, partidista: llevaban dentro la imagen imprecisa de una España entera, completa, armoniosa. Como

protesta contra la inarmonía de lo que presentaba la realidad, se alistaban en cada ocasión en el bando opuesto, que, por contraste, se les antojaba salvador. Pero los partidos de izquierda y de derecha eran bien diferentes en aquellas imágenes, eran partidos tuertos, incapaces de ver por entero la armonía española y de amarla. Ansiaban concepciones incompletas, monstruosas, banderizas, servidas por un vocabulario de humo. Invocaban el nombre de España para arropar, cuando menos, una miseria intelectual. No han traicionado a las juventudes: las ha traicionado la fe que ellas pusieron en que aquellos partidos tuertos pudieran entender la gran aspiración española. Los partidos han dado de sí lo que su propia naturaleza prometía. ¿A qué aguardan ahora las juventudes a la intemperie? ¿Renunciarán a toda esperanza? ¿Se retraerán a torres de marfil? ¿Aguardarán a confiar de nuevo en voces partidistas que las seduzcan para desencantarlas? Si esto hicieran, nuestra generación se recordaría como una de las más cobardes y estériles. Su misión es otra y es bien clara: llevar a cabo por sí misma la edificación de la España entera, armoniosa; por sí misma, por la juventud misma, que la siente y entiende sin intermediarios ni administradores. (...) Arrojados a la intemperie por las tribus acampadas bajo los sombrajos de los partidos, queremos levantar el nuevo refugio fuerte, claro y alegre en cuyas estancias se identifiquen servicio y honor.

14

Esa tarde de malestar es, a la vez, una tarde de lucidez. Dar vueltas a su fracaso matrimonial de pronto le parece estéril a Cayo Pombo. Para alejarlo, por lo menos momentáneamente, de su conciencia, lo resume: los dos nos sentimos encantados el uno con el otro y los dos nos desilusionamos a la vez. ¿De quién es la culpa? Si elimino, aunque solo sea momentáneamente, la idea de culpa que todo lo emponzoña, me quedo con la claridad de una desilusión. Esa claridad es sanadora: a mí me encantó Ana. Fue una atracción física, pero, sobre todo, fue una atracción artística. Me pareció una criatura brillante, ocurrente, salvaje. Veinte años más joven que yo. Y sé, cómo no voy a saberlo, qué le parecía a ella. Le parecí elegante, acaudalado, un buen partido, un hombre mayor y melancólico, un hombre con clase. Y se lo parecí también a su madre, a mi suegra, que era una casamentera de postín. Así que hubo, al principio, en nuestro matrimonio, una atmósfera festiva y jubilosa. Íbamos y veníamos a Madrid. Ana se sentía bien en el elegante piso de la Castellana, que ocupaba mi madre. Hacíamos buena pareja, arriesgada, de la alta burguesía norteña. Tuvimos dos hijos que podían fotografiarse artísticamente. Una familia fascinante. Yo mismo me sentía fascinante y fascinado a la vez. Y a la vez me daba cuenta de que aquello era frágil, artificial, voluntarioso, como un reflejo casero, provinciano, de los siete años de la Dictadura de Primo de Rivera. No entramos en guerra. La Monarquía parecía eterna. Los veraneos regios recubrían los inviernos como una exclamación prolongada y confortable. Cayo Pombo Ybarra se arropa ahora, en su creciente malestar, como en una fortaleza. Está fuera de juego, es consciente de hallarse fuera de juego. Le faltan unos años para cumplir los sesenta. Pero no puede recuperarse. La enfermedad, su meningitis, pronunciada ya, le arropa como una hermana caritativa, se siente avergonzado y protegido esa tarde por su propia dolencia. Se siente irresponsablemente enfermo, a salvo. ¡Solo que todo lo demás está en peligro! Para empezar, la vida de sus hijos, y en primer lugar la vida de su hijo Álvaro, que se ha apuntado a Falange y que vive esa experiencia política con un entusiasmo que raya en el ensueño. El

jefe nacional de Falange Española sabrá resolver todos los problemas de España. Es la hora de la juventud, la hora de la inexperiencia, la hora de... los puños y las pistolas. ¿Es eso lo que cree su hijo Álvaro? Su padre, Cayo, no cree que Falange Española sea la solución. No cree que el bloque nacional, la derecha española, a la cual pertenece por su clase social, sea la solución. Hay que dar voz a toda la inmensa otra parte que se ha manifestado jubilosa a favor de la República, a favor de un cambio peligroso e inimaginable que se le va de las manos a este enfermo avejentado Cayo Pombo Ybarra, de Gándara 6.

–¡Tendrías que apuntarte a Falange tú también, papá! –acaba de exclamar Alvarín, de pie ante su padre. Están en la sala de estar que hace esquina. Es por la tarde. Llevan toda la tarde hablando de política. Cayo Pombo se echa a reír.

–¡Ya te he dicho que a mí no me quedaría bien la camisa azul, niño! ¡Estoy demasiado viejo ya! Además, estoy en la acera de enfrente. ¡Justo enfrente! Llevamos toda la tarde hablando de eso.

–Pues qué pasa. De eso es de lo que hay que hablar. Solo de eso, ahora. ¡De apuntarse a Falange o no!

–Yo estoy apuntado a lo contrario, a la República de don Manuel Azaña. ¡Justo enfrente! Tú y yo somos irreconciliablemente enemigos.

–¡Pues da igual! Los enemigos son los que mejor caben en Falange. Es un movimiento universal.

Es agradable dejarse mecer por la política ilusionada del hijo. A Cayo Pombo, Falange le parece una superchería, ni siquiera eso. Una teatralización de la política, una imitación desangelada del fascio redentor italiano.

–¿Sabes por qué no hay falangistas en España, hijo?

–¡Sí que los hay! ¡A miles!

–No creo que haya tantos miles, ¿sabes por qué? Porque somos individualistas nosotros. Cada uno de nosotros es un partido

político. Un pueblo entero. No nos gusta la uniformidad. Falange es uniformidad.

–¡Eso es solo la apariencia! ¡Hay quien dice que los falangistas españoles no somos ni fascistas siquiera!

–¿Pues qué sois?

–¡Falangistas! Somos falangistas españoles.

–Ya sabes que procuro leer los artículos que escribe tu jefe nacional. Lo que dice suena noblemente, pero lo que me dicen que hacéis en Madrid es salvaje. Es pistolerismo. Don Manuel Azaña es mucho más burgués que yo, o tanto, por lo menos. No creo que le guste la pelea callejera.

–¡Pero las peleas callejeras, papá, las provocan ellos! O por lo menos ellos también las provocan. La verdad es que cuando nos peleamos en la calle yo no me veo tan distinto. Las peleas nos igualan.

–Lo malo es que os igualen los tiros. Todos los muertos son iguales.

–Desde luego, papá. Pero no es eso. Estoy hablando de broncas. Antes se discutía por las novias, el fútbol, el boxeo... Ahora son broncas políticas.

–¿No lo estás simplificando mucho, hijo? No son solo broncas.

–De acuerdo, no son solo broncas. Pero ninguno somos criminales, ni pistoleros, como nos llaman, ni asesinos. Hay que enseñar al que no sabe. Los puñetazos vienen bien para eso. La letra con sangre entra, papá.

–¡Vaya por Dios! Nunca he creído semejante cosa. La letra entra con el aliento, con el espíritu, con el soplo del espíritu. La letra es el espíritu, a trompazos no se aprende nada.

Va siendo hora de tomar un oporto. El oporto es la felicidad, el bienestar, la reanudación de la vida cotidiana. Cierto que este último año la cotidianidad de Alvarín se ha visto perturbada muchas veces. Tiene compromisos políticos. Tiene que asistir a

mítines. Repartir pasquines. Pelearse con los enemigos de España, con la anti-España. Viene a ser como un mal chiste: a trompazos contra la anti-España en el paseo de Pereda. Alvarín sabe que se puede hablar de todo eso en otro tono, el tono con que se habla en casa. Se puede discutir si la República es un sistema político más racional que la Dictadura. Hay un punto de irracionalidad repentina en los discursos de Falange. Un comienzo puro. A diferencia de los monótonos discursos republicanos, los discursos falangistas rebrillan como los lomos de los caballos al galope. Es difícil sustraerse a la emoción del galope, a la emoción de la masa que nos rodea. Es difícil librarse del contagio emocional de Falange Española.

Oyendo hablar a su hijo, Cayo Pombo reconoce –sin casi querer reconocerlo– que le gustaría verse arrebatado por una emoción análoga. En ese repentino y cada día más frecuente brote de emoción paternal, patriótica, ese ingeniero, ese propietario cincuentón que es Cayo Pombo, se separa, por un instante, bruscamente, de su clase e incluso de su ideal de distanciamiento para asentir con larvado entusiasmo al entusiasmo falangista de su hijo. A principios de siglo, con veinte años, con una prometedora carrera de ingeniería empezada, con dinero en el bolsillo, con dinero todavía en la conciencia adinerada de la familia, los adinerados Pombo de Santander, los elegantes Pombo, que todavía estaban en condiciones de elegir entre arruinarse jugando a la ruleta en Niza o en Montecarlo, y lo contrario: afincarse en sus fincas, en Campogiro, integrarse en la tradición familiar de su padre, Cayo Pombo Villameriel, que introdujo en España las vacas frisonas. Convertirse en un ganadero montañés adinerado, casarse bien, como su padre, con una bilbaína como su madre. ¿Era Ana Caller un equivalente apropiado para Virginia de Ybarra y Arrámbarri? Con veinte años, en 1900, con treinta años, en los siete años de la Dictadura, Cayo Pombo no se sentía entonces militarista ni falangista, solo placenteramente republicano, solo elegantemente comprometido a medias con la política, a medias con la vida social, a medias con su matrimonio. La brillante experiencia del distanciamiento, la ironía y el sentirse adinerado e integrado en una sociedad próspera, la sociedad santanderina de la época. Muchos años después, un joven de la edad de Cayo Pombo, Pedro Sainz Rodríguez, partiría de una descripción de la sociedad de Cayo

Pombo Ybarra, cuando, según Luis María Anson, habla de la inmensa cobardía de la derecha católica y burguesa, dispuesta a adherirse a lo que fuera, la Monarquía, la Dictadura, la República, el fascismo franquista después, con tal de vivir placenteramente. Visto en perspectiva, esto es un retrato robot de la clase social a la que Cayo Pombo Ybarra pertenecía y donde se encontraba a gusto. Y dentro de la cual Falange Española, el arrojo, la bravura de su propio hijo Álvaro, venía a ser como una justificación o como una purificación de lo meramente placentero. Pensando estas cosas esa tarde santanderina en conversación con su hijo, antes del bombardeo, antes de la catástrofe, antes de la destrucción de todas sus esperanzas e ilusiones personales, antes de su propia muerte, que todavía, no obstante los achaques, se veía muy alejada y distante, Cayo Pombo Ybarra se felicitaba de que su hijo, a los dieciocho, a los diecinueve, manifestara y viviera con la desenvoltura tan de los nuevos tiempos de principios del siglo XX. La desenvoltura falangista de su hijo le aliviaba aquella tarde del sentimiento de culpabilidad que siempre había sentido ante su propio desapasionamiento y placentera y burguesa elegancia de propietario sin problemas. Es muy imposible que incluso en ese avanzado 1935 Cayo Pombo Ybarra creyera que todo iba a seguir igual, como veinte años atrás, que iba a darse, sí, una revolución espiritual, pero que sería interior a la conciencia de clases y que no sería sangrienta, sino, de algún modo, solo irreal, meditativa, apolítica, laica. En aquellos tiempos de preguerra, conspirar contra la República –o, al revés, defenderla, como hacía Cayo Pombo– tenía un componente lúdico, venía a ser como declararse partidario o hincha de un determinado equipo de fútbol frente a otro. Y luego había, en este caso particular, ese justificante diabólico que es para un enfermo crónico la cronicidad de su enfermedad: la enfermedad propia, el malestar propio, se convierte en un horizonte objetivo, en una categoría de la realidad equivalente al espacio o al tiempo, equivalente a los conceptos universales de una tabla de categorías. El malestar propio se vuelve a la vez un emborronamiento de la realidad exterior, de la realidad completa. Y en el caso de Cayo Pombo aquel hijo falangista, aquel hijo adorado, de pronto era una justificación y un apoyo, todo un lado vigoroso de la propia casa y la propia familia, incluso el propio piso de Gándara 6 se iluminaba e implantaba universalmente como una gracia inmerecida en su vida.

A diferencia de su padre, Cayo Pombo Villameriel, que fue un propietario concienzudo y laborioso, inspirado por los Ybarra, su familia política bilbaína al casarse con Virgina de Ybarra y Arrámbarri, Cayo Pombo Ybarra fue un propietario descuidado, no tanto ocioso o desinteresado de sus propiedades agrícolas como, literalmente, desatento. Heredó Campogiro y la finca grande del Monte de Torozos, tan desértica, y dedicó a ambas, sobre todo a Campogiro, donde estableció su residencia tras su matrimonio, una atención desatenta: toda su atención, o lo mejor de su refinada atención, se consagraba a la fascinante época que le tocó vivir: aquellos fascinantes primeros veinte años del siglo XX. Puede decirse que entró en la década de los treinta, la última década de su vida, con una pasión contemplativa. Lo que contemplaba era esos primeros veinte años del principio de su siglo. ¡Daba tanto que pensar aquel tiempo! Antes de la guerra del 14 había una fascinante belicosidad en el ambiente, una belicosidad casi enfermiza, sea dicho, en los intelectuales europeos, escritores, artistas, científicos. Pero no solo en los artistas de vanguardia, sino también en la gente corriente de todas las clases sociales, que estaba deseando contemplar un gran renacimiento cultural en aquella era de las masas y las máquinas. Lo que precedió a la guerra del fascismo fue una era de los nacionalismos europeos, que había inspirado una ética de la guerra, una convicción de que la experiencia de la guerra cumpliría la tarea de rejuvenecer y regenerar una civilización que se encontraba en franca decadencia. El matrimonio de Cayo Pombo Ybarra con Ana Caller tuvo, en el fondo, mucha relación con la fascinación de Cayo por aquel agitado y fastuoso comienzo de siglo: Ana le pareció, a los veinte años, agitada y fastuosa, una emprendedora de todos los caminos intelectuales y artísticos que se dibujaban en el horizonte. Tenía muy buena facha, hermosas piernas blancas. No era guapa de cara. Tenía una cara, incluso de joven, como preocupada y triste. Un rostro, en cierta manera, despavorido, que a la vez expresaba pavor o miedo en la misma medida que expresaba una intensa curiosidad por la vida y los lujos y placeres de la vida. Una joven explosiva, le pareció, moderna. Y lo era. Y lo siguió siendo a lo largo de los primeros años de matrimonio hasta llegar a las peleas y los despropósitos de la separación y del irreparable viaje, creador, la creadora huida de Ana a París. Thomas Mann definiría más adelante ese comienzo de siglo como «el comienzo de lo que acababa de comenzar», mientras

el mundo occidental, según se dice ahora (Roger Griffin), «se adentraba alegremente en el laberinto de sus propias catacumbas mentales». En aquel reducto privilegiado, en aquel Santander de los veraneos regios que había disfrutado mucho con la Dictadura de Primo de Rivera y con la no injerencia en la Primera Guerra Mundial, podía tomarse la vida como una espectacular manifestación de un contagioso espíritu artístico y bélico Fue una augusta locura. Y a la mujer de Cayo Pombo, a Ana Caller, la llamaban de niña en Santander «niña loca». Ana le pareció a su marido un caso particular de toda aquella profunda rebelión contra el intelecto que había surgido a finales del siglo anterior como consecuencia del desgaste de la sociedad tradicional. Mágicamente esto parecía cumplirse también en Santander en 1910, en 1920. La sociedad tradicional del XIX, en la cual se había enriquecido la familia Pombo, a la vez que otras familias parecidas disfrutaban de los logros de las dos generaciones anteriores, mientras se rompían sus vinculaciones sentimentales y sociales. Cayo Pombo Ybarra no fue ningún adelantado intelectual de su época, pero vivió esa época con intensidad, con fruición. Creyendo que él mismo en particular sería capaz de controlar las desequilibrantes fuerzas que, a nivel individual y colectivo, ese principio de siglo desencadenaba. Ana se escapó a París porque, una vez medio criados los dos hijos, Santander le pareció un moridero, un pudridero, un sitio burgués y seguro donde nada nuevo y creador podía iniciarse.

Esta capacidad de unificar en sí mismo su vida privada, su privado matrimonio, su privada familia y su historia con la historia del tiempo en que vivía, la historia de Europa, le hacía sentir a Cayo Pombo Ybarra, al final de sus cuarenta años, al entrar en 1930, como alguien que estaba en posesión, por lo menos intelectual, del sentido de la vida de su época. No era un sentimiento petulante, no era vanidad. Pero sí era reconfortante saberse al tanto de lo que sucedía, de ahí que su admiración por la idea republicana española y en concreto por la figura de Manuel Azaña estuviese trenzada y determinada por sus especulaciones acerca de la historia europea reciente: en siete años España había transitado de la Dictadura a la República, de la modernidad primorriverista a la ultramodernidad del Frente Popular y del Bloque Nacional. De no haber tenido hijos, de haber sido su matrimonio con Ana un matrimonio infecundo, ahora, tras la separación abrupta de los dos, no habría habido más

que un paréntesis alisado y confortable. El problema agudizado, la nueva conflictividad, eran los hijos, y, sobre todo, Álvaro, que se apuntaba combativamente a Falange Española y se enfrentaba –no muy documentadamente, por cierto– con la complejidad de la República proclamada en 1931.

1935 ha sido, para Alvarín, el año de la gran decisión. Apuntarse a Falange a finales del 34 fue eso, aunque, al hacerlo, no se diera cuenta del todo: asaltarse a sí mismo para saltar desde sí mismo a la historia de España. Un salto desde la subjetividad pura a la actualidad española pura. Y la actualidad pura es Falange Española. Se siente sacado de sitio, desquiciado, convertido –o a punto de convertirse– en un hombre nuevo por obra y gracia de Falange Española. Se sintió como nuevo hace unos años, todavía en Francia, cuando descubrió que boxeaba bien, que tenía buen juego de pies, que se movía con agilidad en el ring, que esquivaba bien los golpes, que aprendía con facilidad los golpes reglamentarios. Pero lo de ahora no es una confirmación física de su integridad, sino una confirmación moral. Ahora es un hombre nuevo, así que vive, a lo largo de todos sus dieciocho, intensamente la parte que le corresponde de su militancia falangista. La última ocurrencia de ese hombre nuevo coincide con la última fascinante noticia: José Antonio Primo de Rivera en persona vendrá a Santander en enero. Alvarín decide que su padre tiene que estar presente, por lo menos, en algunos actos multitudinarios. Más aún, decide que, de la misma manera que en 1932 Cayo Pombo Ybarra fue a saludar a Manuel Azaña y le acompañó durante sus dos días de estancia en Santander, así también ahora su padre saludará a José Antonio Primo de Rivera. Lo ha hablado con Hedilla, que es el jefe provincial de Falange y que ha resultado ser un magnífico jefe, un magnífico organizador, pero muy soso. La ocurrencia de que Pombo lleve a su padre a conocer a José Antonio Primo de Rivera le ha parecido bien. Bien, sin más. Hedilla es un admirable jefe soso. Alvarín pondrá, pues, toda la sal. Y la sal consiste en arrastrar a su padre, sin grandes explicaciones, a los eventos que se preparan. Su padre cree que él no pinta nada ahí, que hará el ridículo, y se lo dice a su hijo así. La respuesta de Alvarín está clara, y es válida porque es de corazón:

–Tú quedas bien, estupendamente bien, papá, donde vayas. –Y eso

es verdad.

28 de enero de 1936. Ayer se celebró el primer acto falangista en Santander, puede leerse en El Diario Montañés. Las organizaciones de Falange Española de esta provincia se concentraron en nuestra ciudad para escuchar el discurso del Sr... Los falangistas han llegado en autobuses de todas las provincias. El gobernador ha prohibido que se exhiban las camisas azules. Las fuerzas de la Benemérita se ocuparán de descamisar a la Falange. Entonces irán descamisados al Teatro. Irán en camisetas. El gobernador revoca su propia orden más tarde. Los falangistas se esparcen por todo Santander desde que llegan por la mañana hasta las siete de la tarde, que afluyen por la calle del Martillo en dirección al Teatro Pereda. Todas las localidades del Teatro Pereda se hallaban ocupadas por el público, en el que predominaba el elemento joven.

Alvarín ha instalado a su padre con dos horas de anticipación en el patio de butacas. Segunda fila, pasillo. Quiere que lo vea todo con sus propios ojos. Todo, en este caso, es explosivo, festivo, tan archipolítico que Cayo piensa en las multitudes de toda Grecia, que se agolpaban en las festividades olímpicas de Atenas. No puede negar Cayo Pombo Ybarra, el republicano, el escéptico, el agnóstico, que la emoción del momento se le contagia por momentos a él mismo. En el vestíbulo del Teatro Pereda una escuadra falangista con sus banderas y horizontes. En el escenario y en el patio de butacas, jóvenes de Falange se encargan del orden y de la protección del jefe. El teatro atestado. Entra José Antonio Primo de Rivera con el jefe provincial, Manuel Hedilla, y el jefe local, el señor Arche. Una estruendosa ovación. Las escuadras de Falange abren calle por el patio de butacas hasta el escenario. Cayo Pombo Ybarra se pone en pie, como los demás, y se vuelve hacia el jefe nacional de Falange. Sube al estrado José Antonio Primo de Rivera con los oradores: Rosario Pereda y Roberto Reyes, jefe provincial de Falange, Hedilla, jefe local, Arche y los señores Goya, Illera y Andiño. El público en pie saluda brazo en alto. ¿Saludó también en aquella ocasión Cayo Pombo Ybarra a José Antonio Primo de Rivera brazo en alto? Sí, él también saludó brazo en alto, el noble saludo romano. No cesan los vítores. Primo de Rivera se adelanta en el estrado para imponer silencio. Ordena a los camaradas que se abstengan de dar gritos que no sean los gritos de ordenanza. Y les

ruega a continuación que consideren el valor del esfuerzo que supone la campaña de Falange Española por toda España. Concede después la palabra al presidente del Sindicato de Abogados afectos a Falange Española don Roberto Reyes. La alocución de Roberto Reyes termina diciendo que José Antonio Primo de Rivera fue quien, el 19 de noviembre de 1935, lanzó un mensaje a la patria para crear el Frente Nacional.

¿Cómo es posible que ese convencido republicano, ese admirador de Manuel Azaña, salude esa tarde brazo en alto la entrada de José Antonio Primo de Rivera al Teatro Pereda? ¿Está siendo incoherente Cayo Pombo Ybarra? ¿Está actuando solo por complacer a su hijo, tan entusiasmado por José Antonio Primo de Rivera y su Falange Española? Saludar brazo en alto en este momento es un gesto inequívoco. Significa apoyar a un grupo muy minoritario, pero muy ferviente, de la ultraderecha española. Vale la pena entretenernos inventariando qué pasa por la cabeza de Cayo Pombo para saludar en pie brazo en alto a José Antonio Primo de Rivera esa tarde.

Casarse con Ana Caller Donesteve, alegrarse en 1931 por la proclamación de la República, saludar emocionado a don Manuel Azaña en Santander en 1932, oír su discurso santanderino, sentarse a su izquierda en el banquete de despedida, saludar ahora brazo en alto la entrada de José Antonio Primo de Rivera en el Teatro Pereda en 1936... Todas esas cosas tienen un mismo origen en el alma delicada y escéptica de Cayo Pombo Ybarra. Cabe, quizá, incluirlo todo ello, por aparentemente contradictorio que sea, en un impulso sumamente personal y a la vez colectivo de celebración de lo nuevo. Estamos ante una versión microscópica de la palingenesia modernista.

Ana, veinte años más joven que él, fue lo nuevo en el amor. Emergió ante él como una Venus marítima: una criatura resplandeciente, polifacética. Se sintió afortunado cuando le hizo caso. Se sintió orgulloso de aquella mujer tan joven que parecía una encarnación de todos los mejores impulsos de la época: las habilidades artísticas, la música, la danza, la locuacidad, el movimiento continuo de su imaginación, su destreza en el trato con la gente de su círculo. Esta habilidad en concreto, la sociabilidad de Ana, el caer bien, el cautivar a la gente de su entorno, le pareció

admirable, comparándola con su propio carácter taciturno. No se le ocurrió, en sus primeros años de matrimonio, que hubiese en Ana una como inestabilidad constitutiva. Es cierto que no podía parar quieta, por eso hizo toda la decoración del Tenis de Santander y de su propia casa en Campogiro. Por eso hacía con facilidad amistad con casi todo el mundo. Incluso su esnobismo tenía un punto malicioso, en parte agresivo, casi raquero, que combinaba el gusto por la vida social y un último desdén por esa vida social. Ana Caller le pareció el nuevo siglo. Le pareció inaugural. Le pareció que conquistarla, siendo veinte años mayor, era lo mejor que había hecho en la vida. Ana era el nuevo siglo. Y sucedió que, al cabo de diez años, quizá algo más, Ana no podía soportarle y le resultaba, en particular, absolutamente insoportable Santander, la sociedad santanderina. ¡Irse! ¡Irse! ¡Irse era todo en aquella época! Y todo irse de postín, todo irse en serio, en aquel tiempo era acabar yéndose a París, cosa que hizo. Dejando a un lado, más o menos de cualquier manera, a sus dos hijos y a él mismo. Y, de paso, boquiabierto a todo Santander.

La alegría revisionista de la República, recién inaugurada aquella época, le pareció una vuelta de tuerca, una purificación política de la Dictadura de Primo de Rivera, del ejército, y de la puñetera Iglesia católica. A Cayo Pombo le pareció que poner a la Iglesia católica en su sitio era lo más importante de todo. Cayo Pombo no era en esto muy original. Sus antipatías eran muy tradicionalmente españolas. Era una versión muy templada en el caso de Cayo Pombo del liberalismo decimonónico. La Iglesia les parecía un factor retardatario. Y no había energía espiritual, al parecer, en la Iglesia católica misma en aquel momento para hacer ver su espiritualidad de fondo –que la tiene, igual que la tenía en aquel entonces–. El gran exponente de lo nuevo en política era Manuel Azaña. Su repentina aparición en el escenario político-intelectual español, sus arrebatadas conferencias, incluso su mala leche, le pareció a Cayo Pombo que ejercían una influencia depuradora, purificadora, equilibrante. Había que cambiar de vida en España, yendo de dentro a fuera, del individuo hacia la sociedad, y al revés, de fuera a dentro, de la sociedad al individuo. ¿Y cómo encajaba en esto Falange Española? Era una bendición que su hijo Álvaro se hubiese apuntado a Falange nada más regresar a Santander a finales de 1934. Era una bendición que Alvarín fuese su hijo. Era una

bendición llevarse bien con él y poder discutir audazmente, pacíficamente, de política, a la hora de la comida o de la cena o en la tertulia de los mediodías los domingos y festivos. Por eso, cuando entró José Antonio Primo de Rivera en el Teatro Pereda en Santander, se puso en pie y saludó brazo en alto. Era un tributo honorable de la República a ese nuevo y brillante enemigo de la República y los partidos políticos, ese hermoso nuevo héroe fascista español.

15

Cayo Pombo Ybarra lee cuidadosamente El Diario Montañés. Lee todos los otros periódicos también. Los de la izquierda santanderina. Pero El Diario Montañés le divierte por los «ecos de sociedad». La voz o las voces o las plumas de El Diario Montañés le parecen semiecuánimes. Como Cayo Pombo lee también los que El Diario Montañés denomina «periódicos zurdos» –El Liberal, El Socialista, La Región, etc–, piensa que va componiendo en su cabeza un panorama relativamente amansado del gran barullo de principios del año 36 en Santander. Así se entera del fallecimiento de don José del Solar, beneficiado de la catedral, capellán de las adoratrices y profesor del instituto de Santander. El Ayuntamiento concede licencias para construir treinta y cinco casas de vecindad. Una grande en Maliaño con ciento veinticinco pisos. Donativos para la Gota de Leche: todos los días aparece una relación de donantes, sobre todo de pesetas y «chaquetitas». Suspensión de las Cortes hasta el 1 de febrero. Un artículo de J. R. contra las botas katiuskas: Se ven ahora por aquí, con el pretexto de la lluvia, demasiadas señoritas calzadas con unas horribles botas de montar, o de pocero, o de cualquier cosa menos de mujer, llamadas, según dicen, botas katiuskas, que podría decirse de ellas (de las botas) lo que de los alemanes en Verdún: «No pasarán.» Porque, ¡por Baco!, que hasta lastiman la vista. Dice Nieves de la Montaña, sobre el cuidado de las manos en la mujer, que los colores fuertes son, sobre las uñas, una nota de mal gusto que a veces llega al ridículo. Con la asistencia del numerosísimo y distinguido público, se celebró ayer, en el María Lisarda Coliseum, la función benéfica para el mejoramiento moral y material del obrero. El teatro ofreció magnífico golpe de vista. resultó magnífico el grupo de hadas, formado por las lindísimas señoritas Georgina Cabrero, Carolina López-Dóriga, Juanita Muñoz, Emilia Güezadas, Rosario López-Dóriga Rozas, María Luz Rodríguez, María del Carmen Azpilicueta y Felina Mirones. Terminó la fiesta con el «Sueño de amor» de Listz, baile que interpretó magistralmente la señorita Else Movinkel. En su papel de Cupido, estuvo acertadísimo el niño Angelín Orbe. Fútbol de primera división: Racing-Betis quedaron 5 a 1. Velada literario-musical por

las señoritas de la Juventud Católica Femenina. Representan La esclava de Fabiola, drama en cuatro actos. Entradas en Santa Clara 10. Horarios de misas. En el artículo de Nieves de la Montaña se explica, con todo lujo de detalles, cómo hacer un postre exquisito, fácil, rápido y de bonita presentación. Se baten, como para merengue, cuatro claras de huevo con cuatro cucharadas de azúcar, y, mientras se hace esto, a fin de aprovechar el tiempo, se ponen al fuego, en baño María, tres cucharadas grandes de agua con una onza de chocolate para desleírlo muy bien, y, cuando está, se dejará enfriar. Con las claras batidas a punto de nieve y el chocolate un poco frío se hace una mezcla, batiéndolo bien, y se deja así hasta el momento de servir. Para sacarlo a la mesa deben usarse conchitas de cristal o platitos de los que se utilizan para tomar los helados, así como también las cucharitas. Esperamos con verdadera impaciencia (9 de enero de 1936) la noticia de haberse ultimado todo lo concerniente al bloque de derechas, que será ariete demoledor frente a las amenazas de la revolución (...). Todos los buenos españoles deben ponerse en pie de cara a todos los obstáculos y sacrificios que se interpongan en nuestro camino. La alianza izquierdista, con todos sus empachos de legalidad y democracia, es evidentemente una alianza comunista. Y las consecuencias del triunfo de tan heterogéneos rencores son fáciles de adivinar. Pero afortunadamente el país no ha perdido su instinto de vida ni su sensatez. Depondrán todas sus diferencias adjetivas. Olvidarán lo accidental que les separa y se alzarán como un solo hombre para defender contra la ola roja aquello que es lumbre en el alma y calor en el corazón. La Acción Social Cristiana Montañesa organiza cursos de jóvenes obreros (en la calle Velasco 11, entresuelo).

–¿A que no quieres dar un paseo conmigo? –pregunta Cayo Pombo a su hijo.

–¿Cómo que no? ¡Claro que quiero! ¿Adónde quieres ir?

–¿Te apetece dar un paseo? ¿De verdad?

–¡Claro, papá! ¡Pero claro!

–Aquí hablan, en el periódico, de una bajada a la Magdalena por la que pueda transitar el público sin temor a dar un traspié. Se trata de una petición que el periódico hace al alcalde. Ya hay una bajada,

por supuesto, que todos conocemos, la rampa que baja a la playa rodeando el Tenis. Ese es un acceso cómodo a la playa. Pero, por lo visto, hay mucha gente que prefiere acortar el camino y bajar por una rampa que arranca de la avenida de Pablo Iglesias. Dice el periódico que la rampa se halla en pésimas condiciones y que el Ayuntamiento, con muy poco gasto, podría disponer de una bajada en beneficio de la gente que acude a esa playa. Esta es más o menos la noticia y me da curiosidad dar una vuelta por allí y volver a ver esos sitios. Hace siglos que no paseamos juntos, además.

–Eso es verdad. Pero es que todo ha contribuido. En vez de pasearnos, ahora hablamos. Antes paseábamos más y hablábamos menos. Ahora es al revés.

Así que esa tarde, a primera hora, después de almorzar, emprenden un paseo los dos, Puertochico arriba, por la avenida de Pablo Iglesias, desde la cual se ve la playa de la Magdalena desde arriba.

–Me gusta verte en la calle. Tienes otro aire en la calle, hijo.

–¿Cómo otro aire?

–No sé. Se te ve más fuerte en la calle, a contraluz. Eres más alto que yo. Doble de fuerte. Yo no era tan fuerte como tú cuando tenía tu edad.

–Es que erais antideportistas en tu época, papá. Nuestra generación es deportiva toda. Así que estamos más fuertes y más guapos, mejor presencia, por lo que valga.

–Pues vale mucho, hijo. Vale mucho.

Van andando los dos por las iluminadas, cálidas, húmedas calles del Santander del verano. En Puertochico se arremolinan las gaviotas. Van andando despacio, subiendo la cuesta del Gas. Cayo Pombo piensa que es poético, mágico, caminar así, acompañado por su hijo en dirección a la Magdalena y al Palacio de la Magdalena, dirección al Club de Tenis, hacia su vida anterior. Caminando así con su hijo Álvaro, a primera hora de la tarde, ese hombre mayor, ese Pombo avejentado, se siente ligero, rejuvenecido, como si los achaques no existieran, ni el dolor de cabeza, ni la agobiante sensación de que

todo está acabado ya, consumado, fracasado. No hay fracaso ninguno en el aire santanderino en esas primeras horas de los atardeceres de 1936. Hay las esperanzas políticas republicanas que chocan con las esperanzas políticas falangistas. Pero ahora van caminando juntos los dos, el republicano y el fascista, el padre y el hijo. A ver por dónde se construye una rampa a la playa de la Magdalena sin tener que dar toda la vuelta por el lado del Tenis. Se les ve a lo lejos, caminando acompasadamente, animosamente, como si ese mínimo proyecto de una tarde cualquiera fuese el gran proyecto de toda una vida. Ninguno de los dos piensa, esa tarde, en intemperies ni en empresas ni en triunfos ni en fracasos, solo en el paseo presente, en ir andando juntos cuesta del Gas arriba y bajar luego, quizá, hasta la misma playa de la Magdalena.

–Por cierto, niño, ya que estamos aquí, podíamos hacer una visita a mis primos, a tus primos, los Pombo Noriega, que tienen ahí la casona, justo al rape de la playa.

–¿Vamos a presentarnos así sin más, de sopetón?

–Sí, ¿por qué no? Es un sitio de campo. La casona es una casona enorme, ya lo sabes. Hay mucha gente joven...

–Lo sé, los conozco a casi todos.

–Y Lolita es muy simpática y habladora.

Ya han llegado al pasadizo de la casa. Es un caserón cubierto de hiedra.

–Vamos a subir y llamamos al timbre. ¿Qué te parece?

Lo hacen así. Llaman al timbre. Les abre una doncella primorosamente uniformada. Les hacen pasar a una sala de espejos que da a una gran solana, desde la cual se ve el mar como si estuviera al borde mismo de la solana.

–La señora vendrá en un momento –dice la doncella.

Lolita apareció enseguida. Padre e hijo se levantaron a la vez al verla entrar. El cortés gesto de ambos al levantarse a saludar a Lolita tuvo un aire repleto, impetuoso, como un súbito aplauso,

como un saludo militar. Lolita era deslumbrante a esa hora soñolienta del medio verano, de la media tarde. Su aparición en la sala les deslumbró como si la vieran por primera vez en sus vidas. El deslumbramiento, por supuesto, fue instantáneo. Tuvo lugar en la conciencia de los dos a la vez, padre e hijo, tuvo esa cualidad numinosa que, de pronto, como un aura, rodea un acontecimiento de la vida cotidiana. No había nada que no fuese normal y cotidiano en aquella visita entre primos. Y, sin embargo, a los dos visitantes les pareció que se abría ante ellos un círculo encantado. Cayo Pombo pensó que eso era así por lo mucho que en su vida, a esas alturas, echaba de menos el encantamiento y el encanto de una mujer hermosa como Lolita. Y su hijo, Alvarín, comparó instantáneamente el deslumbrante encanto de la aparición veraniega de su prima Lolita, lo extraordinario de su sencillez, con el rebuscado encanto de las apariciones artísticas de su propia madre, la ausente Ana Caller, cuya elegante figura con un elegante traje pantalón a la última hora parisina había guardado Alvarín de pronto en su álbum de fotos. En un solo instante –quizá pudiera llamarse el siguiente instante dentro de un mismo instante– Alvarín decidió que su propia madre era expresivísima, pero no, como Lolita, simpatiquísima. La expresividad de la Ana Caller de aquel entonces casaba exactamente con la expresividad pictórica del arte de esa época: era fascinante e intimidante a la vez. La simpatía, en cambio, de Lolita era, elevada al cubo y a la enésima potencia, toda la simpatía del mar santanderino, del buen tiempo, de la buena salud, la noble posición social, la facilidad, la confianza. La belleza de Lolita le pareció a Alvarín –aunque no llegó a decírselo a sí mismo en estos términos– el splendor ordinis. Se instalaron los tres en la solana y, mientras intercalaban las acostumbradas frases de una conversación familiar, que incluyeron un comentario sonriente de Lolita acerca de lo fuerte y lo guapo que Alvarín estaba aquella tarde, veían pasar barcos de vela, como si de pronto se celebrase ante ellos, en medio de la bahía, una improvisada regata de balandros blancos. Y, de pronto, una vez instalados los tres en torno a la mesa de la solana, donde les sirvieron un té, Lolita, que estaba sentada a la cabeza de la mesa, preguntó a su primo Cayo:

–¿Crees tú también, Cayo, que la guerra es una experiencia interior?

–No, no lo creo, Lolita, no lo creo. ¿De dónde sacas eso?

–Hace poco lo he leído en algún sitio. Un libro, creo recordar, sobre los intelectuales alemanes de la Gran Guerra.

Lolita Quintana, a quien su primo Cayo tenía en alta estima, como admirable y elegante anfitriona, era también una conversadora fascinante no del todo cómoda en ocasiones. La incomodidad provenía, en opinión de su primo Cayo, de que Lolita acostumbraba a citar de pronto, de sopetón, textos sacados de sus muchas lecturas entremezcladas. Y sus ocurrencias conversacionales podían, por eso, resultar inquietantes. Esta ocurrencia, por ejemplo, de que la guerra fuese una experiencia interior era inquietante. Cayo continuó diciendo:

–No entiendo bien en qué sentido puede decirse, Lolita, que esta última guerra, en la que nos hemos mantenido, por fortuna, neutrales, ha constituido una experiencia interior para los que participaron en ella. Más bien diría yo que ha sido una experiencia brutal de la fuerza bruta y mecánica, agigantada por las nuevas grandes potencias, la desmembración del individuo, la deshumanización del individuo, el surgimiento de masas mutiladas, famélicas... Todo eso es exterior y está a la vista, ¿no te parece, Lolita?

–¡Claro, claro! Eso que dices es verdad, Cayo, es cierto. Nadie en sus cabales puede ponerlo en duda, ni siquiera yo, que no siempre estoy del todo en mis cabales.

–¡Pero, Lolita, no conozco a nadie más sensato y realista que tú!

–¡Y lo soy! Soy sensata y realista. A la vez leo muchas cosas, todo lo que puedo. Y lo que leo me arrastra de un lado a otro como la marea zarandea los matorrales de algas en septiembre. Y ahora estoy leyendo justo eso, las cosas que, sobre la guerra del 14, dijeron, antes de meterse en guerra, los escritores italianos y alemanes, y también lo que dijeron después. Hay, por ejemplo, un escritor italiano, Filippo Marinetti, que escribió en 1909 el «Manifiesto del futurismo». He apuntado una de sus frases: Queremos glorificar la guerra –única higiene del mundo–, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los libertarios, las bellas ideas por las cuales se muere y el desprecio de la mujer.

–¡Lolita! ¡Eso es estrafalario! Eso que acabas de leerme. ¡Tú misma ves que es imposible tomar en serio a alguien, por muy intelectual y sabio que sea, que junte en una misma frase las bellas ideas, por las cuales se muere, y el desprecio de la mujer! ¡Si desprecias a la mujer desprecias a la belleza del mundo! ¡La belleza de la mitad del mundo, como mínimo!

–¡No hay que tomarlo en ese sentido, Cayo! Yo creo que significa que, frente a la feminización exagerada de las mujeres, frente a la conversión de todas nosotras en objetos bellos e inútiles, este italiano propone airearnos, masculinizarnos, sacarnos a la calle. ¡Futurismo es eso, supongo! Y este autor opina que la guerra traería consigo el desarrollo de la gimnasia, del deporte, de las escuelas de agricultura práctica, cosa que tanto te ha interesado a ti que las has usado en tu finca de Peñacastillo. La guerra trae consigo el comercio y la industria...

–¡Eres única, Lolita! –exclama Cayo, echándose a reír–. Por una parte, nos recibes aquí, en tu maravillosa sala de estar, tan cultivada, tan burguesa, tan placentera, es una invitación a la calma, al reposo, a la meditación poética. Y, por otra, haces el elogio futurista de la guerra. ¡Ya sé que eso está en el ambiente! ¿Qué te parece a ti, Álvaro? Dime, sobre esto que discutimos Lolita y yo.

–Lo que dice Lolita me recuerda lo que dice nuestro jefe nacional, José Antonio Primo de Rivera. ¡También para él el militarismo, la violencia, la destrucción creadora son una manera de romper la tediosa República, el tedioso liberalismo, las inacabables discusiones parlamentarias que a nada conducen!

–Pues eso, lo que te recuerda a lo que dice vuestro jefe nacional es lo que recuerda a lo que decía el fascio italiano cuando se oponía a aquel ministro italiano, Giovanni Giolitti, que fue cinco veces primer ministro en Italia, el liberalismo parlamentario de esa época.

–Yo no sabía nada de eso, Cayo, pero veo la conexión, ahora que lo dices: lo que hemos tenido aquí durante mucho tiempo ha sido liberalismo parlamentario, la Monarquía parlamentaria, la Dictadura y ahora la República...

–¡Y ahora el fascio! ¡Falange Española!

–¡Ah, sí, qué interesante! Naturalmente, he oído hablar muchísimo de José Antonio, el hijo de don Miguel Primo de Rivera, pero la verdad es que no sé mucho de Falange Española.

–Pues aquí tienes a un falangista de primera línea, que te lo cuente él. ¿Te puedes creer, Lolita, que me ha salido un hijo falangista, a mí, que soy un republicano de corazón? Como tú sabes, un admirador de nuestro don Manuel Azaña.

–Vamos a ver, Cayo, la Italia de Mussolini, según me cuentan, es una nueva Italia, un nuevo Estado. Funciona, parece ser, de maravilla. Por todas partes está la cabeza de Mussolini, en todos los descampados, en toda Roma y en Florencia el Duce tiene siempre razón. Cuando me lo cuentan entusiasmados los viajeros españoles que vuelven de Italia yo les tomo el pelo, les digo que es imposible que nadie, ni siquiera el Duce, este Mussolini, tenga siempre razón. Unas veces la tendrá y otras no. Pero la verdad es que tengo muchas amigas entusiastas del dichoso Mussolini. Le hacen propaganda gratis a la vez que son monárquicas, como las que el año pasado fueron a la boda del Infante don Juan, en Roma. Monárquicas y fascistas a la vez. Da gusto oírlas hablar tan serias como se ponen. Da gusto tomar el pelo al fascio un poco.

–Ya que hablamos de esto, he leído en ABC que el fascismo es la consecuencia lógica del sistema filosófico de Giovanni Gentile, que ha sido o es ministro de Educación con Mussolini. Me sorprendió el título de un libro que ABC mencionaba: Teoría general del espíritu como acto puro. Según explicaba el articulista, cuyo nombre no recuerdo, se trata de un nuevo sistema ético, el actualismo, según el cual las acciones impregnadas de conciencia ética de uno mismo resuelven las aparentemente insolubles tensiones que hay entre lo subjetivo y lo objetivo, entre la mente y el cuerpo, entre la realidad interior y la exterior. Todo esto son ideas nuevas que me sobrepasan. Lo he hablado con mi hermano Gabriel María, que está más al tanto que yo del pensamiento contemporáneo, pero no sé a qué carta quedarme. Me siento demasiado viejo, Lolita, para estas sorprendentes interpretaciones políticas y éticas de las acciones individuales humanas como actos puros, actos que integran las conciencias y las patrias. Estamos bien aquí, en esta maravillosa

sala tuya, hablando de alta política, la alta política del acto puro, y a la vez sintiéndonos, o sintiéndome yo, por lo menos, criaturas insignificantes. Pequeños burgueses de Santander, bien entrados en la cincuentena, zarandeados por la vida, tú me entiendes, Lolita, claro está. No creo que ni Mussolini ni este José Antonio Primo de Rivera tengan ningún proyecto para mí en concreto...

–¡En eso te equivocas, papá, de medio a medio! ¡El fascismo es un proyecto para todos! Un movimiento que supera izquierdas y derechas, juventudes y vejeces, nos saca del tedio, de la tristeza, de la decadencia.

–¡Ojalá sea así!

La luz del atardecer marítimo aumenta de tamaño sin volverse por eso inquietante o gravosa. Una luz sobrenatural, le parece a Cayo Pombo, o, por lo menos, transreal, que no durará mucho, pero que, mientras está durando, ahora mismo, y embargándoles a los tres, instalados ahí, en la solana de la casona de la Magdalena, es también un acto puro, un existir innumerable e instantáneo que unifica sus conciencias y sus corazones más allá del estupor y el laberinto de las propias cuitas.

16

Resultaba difícil, decidió Alvarín, entrar dentro de uno mismo y, una vez dentro, sacar algo. Había un interior inhóspito, paralelo al exterior apacible, que, a su vez, en el Santander de aquellos años, solo parecía superficialmente apacible pero que, en realidad, a poco que se reconociera, resultaba desapacible, incluso endemoniado. Las ideas políticas de su padre, el republicanismo azañista paterno, le iba pareciendo cada vez más irreal. Y el movimiento falangista de Primo de Rivera, que apenas había cumplido por entonces los tres años de edad, le parecía ajustado y completo. Ajustado, sobre todo, a su propia experiencia de sí mismo, que era una experiencia viril, solitaria, de desarraigo maternal. No se trataba, por supuesto, de que Ana, su madre, se hubiera largado a París. Eso le parecía natural, una respuesta acelerada y sin duda cruel a la cerrazón provinciana que Santander representaba. El efecto, sin embargo, que en su alma había producido la ausencia materna fue desustancializador. No obstante todo el encanto personal de su padre, no obstante la calidez de su compañía, Cayo Pombo no sustanciaba el hueco dejado en la familia por la separación materna. Alvarín veía a su padre casi más como otro hermano, como un tercer hermano, el mayor de los tres, una versión menos abrupta que la de Cayito de la comunidad familiar, de la hermandad familiar. El padre y los dos hijos constituían, en la mente del más joven de los tres, Alvarín, una hermandad, un grupo unificado, un pequeño grupo emocional que requería, para configurarse del todo, un equivalente exterior más firme y poderoso, eso fue para él Falange Española. Cayo Pombo Ybarra, con ser encantador, con ser lo más profundamente querido del alma de Alvarín, no era, a todas luces, un líder adecuado. ¿Le hacía falta un líder a Alvarín? Su padre y su hermano eran, en su imaginación, hermanos. Sus otros hermanos de Santander participaban de la hermandad disuelta o fragmentada. El único líder político y espiritual que Alvarín acertaba a ver en aquel momento en Santander, en España, era José Antonio Primo de Rivera. José Antonio tenía una cualidad chamánica: Alvarín no conocía en aquel momento esa palabra, pero sí reconocía de inmediato a quien se

encuentra excitado, conmovido, exaltado. Chamán, samán, significa conocer estáticamente..., pero ¿conocer qué? Para empezar, reconocerse. Y este reconocerse se producía al sentirse repleto de propósito, de misión, en situación de vencer todas las dificultades y encontrar la tierra prometida. ¿Qué tierra prometida? Un nuevo cielo y una nueva tierra: las semillas teológicas cristianas de esto eran evidentes. Pero no del todo evidentes en sí mismas para Alvarín, que las vivía como vivencias personales y únicas. Una vez formada la escuadra, con todos los camaradas seriamente firmes, mirando al frente, Alvarín veía al fondo la figura inspirada, apartada, centrada en su visión interior de José Antonio Primo de Rivera. Más allá del común de los mortales. A medio camino entre el cielo y la tierra, capaz de hablar con convicción y autoridad de la patria común, de la sociedad común, de España. No había, en estos sentimientos de Alvarín, ni gran novedad conceptual, ni gran originalidad poética: eran los sentimientos inspirados por la nueva religión política, el fascismo, que reduciría la desintegración social y que facilitaba la aparición de un líder como José Antonio. Hasta Santander llegaban los ecos de las ovaciones estáticas que recibían Hitler y Mussolini en sus discursos. Entusiasmarse con Falange por una misión nacional equivalía a desentenderse de cualquier preocupación por los proyectos o falta de proyectos subjetivos. La totalidad embargaba la singularidad hasta anularla, hasta hacer sentir, a un chaval tímido y meditativo en el fondo, que él mismo formaba parte, que era un bloque más, una piedra más de una gran reconstrucción colectiva.

El hecho de que Alvarín pudiera hablar y le gustara hablar de todas estas cosas con su padre era una señal de lo muy unido que seguía estando al núcleo conservador de su clase y de su familia: ¿se trataba entonces de una nueva estética, la estética fascista? ¿O se trataba realmente de un nuevo vigoroso proyecto político fascista? Alvarín creía aquellos años que, entre ética y estética, entre el bien y la belleza, no había distinción ninguna, eran lados numinosos de lo mismo. La jerarquía falangista santanderina situó muy pronto a este nuevo afiliado, este Pombo Caller, en la primera línea de fuego: no había nadie tan fogoso como él. Es curioso tener que subrayar en este punto que Alvarín era miope, era gafoso. Eso significaba que unía en la unidad de su propio cuerpo casi idéntica cantidad de debilidad y de vigor. Era un chico fuerte y frágil a la vez. En

tiempos de paz hubiese sido un buen amigo, un buen colaborador, un buen muchacho que se encamina a su madurez con paso decidido. En tiempos de guerra, como aquellos, era difícil saber cómo Alvarín acabaría.

A tanta distancia, desde la distancia de nuestros libros y monografías sobre la época, casi resulta fácil asimilar a las juventudes de la izquierda con las juventudes de la derecha. Que ellos mismos se vieran entre sí como amigos y enemigos irreductibles es una emoción que no compartimos pero que, sin embargo, debemos tratar de reproducir imaginariamente para entender la violencia con que ambas nobles juventudes se enfrentaron a muerte aquellos años.

Además de su propia subjetividad –el yo fluctuante, meditativo, a ratos expansivo y violento–, se entrecruzaba Alvarín con dos concepciones del mundo contrapuestas: una era lo que él llamaba el republicanismo o el democratismo paterno, que le venía a Cayo Pombo directamente del sigo XIX y, por así decirlo, de familia. Ese era un mundo de comerciantes, de hombres emprendedores, admiradores de la ciencia, hombres prácticos, cuyo concepto de lo político, inminentemente anglosajón, se resolvía en un mundo económico, el mundo económico del siglo XIX, en el cual la economía estaba asociada a palabras como racionalismo, burguesía, tecnicidad, liberalismo, pluralismo, cosa privada. De ahí provenía una aceptación indiscutida del Estado burgués de derecho, un elogio del parlamentarismo y un juicio favorable a las aportaciones liberales. Un liberal, casi puro, había sido el fundador de la familia, don Juan Pombo. La gran casa palacio de la plaza de Pombo se alzaba en pleno Santander como un monumento a estos valores burgueses razonables conservadores y, a la vez, tolerantes: el liberalismo conllevaba una tolerancia propia de comerciantes que se toleran entre sí siempre y cuando los negocios marchen bien. Ni la moral ni la religión ocupaban un lugar preeminente. En el caso de su padre, la religión católica ocupaba, sí, un lugar preeminente, pero en sentido contrario a la preeminencia positiva: era una dictadura encubierta, una teocracia encubierta. Y este catolicismo –digamos ambiental– era una visión de la segunda fuerza en la visión del mundo de Alvarín por influencia de su padre. Los conceptos centrales del liberalismo del siglo XIX eran la secularización, el

individualismo, la negación del pecado original y de la tesis de la existencia del demonio y, consiguientemente, la afirmación de la bondad natural de las personas: el hombre, gracias a la autónoma razón, podía alcanzar la libertad y la felicidad como fines. De esos principios surgía un mundo economizado, tecnificado y socializado en forma de moral totalitaria. Cayo Pombo era un decidido partidario del humanitarismo. Todo lo anterior eran valores de cambio acerca de los cuales, en última instancia, todo el mundo en Santander, toda la clase acomodada santanderina, estaba de acuerdo. La monarquía de Alfonso XIII y la dictadura de Primo de Rivera habían sido, en cierto modo, la confirmación de todo esto. Sin embargo, ahora venían tiempos nuevos. El tiempo nuevo de los regímenes totalitarios. El tiempo nuevo de las estructuras políticas y sociales absolutas, o que pretendían ser absolutas. Ahí se insertaba el falangismo, como una versión española del fascismo italiano, y, a una distancia mayor, pero también auténtica, el militarismo alemán. Y este totalitarismo contenía una concepción del hombre y de la naturaleza humana como algo que tenía que ser sobrepasado. El hombre ¿era un lobo para el hombre? El hombre no era bueno por naturaleza, sino que sumido por la existencia daba lugar a lo político, entendido como una confrontación de amigo y enemigo, entendido como una guerra de todos contra todos. El concepto central del totalitarismo era la guerra. Y contra la guerra se alzaba la sensibilidad liberal de Cayo Pombo y, de algún modo, la sensatez burguesa innata del propio Alvarín. Alvarín no concebía que Tote y sus amigos socialistas se agruparan políticamente frente al propio Alvarín y a su clase social en términos de enemistad pura porque no entendía que la guerra fuese una necesidad radical del hombre en el mundo. La guerra era un mal absoluto. Y, a veces, tenía la impresión de que había, en el corazón mismo de Falange –por hablar solo de España–, un elogio de la guerra que se volvía a ratos repulsivo. ¿Era imposible vivir en paz? ¿No tenía razón su padre cuando consideraba que la democracia parlamentaria, el liberalismo político, el individualismo economicista emprendedor eran modos muy razonables de enfrentarse a la realidad?

En 1935 apareció una nueva estrepitosidad urbana: los pistoletazos de los pistoleros de ambos bandos. Los tiros de pistola recordaban los tiroteos de las ferias, recordaban las fiestas del Carmen y Santiago. Era un tiroteo de petardos, de fuegos artificiales. ¿Era eso

solo? Desde luego que no. Alvarín estaba a un paso de averiguar hasta qué punto, entre el jaleo festivo y los tiroteos políticos de aquel año, había una diferencia abismal. Estaba a punto de averiguar también que al afiliarse a Falange no solo se había comprometido con un estilo enérgico y deportivo de vida, sino también con una organización belicista en la cual los tiros se disparaban contra el enemigo. El enemigo era todo un lado de España, alzada en armas todavía nebulosamente, tanto por las izquierdas como por las derechas.

París, 1935

Querido Alvarino:

Hace un siglo que te escribí y hace otro siglo que me contestaste tú y parece que han pasado diez minutos solo. Es lo que tiene vivir en este París, donde no paras, nadie para en París de ir y venir y de inventar modas y cosas. Por unos y otros me llegan noticias de que en España las cosas van de mal en peor. Yo solo pienso en ti preocupadísima. Tendrías que venirte a París, que ahora todavía tienes tiempo. Aquí tendrías una vida divertida y te encontraría un empleo, seguro, con cualquiera de los muchos amigos que ahora tengo. Estoy, como sabes, trabajando mucho este año con Coco Chanel. Te encantaría conocerla. Mi vida aquí es toda excepcional y estoy teniendo tanta suerte que algunas veces, por las noches, arrodillada al lado de mi cama, a punto de acostarme, le pido a Dios algo de mala suerte para que valore la buenísima que tengo. En Chanel actúo como public relations. Voy por los grandes hoteles conectando con grandes personas interesadas en trajes y en joyas. Hace un tiempo, uno de esos días, me llama Koutosoff, un conde ruso, publicista de la casa Chanel. Ahí empecé con Chanel. No te cuento los detalles. Solo te contaré un viaje que hicimos para una exposición de Londres en una casa prestada por el duque de Westminster. Y ahí, en el tren de París-Londres, fui presentada a Chanel y me invitaron a sentarme frente a ella. Aquello fue charlar de todo. Desde hoy queda usted como mi secretaria particular, dijo Chanel. Fue como una intervención divina. Alvaruco, tú que entiendes estas cosas me estás entendiendo a mí perfectamente, ¿a que sí? En un vagón de tren yo veía

las rocas del mar y de Calais, y sentí la atracción del éxito, del triunfo y de la vida. Lo que allí comenzaba era otra cosa, era el esplendor del mundo que me esperaba. Coco es una mujer más bien pequeña que alta, algo encogida por el peso del collar de perlas –ocho vueltas, regalo del duque de Westminster–, seria, que lanza miradas esquinadas, algo inquisitorial en su porte, habladora en confianza, siempre sencilla y nunca de fantasiosas indumentarias. Esta es la mujer que Londres recibe triunfalmente. Esa noche descansamos en el Ritz. Mi habitación pared por medio con la de Coco Chanel. La verdad es que me emborraché por primera vez en mi vida esa noche. Mi borrachera me ganó la dirección de la Casa Chanel de París. Coco Chanel es oriunda de Auvergne, tierras frías del norte francés que producen seres humanos más bien cerebrales de espíritu y fríos de corazón. El hotel de Chanel en París está situado entre el Faubourg Saint-Honore y la Avenue Gabriel, hacia los Campos Elíseos, hotel inscrito en un inmenso y fastuoso jardín, cortado por la gran avenida de entrada de coches. Comprenderás que, con todas estas excitaciones, mis recuerdos tuyos, que no dejan de ser intensísimos y diarios, no den lugar a cartas. No te escribo porque no tengo tiempo ni casi de almorzar.

Mismo si me haces caso que si no, te insisto y te ruego que pienses en lo de venir a vivir aquí conmigo. Ya sé que tu padre se opondrá porque sabe, porque es astuto como son los hombres viejos, que has acabado encariñándote con él y él lo aprovecha para tenerte ahí encerrado, en ese terrible Santander de los guardias rojos y la Falange de la sangre, que mis muchos amigos santanderinos que pasan por aquí me cuentan y no acaban, ese horror de Santander. Sé también que te has apuntado a la Falange y siento muchísimo que no me lo dijeras, porque yo conozco en Falange a todo el mundo y podía haberte buscado un buen sitio en una provincia menos roja o ya desenrojada como Salamanca o como Burgos. Pero, en fin, tú eres un valiente y querrás quedarte ahí con tu padre, en ese moridero de Gándara 6. No te escribo más por hoy, pero contéstame pronto a mi carta diciéndome cómo estás y qué estás haciendo estos días en Santander.

Un beso y otro beso de parte de tu madre, que te quiere.

Querida mamá:

Tu letra tumbada, alargada y enrevesada ocupa tantas hojas que el sobre llega medio despegado, cargado de sellos franceses que le paso a un amigo mío que colecciona sellos. Yo no puedo escribir tanto ni tan largo ni tampoco tan gracioso como tú. Las personas que cuentas, Chanel y los duques ingleses y los príncipes rusos, tienen un aire de maniquíes todos. Atropelladamente dibujados con las casas, los hoteles de gran lujo, los paisajes de tierra, mar y aire, todo ello es muy gracioso, mamá, y superficial. Pero yo te agradezco que te acuerdes de mí y que me escribas. Por cierto, no tengo intención de moverme de Santander mientras haga falta aquí, en Falange en Santander. Hago falta en casa con papá y hago falta en Santander con Falange, así que no se hable más. Pero me ha divertido mucho eso que dices de conocer a todo el mundo en Falange. Perdona que te diga, mamá, que eso casi nos da mala fama, que nos conozcas tú a todos, porque eso quiere decir que en Falange somos unos señoritos, y eso es lo que menos somos, la verdad. Te agradezco muchísimo, por supuesto, la intención de colocarme bien enmadradito en Salamanca o en Burgos, a salvo de peleas y enfrentamientos. Pero ¡imagínate! Lo absurdo que sería que tú me mencionaras tan siquiera eso. Solo mencionarme colocarme en cualquier parte sería una vergüenza insoportable. Aquí se viene a dar la cara en Falange. A dar la vida a lo que sea. No somos héroes, somos camaradas. Y somos iguales vengamos de donde vengamos. Así que, mamá, no te confundas con Falange, que somos más socialistas que los socialistas y odiamos los enchufes. En fin, de todas maneras, muchísimas gracias. Me alegro de que sigas tan estupendamente bien como revelan tus voluminosas cartas.

Un abrazo de tu hijo, que te quiere,

Álvaro

17

Más fuerte aún que Falange Española fue la convicción que Alvarín tenía de que su obligación, su deber más profundo, su pasión más profunda, era facilitar la vida a su padre: hacerle la vida agradable, una vida acomodada y feliz. Las cartas de su madre, pese a lo mucho que le divertían, funcionaban al revés, no a favor de su madre –que de sobra se valía por sí sola, allá en París–, sino a favor de su padre, aunque no en contra de su madre. Alvarín era introvertido y reflexivo, pero, a la vez, muy de la intemperie. Su éxito personal en el colegio de Normandía había dependido de su habilidad para destacar, aparte de en el boxeo, en dos o tres deportes físicamente intensos. El fútbol era uno de ellos. El otro era el atletismo, en la especialidad de cross country. En este último, en las lluviosas parameras de Normandía, los corredores acababan perdiendo sus zapatillas incrustadas en el barro y terminaban las carreras descalzos. Había que ganar a todo trance, quedar el primero en esas carreras, quedar el tercero era gloria suficiente e incluso más atrás. Bien es cierto que para Alvarín solo valía ganar –su amor propio deportivo era intenso–. El segundo clasificado era el primero de los perdedores. Solo había un ganador posible, el primero. Alvarín quizá abandonó pronto el cross country precisamente por eso, porque no podía ganar siempre. ¿Tenía Alvarín miedo a perder, miedo a la derrota? La derrota era una victoria al revés. Nunca llegó a leer esto Alvarín, pero el texto sirve para él: ¿Quién habla de victorias? Sobreponerse es todo. En el sentido de esta frase, la victoria y la derrota se hermanan. ¡Ojo con esto!

Una vez más, aquella tarde, se había llegado Alvarín a Puertochico con idea de dar un lento paseo alrededor de la dársena. E iba pensando: ¿Se hermanarán alguna vez victoria y derrota, amigo y enemigo? Se le ocurrió la vaga idea de que se requería un esfuerzo espiritual especial para hermanar entre sí las cosas contrarias. Y le pareció evidente que esto exigía, además, que hubiese alguna clase de puente, alguna senda, por muy de quebrantas que fuese, entre ambos pares de contrarios. Salvo, claro está, que no fuese verdaderamente amigo el amigo, o verdaderamente enemigo el

enemigo, sino solo poco más o menos una cosa y la otra. Pasaba lo mismo que con la victoria y la derrota. Victoria significa exaltación. Derrota significa aniquilación. No se da entre las dos término medio alguno, salvo, una vez más, que la voluntad de vencer o el dolor de ser derrotado sean solo insustanciales sombras de la conciencia, insustanciales formas imaginarias. Reconoció entonces que había un lado umbrío de su conciencia, que se amoldaba con facilidad y que deseaba que la sangre no llegara al río. Si no había sangre derramada, victoria y derrota podían, en algún momento, dar igual. ¿No es eso, al fin y al cabo, lo que dice el célebre poema de Kipling? Si triunfo y derrota se cruzan en tu camino / y tratas de igual manera a ambos impostores. / Si no pueden herirte / ni amigos ni enemigos. / Si puedes hacer un montón con todas tus victorias / y arrojarlas al capricho del azar, / y perder, y remontarte de nuevo a tus comienzos / sin que salga de tus labios una queja. / Si puedes rellenar un implacable minuto / con sesenta segundos de combate bravío... / Tuya será la tierra y sus codiciados frutos, / ¡y lo que es más! Serás un hombre, hijo mío. Acordarse de esas frases emocionó a Alvarín aquella tarde. Venía a ser como si las leyera por primera vez. ¿No había una gran verdad y valentía al decir el poeta que victoria y derrota son ambas formas de una impostura? ¿Qué estaba queriendo decir? Alvarín pensó que lo que quería decir es que victoria y derrota suceden ante un público, y ante un público se adopta siempre una actitud impostada. En cierto modo una actitud fingida. Pero en el fondo del corazón lo justo era valorar ecuánimemente ambas cosas, victoria y derrota: saberse sujeto a ambas a la vez, tanto si vencías como si eras derrotado. Y pensó Alvarín que esos versos eran particularmente importantes esos días en Santander, aquel año 1936, porque todo el mundo, la izquierda y la derecha, por todas partes surgían voces reclamando la victoria, la derrota, para unos u otros. Así que había que vivir con tal seriedad la situación presente que diera igual y nos fuera indiferente ganar o perder... Siempre que nos esforzáramos en ganar y en evitar la derrota. Porque abandonarse a la derrota es derrotismo, es una forma de decadencia espiritual. Consideró entonces Alvarín la segunda frase del poema: Si no pueden herirte ni amigos ni enemigos. ¿No era eso situarse en un plano de soberbia absoluta, por encima del bien y del mal? Le pareció importante a Alvarín detenerse en eso, porque él mismo se había sentido herido por su antiguo amigo Tote cuando se separó de él diciéndole que ahora

eran enemigos. Y se había sentido herido, aunque lo disimulase hábilmente, por la indiferencia última de su madre ante la vida verdadera de sus hijos. La verdadera vida de Alvarín no consistía en un encadenamiento de triunfos sonoros allá en París.

Ahora comprendía, sin embargo, que era su madre quien más había contribuido, inconscientemente, a mantener en el alma de Alvarín este dualismo irrompible de victoria-derrota, amigo-enemigo. Porque su madre era una ganadora, segura de sí misma. Había venido al mundo –y había traído al mundo a sus dos hijos– para manifestarse en todo su poder. Considerada desde lejos, su madre adquiría una fuerza como mítica: la fuerza de una joven diosa que hace su voluntad saltándose a la torera a los simples mortales. Desde este punto de vista, digamos mítico, su madre encarnaba también la radicalidad de aquellos primeros treinta y pico años de medio siglo. Los fascismos, los comunismos, las izquierdas, las derechas, el elogio de la violencia y de la guerra. La guerra como impulsora del destino de los pueblos. De no haber tenido su madre la energía que tenía, de haber sido capaz de resignarse más a su papel de madre burguesa encerrada en Santander y haciendo una vida análoga a la de sus hermanas, no hubiera encontrado Alvarín tan fascinante Falange Española. Esa fascinación venía, en gran parte, de que vista de cerca resultaba el partido que menos se le asemejaba. ¿Menos incluso que el Frente Popular? ¿No eran el Frente Nacional y el Frente Popular dos expresiones rígidas, frentistas, de una misma voluntad mítica de alcanzar el todo de una sola vez y de un golpe? ¡Qué bien entendía esa tarde Alvarín, contemplando el suave chapoteo de los botes amarrados frente al Club Marítimo y en la dársena de Puertochico, el republicanismo burgués de su padre, tan parecido en tantas cosas al republicanismo burgués del presidente Azaña! ¡Lo razonable y reglamentado por oposición a lo furioso, a lo encrespado, a lo divino, a lo mítico! ¡Qué bien entendía Alvarín esa tarde, mientras contemplaba absorto el resplandeciente efecto de la marea alta en toda la extensión de la bahía santanderina, una célebre declaración del presidente Azaña!: Nunca jamás, fuera de aquí, del Parlamento, ni ningún estilo de gobernar ni ninguna combinación de gobierno posible. Aquí, repito, está el centro de gravedad de la República española. ¡Qué bien entendía Alvarín esa tarde ese espléndido elogio, tan vehementemente expresado, del parlamentarismo gubernamental y

político! Que el Parlamento fuera el centro de gravedad de la República española significaba justo un elogio de lo razonable, una voluntad de decir lo decible, lo legalmente posible, una voluntad de amar en los hombres justo lo que les encadena. Lo que encadena a los hombres no tienen por qué ser sus vicios y sus defectos, puede ser, sin más, la ley, el sistema de las leyes. Y había, en la revolución falangista, con toda su valentía y su belleza heroica, una voluntad como alegal y como anárquica. De ahí venía la célebre frase de José Antonio: El mejor destino de las urnas es ser rotas. Es curioso –y una muestra de la profunda comunión espiritual que existía entre padre e hijo– que Cayo Pombo Ybarra hubiese, aquella misma tarde de abril de 1936, tenido pensamientos razonables, tratando de entender nuestra desmesurada e irrazonable España en términos de legalidad y de proporción y de vida parlamentaria. Se había hecho Cayo Pombo con la intervención de Azaña en Las Cortes el 3 de abril de 1936, y ahí leía: El atasco que ha sufrido la política republicana, el atasco de la República, no ha dependido tanto de errores de personas ni de orientaciones programáticas de partido como de esta falta de íntima confianza en la fecundidad del régimen republicano, en el arraigo del sentimiento republicano en el pueblo español y en la necesidad vital de que el pueblo español de desenvuelva dentro de los cauces liberales de la ley republicana. El otro texto que martilleaba en la conciencia de Cayo Pombo era este: Tengo la pretensión de gobernar con razones, mis manos están llenas de razones, fundadas en mi propio derecho, en mi propia historia política (...). El que se salga de la ley ha perdido la razón y no tengo que darle ninguna.

Hasta Santander llegaban, aquella primavera de 1936, las noticias de grupos armados protagonizando manifestaciones violentas que el Gobierno republicano trataba de sofocar. De nuevo, como en 1931, hubo quemas de conventos, atentados contra dirigentes políticos y sindicales, que llenaron de sobresalto la vida española. Algunos militares se reunían y conspiraban contra la República. Un clima de intranquilidad y rumores que Azaña trataba de minimizar. Nosotros hemos partido, en nuestra todavía corta, pero intensa, trayectoria política, siempre –y no lo improvisamos hoy– de considerar la situación de nuestro país –porque sobre nuestro país se dirigen de una manera concreta, tangible, emocionante los impulsos de nuestro ánimo y nuestra acción política– y el estado general de

España en una crisis de transformación grave, difícil, de desequilibrio social, de insatisfacción del espíritu público, de contradicciones que parecen irreducibles, de contiendas de clase, de balbuceos del espíritu político, de arrastres históricos, de los cuales el pueblo español ansía liberarse definitivamente, y de esperanzas despertadas en el corazón popular, que la República ha venido a colmar y satisfacer y a hacer más amplias y gloriosas en el provenir.

Cayo Pombo, en ese punto, ve que marca las seis de la tarde su elegante reloj de mármol negro, diseñado con un gusto digamos que egipcio. Son las seis de la tarde, su hijo Alvarín está al llegar. Cayo espera ilusionado ese regreso. Le hablará y le releerá lo que ha aprendido de la intervención de Azaña en el Parlamento. De eso que ha aprendido que Cayo Pombo ha tenido siempre muy presente y que Azaña achaca a la clase social a la que Cayo Pombo pertenece: Hay otro género de obstáculos que no nacen de la nerviosidad del espíritu español, o si queréis, del espíritu madrileñista. Aludo a las acciones o reacciones ofensivas de los intereses lastimados por la política del Gobierno. Sí, es cierto, vamos a lastimar intereses. ¡Qué le vamos a hacer! Vamos a lastimar intereses cuya legitimidad histórica no voy a poner en cuestión porque aquí no estamos en las Academias, pero que constituyen la parte principal del desequilibrio que padece la sociedad española, y siendo función de la política republicana contribuir cuanto esté de su parte, mientras le asistan las fuerzas políticas del Frente Popular, a corregir, mediante la ley, ese desequilibrio de la sociedad española, naturalmente nosotros tenemos que atacar a los intereses en que ese desequilibrio aparece más manifiesto. (...) Nosotros, mientras la ley nos dé medios para ello, venimos a romper toda concentración abusiva de riqueza, dondequiera que esté; a equilibrar las cargas sociales con arreglo a un criterio que ni es nuevo ni lo hemos inventado nosotros, pero que se dirige a la extirpación del parásito holgazán, y a no considerar en la sociedad española más que a dos tipos de hombres: los que colaboran en la producción y los que viven del trabajo y a costa de la labor ajena. Estos hombres, parásitos holgazanes, de que la sociedad española está plagada en todos sus órdenes –porque también los hay en las clases humildes– no pueden tener ante nosotros valor alguno. A eso va nuestra política, y si hay gentes en la sociedad española que, por privilegio histórico o económico, o por lo que fuere, han disfrutado hasta hoy de vivir de generación en

generación de lo que otros hacen, hay que considerar que también hay en España millares de ciudadanos españoles que no viven de no trabajar, sino que no pueden vivir porque no trabajan. Este atroz desequilibrio, este irritante desequilibrio, que no es de ahora ni lo ha instaurado la República, que lo constituye una herencia de la sociedad española, como de otras del mundo, ya no lo soporta la conciencia colectiva ni la conciencia de los hombres justos; no lo soportan, y como no lo soportan, estamos en la obligación, si es posible, y si vosotros, diputados, queréis prestar vuestro concurso a esta obra, de iniciar por esos caminos una rectificación.

Alvarín vuelve de su paseo contando que se ha encontrado con Mazarrasa y que han hablado de fútbol todo el rato, del Racing. Cuenta a su padre que Mazarrasa sacó el tema de cómo el tío Juan y el tío Fernando fueron presidentes del Racing entre 1920 y 1921, y entre 1928 y 1933, respectivamente.

–¡Claro! Son tus tíos carnales, creí que sabías eso.

–Pero el tío Fernando lo ha sido hasta hace nada.

–Me hace gracia que saques ese asunto, hijo. Los años veinte fueron nuestros grandes años, años Pombo todavía, los años también de tu tío Gabriel. Yo fui el más oscuro de mis hermanos. También el más ahorrador. Juan y Fernando, como sabes, tiraron la casa por la ventana. Pero, en fin, eran resplandecientes, éramos resplandecientes todos nosotros. Y yo me casé con tu madre en esos años también o poco antes. Es un cuento de decadencia, hijo. El relato de cómo fuimos brillantes y fuimos viniéndonos poco a poco a menos. Pero reconozco que tiene su gracia de época. Los felices años veinte, que nos habíamos saltado la Gran Guerra, la guerra del 14, y era el veraneo regio que me habrás oído contar veinte veces...

–Todo está ensombrecido ahora, papá. Y, a la vez, Santander está más bonito y más brillante que nunca. Me paseo por Santander con Mazarrasa o solo y veo la Peña Cabarga y la bahía toda niquelada con el sol de mediodía y es brillante. Y hemos, sin embargo, ensombrecido todos.

–Lo sé. Y lo siento. Y tú te tendrías que ir con tu madre a París.

–¿Cómo dices?

–Te digo muy en serio esto. Tendrías que salir de Santander. Irte con tu madre a París o irte a Suiza con tus primos. Por lo menos hasta que se aclare todo esto.

–¿Huir? Eso sería huir, papá. Ahora hay que dar la cara.

–Tendrías que huir ahora para poder luchar en la próxima guerra –dice Cayo Pombo sonriendo.

–¡Ni se me ha pasado por la cabeza!

–No van las cosas bien en Madrid, leo todos los días. Todos los días me llegan noticias de que las agrupaciones monárquicas y cedistas atacan la República. El presidente Azaña es el enemigo público número uno de nuestra derecha. Es una situación cavernosa y temerosa, hijo.

–Pero más cavernoso sería que me fuese. ¡Sería un traidor! ¡Un cobarde y un traidor! ¿De verdad quieres que me sienta así?

–Tu hermano Cayo sale con tu prima Pilar. Van a casarse. Van a irse de Santander. ¿Por qué vas a quedarte tú aquí? Irse ahora no es una cobardía, es pura sensatez.

–Es huir, papá. Y no es sensatez, es pura cobardía. Que mi hermano y mi prima hagan lo que quieran, pero yo me quedo aquí. Aquí es donde quiero estar, en Falange y contigo. No se hable más. Cuéntame, papá, cómo es arruinarse. Siempre dices que nos fuimos arruinando la familia, los Pombo Ybarra. ¿Cómo fue arruinarnos?

–¿Que cómo fue? Fue facilísimo. Fue gastando. Nos arruinamos pensando que el dinero es inmortal, que los Pombo éramos inmortales. Que la vida consistía en cambiarse dos o tres veces de traje al día y salir a cenar todas las noches. Nos divertimos y nos arruinamos a la vez. Fue pura vanidad. Fue chulería. Fue también vivir ciegamente el presente. Los concursos hípicos, el veraneo de los Reyes en Santander que tanto relumbrón trajo. Trajo sus traspiés también. Una especie de quiero y no puedo olvidadizo. Un ser conscientes de quiénes éramos los Pombo. Conscientes de que

éramos mucho, muchísimo, hasta reventar, y, a la vez, vivíamos todos de las rentas. Incluso yo, que hice la carrera de ingeniero agrónomo, como sabes, vivía cómodamente. El presente era un palacio, una casa palacio donde todos los muebles, todo el mobiliario confortable, tenía el relumbrón de la novedad del nuevo siglo. Íbamos a ser los héroes. Pero ¿héroes de qué? Héroes de nada. Fue como si mis hermanos no pudiesen parar quietos. Fue como si ser un Pombo Ybarra fuese algo que había que ser a cien por hora. El apellido era un coche de carreras. Nos reíamos las gracias los unos a los otros. Poco a poco fueron llegando las cuentas. Primero eran las cuentas de la sastrería y luego las de los ultramarinos. Todos hicimos buenas bodas. Menos quizá yo mismo, que creía que me había casado con la chica más fascinante de España. Las cuatro hermanas Caller, Rosa, Carolina, Elva y tu madre. Todos nos veíamos reflejados en todos. Éramos una familia inteligente y eterna que ya de paso sacaba adelante el fútbol santanderino, el Racing. Ser presidente del Real Santander fue en aquellos años el colmo del señoritismo, que diría José Antonio, tu héroe político... Ya está contada la historia. Acabamos por no poder pagar al sastre y acabamos no pudiendo pagar cuarto y mitad de filetes de babilla en la carnicería. Estoy exagerando, supongo.

–Estás exagerando mucho, papá. Al fin y al cabo, ¿para qué está el dinero? Seguro que está para gastárselo. ¿Te hubiera gustado más tener unos hermanos ahorradores y hormiguitas?

Su padre se echa a reír.

–Los hubiera aborrecido, hijo. Lo malo de arruinarse en esos años es que pareció elegante todo el tiempo. Lo elegante era eso... Es una historia sórdida, en realidad, la que te cuento. Y la vida no pesaba, era artística, poética. En cierto modo fui yo, fuimos nosotros quienes dimos cuerda a tu madre. Éramos elegantes y magnánimos y gastosos. Y había que vivir la vida bella. La vida bella siempre acaba consistiendo en irse de Santander. Y creer que en cualquier otro sitio atan los perros con longanizas.

–Bueno, papá, a mi madre le ha ido bien. No creo que ahorre nada en esos empleos elegantes que tiene en París, pero disfruta con su alta posición en la alta costura francesa.

–¡Eso, sin duda! Eso, sin duda, hijo. Verte me pone de buen humor. Me hace olvidar lo que hay fuera. Dicen que los tísicos tienen el oído muy fino. Los enfermos tenemos un oído muy fino. Todo lo oímos y lo vemos sin verlo en el interior de nuestros despachos y nuestras casas. Y el asunto es que aquí estás tú, con toda la vida por delante, el más guapo y el más inteligente y el más libre de todos los chavales que conozco. Y a la vez estás en peligro. Corres peligro. Te has metido de hoz y coz en esta devanadera mortal de izquierdas y derechas, santanderinas y españolas. Vivo muy al día, hijo. Tú eres lo más fuerte que tengo, mi seguro de vida. ¡Y este es un mal tiempo para la juventud!

–¡Al contrario, papá! Este es el gran tiempo de la juventud.

Eso era verdad. Al reconocer que lo que acaba de decir su hijo es verdad, siente Cayo Pombo una mezcla de melancolía y alegría. Es un sentimiento curioso, que Cayo reconoce cada vez con más frecuencia en sí mismo: el hijo es la novedad, la alegría, lo inexpresado, que se agiganta al fondo de la existencia, que se aferra a la existencia. Y la melancolía es la retranca: que no te posea una alegría irreprimible, recuerda el hombre mayor. Es una frase de los viejos filósofos pitagóricos. Sin alegría no hay creación espiritual. Pero si la alegría es irreprimible, la creación se debilita, porque la creación, cualquier creación humana, sea un negocio, una familia, un texto literario, se debilita antes a causa del entusiasmo y el gozo que a causa de la sobria tristeza. La tristeza es realismo, piensa Cayo Pombo, la alegría, utopía. Y piensa a la vez que es difícil, en la presente situación de España, en ese accidentado 36, contener los contradictorios impulsos del corazón y esforzarse en pensar con la cabeza: hacía falta entusiasmo en aquel tiempo para no embarrancarse y deshacerse en su complejidad y a la vez hacía falta sobria ebrietas para no desvanecerse en el instante. Y pensaba Cayo Pombo también que, al pensar así, pensaba más en su hijo Álvaro que en sí mismo, porque, al fin y al cabo, Cayo daba su vida por concluida. Lo fascinante era, también para él, la juventud, las juventudes a la intemperie de izquierdas y derechas, las juventudes que su propio hijo tan vivamente representaba. La tarde termina apaciblemente con la cena: los dos, padre e hijo, saborean ese detenimiento del final de la tarde y del principio de la noche, combinado con oír las noticias de Radio Nacional, el gran aparato

de radio catedralicio instalado en el comedor precisamente para oír las noticias mientras cenaba. Oír las noticias sin oírlas es, de pronto, en ese hombre de mediana edad y en su hijo de diecinueve años, saberse a salvo. Uno podía sentirse resguardado durante todo lo que duraba una velada o una cena, el principio de una noche, escuchando las noticias de Radio Nacional. Uno podía sentirse, todavía en el 36, en Santander, a salvo en casa.

Luciano Malumbres tenía cuarenta y seis años cuando le mataron. Se le consideraba cántabro, aunque había nacido en Palencia. Llegó a Santander en 1916, con veintiséis años. Era un hombre no muy alto. Una estatura muy castellana, muy de la gente de Palencia. En las fotos tiene una cara expresiva y larga y unas gafas de pasta negra redondas, muy de esos años. Hay una continuidad espiritual entre Santander y Palencia. Que vuelve a Palencia especial para los santanderinos y, al revés, a Santander especial para los palentinos. En Santander se comía mejor que en Palencia, más filetes con patatas fritas, más huevos de gallinas rurales. Y se comía borona. En Palencia, en cambio, se comía mucho pan seco, la hogaza. Muy sabrosa los primeros tres o cuatro días, que se iba endureciendo poco a poco, pero que podía durar dos semanas bien administrada. En Palencia se comían muelas. En Santander, en cambio, alubias. El cocido de alubias santanderino con berza de asa de cántaro. Era una delicia ya entonces. Hubo en tiempo diferencias fisionómicas, supongo, entre palentinos y santanderinos. Los palentinos eran cetrinos, enjutos y más bajos. Los santanderinos eran más altos y con frecuencia rubios, rubiales. En Santander se come pescado fresco. Y en cambio en Palencia, donde llamaban fresco a todo el pescado en general, nunca se comía un pescado que no tuviese ya sus buenos cuatro días. El fresquero se llamaba al que traía el pescado en una caja en bicicleta. Santander era el puerto de Castilla. Y entre la provincia de Santander y la provincia de Palencia tenía lugar, nada más llegar a Mataporquera, un diferente aire al respirar. De Mataporquera para abajo, yendo en dirección a Santander por Reinosa, Torrelavega y Las Hoces, se respiraba un aire fresco y húmedo. Y al revés, de Mataporquera en adelante, ancha era Castilla, y se empezaba a respirar ya lo llano y lo seco. Los palentinos nos sentimos más hermanos de los santanderinos que de los leoneses y al revés. Luciano Malumbres hizo la mili en Santander. Llegó a ser suboficial del Regimiento Valencia, con el que estuvo en Marruecos en los años veinte. Ahí comenzó a escribir crónicas periodísticas que enviaba a El Cantábrico. Llegó a ser presidente del Ateneo Popular en 1930 y director de La Región a

partir de 1933. Tenía Malumbres la excentricidad y las habilidades polémicas que da el haber viajado. Y, sobre todo, el periodismo de izquierdas. Una cierta integridad moral de izquierdas, separada de toda religión, convertida en una dignidad universal humana, se crea con facilidad al hacer un periodismo como el que hacía Malumbres. Un periodismo inspirado en Mariano José de Larra y en su voluntad de liberación y de denuncia de las añosas costumbres –malas y buenas– de la época. Es curioso que coincidiera el año de su acceso a la dirección de La Región con el año de fundación de Falange Española. La Región y la incipiente Falange eran enemigos naturales. Si en algún momento de la historia fuera la distinción amigo-enemigo capital, lo fue entonces, precisamente en Santander. Alvarín sabía más de su mujer, Matilde Zapata, por el Tote, que del propio Malumbres. Y tampoco era muy lector de periódicos. Solo echaba un vistazo a los que leía su padre, el ABC y El Diario Montañés. Como director muy combativo de La Región, pronto comenzó a recibir amenazas anónimas. El gobernador civil de Santander, Manuel Ciges, le asignó un policía para que acompañara a Malumbres las noches que se quedaba trabajando en la redacción del periódico y, finalmente, a dos guardias de seguridad frente a la sede del periódico durante todo el día. Luciano Malumbres se convirtió en un brillante referente de la izquierda santanderina entre 1933 y 1936. Atrajo hacia sí la atención de los falangistas más radicalizados de la recién fundada Falange Española. De la misma manera que había dos grandes tendencias políticas en el Santander de aquellos años, había también dos bares significativos: La Austriaca, en el paseo de Pereda esquina Puertochico, y La Zanguina, en la calle del Martillo.

Toda la breve historia de Álvaro Pombo Caller, Alvarín, se reúne precipitadamente ahora como una multitud no muy numerosa, pero excitada. Una excitación política, desde luego, objetivada en la nueva política que se hacía en España aquella década, pero, sobre todo, una excitación transferida directamente de lo público a lo privado, de la objetividad a la subjetividad. Si hubiese sido posible atenerse a lo político, a lo público, a las consignas de un partido u otro, Alvarín lo hubiera tenido fácil –o más fácil–, pero en el interior de su lealtad falangista, de la lealtad a sus camaradas de la escuadra, había también una deslealtad. Alvarín hubiera deseado vivir aquellos años como si fuese psicológicamente posible, factible,

que tu mano derecha no sepa lo que hace tu mano izquierda. Pero eso no es ni teórica ni prácticamente posible en el caso de Alvarín: por más que haga, no logra convertirse en un auténtico adepto a la Falange. No logra hacerse con la seguridad e integridad fanáticas de, por ejemplo, la violencia política. Alvarín es consciente de la herencia nietzscheana: El más duro es el más noble, oh, hermanos míos, yo suspendo sobre vuestra cabeza esta nueva tabla: sed duros. Para alcanzar las grandes metas políticas hacía falta la gran dureza, la dureza necesaria. También en el Comité Central y no solo en Falange Española se hablaba así: actuar sin lloriqueos, sin podridos liberalismos. Arrojad por la ventana vuestro humanitarismo burgués y actuad como bolcheviques dignos del camarada Stalin. En la cabeza de Alvarín, la bienaventuranza evangélica, bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios, se intercalaba serpenteante con la otra bienaventuranza asesina de la política de aquel momento, bienaventurados los duros de corazón porque ellos verán a Dios. A Alvarín se le ocurría que un corazón duro por fuerza tenía que ser un corazón impenetrable, inasequible a la compasión. Para ver a Dios, sin embargo, en el supuesto de que Dios pueda verse –aquí y ahora o luego después–, ¿no sería mejor tener un corazón blando y moldeable, un corazón de barro en vez de acero, que podía moldearse con más facilidad? Y el caso es que en Santander aquellos años y entrado ya el 36, se había pasado definitivamente del jaleo y el alboroto al tiroteo. Ya se acabó el alboroto y ahora empieza el tiroteo, como en la canción de García Lorca. Los falangistas clandestinos que se reunían en La Austriaca hablaban de esto mismo: de la dureza y la intransigencia para alcanzar la victoria al enfrentarse con el enemigo. Y el enemigo era la izquierda santanderina en general, el enemigo era el Tote, el enemigo era eminentemente Luciano Malumbres porque qué duda cabe que, a su manera palentina y cejijunta, con sus aceradas y desabridas críticas, representaba justo al enemigo en todo su repulsivo esplendor luzbélico. Había que erradicar a Malumbres, liberar a la sociedad santanderina de aquel cargante hijo de puta. Ese salvajismo de los que la izquierda denominada pistoleros falangistas tenía difícil acomodo en la conciencia de Alvarín porque se sentía incapaz de creer que era, en verdad, auténtico salvajismo lo que hablaban.

Luciano Malumbres acostumbraba a jugar al dominó en el bar La

Zanguina. Ese bar estaba en la calle Marcelino de Santuola, popularmente conocida en Santander como la calle del Martillo. El texto de El Diario Montañés era terriblemente claro, ensangrentado: el 3 de junio de 1936, Amadeo Pico Rodríguez entró en el bar por la puerta de la calle Pedrueca, sacó una pistola y disparó dos veces. Malumbres resultó herido por dos disparos de bala. Ese Amadeo Pico era un militante de Falange conocido de Alvarín. No eran amigos, pero eran, al fin y al cabo, camaradas. Había en el texto del periódico, para Alvarín, un fondo de corresponsabilidad, como una mancha de aceite. Ese joven pistolero era uno de los pistoleros organizados, según se decía, por el líder falangista Manuel Hedilla, que había conservado montones de armas desde la represión de la Huelga Revolucionaria de octubre del 34. Amadeo Pico fue perseguido, acorralado por un grupo de obreros y muerto de un disparo por la espalda tras un forcejeo. Luciano Malumbres fue llevado a la casa de socorro y de ahí al Hospital Valdecilla, donde le hicieron una transfusión de sangre. Malumbres falleció al día siguiente a primera hora de la tarde.

La conmoción por el asesinato de Luciano Malumbres fue general en el Santander republicano. Representantes de todos los partidos de izquierdas estuvieron presentes en Valdecilla. Se detuvo en Madrid a dos falangistas, Lucas Sañudo Diego y José Gutiérrez Rosón. Un tercero, Jaime Rubayo de la Serna, logró escapar. El 5 de junio tuvo lugar el entierro de Luciano Malumbres. Capilla ardiente en la Casa del Pueblo, calle Magallanes. Cerraron los comercios a las once de la mañana, los talleres, las industrias de la capital, se pararon los servicios públicos. La carroza fúnebre fue acompañada por veinticinco mil personas hasta Cuatro Caminos. El diputado Bruno Alonso hizo el elogio fúnebre. El cadáver fue conducido al cementerio de Ciriego y enterrado ahí en presencia de las autoridades.

En Gándara 6, Alvarín y su padre estaban consternados. Alvarín porque conocía en persona o de oídas a todos los falangistas que El Diario Montañés mencionaba, su padre porque de pronto veía venir lo que tantas veces había temido, la desaparición de la República burguesa, la República de Azaña, en la insondable marea de las venganzas.

Padre e hijo, sentados en el comedor, almuerzan sin ganas. Primera hora de la tarde del jueves, 4 de junio de 1936.

–Es más grave de lo que parece, hijo. Luciano Malumbres es de aquí. Era de aquí. Un chico de Palencia afincado aquí como nosotros. También nosotros, nuestra familia viene de Palencia. Era una voz agreste. Tenía mala leche. Eso es muy santanderino también, tener mala idea, ser verbalmente agresivo. Le asesinan por eso. No se perdonan las palabras. Se perdonan mejor las acciones que las palabras.

–No quiero justificar un asesinato, papá, y mucho menos porque hayan sido falangistas los que lo han matado, pero a veces las palabras que llegan a la gente de la calle generan acciones. Las palabras pueden ser muy peligrosas.

–Así es. Pero ¿qué tendría que haber hecho? ¿Callarse? Era el director de un periódico de izquierdas. La Región es un periódico importante en Santander, en toda la provincia. Era el director. Tenía el poder de la palabra. Para evitar el peligro, ¿debería haberse callado?

–Yo creo que sí. Si se hubiese callado, no le hubiera pasado nada, seguro.

–¡Pero, hijo! Y si tú no te hubieras apuntado a Falange, tampoco estarías ahora en peligro. Ser falangista, ser director de La Región, ¿no viene a ser lo mismo? Incluso ser quien soy yo, un rentista santanderino, acomodado, hijo de una familia ilustre, ¿no es eso peligroso también? ¿No soy yo el enemigo natural de la izquierda? Cuando Tote, tu amigo Tote, te dijo que ya no podíais seguir siendo amigos porque ahora sois enemigos, te dijo una verdad muy grande y muy absurda a la vez. Tenía razón Tote cuando lo dijo.

–Yo voy a ir a dar el pésame al Tote y a Matilde, la mujer de Malumbres.

–¡Ni se te ocurra! Ahí no pintas nada tú. Todo el mundo sabe quién eres en Santander. Todo el mundo sabe que eres falangista.

–Voy a ir al entierro, papá. Y voy a dar el pésame.

–¡Si te plantas ahí, el próximo al que van a matar eres tú!

–¡Yo voy a ir!

–Entonces yo voy también. ¡Vamos los dos!

–Tú no estás para esos trotes, papá.

–¿Cómo que no? Claro que sí lo estoy. Yo soy republicano de corazón y tú lo sabes. Estoy muy cerca del presidente Azaña. Tú lo sabes también. Por muy malintencionado y por muy víbora que Malumbres fuese, era una voz firme, era la voz de la izquierda santanderina. Esa era su dignidad y sigue siéndolo. Yo no soy su enemigo. Si tú vas a dar el pésame, yo voy también, porque lo siento tanto como tú. Y los dos iremos como somos. Yo soy un viejo propietario santanderino. Tú eres un joven falangista. Puede que nos maten a palos, pero lo dudo mucho.

–¿Sabes, papá, que en La Austriaca no entraba La Región? Había todos los periódicos, los de aquí, los de Madrid, menos ese. ¿Sabes por qué? Decían que tenía cara de judío.

–¿Quién, Malumbres?

–Sí, eso decían. Que esa mala leche que tenía, lo listo que era, lo rencoroso que decían que era, le venía de que era judío... ¿Por qué sonríes, papá? Sonríes mientras te hablo y mientras te arreglas la corbata.

–Sonrío porque, ¿sabes, hijo?, quién que es no es judío en España. De origen judío, por lo menos en parte. Por ejemplo, nosotros, los Pombo. Éramos listos a mediados del XIX, ahí, en Palencia. Queríamos irnos, prosperar, ganar dinero, construir el canal de Castilla, construir un barco velero, un bergantín goleta. Éramos emprendedores, lo contrario de resignados. En eso se equivocó nuestro amigo Nietzsche. La resignación no es una virtud cristiana. No es una virtud de ninguna manera. Y no es una virtud judía tampoco. Aceptar la voluntad de Dios, si quieres construir así la frase, no es dejarte aplastar por Dios, es enfrentarse a Dios. El cristiano valiente, el buen cristiano, quiere ver a Dios y se esfuerza en eso. No se resigna a no ver nada. Otra cosa es que actitudes

eclesiásticas contemporáneas de la Iglesia católica, o de quien sea, hagan elogios de la resignación. La resignación no es una virtud cristiana. El quietismo no ha sido nunca una actitud espiritual cristiana. La irrequietud del corazón, nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Dios, que decía San Agustín. Eso viene, entiendo yo, de que el cristiano no es un resignado ni un conformista, sino un esforzado buscador de Dios: mi discusión con la Iglesia católica española siempre ha sido que me parecían poco cristianos, es decir, demasiado conformes con lo que las cosas eran, con la sociedad que teníamos. Un cristiano es un revolucionario, lo contrario de un hombre resignado. Malumbres tendría, como todos nosotros, lo mismo que tenemos todos, todos somos aquí judíos, moros y cristianos, y hemos convivido en paz o tendremos que convivir en paz. Tenemos la experiencia de una convivencia pacífica de siglos entre las tres razas, las tres culturas. Lo que pasa es que, quizá, hijo, esté de moda lo de usar judío como un insulto en Europa ahora mismo, pero no en España. No hay, que yo sepa, antisemitismo en España.

–También es cierto que echamos a los judíos de España hace cinco siglos. ¿Eso qué? ¿Eso es antisemitismo o no, papá?

Cayo Pombo está arreglado ya para ir a la capilla ardiente.

–Ponte una corbata también, niño. Ten, ponte esta de seda negra. Una corbata elegante.

Entre Gándara y Magallanes hay un trecho, un cuarto de hora de paseo. Los dos caminan a buen paso.

–Me alegro de que hayas mencionado este asunto de la cara de judío de Luciano Malumbres. El antisemitismo es ahora muy profundo en Europa. Es un hábito mental, eso es lo grave. Ha llegado, figúrate, a las canciones populares más ingenuas. Hay una letrilla que todos conocemos: En Cádiz hay una niña / que Catalina se llama / su padre es un perro moro / su madre una renegada. Es una canción infantil, una canción de jugar al corro. Es una canción antigua, muy antigua.

19

Entre Gándara 6 y la calle Magallanes –la Casa del Pueblo– hay unos quince minutos de paseo. Cayo Pombo y su hijo Alvarín han calculado llegarse ahí con anticipación. No han contado, sin embargo, con los centenares de santanderinos que rodean ya la Casa del Pueblo y la calle entera. La idea de presentarse allí a dar el pésame a la viuda y a los compañeros más inmediatos de Malumbres en La Región, la idea de abrazar, en especial, al Tote, aparecen de pronto como un imposible. Es una multitud taciturna, pero también es una multitud apretada y alerta. Rostros sombríos, indumentarias desaliñadas. Y muchísimos. Padre e hijo forcejean por abrirse paso. Y paso, curiosamente, sí que se les abre. Pero no es un espacio libre, sino denso. El paso que se les abre se les cierra inmediatamente después de que pasen. El silencio espontáneo de una masa humana es sobrecogedor. Y más en este caso en que casi todos miran al frente o al suelo. Una aflicción contenida que produce un sonido difuso de colmena, de ejército en marcha. Un espontáneo ejército donde se intercalan con frecuencia –a diferencia de lo que suele suceder en otros duelos– muchas mujeres jóvenes y de mediana edad que cubren la cabeza con pañoletas oscuras. Cayo Pombo comenta esta singularidad con su hijo:

–Hay muchas más mujeres que en los duelos corrientes. Esto es una novedad republicana. En mi época, a estos actos, estos entierros, estos funerales, asistían, sobre todo, los hombres. Se suponía que lo propio de la mujer era quedarse en casa a acompañar a los dolientes, a rezar el rosario. Estos no rezan rosarios, desde luego. Son impresionantes porque no rezan nada, como una figura de la desesperación.

De pronto es imposible avanzar más. Ni retroceder. Les envuelve, como un enorme animal derribado, una fosca masa cerrada. Para no distanciarse uno del otro, Alvarín ha cogido a su padre del brazo. Y ahí están los dos, cogidos del brazo, con sus corbatas negras, sus consternados semblantes, su buena voluntad liberal, convertidos en parte de un luto colectivo. Una respuesta gremial, profundamente política, a un asesinato injusto. Desde donde se encuentran los dos,

divisan, al alzar los ojos, la fachada de la Casa del Pueblo.

–Vamos a quedarnos aquí, Alvarín. Esto es más profundo y serio que dar el pésame. Esto es estar con todos los afligidos. Pararnos, que es lo único que podemos hacer, es lo único que debemos hacer.

La verdad es que esos dos, padre e hijo, resultan indiscernibles. Cobran la contagiosa identidad de una masa cerrada. De momento ese es el único homenaje fúnebre que pueden rendir a Luciano Malumbres.

Un hombre de la edad de Cayo Pombo, algo más joven quizá, cubierta la cabeza con una gorra de visera, que acaba de situarse en línea con ellos dos, al lado del Alvarín, reconoce a Cayo Pombo.

–¿Qué hace usted aquí, don Cayo?

–He venido con mi hijo a dar el pésame a la familia de Luciano Malumbres. No creo que podamos hoy, tendremos que venir otro día.

El hombre mira a Alvarín y pregunta:

–¿Tú eres Cayito?

–No, señor, yo soy Álvaro. Cayo es dos años mayor que yo.

Ese hombre de la gorra de visera es un santanderino lumio que está al tanto de todo y que sabe de sobra quiénes son esos dos extranjeros en un duelo de izquierdas. Está sorprendido e incrédulo. ¿Cómo es posible que se atrevan a venir aquí siendo quienes son? ¿El propietario y su hijo falangista no están de más aquí?, se pregunta en silencio.

–Bueno, don Cayo, luego nos vemos. Tenga usted cuidado, que hay aquí mucho rojo, yo el primero.

El hombre se diluye entre la masa y Cayo Pombo sonríe.

–No sé, guapo, si estamos dando un buen ejemplo o un mal ejemplo.

–A mí me da igual, papá. No hemos venido a dar ejemplo, ni bueno ni malo. Hemos venido aquí de todo corazón. Ya sé que este personaje de la gorra es malicioso. Se le notaba en la voz y en la mirada furtiva, pero eso me da igual. No he venido aquí por él, sino por el Tote. Por Matilde Zapata. Por todos los demás. Y también por nosotros mismos, papá.

–Tienes razón, hijo. Sí que es verdad que hemos venido para consolarnos a nosotros mismos de la brutal agresión de La Zanguina.

El hombre de la gorra de visera, diluido entre la multitud, no se ha alejado del todo. Cuchichea con un grupo de personas cercanas, afines, vestidos como él mismo, que ahora esparcen entre la multitud circundante la noticia insólita y bomba: ¡Tenemos un puto falangista aquí! Ese nuevo grupo maniobra en la masa amorfa serpenteando hasta rodear a Cayo y a Alvarín. De pronto, apareciendo en medio del gentío, está Tote. Nadie se atreve a lanzar una voz ahora. Solo Tote se dirige a Alvarín.

–¡Tú! ¿Qué cojones haces aquí? Nosotros no somos tu gente. ¿Has venido a regocijarte o qué?

–He venido a verte a ti, Tote. A dar el pésame a Matilde.

–¡Mentira! ¡Has venido a regocijarte con nuestra desgracia! Y te has traído a tu padre para protegerte. ¡Valiente protección!

Alvarín no sabe qué decir. Está, en verdad, aterrado ahora. Pero no porque tema por su vida. Solo porque teme esa enorme oleada de odio impersonal que se desprende de su antiguo amigo. Piensa que es la impersonalidad de la masa cerrada, del contagio. Pero a la vez no puede olvidar que Tote es Tote, el mismo de toda la vida. Por eso permanece atónito.

–Lo siento, Tote. De verdad que lo siento...

–¿Tú qué vas a sentir? ¡Largate de aquí, falangista! ¡Puto falangista!

Ahora resuenan las voces: ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Falangistas, asesinos! ¡Falange, asesina! ¡Falange de mierda! ¡Fuera!

De algún modo les sacan fuera. Ahora es Cayo el que arrastra a su hijo del brazo. Alcanzan por fin un espacio vacío en una calle contigua. Regresan cabizbajos, sin hablar, a Gándara 6.

Una vez en casa, se instalan, como sonámbulos, en el despacho. Alvarín, visiblemente desalentado, dice:

–No lo entiendo, papá. No estoy entendiendo lo que pasa. Es imposible que el Tote se confunda tanto conmigo en una situación así. Conmigo y contigo, que me acompañabas.

–Ha sido un palo terrible para ellos ese asesinato. Me doy cuenta que lo terrible empieza cuando digo ellos y nosotros. Porque ellos no pueden entender que nosotros, es decir, tú y yo, sintamos auténtica indignación y pena por el asesinato de Malumbres...

–Nosotros somos el enemigo. Al enemigo, ni agua. ¿Cómo es posible, papá, que eso nos esté pasando a nosotros? A ti y a mí.

–Está pasando en toda España, hijo. Y por más que nos pasemos toda la tarde o el día entero tratando de entender la diferencia entre las dos cosas, amigos y enemigos, solo volveremos una y otra vez a lo mismo, al abismo insalvable que hay abierto entre nosotros. Y eso es lo que más miedo me da.

Muchas familias acomodadas habían dejado Santander aquel año. En sitios en los que, como en Santander, gobernaba la izquierda, el comentario más común era que había que irse de España. Irse a Portugal, irse a Inglaterra, era un proyecto común esos meses. Un proyecto inviable, por cierto, de no estar en buena situación económica. Había la alternativa de tío Gabriel y tía Rosa, que habían cambiado Santander por La Cavada. Los Roiz de la Parra llevaban en ese pueblo, instalados en la misma casa con jardín en cuesta, ya casi cien años para entonces. Tío Gabriel llevaba años, largos veraneos paseando en bicicleta por las tardes yendo de La Cavada a Liérganes y vuelta. Ambos pueblos eran inconfundiblemente Frente Popular. Y tío Gabriel, don Gabriel, era inconfundiblemente el señorito de La Cavada. Y, sin embargo, pasó todo ese año 36 –y lo que quedó de la guerra– yendo y viniendo entre esos pueblos sin dificultades. El caso de tío Gabriel –comentaba Cayo Pombo– desafía la legitimidad del concepto de

lucha de clases. No había nadie más clasista en toda la provincia que los Roiz de la Parra. Ni nada más antiguo régimen que aquella casa blanca inmersa en su jardín interior en cuesta trazado por un arquitecto francés. Ese pequeño parque incluía, de hecho, una pequeña capilla abierta al culto. Y la familia se instalaba los domingos en un balcón para oír la misa de doce. Antiguo régimen palabra por palabra. Era quizá la fascinación casi sacral que producen en tiempos de agitación algunas conductas atávicas. A tío Gabriel no se le había ocurrido jamás discutir de política. Pero sus preferencias políticas estaban claras: era un hombre de orden y un hombre de derechas. Era la derecha santanderina de toda la vida. Pero era una derecha acomodada, arbitraria, elegante y silenciosa. Aquel año 1936, en Santander, lo más grave era hablar en voz alta. Acababan de verlo en el caso de Luciano Malumbres. Y habían de verse casos en el extremo opuesto, muchos más. Por eso se iba todo el mundo. Y por eso volvía a plantearse en Gándara 6 el tema del viaje de Alvarín a París, a casa de su madre. Aquella tarde, al regreso del funeral de Malumbres, en vista de la hostil reacción que había mostrado el gentío ante ellos dos, Cayo Pombo volvió a sacar el tema:

–Deberías irte unos días con tu madre, hijo. París tiene que estar precioso ahora, en junio, con el buen tiempo. No hace falta que te busques un empleo siquiera. Te puedo mantener desde aquí perfectamente. Pero allí estás a salvo, si me permites decirlo así, de las consecuencias del pistolerismo de tu propio grupo político. Falange Española y vuestro líder, José Antonio, está cogiendo mala fama, y tú lo sabes. Dicen que es un parlamentario iracundo y violento. Constantemente habla de salir a la calle, de poner en marcha la dialéctica de los puños y las pistolas. Todo son problemas con Falange hoy día. Yo, en cambio, estoy en un confortable término medio, hijo. Ya sé que detestas los términos medios. No ser ni frío ni caliente te parece detestable. Yo solo digo apartarte un poco de momento, al menos. El heroísmo es una tentación mortal ahora...

–No se trata de heroísmo, papá. Se trata de lealtad a Falange. Me apunté porque se apuntaban los otros, Mazarrasa y los otros. Pero una vez dentro me pareció serio y válido su mensaje, y me lo sigue pareciendo. Dejar Santander ahora me parece huir, no hay

posibilidad de verlo de otra manera. Quedarse no es heroísmo. Quedarse es dignidad. Irse sería como negar la validez de nuestro proyecto falangista. Sería una bajeza terrible. Una ofensa a todos los camaradas caídos a estas alturas o encarcelados. Ya sé que tú tienes miedo por mí y no por ti. Pero yo sé que no va a pasar nada. Estoy en mi puesto, el puesto que tengo aquí. Eso es sagrado.

Oír a su hijo expresarse de ese modo genera a Cayo Pombo dos sentimientos opuestos: uno de orgullo y otro de miedo inconfundible. ¡Naturalmente que la dignidad exige quedarse en Santander, pase lo que pase! Pero, a la vez, Cayo teme que todo se desborde de repente. Que, frente a los pistoleros falangistas, surjan –están surgiendo ya– los pistoleros del Frente Popular. Teme Cayo Pombo por la vida de su hijo, que, de momento, sí, sigue viviendo en casa y participando en actos de Falange Española, que cada vez son más pronunciadamente agresivos.

20

–Nosotros somos la nueva milicia de Cristo –declara Escalante en La Austriaca a la hora del aperitivo. Y añade sonriendo–: Mutatis mutandis.

–Te entiendo mejor en latín que en castellano, Escalante. ¿A qué llamas tú nueva milicia? Falange Española somos la nueva milicia –comenta Mazarrasa.

–¡Justo! A eso voy.

–¿Adónde dices que vas? –pregunta un recién llegado, muy de camisa azul, que siempre llega tarde.

–Digo –comienza parsimoniosamente Escalante–, digo que Falange Española solo superficialmente se parece a los camisas negras de Mussolini...

–¡No sé qué te diga! –exclama Mazarrasa–. Nos parecemos mucho, no solo a simple vista.

–Verás, hay que remontarse a un sermón exhortatorio escrito tal vez entre 1130 y 1136. Eso es el siglo XII francés. El que habla entonces es San Bernardo de Claraval.

–Ya veo, ya –comenta el recién llegado camisa azul–. Vamos de historia medieval.

–Nada de eso, camarada. No hay nada medieval en esta cervecería. La Austriaca es pura actualidad, está de moda, que lo sepas.

–En Falange estamos siendo ya monjes-soldado. Fíjate bien, no somos curas, no somos sacerdotes, solo monjes, monjes soldados. Y esto es lo que San Bernardo decía que los templarios eran. Falange Española es la nueva Orden del Temple.

Se han juntado bastantes alrededor de Escalante y Mazarrasa, Alvarín entre ellos. Alvarín, de hecho, está más serio que de

costumbre, distraído o murriático. El asesinato de Malumbres le ha dejado mal cuerpo. Le ha desalentado y silenciado. El asesinato le parece una salvajada que cuesta encajar en la nobleza espiritual de Falange, tal y como Alvarín ve su partido político. Por otro lado, sigue dejándose caer a mediodía por La Austriaca porque paran ahí todos sus amigos y conocidos de Santander. ¿Son lo mismo los falangistas que pistoleros falangistas? ¿Está en condiciones de decidir eso el propio Alvarín? Al hablarlo con Mazarrasa esos días atrás, su amigo se ha referido con firmeza a la dialéctica de los puños y las pistolas. Una frase, quizá desafortunada, del fundador de Falange. Desafortunada, quizá, pero también exacta. Hay rumores de un alzamiento nacional en todas las casas santanderinas. Y hay rumores de sublevación fascista en todos los barrios populares de Santander. ¿Qué tiene que ver ese santo, ese San Bernardo, que acaba de invocar Escalante con la dialéctica de los puños y las pistolas? Alvarín sabe poca historia medieval. Sabe lo del Cid, que hizo jurar al Rey, en Santa Gadea de Burgos, que no había tenido arte ni parte en la muerte de su hermano. Eso es saber muy poco. Es un cliché heroico militar que se le ha quedado borrosamente en la cabeza. ¿De qué se está hablando ahora?

–Es nueva esta milicia –insiste Escalante–. Jamás se conoció otra igual, contra los hombres de carne y hueso y contra las fuerzas espirituales del mal. Dice Bernardo de Claraval que el soldado que reviste su cuerpo con la armadura de acero y su espíritu con la coraza de la fe, ese es el verdadero valiente. Con esta doble armadura no temerá a los hombres ni a los demonios. Porque el que desea la muerte no se espanta ante la muerte.

Era la primera vez que Alvarín oía hablar de San Bernardo y de la nueva milicia de Cristo. En la voz apasionada de Luis Escalante, aquel gran perfil de noble hidalgo, sonaba estremecedor lo que decía: No es que necesariamente debamos matar a los paganos –los paganos nuestros hoy en día son los rojos españoles– si hay otros medios para detener sus ofensivas y reprimir su violenta opresión sobre los fieles. Pero, en las actuales circunstancias, es preferible su muerte para que no pese el cetro de los malvados sobre el lote de los justos, no sea que los justos extiendan su mano a la maldad. Hay que desenvainar la espada material y espiritual de los fieles –nosotros somos los fieles, nosotros, los nacionales, somos hoy los

fieles a que hace referencia San Bernardo– contra los enemigos soliviantados para derribar todo torreón que se levante contra el conocimiento de Dios, que es la fe cristiana, no sea que digan las naciones: ¿Dónde está su Dios?

Alvarín tenía la sensación de estar siendo arrastrado por aquella doble elocuencia: la del dichoso San Bernardo, al fondo, y, en la superficie, la elocuencia con que Luis Escalante lo citaba o lo parafraseaba. Y le preocupaba, también, sentirse un poco fuera –o quizá un mucho– del animoso espíritu de sus compañeros y amigos de La Austriaca. Pensó que lo mejor sería, si deseaba intervenir –y lo deseaba–, enunciar sinceramente una de las preocupaciones que le habían sobrevenido al escuchar a Escalante:

–Una cosa, Luis, quería comentarte: yo no deseo la muerte. Y me espanta la idea de la muerte. La idea de la muerte me acobarda. Te lo pregunto porque si es verdad, y yo creo que lo es, que la muerte es un acto de servicio, ¿cómo coño me siento yo tan acobardado? La cobardía es un defecto grave, ¿no es así?, del carácter.

–Me alegro que saques el tema, niño –contesta impetuosamente Escalante–. Me alegro mucho: me alegra ver que estás diciendo la verdad. Hay que decir la verdad y tú la estás diciendo ahora. Tienes miedo de la muerte. ¡Y yo también! ¿Y quién no? Seguramente todos nosotros estos días, en los enfrentamientos de la calle, en este Santander cada vez más enrevesado y agudizado, estamos en peligro de muerte. Si te pusieras en peligro sin temor a la muerte no serías un valiente, sino un temerario, una especie de suicida. Y nosotros no somos suicidas, tampoco asesinos, lo que sí es cierto es que creemos que vivir y morir en nuestras circunstancias está en manos de Dios más que en las nuestras. Estamos haciendo lo que creemos que Dios quiere.

Una voz a la espalda de Alvarín, con un dejo pejino, dice:

–¿Y cómo coño sabemos lo que quiere Dios? Hay alguien aquí, yo pregunto, me gustaría saberlo, que tenga comunicación con Dios directa, una línea telefónica privada, a ver, ¿quién?

La intervención del interlocutor pejino quita intensidad al momento. No es el contenido de la pregunta «cómo sabemos lo que

quiere Dios», sino la marcada acentuación santanderina de la pregunta. El acento pejino era natural en Puertochico, todos lo teníamos. Pero podía graduarse fácilmente. Pero, sobre todo, como cualquier otro acento regional, podía enfatizarse más o menos, sacarle mayor o menor partido estilístico en cada caso. Interpelar guasonamente a Luis Escalante aquel mediodía, era, sin duda, una manera de decirle que estaba echando demasiada teología al asunto. La coloratura de la teología siempre es dramática, teatral, para decirlo amablemente. Y en aquellos años toda reflexión teológica producía análoga ebriedad a cualquier opuesta reflexión marxista o anarquista.

Alvarín maniobra para sentarse junto a Luis Escalante en la terraza de La Austriaca. Ese Escalante, hijo de don Amós de Escalante, le inspira siempre una mezcla de curiosidad y temor. Teme su radicalismo teológico-político, y, a la vez, desde que se apuntó a Falange, siente como una fiebre, un interés por las propuestas radicales y totalitarias.

–¡Las cosas que tú sabes, Luis! ¿Cómo sabes todo eso de San Bernardo que acabas de contarnos?

–No tiene mucho mérito, niño. He leído a la vez a San Bernardo y a José Antonio Primo de Rivera. Salvadas las distancias, las enormes distancias, se parecen mucho en la doctrina.

–Oyéndote hablar me siento animado, pero, a la vez, un poco fuera de todo esto. Ni mi padre ni yo somos muy religiosos, ni piadosos...

–Sé de sobra cómo sois los Pombo Ybarra. Sois individualistas, liberales, laicos y honrados. Sobre todo, gente honrada. Aunque, en mi opinión, equivocada, por esta sabiduría veleidosa, afrancesada, positivista y anglosajona que nos invade ahora. Pero no te preocupes, nada de eso impide la nobleza de un corazón noble. En la comunión tradicionalista cabe lo más fiel y lo más infiel, lo más áspero, porque estáis del lado del bien, frente al mal. Y mira, Álvaro, una cosa importante que he aprendido yo con San Bernardo, y que nos puede valer mucho en estos momentos de España, es que no se diluyen nuestras obras como creemos, no se pierden desconectadas y sueltas, atomizadas: nuestra conducta temporal es semilla de eternidad. Hay que transformar la voluntad. Hay que

querer transformarla. Y para transformar el cuerpo hay que sujetarlo a una disciplina adecuada. Pero hay algo más importante todavía para nosotros, los católicos, los nacionales: se trata de purificar la memoria y extraer toda la inmundicia.

–Es verdad que mi memoria está llena de basura, Luis, llena de tonterías.

–Ahora la guerra nos borrará las tonterías, ya lo verás. ¿Cómo ingeniarse para conservar nuestra memoria en su integridad y a la vez borrar sus manchas, sus tonterías?

La conversación se interrumpe al sentarse Mazarrasa en la mesa de esos dos. Los tres sienten, al mirarse entre sí, que tienen mucho que hacer, que es la hora de la acción. Y apuran sus cervezas. Paladean ese breve rato de paz en la esquina del paseo de Pereda respirando el aire de la dársena de Puertochico, el vivo aire del mediodía montañés.

–No nos quieren gran cosa en Santander estos días, chicos. Nos aborrece todo el mundo. Es incómodo, pero, sobre todo, es raro. En mi caso, por ejemplo, la cocinera, las doncellas de toda la vida, mis tíos carnales, me miran todos de reojo. Se les oye lo que piensan, aunque no digan nada. Piensan: Este va a acabar liándonos a todos...

–Bueno, ¿y qué? ¿Y qué si es así? –interviene Escalante.

–Eso digo yo. Pero me choca el ambiente rojeras que hay ahora en todas partes.

–En mi casa mi padre no me mira mal porque él mismo es un burgués republicano. Pero, a los dos, el otro día, en el funeral de Malumbres, nos echaron poco menos que a patadas. Ni siquiera el Tote entendió qué queríamos hacer mi padre y yo yendo allí a dar el pésame. Y creo yo que estaba claro.

–Estaba claro en tu corazón, sin duda, niño –comenta Escalante–, pero no en la plaza pública. Esta plaza es republicana ahora. Los poderes son republicanos, el alcalde, el presidente de la Diputación, el gobernador civil... Son republicanos, o, por lo menos, son

socialistas. Socialismo es una propensión del momento...

–¡Pero nosotros también somos socialistas!

–Sí, pero el falangismo español tiene un componente religioso, un componente católico, que es, quizá, lo más intragable para el socialismo. Ser católico es peor que ser de derechas o ser conservador, es ser enemigo del pueblo. Así es como se ha ido armando la actualidad. Mientras no digas nada, te dejan en paz. Pero si declaras en público que eres falangista, todo el mundo entiende ahora, en Santander, que eres un católico de mierda. Un católico a marcha martillo, como Menéndez Pelayo. Y ese es un delito, dicen, contra el pueblo montañés, que, sin embargo, qué duda cabe, sigue siendo tan católico como siempre lo ha sido, malos católicos, por supuesto, pecadores, lo que tú quieras. Pero, en fin, hijos de la Santa Madre Iglesia.

–¿Y qué tiene de malo ser católico? Y no es que yo lo sea mucho, o me sienta muy católico, ni mucho ni poco. Más bien me siento laico, como mi padre, agnóstico, más o menos.

–¿Qué vas a ser tú agnóstico, niño? –exclama Luis Escalante–. Tú eres un falangista, un soldado de Cristo, no eres agnóstico. Darías tu vida, si hiciera falta, por la causa de la fe católica, la causa de la verdadera España.

–La otra España es verdadera también, la otra mitad –murmura Alvarín sintiéndose cohibido.

El Tote es verdadero también. Su propio padre es verdadero también. Se siente confuso, cohibido, preocupado. Se siente inseguro de sí mismo. ¡Seguro que es imposible que él tenga toda la razón! ¡Seguro que es imposible que nadie tenga toda la razón, que la acapare!

Siente también que en ese caso es mejor callarse y escuchar lo que dicen sus amigos. Callarse no es del todo dejarse llevar. Está bien preservar la poca o mucha razón que cada uno cree que tiene. Callarse es hacer sitio a la razón también. Atenerse a razones. Hablará de eso con su padre esa noche. Seguro que su padre piensa una cosa parecida: si la razón es un bien universal, no pueden

tenerla unos sí y otros no. Tiene que ser, como la libertad, patrimonio de todos. Pero, en el fondo, Alvarín se da claramente cuenta de que esas no son ocurrencias de actualidad en el Santander de ese momento. Ahora hay que tomar partido en Santander. De hecho, él mismo ha tomado ya partido, el partido de Falange Española. Al hacerlo, ¿ha perdido con eso ya toda su razón?

21

Antes que el «Cara al sol», cuya letra definitiva había copiado Alvarín en una hoja de papel a principios del 36, copió Alvarín también un texto de Sánchez Mazas que se conocía con el nombre de «Oración por los caídos de la Falange». Era una oración impresionante y sombría, cuyo contenido Alvarín había discutido en alguna ocasión con su padre. Decía así: Señor, acoge con piedad en tu seno a los que mueren por España y consérvanos el santo orgullo de que solamente en nuestras filas se muere por España y de que solamente a nosotros honre el enemigo con sus mayores armas. Ni ellos ni nosotros hemos conseguido jamás entristecernos de rencor ni odiar al enemigo. Y Tú sabes, Señor, que todos estos caídos mueren por libertar con su sacrificio generoso a los mismos que los asesinaron, para cimentar con su sangre joven las primeras piedras en la reedificación de una Patria libre, fuerte y entera. Haz que la sangre de los nuestros, Señor, sea el brote primero de la redención de esta España, en la unidad nacional de sus tierras, en la unidad social de sus clases, en la unidad espiritual en el hombre y entre los hombres y haz también que la victoria final sea en nosotros una entera estrofa española del canto universal de tu gloria. Cayo Pombo había escuchado la lectura de esta oración con recogimiento, pero con el ceño fruncido. Al terminar Alvarín emocionado su lectura en voz alta, su padre se quedó mirándole fijamente y se quedó en silencio. Entonces Alvarín preguntó:

–¿No te parece hermosa y profunda esta oración, papá?

Y su padre le contestó:

–Sí, hijo, pero a la vez me parece retorcida. Me parece una plegaria barroca, con una vuelta de tuerca en dirección a Dios y otra vuelta de tuerca en dirección al orante. ¿No crees tú que suena como una petición a Dios, de quien nada sabemos, que el orante hace torciendo su propia recta intención? Impresionante es, desde luego. Mucho.

La verdad es que a Cayo Pombo Ybarra la oración de Sánchez

Mazas que su hijo emocionadamente le leía le pareció, al pronto, juvenil, autorreferente –en el mal sentido de la palabra–, un abrupto romanticismo juvenil, un galimatías sentimental sombrío. Al ver, sin embargo, la sincera emoción reflejada en el semblante de su hijo, Cayo Pombo se abstuvo de hacer ningún comentario crítico. Cuando Alvarín le preguntó:

–¿Por qué frunces el ceño, papá, como si no te gustara?

Su padre contestó:

–No sé si frunzo el ceño. Lo lamento si lo hago. Es que sí que me parece esa oración intensa, pero complicada. Al principio suena como una oración excluyente: nosotros somos los únicos que de verdad morimos por España. Lo arregla luego, al decir que también el enemigo, los rojos, mueren por España. La diferencia es que los enemigos, en este contexto, no apelan a Dios, y los falangistas sí. La complicación procede de la presencia excluyente de Dios en la oración. Incluye, ante todo y sobre todo, a los amigos, a los falangistas, a los únicos patriotas. Y luego Sánchez Mazas parece darse cuenta de la exclusividad de su plegaria e incluye solo al enemigo, que, por supuesto, no rezará nada parecido. Pero fíjate, hijo, incluso entendiendo tu admiración por Falange Española, no puedo evitar, cuando oigo cosas como esta oración que acabas de leerme, un repelús...

–¿Cómo un repelús, papá? ¿Qué quieres decir con eso?

–No puedo dejar de comparar lo que oigo, sobre todo por ti, sobre Falange Española, con lo que he sentido yo mismo siempre en política: pertenezco a una generación que despreciábamos, tratábamos de echar abajo, la sospechosa relación española entre teología y política, entre fe católica y convicciones políticas. Cuando apareció don Manuel Azaña en la escena política y se proclamó la República, yo tuve la esperanza de que entrásemos en una vía de normalidad, que España iría poco a poco cambiando su fisionomía de tierra de cantos y santos en una tierra republicana de políticos electos cada cuatro años y de una preocupación liberal por la educación, la sanidad y todo lo demás. Con Falange Española volvemos a la teología. Y la teología es, de suyo, guerrera. La teología no es un saber científico, no es un saber positivo, es una

sabiduría que depende de una revelación. Y así hay un Dios del Sinaí, un Dios vengativo y colérico y terrible, es terrible caer en manos del Dios vivo. Tenemos luego un Dios cristiano que muere en la cruz. Todo ello son cuestiones de fe, y lo que yo llamo repelús es que cuando la fe interviene en la vida cotidiana, en la vida pública y política de una nación, interviene dogmáticamente. Los creyentes se sienten en posesión de la verdad, y los incrédulos, los escépticos, nosotros, los republicanos, somos considerados el enemigo. Pero no somos el enemigo. Yo no soy un hombre religioso. Para un hombre religioso es válido el imperativo «sed perfectos como vuestro Padre es perfecto». Pero yo no creo en un afán de perfección de ese calibre. ¿No es preferible buscar una perfección cotidiana? ¿Procurar hacer perfectamente nuestras obligaciones cotidianas, cultivar nuestras relaciones, ser compasivos, por ejemplo? Temo las religiones. Temo el absoluto porque no sabes al final qué hace, qué acabará haciendo con los individuos. Se puede hallar una perfección republicana, democrática, un razonable comportamiento público, alejado de la mangancia y de la desvergüenza. Pero ¿hace falta, para mantener todo eso en pie, invocar constantemente a Dios? No acabo de entenderlo. No acabo de fiarme. Mi problema con una personalidad como la de José Antonio y en general con el totalitarismo es que no acabo de fiarme. Pero comprendo, entiéndeme, que sea fascinante para vosotros los jóvenes. Comprendo que para vosotros sea preferible obedecer órdenes absolutas en lugar de seguir criterios prácticos de comportamiento. Esa actitud, que se explica bien en la juventud, cuando se llega a mi edad resulta dudosa. ¿De verdad queremos estar a las órdenes de un caudillo inspirado por Dios? ¿No sería eso peor que la monarquía borbónica de Alfonso XIII o que la dictadura de Primo de Rivera?

Cayo Pombo contempla a su hijo, sentado frente a él, que lleva mirándole fijamente a lo largo de su pequeño discurso.

–Te estoy desilusionando, ¿verdad, hijo?

–No, papá. Tú no me desilusionas nunca. Lo que acabas de decir es un modo sensato, razonable, de interpretar la política, un estilo anglosajón, como suele decirse. Tú no me desilusionarías aunque quisieras. Lo que pasa con Falange Española, con José Antonio, en este momento, es que tiene la fuerza de un grupo marginal, de una

agrupación, sin apenas apoyo económico o social. Ya sé, ya sé que Mussolini ha facilitado dinero a José Antonio... Pero aun así... Falange Española es una propuesta aventurera, una propuesta noble. También lo es la propuesta republicana, que es, sin embargo, una propuesta prosaica. Nuestra Segunda República tiene todavía un aire rancio, casi tan rancio como las agrupaciones monárquicas o tradicionalistas, la CEDA o el requeté. Falange Española es un himno solar, una ficción política arcangélica, si quieres expresarlo así. Yo me he sentido convocado por sus rituales militares guerreros, audaces, y me he comprometido con ellos, papá. Pero, claro, dejaría de ser hijo tuyo si no me sintiera escéptico o dubitante en ocasiones. Ahí tienes, por ejemplo, la violencia falangista, que nadie puede negar. Yo, al menos, no puedo negar esa violencia, por más que exista una violencia equivalente en el otro lado. Y no puedo justificarla diciendo, sin más, que es la violencia de los justos frente a los enemigos de Dios. Esa argumentación no me vale. Parece ser que este San Bernardo que cuenta Luis Escalante justificaba la violencia y la guerra en términos de justos e injustos. Los justos están de parte de Dios, los injustos están de parte del maligno. Pero eso, por mucho que yo admire a Luis, es inasumible. ¿Cómo va a ser maligno el Tote o sus compañeros socialistas? Esa malignidad es inasumible, y eso hace que yo sea escéptico, a veces. Y sintiéndolo mucho, porque el escepticismo es ahora mismo un freno, una demora peligrosa. Ahora no podemos ser escépticos: tenemos que ser decididos, militantes, solares. Y quizá también, muy pronto, bajas, caídos por Dios y por España, como dicen. Si me toca a mí, no diré eso, ni lo pensaré. Ni quiero que lo pienses tú. Solo quiero que pienses acerca de mí lo que cantamos en el «Cara al sol»: «Si te dicen que caí, me fui, al puesto que tengo allí.» Si caigo yo, personalmente, papá, quiero que pienses que estaré junto a mis compañeros, haciendo guardia frente a los luceros. Y esto no son frases poéticas, palabras vanas, sino actos efectivos, si de verdad se entrega la vida...

–Sé que me hablas con todo el corazón, Álvaro. Pero, al oírte, no puedo remediar sentir a la vez admiración y terror. Admiración por tu generosidad, terror por el peligro que corres. Si te detienen, si te matan a tiros, ¿qué va a ser de mí? Sé que hablar así es cobardía y egoísmo. Para evitar ambas cosas siempre he apoyado tu participación en el movimiento falangista. Yo mismo saludé, brazo

en alto, a José Antonio Primo de Rivera cuando vino a Santander en el 35, como recordarás. Me levanté y alcé mi brazo en alto con el corazón sincero, no solo por ti, sino también por él, en elogio a la valentía, a la desenvoltura creadora y política de ese hombre. Y si me dices que el espíritu joseantoniano consiste en vivir según el principio de vivir resueltamente, el vivere risolutamente, estaré de acuerdo contigo en que hay que vivir así. Y lamentaré no haber vivido así siempre yo mismo. Yo he sido, y soy, un burgués republicano, desconfiado, individualista, también lúcido, eso es cierto. Pero la lucidez no es virtud suficiente. la lucidez tiene su lado negativo: se llama la reserva. Los lúcidos somos con frecuencia reservones. Así que entiendo que tú no lo seas, ¡admiro que tú no lo seas!

–¿Qué es más difícil, papá, el pasado o el futuro? Sé que es una pregunta tonta. Hay días que pienso que el pasado es más fácil porque no queda nada, apenas nos acordamos. El pasado es pasado y no hay nada que hacer con él. Como mucho, aceptarlo. Como mucho, irlo olvidando. El futuro, en cambio, está al alcance de la mano. Pasado mañana es ya el futuro entero, por no hablar de ahora mismo. Estoy tan acostumbrado a estar contigo, a hablar contigo, a que tú seas mi pasado, contigo es fácil sobrellevar el pasado, papá. Es divertido, incluso, ir conociendo nuestra familia, los sitios donde vivieron, donde estuviste tú de joven. Tuviste un pasado magnífico, yo creo...

–En cierto sentido sí. En realidad, tuve suerte, pero se me acabó pronto. La buena suerte que tuve fue inmerecida. Te tuve a ti y a tu hermano, pero, sobre todo, a ti. Mi mala suerte fue merecimiento mío también...

–Mi madre fue tu mala suerte, nuestra mala suerte...

–¿Sabes? No es justo decir eso. Y, sin embargo, en cierto modo es verdad que tu madre complicó las cosas: creí que sería fácil de llevar: cuando nos casamos creí que Ana sería fácil de llevar. No tenía derecho ninguno a pensar eso. Me casé porque estaba aburrido. Me dejé llevar. Te he contado todo esto muchas veces, Álvaro, esa historia boba de mi vida, una tortuga boba. Hay unas tortugas que las llaman bobas, porque van lentamente ensimismadas en el interior de su concha maravillosa, que es un

peso que llevan encima. Yo he sido vanidoso y bobo como una tortuga boba. He ido despertando a medida que tú crecías y ahora todo revienta, se nos viene todo encima. Se nos viene encima esta espantosa guerra a muerte. El asesinato de Malumbres es una medida de lo que se nos viene encima. Así que mi pasado es un pasado reconocible, pero que me deja mal sabor de boca, un regusto de indefinida insustancialidad, un regusto a vacío. Mi futuro es el tuyo, y tu futuro, a su vez, es imposible predecirlo ahora. Y es curioso que, dentro de todas estas comodidades nuestras, este bienestar con que vivimos, nuestra vida provinciana, burguesa, transitable, ahora se vuelve intransitable. Las calles se han vuelto peligrosas y las casas también. Hay registros y sacas cada día...

–Hacemos mal en hablar de esto, papá. A los dos nos inquieta el futuro, y los dos sabemos que apechugaremos con lo que se nos venga encima. Eso es una seguridad maravillosa. Saber que tú estás aquí, saber que tú estás conmigo, que nunca moriremos...

–¡Que por lo menos no nos maten a tiros mañana por la tarde! Eso espero.

–No va a pasarnos nada, papá. Cuando queramos recordar, habremos ganado ya la guerra, Santander caerá del lado nuestro, dicen que está a punto de caer Santander... ¡De nuestro lado!

–¡Pues eso es peligroso! Lo más peligroso de todo es estar al final de una etapa como esta. Tendríamos que habernos ido a Portugal los dos, con Mercedes. Montones de familias conocidas han hecho eso. Lo están haciendo ahora. En fin, aquí estamos...

–No te preocupes, papá. No va a pasarnos nada, ni a ti, ni a mí. Al fin y al cabo, no somos importantes. Somos agradablemente insignificantes y santanderinos, gentes de bien, como se dice. Tú no te preocupes. Además, si tú quieres, puedo dejar Falange, si te preocupa tanto... Puedo dejar Falange Española.

–¿Harías eso por mí?

–Lo haría sin dudarlo, si tú quieres.

–Es que no sé si quiero. Una cosa es que yo tenga miedo por ti,

encuadrado en Falange, y otra cosa es que cedamos al miedo. Seguro, además, que dejar Falange sería muy difícil para ti. Estás integrado ahí, en esas escuadras, en ese espíritu.

–Eso es cierto. Pero tú eres más importante que Falange, papá.

–Lo soy y no lo soy. Lo soy para ti, porque me quieres, pero no lo soy por mí mismo. Falange es un movimiento político cada vez más prominente, cada vez más fuerte. Y ese es tu sitio. No puedo consentir que dejes eso solo porque yo tengo miedo de las posibles consecuencias de significarte tanto. Lo único que puedo pedirte es que tengas cuidado. Es evidente que hay dos Falanges Españolas. Hay una Falange política y equilibrada y hay una Falange de pistoleros, la Falange de la sangre, y no se pueden separar, yo sé que no se pueden separar. No en un momento como este.

–Es verdad, papá, que la violencia aumenta cada día, en los dos lados, pero en el nuestro ya se justifica sin más. Hay que echarse a la calle, hay que defenderse a tiros. El enemigo es el enemigo de la cristiandad. Dios, todo eso me supera, papá. No consigo ver ni la cristiandad, así, en general, ni el socialismo masónico y comunista de que tanto hablamos en La Austriaca. Quizá lo del cristianismo español es lo que menos entiendo.

–Eso es culpa mía, supongo. Has vivido en una familia laica, se te ha contagiado la desconfianza hacia el cristianismo, la indiferencia religiosa...

–Pero ni tú ni yo somos indiferentes, papá, estamos comprometidos los dos. No somos señoritos, digan lo que digan los socialistas santanderinos. Hay una parte de socialismo y de obrerismo en Falange, también. Y tú has sido, cuando te ocupabas de las fincas, un patrón justo.

–Apenas me ocupaba de nada. Me arrepiento ahora, contigo, de haber sido indolente. Fui indolente. Es más fácil ser rentista, tengas poco o mucho, que patrón. El campo es caro, además. Para que funcione hay que invertir mucho dinero. Yo prefería no invertir. En fin, mi vida no es ejemplar, o no lo ha sido. No hay por qué negar eso.

–Pero no has sido pesetero, no has sido ambicioso, has cuidado a tu gente, no solo a tu familia. Has querido a las personas que nos rodeaban, a Mercedes, a Elena, a Paco... Esta casa es tranquila y amable porque tú has sido tranquilo y amable y generoso. No hace falta que nadie sepa todo esto, pero nosotros, los de casa, lo sabemos.

Cayo Pombo se deja arrastrar por los elogios de su hijo. No es vanidad personal, pero vienen a ser, en ese momento, una especie de reconocimiento por parte de un joven de una vida que cede, que cae. Cayo Pombo es consciente de su lento decaer, sus achaques, su cansancio casi continuo, su falta de iniciativa, que solo se redime hablando con su hijo. ¡Claro que se quedará en Falange Española! El asunto es que el enfrentamiento entre izquierdas y derechas en Santander no acaba de ser solo político. Hay un, cada día más visible, enfrentamiento de clases: las clases populares, que solo tienen su trabajo, su capital, su único capital, y la clase adinerada, que se ha distraído tanto, que se ha divertido tanto, y ahora, de pronto, ha cambiado toda la luz del mundo, ahora, este año 36, piensa Cayo Pombo, es la hora de que cambie yo también, salir del tedio, salir del bienestar, pero ¿para hacer qué?

–¿Qué podría hacer yo, hijo?

–No tienes que hacer nada. Sobre todo, no tienes que avergonzarte de lo que has hecho o no has hecho. Eres quien eres, igual que los demás tenemos derecho a ser eso, sin más. No tenemos por qué someternos a juicios sumarísimos, no tenemos por qué someter nuestras vidas, nuestras conductas, a juicios sumarísimos.

A todo trance, el joven falangista desea tranquilizar a su padre, el burgués acomodado y republicano, un hombre, en realidad, sin atributos, pero que ha sido honrado y bueno y fiel toda su vida.

22

–¿Sabes que se nos va Elena?

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Se nos va?

–Pues quiero decir que le ha contado a Mercedes que su novio, el Rubio, no quiere que siga en el servicio. ¿A ti te ha dicho algo?

–A mí no, pero, la verdad, estos meses hablo poco con Elena. Nos vemos todos los días, claro, pero hablamos poco. ¿Ella se quiere ir?

–Mercedes dice que no, pero que el novio está empeñado en que lo deje. Parece ser que el Rubio nos odia o dice que nos odia; por su gusto, parece ser que ha dicho, nos echaría al mar a nosotros dos, y hasta a Mercedes. Suena muy absurdo...

–¿Has hablado tú con Elena, papá, tú mismo?

–La verdad es que no.

–¿Por qué no?

–No me he atrevido. Lo que sé lo sé por Mercedes.

–Pero este novio de Elena, este Rubio, ¿es estúpido o qué? Lo que Elena hace en esta casa no es un trabajo difícil, no es mucho trabajo, y va haciendo hucha, eso me lo dijo ella misma hace tiempo, para cuando se case. No entiendo por qué tiene que dejarlo de repente.

–Lo tiene que dejar porque para ellos, o para él, para el novio, no es una cuestión de trabajo, sino, al parecer, una cuestión simbólica. Ve a su novia como una pobre chica que tiene que servir. Y servir, desde su ideología, le parece humillante.

–¿Y es humillante, tú crees, papá?

–A mí no me lo parece, pero el asunto me desborda un poco. Yo soy

una persona de otro tiempo, un tiempo en el que estas cosas no se cuestionaban tanto. Era natural venir del pueblo, de Solares o de La Cavada, como Elena, y buscar colocación en una casa.

–Y ella, Elena, ha estado siempre encantada de estar aquí con nosotros. Eso me consta.

–Ya. Pero los tiempos han cambiado, chico. La República ha traído otras costumbres. El servicio doméstico, en concreto, les parece a los republicanos una antigualla, un residuo medieval, algo así. No puedo entrar a discutir eso. No sabría discutirlo. Solo digo que, para nosotros, que Elena se vaya es una noticia triste. Pero nosotros, en esto, podemos con facilidad ser ahistóricos, no entender la situación actual. Y, hombre, Álvaro, el servicio es una servidumbre. Las palabras servicio, servidumbre, doncella, todas esas palabras están plagadas de significaciones, de clase: desde que se pronunció lo del amo y el esclavo, la dialéctica del amo y el esclavo, relaciones convencionales y habituales en el servicio doméstico se han afeado mucho. ¿Qué chica, pudiendo trabajar en una fábrica o en una sastrería, aunque sea de ayudante, no prefiere eso a aguantarnos a ti y a mí, a ponerse un uniforme de seda negra y servir a la mesa con guantes? El servicio doméstico, Álvaro, es, sin duda, una antigüedad, un residuo de otros tiempos que el proletariado odia, o ha odiado siempre.

–Elena no nos ha odiado nunca.

–Seguro que no. Pero yo comprendo, digamos que entiendo al novio, al Rubio, que tiene la sensación de que tiene que liberar a su novia, a su futura mujer, de la servidumbre, de la esclavitud de trabajar en una casa, de los señores. Nosotros somos los señores, por chusco que suene, o nos suene a nosotros.

Que a su padre le suene «chusco» que ellos sean los señores le recuerda a Alvarín lo mucho que su padre se esforzó siempre por distanciarse de los prejuicios de su propia clase social: era un Pombo Ybarra de pies a cabeza, era muy consciente de la posición que ocupaba dentro de la alta burguesía santanderina. Lo que consideraba «chusco» no era ser quien era –eso lo tenía a mucha honra–, sino el añadido grandilocuente que con frecuencia se añade a la expresión «el señor, los señores». Ni Mercedes, ni Paco, ni Elena

fueron nunca, para él, sirvientes. Eran parte esencial de la familia que no tuvo. De su familia desbaratada había quedado eso, esas tres personas, más el propio Alvarín. Su apego a ese pequeño grupo incluía ahora comprender que al Rubio, novio de Elena, le desagradara, le hiciera mal efecto que Elena fuese «doncella» en una casa bien de Santander. Su padre comprendía eso con toda claridad, lo aceptaba sin reservas, pero le entristecía dejar de ver a Elena. También a Alvarín le entristecía eso. Por eso, al día siguiente de la conversación con su padre, se reunió con Elena en el cuarto de plancha, donde ella planchaba la mantelería, y se instaló, como solía hacer, al otro lado de la mesa de plancha, en un taburete. El cuarto de plancha olía a ropa lavada recién planchada. En una hornilla de gas se calentaban alternativamente las dos planchas que después se utilizaban para planchar con ayuda de una tela húmeda las mantelerías, las camisas. Era un olor familiar. Y Elena se veía más guapa que nunca, más cercana que nunca.

–Sé que vas a dejarnos, Elena. Me lo contó mi padre anoche. Estoy triste por eso. Más triste que triste...

–¡Pero, chiquillo, no estés triste por mí, porque me pondré triste yo también entonces! La verdad es que no tengo gana de irme, ninguna gana. Pero el Rubio está metido en todo, en toda la política de ahora en Santander, de hoz y coz. Y odia una imagen de su novia planchando mantelerías en esta casa. Yo lo he hablado con él muchas veces y le he contado lo contenta que estaba, lo bien que me va con vosotros. Pero este año está doble inquieto, doble agresivo, más que nunca. Yo le quiero. Siempre he querido al Rubio. Así que le hago caso y os dejo, con la esperanza de que esto pase, porque pasará...

–Cuando esto pase, pase lo que pase, tú estarás embarazada o tendrás ya niños. Estarás metida en casa con la pata quebrada.

–Sé muy bien a lo que voy. Pero tengo que ceder en esto, tengo que estar de su parte, de parte del Rubio. Por más que su lado, sus amigos milicianos, tengan también, como tenéis vosotros, los falangistas, más contras que pros, en ocasiones...

–Nosotros tenemos la razón, Elena. Somos los buenos en todo esto.

–Uy, uy, uy... Qué cosas dices. Vosotros no podéis ser solo los buenos. Tiene que haber más buenos, malos buenos. Ya sé que soy una ignorante...

–¡No eres ignorante, todo lo contrario!

–¡Pero no soy tonta! Las montañesas somos chicas listas, mucho. Trabajadoras y despiertas. Y se ve a ojos vistas que, por más que nos digan los unos y los otros, vuestros propagandistas y los nuestros, no seríamos incompatibles si no fuera porque hemos entrado en esta horrible guerra. La violencia de estos años atrás ahora revienta en esta guerra. Lo que antes eran simpatías y antipatías ahora son odios a muerte, lo sabes tú mejor que yo. Y mi deber es estar con el Rubio, por mucho que sienta dejaros a vosotros, y, sobre todo, a ti. Esto mismo se lo he dicho a Mercedes. Mercedes se quedará, menos mal, y Paco también. Estaréis atendidos y hablaremos por teléfono a veces, o por carta. Y no sabemos nadie cómo va a acabarse todo. Si triunfa la sublevación, qué va a pasarnos a nosotros. Y si triunfamos nosotros, qué va a pasaros a vosotros. No lo quiero pensar. Al irme solo hago lo que creo que es mi deber con el Rubio. Si me tiene a su lado, creo que se tranquilizará bastante, y eso es mucho en estos tiempos.

Alvarín, que se queda todavía un buen rato en el cuarto de plancha, viendo planchar a Elena, piensa que la belleza de Elena reside en su tranquilidad, en la paz tranquila de sus maneras, de su voz, de sus fidelidades. Fidelidad a su novio, fidelidad a la casa donde trabaja. Será fiel, más tarde, a sus hijos. ¿Cuántos años más vivirá Elena?, piensa Alvarín contemplándola. ¿Cuántos años más de vida anónima, sin pretensiones, sin lujos, sin vacaciones, también sin discursos ni explicaciones? No será una vida fácil, quizá, pero será ejemplar, aunque apenas nadie, ni siquiera el propio Rubio, ni siquiera sus hijos, se den cuenta. Y esa ejemplaridad de Elena no será, para la propia Elena, consciente: no será ejemplar adrede, y cuando le digan que lo es, si se lo dicen, no entenderá lo que le dicen. Tendrá, será, una vida santa. La santidad es inconsciencia. Tiene que serlo a la fuerza, piensa Alvarín esa tarde, contemplando a Elena, porque si, al volverse sobre sí misma, al volverse al espejo, llegara a pensar «soy santa» dejaría de serlo. ¿Y guapa? Guapa es distinto. ¡Claro que Elena se ve guapa en el espejo cuando se peina

o se pinta los labios para salir con el Rubio! Pero verse guapa es inocente. Por atrevido que parezca, es inocencia, es una contemplación inocente. Ser consciente, en cambio, de un resplandor moral, espiritual, es automáticamente demoníaco. Elena no se ensoberbecerá por sentirse guapa. Eso coincidirá, más o menos, con sentirse querida y atendida por su marido y sus hijos. Pero si llegara de pronto, incluso solo por casualidad, a creerse excepcional, a creerse santa, se vendría abajo el firmamento.

–Podríamos seguir así, tú y yo, toda la tarde y toda la noche y toda la mañana. Y el siguiente día y el siguiente. ¿A que sí? –comenta Alvarín después de un largo silencio.

–¡Qué va, chiquillo! Te cansarías a los cinco minutos. Los dos nos cansaríamos.

–Estoy acostumbrado a charlar contigo. Voy a echarte de menos, lo sabes.

–Lo sé y no puedo hacer nada.

–Podrías haber sido novia mía.

–¡Toma ya! ¡Pues claro! Pero las cosas no son imaginarias, la vida no es lo que te figuras que eres o serás, es lo que vas siendo. Y por cada cosa que vas siendo hay otra opción que vas dejando a un lado. Eso es lo natural. No hay nada de malo en eso. Emperrarse en algo es mucho peor.

–Tú estás emperrada en el Rubio –declara Alvarín bruscamente.

–Pues no. Yo le quiero. Tengo una relación larga con él, que espero que nos dure toda una vida. Eso es quererle, querernos. No tiene gran misterio, pero tampoco tiene vuelta de hoja. Es como una llanura. Sabes que no la andarás toda en un día. La verdad es que andarás mucho, pero no la andarás toda. Será un día tras otro.

Elena ha terminado de planchar la mantelería. Apaga el fogón de gas. Deja sobre la mesa de plancha todo lo recién planchado. Alvarín vuelve con su padre, pensativo, quizá más enamorado ahora que antes, habiendo, quizá, salido de una inmadurez latente todavía

a sus diecinueve, una prolongada inocencia insulsa que destrozará pronto la guerra.

–¿Vas a quedarte en Santander? ¿Cuando salgas de aquí te irás directamente con el Rubio?

–Eso no lo sé, no lo creo. El Rubio vive con sus padres, que viven en Santander. En su casa no cabe nadie más. Ya están justos con los cinco o seis que son, entre hermanos, abuelos y demás. Así que yo me voy al pueblo, a La Cavada, que está a un paso de Santander. El Rubio puede venir a verme los fines de semana.

–Ahí te vas a aburrir, Elena, mucho, en el pueblo.

–Aburrirme no, lo que voy es a trabajar mucho más que aquí. Ir al pueblo es lo que tiene, de bueno y de malo. De bueno, porque ayudo a mi madre con los demás hermanos. En el pueblo no se para nunca, siempre hay cosas que hacer. Y de malo tiene que me gustaba estar aquí con vosotros. Pero eso no cuenta, no debe contar ahora.

–Igual le matan al Rubio un día de estos. Andamos a tiros por las calles.

–¡No seas animal, qué le van a matar! Eso sería terrible. Además, yo creo que el Rubio es algo reservón, no creo que se exponga mucho, la verdad. En el frente es más fácil caer si te expones que si zorreas un poco. Más vale que zorree y que salga vivo de esta.

–¿No podría mi padre, o yo mismo, hablar con el Rubio, qué sé yo, decirle que tú estás más segura aquí, con nosotros, que en el pueblo? Ahí te puede pasar de todo. Y aquí en casa ya sabes cómo somos, la política nos da un poco igual. Lo digo yo, que soy falangista.

–Para mí, tú eres tú y el Rubio es el Rubio. No sois muñecos políticos del pimpampum. Sois personas reales. Eso es verdad, pero es imposible hablar con el Rubio de ese modo, y menos ahora. Para él, todos los que no son los suyos son malvados, son malditos, yo qué sé...

–A nosotros nos pasa eso también en Falange. Es una aberración.

–Es una calamidad, pero es lo que hay.

Alvarín no puede no pensar qué hermosa sería Elena como esposa suya. Qué guapa estaría en casa, en esa misma casa donde sobran habitaciones, o en otra que buscarían, hablando como ahora, también acostándose con ella. También yéndose con ella a merendar al Puntal. La llevaría remando en el bote, merendarían pan con chocolate o un bocadillo de chorizo, comprarían una botella de vino a granel en la bodega de abajo. Se casarían por lo civil, de momento. No haría falta casarse por la Iglesia salvo que Elena o su familia quisieran. Todos los días vendrían un rato a charlar con su padre, los dos juntos. Y no sería Elena una novia de la guerra porque eran novios ya, habían empezado a serlo mucho antes, sin decírselo el uno al otro. En su ensoñación murmuró Alvarín: ¿Cómo no va a ser posible lo imposible? Debió de murmurar eso en voz alta, porque Elena le dijo sonriente:

–Porque lo imposible es imposible. Si nos empeñáramos en forzar las cosas, que sé que es lo que tú crees que puede hacerse, todo saldría mal. Haríamos mucho daño a mucha gente...

–¡Joderíamos al Rubio, eso sí!

–No solo al Rubio. Lo que tú estás pensando, lo sé, es alterar el destino. Hacer el destino tal como quieres que sea. Y así no sale...

–¿Te das cuenta, Elena, de que eres tú más conservadora que mi padre y yo mismo? Eso que estás diciendo es un elogio de la conservación y de la costumbre. La costumbre, claro está, es el Rubio. Yo sería el desacostumbrado.

–Los dos seríamos desacostumbrados el uno para el otro. Una vez casados, es un suponer, nos observaríamos perplejos. ¿Cómo es posible, diríamos, que hayamos llegado a esto? Sería desolador.

–¡Oh, Elena, podría ser maravilloso!

–En otro tiempo, quizá. En otro sitio, quizá. Pero ahora sería desolador. Debemos conservar el recuerdo de lo maravilloso como

el recuerdo de lo que nunca ha sucedido. Eso no nos quita nada y nos libra de la desilusión y el desencanto que sobrevendrían.

Sorprende a Alvarín la madurez de Elena. Quizá no tenga más de cuatro o cinco años más que él, como mucho. Y, sin embargo, lo que dice es razonable, es realista. Es, sin que la propia Elena se dé cuenta, una renuncia al romanticismo amoroso que, con frecuencia, es trivial, y una sólida afirmación de un valor como es la costumbre, como es ser fiel a un novio que lleva ya bastantes años con ella. Alvarín cree que su amor por Elena es sincero, pero, a la vez, se da cuenta hablando con ella ahora de que su enamoramiento tiene algo de improvisación, un punto de capricho. No tiene Alvarín en esto vanidad de señorito, Elena no ha herido su vanidad. Pero su llamada al orden, a la realidad, su fidelidad al Rubio, es parte de una personalidad integrada, más integrada y más firme que el propio Alvarín. Eso no suprime el amor que siente, al contrario: hace que el amor que siente sea más verdadero. En una renuncia razonable a un deseo hay mucha más inteligibilidad y más futuro que en el acceso inmediato a ese deseo. Demuestra que los deseos, nuestros deseos, son efímeros. La realidad, en cambio, es franca y, en cierto modo, bromea con nosotros. Mucho más que la historia, la simple realidad, la más común, es la maestra de la vida.

Alvarín y Elena no se despiden, puesto que siguen viviendo en la misma casa y volverán a verse en cualquier momento. La cotidianeidad, que acaso sea una carcoma de las cosas, es también el agarradero, la gran salvación de los espíritus nobles.

23

El tiempo atmosférico aquel verano de 1936 parecía empeñado en amainar las tensiones bélicas de los santanderinos. A partir del día de Santiago, el 25 de julio, sobre todo, lucía un sol claro de traineras y balandros, aunque aquel año no se celebraron esas competiciones tradicionales. Se celebraron, como de costumbre, las fiestas del Carmen y de Santiago, con los tiovivos y los circos. Y el buen tiempo, el aire marítimo ligero, metalizado, brillante, atemperaba los ánimos. Aquella mañana de finales de julio, Alvarín recibió –como todos los demás miembros de Falange Española de Santander– una nota diciendo que todos los miembros de Falange deberían mostrarse en público con sus uniformes de Falange Española. La nota puntualizaba que no se trataba de provocar a nadie, sino solo de hacer constar en el ambiente republicano del Santander de aquel momento que Falange Española era una presencia política real y seria allí y también en todos los pueblos de la provincia. El uniforme de Falange se componía, básicamente, de la camisa azul y una corbata negra. Cada falangista elegía sus propios pantalones, aunque se prefería el color azul oscuro. Cuando un grupo de falangistas se reunía, su presencia visual, el colorido del grupo, resaltaban mucho. Era una invocación política clara. La idea que se había transmitido en las reuniones de Falange era que, dada la situación nacional, no podía darse un paso atrás. Tenían que hacer acto de presencia como falangistas y no como simples ciudadanos. Aquel mediodía se habían reunido en la terraza de La Austriaca, bajo los toldos, en las mesas y sillas que rodeaban el esquinazo frente a Puertochico y el Muelle, el grupo falangista habitual de Alvarín: Mazarrasa, Escalante, Ramón Bustamante, Zamanillo también –que era monárquico y no llevaba el uniforme de Falange–... Había una diferencia de tono entre el grupo de falangistas de la terraza de La Austriaca y el resto de los santanderinos, que tomaban el menú con patatas fritas o con raciones de bravas. El tono de voz falangista era un poco alto, aunque, ciertamente, ninguno de ellos levantaba la voz al hablar o exageraba en ningún sentido. Eran un grupo político inconfundible. Su padre había comentado, cuando se despidió de él, al salir:

–Tienes un aire combativo, hijo, con tu camisa nueva azul.

Y Alvarín había contestado en broma:

–No vamos a combatir, vamos a tomar algo a La Austriaca. No es una reunión política, es una reunión de amigos. Pero estos días hay que ir todos con el uniforme. A mí me parece bien.

El aperitivo transcurrió agradablemente. A eso de las dos, pasó junto a ellos un grupo numeroso de jóvenes republicanos, con sus uniformes caquis y monos azules. Alvarín tuvo la impresión de que los chavales republicanos consideraban un acto de valentía pasear despacio por el Muelle, delante de los falangistas. Al fin y al cabo, no era su territorio. Lo que nadie esperaba es que uno de ellos exclamase:

–¡Cuánto maricón azul veo junto!

Mazarrasa se levantó y se dirigió al joven faltón miliciano.

–¿A quién llamas tú maricón? ¡Maricón tú!

El grupo se detuvo y los falangistas se levantaron de sus asientos. La gente de las mesitas se levantó precipitadamente y se metió dentro de la cafetería. Al parecer, ninguno de los dos grupos iba armado. Pero el aspecto de los dos grupos era ya un arma ofensiva: los uniformes, el aire combativo...

–¡Te lo digo a ti y a tus novios facciosos! Mira qué rápido se levantan todos a defenderte, no vaya a ser que te hagan daño.

Mazarrasa responde inmediatamente con un golpe en la cara y acto seguido se enzarzan a golpes los dos grupos. Visto desde fuera no parece mucho más grave que una pelea callejera, una pelea entre dos bandas. Visto desde dentro es una pelea entre jóvenes nacionales y jóvenes rojos. Y, a la vez, visto a la vez desde dentro y desde fuera, en aquel momento del tiempo, en aquel verano de 1936, resulta imposible no pensar en un enfrentamiento innecesario –o caprichoso– entre los señoritos del Muelle y los señoritos del mono azul. Porque era evidente que aquella izquierda errabunda, paseante, a esas horas del mediodía, era una izquierda aseñoritada,

una juventud asobrinadita también. Los protagonistas de ambos lados no fueron conscientes de eso, quizá, entonces. Antes de la engarrada se insultaron con los insultos facciosos habituales. ¡Rojos de mierda! ¡Señoritos de mierda! Solo uno de ellos, el menos significado físicamente, que llevaba una boina sobre la frente, dijo:

–¡Me parece que a vosotros os vamos a dar el paseo bien pronto!

La idea de ese paseo era escalofriante. Pero, en el ardor de la gresca, a nadie le recorrió un escalofrío. Finalmente, la pelea quedó igualada, con una ventaja numérica a favor de los falangistas. Los chavales rojos se echaron atrás y se abrieron. Una victoria momentánea. Mientras parecía que la gresca estaba terminando, aparecieron otros dos monoazules, más rezagados de la primera camarilla, por detrás del grupo falangista. En cuanto vieron la trifulca, no dudaron en echar a correr y enzarzarse por la espalda con los dos primeros falangistas que se encontraron. Alvarín era uno de ellos. No esperaba recibir un brusco empujón por la espalda y cayó al suelo. El republicano se abalanzó sobre él y se enzarzaron en el suelo en lo que parecía una pelea anónima, al margen del resto. Alvarín era un boxeador decente, se defendía bien con los puños. Pero, pensó, en la calle esto no vale. Sintió impotencia de no poder golpear, defenderse como querría de aquel sucio rojo que le había tirado al suelo por la espalda. En medio de la engarrada, entre los intentos mutuos de puñetazos en la cara que no llegaban a buen puerto, los dos tuvieron un instante para mirarse y darse cuenta de quién era cada uno.

–¡Tote! –gritó Alvarín mientras sujetaba los brazos de su adversario.

Efectivamente, el Tote, su adversario anónimo hasta ese momento, paró en seco sus golpes y se levantó de un salto. Alvarín se puso de pie frente a él inmediatamente.

–¡Tote! –repitió Alvarín–. ¡No sabía que eras tú!

Hubo un instante eterno de silencio mientras cada uno clavaba la mirada en el otro. El Tote parecía bloqueado por una rabia que no le dejaba articular palabra.

–¡Tote, tranquilo! ¡Para! Soy Álvaro ¿No me ves?

–¿¡Y qué quién sea yo!? ¡Y me da igual quién seas tú! ¡Eres un puto facha de mierda, Álvarín!

Mientras el resto del grupo republicano retrocedía ante los falangistas, hubo como una pausa, como un momento en el que el centro de la pelea eran Alvarín y el Tote, que no peleaban. Republicanos y falangistas centraron sus miradas en ellos.

–¡Mátale, Pombo! ¡Mata a ese puto rojo! –exclamó Mazarrasa desde atrás.

Alvarín, que pareció no oír nada, no era capaz de retomar los golpes con su amigo de la infancia.

–Tote, por favor, no quiero pelearme contigo.

–Yo tampoco, Alvarín, pero esto no puede quedar así. ¡Esto no va a quedar así!

–Tote...

–¡Ni Tote ni hostias!

–Iros, por favor, no empeoremos las cosas. Luego hablamos tú y yo si quieres.

–Ya te lo dije, tú y yo no tenemos nada que hablar ya.

Los republicanos se recogieron en medio del silencio de ambos grupos. Solo se oyó la voz de Mazarrasa casi para sí mismo:

–No teníamos que dejarles irse. Teníamos que matarlos y que sepan lo que hay...

Los falangistas retomaron sus asientos en La Austriaca comentando su victoria. Solo Alvarín se mantenía callado, pensativo.

¿Quién habla de victorias? Todo el mundo lo hacía en aquel momento. Todo eran victorias o derrotas. Al hablar constantemente de victorias o derrotas, la frase del poeta alemán pierde su sentido: ¿quién habla de victorias? Y añade: sobreponerse es todo. Sobreponerse es un término curioso en castellano: es una palabra

que traduce, en términos físicos –ponerse encima–, una actitud no física, sino moral. Sobreponerse sería equivalente a contenerse o reagruparse o recolectarse después de una explosión exterior. Al sentirnos insultados, al sentirnos agredidos, sentimos, con frecuencia, que deberíamos sobreponernos antes de responder con otro insulto u otra agresión. Sobreponerse equivale, pues, a inhibir un impulso inmediato y sustituirlo por otro reflexivo. Después de la engarrada con el Tote, después de aquella ocasional victoria sobre los chavales rojos, al sentarse de nuevo en la terraza de La Austriaca y quedarse pensativo, Alvarín pensó que la palabra «pensativo» significaba acomodado, como quien al llegar a casa se quita los zapatos y se tumba en la cama sin desnudar, desarreglado, amparado por la luz de la lamparilla de la mesita de noche, amparado por el resto de la casa, que, aéreo, aparece como una segunda trinchera. Quedarse pensativo era así, también, quedarse abrigado, reposado, descansado. Y también, advirtió Alvarín en silencio, sentirse culpable. Se sentía culpable, en este caso, por haberse dejado llevar por la reacción de todos sus compañeros falangistas, por la agresividad colectiva de los falangistas frente a la agresión colectiva de los rojos. Que entre los rojos estuviese precisamente el Tote, en aquella ocasión, transformaba, para Alvarín, todo el suceso en un laberinto afectivo casi incomprensible. Deseó volver a casa, hablarlo con su padre. Había sido una pelea inconsecuente, que revelaba, casi únicamente, la brutal reducción de toda la política del momento al enfrentamiento físico. Se había acabado... ¿Qué se había acabado? Alvarín se sentía pensativo en aquel momento, también porque no acababa de saber qué era lo que acababa de acabarse. Pensando, la figura de su padre se alzó en aquel momento como una modesta alternativa: la actitud política y espiritual de su padre, su liberalismo, su agnosticismo, su marginación, pertenecía a un mundo sentimental ferozmente anticuado de pronto. Reconfortante pensar en eso, en un remanso anticuado de estabilidad, en un remansado agnosticismo que limaba la violencia de las nuevas convicciones, las nuevas dogmáticas. Seguramente, si hubiera confiado esos pensamientos a Mazarrasa o a cualquiera de sus otros compañeros falangistas, le hubieran dicho que estaba pensando pensamientos decadentes, que la hora de España era ahora, la hora de la resolución y la firmeza, la hora de la verdad, es decir, del dogma revelado. Y eso le resultaba imposible de creer a Alvarín, que, sin embargo, se sentía de corazón

falangista, se sentía sentimentalmente de derechas, un joven de derechas en el sentido en que su padre había sido toda su vida un hombre de derechas, a pesar de sus críticas a la Iglesia o de su agnosticismo.

Cuando llegó a casa se encontró con su padre en el portal, que le contó que venía de tomar el aperitivo él también, en su caso con el tío Gabriel María en el Círculo de Recreo. Alvarín lo sabía de sobra, a su padre le venía bien hablar con el tío Gabriel. Aquella mezcla tan santanderina de izquierdas y derechas, de monárquicos primorriveristas y demócratas tenía lugar en un ambiente distendido, falso y cortés: el montañés falso y cortés, recordaba con frecuencia Cayo Pombo a su hijo. Y un ejemplo eximio de cortesía y simulación, un ejemplo eminente, era el tío Gabriel María de Pombo Ybarra. El señor conde de Poblaciones de Sahagún, título que la maledicencia santanderina consideraba inventado y autoatribuido por el ilustre fundador del Ateneo, tenía la habilidad de poner a su hermano de buen humor. Siempre estaba de actualidad el tío Gabriel María. La actualidad era ahora el Frente Popular. Por inverosímil que resultase, tío Gabriel era ahora también un gerifalte cultural del Frente Popular santanderino, o, por lo menos, tan gerifalte ahora como antes. Para lograr semejante posición había que ser falso y cortés. Cayo Pombo se apresuraba a añadir siempre una precisión sobre el concepto de lo falso cuando se aplicaba a su hermano: lo divertido de Gabriel, solía decir, es que uno puede pensarle falso a la vez que está pensando lo auténticamente verdadero que es. Se deja ir por la torrentera de los discursos, se abandona al placer de las dialécticas de moda que elogia, y, de paso ya, refuta, y sus oyentes le admiran y a la vez piensan: Este es un impostor. Y el caso es que tío Gabriel no es un impostor, nunca lo ha sido: participó sinceramente en la corte santanderina de Alfonso XIII y de Doña Victoria Eugenia. Lamentó la abdicación del Rey. De algún modo se apañó con la Dictadura de Primo de Rivera, siguió teniendo siempre, en Santander, el prestigio que tenía. Era un alfonsino, un monárquico, una institución cultural que se permitía admirar públicamente las habilidades del duce español. Y luego fue, de corazón, azañista. El narrador está seguro de que sus distinguidos lectores se habrán escandalizado ya de sobra: ¿se puede mantener, en serio, que don Gabriel María de Pombo Ybarra pudiese ser sucesivamente tantas cosas

contradictorias o contrarias? ¿Qué se requería para ser así y poder ser verdadero sin dejar de ser, a la vez, falso, es decir, un gran actor? Era la idea de la teatralidad y del actor lo que cautivaba la imaginación de Cayo Pombo Ybarra cuando hablaba de su hermano: Gabriel entendía la vida como una representación teatral constante, en la cual se le asignaban diversos papeles. Con los años, se había acostumbrado a pensar que todos los papeles eran buenos. Todos los papeles, por pequeños o por grandes que fuesen, eran puro teatro. Lo teatral era la verdadera verdad de la vida. Y uno iba desempeñando los papeles que literalmente se le venían encima con gran fruición. Este era el secreto. La inmensa gracia que para tío Gabriel María tuvo antes y después y siempre la vida, hasta el final. Nunca se cansó de ser quien era. Nunca se cansó de discutir, de argumentar, de jugar al póquer, de desplumar a todo el mundo en el Círculo de Recreo. Nunca se cansó de ser esnob y de ser, en el fondo, muy Pombo: apellidarse Pombo lo juntaba todo junto. Quizá lo confundía. En cualquier caso, ser un Pombo siempre ha sido y será muy divertido. Alvarín no pensaba lo mismo, porque el falangismo tenía un punto de seriedad y de austeridad moral que casaba mal con las disolvencias y zalagaterías de lo Pombo. Cayo Pombo venía de un experimentalismo de principios de siglo. Llegó a los años treinta con unos buenos años veinte vividos en plena explosión de ingenio y creatividad artística y social de esa época. Había una complacencia en la experimentación social y artística. Placet experiri.

Al encontrarse con su padre y verle tan bien humorado, no quiso Alvarín transmitirle sus sombrías ocurrencias sobre la pelea con el Tote. Así que contó, por encima, que habían tenido una engarrada en la esquina de La Austriaca con los chavales, los milicianos jóvenes de la izquierda, con los rojos. Se las arregló Alvarín para contárselo de tal manera a su padre que parecía un incidente divertido. Una pelea prebélica perteneciente a otro tiempo, redorado ahora y desaparecido, ahora que todas las peleas eran acerbamente políticas.

24

Su padre quitó importancia a la pelea con el Tote. Eso le vino bien a Alvarín. Precisamente porque todo el mundo estaba exagerando las cosas en España y en Santander en aquel momento, que su padre rebajara el nivel del enfrentamiento, desactivara su lado político, le sirvió para desentenderse un poco. Al día siguiente volvió a reunirse con Mazarrasa y los demás, pero en Piquío en lugar de en el Muelle. Había sido una engarrada más, concluyó Alvarín. Ya hablaría con el Tote más adelante. Seguro que hablarían, ¿cómo no? Una vez despolitizada la pelea, entró en la suma de peleas y discusiones que tenían entre ellos, la gente joven de entonces. Uno podía saltar por encima de las peleas fácilmente y recordar los buenos tiempos. Incluso ahora se podía hacer eso. Y Alvarín quería, además, hacerlo así para salvar su relación con ese antiguo amigo de Puertochico y de las urrias.

El asunto no acabó así en el otro lado. Los chavales rojos se sintieron, en cierto modo, humillados porque se habían retirado, porque habían perdido. Y en lugar de pensar que, igual que los partidos de fútbol se pierden o se ganan sin dejar regusto amargo luego, así también las peleas, pensaron que los putos falangistas se habían llevado el gato al agua. Y el Tote, entre que estaba todavía cabreado y muy ocupado con la política de aquel momento –tenía una misión pedagógica que atender fuera de la provincia–, no pudo o no llegó a intervenir en el asunto. El asunto fue que a los dos días los chavales rojos denunciaron a la autoridad competente la agresión de los fascistas.

–Habrá que meterles mano, entonces –comentó el comisario al cargo del asunto.

Detuvieron a cuantos falangistas de esa edad en los días siguientes. Uno de ellos, el propio Alvarín. La situación bélica de Madrid complicó, sin duda, la imagen que en Santander se tenía de los falangistas. Había que detenerlos a todos. Había que empezar deteniéndolos a todos. Parece ser que hubo una redada más amplia por provincias que coincidió con la redada del paseo de Pereda.

Dos policías se presentaron en Gándara 6 el 4 de agosto a primera hora de la mañana. Se limitaron a preguntar por el chico a Elena, que les abrió la puerta y que se quedó indecisa hasta que apareció Mercedes, hasta que apareció Cayo Pombo.

–Venimos a detenerle por sublevación contra el Gobierno legítimamente constituido en España.

Cayo Pombo se apresuró a decir que no había ocurrido nada de eso, aunque reconoció que su hijo estaba en Falange.

–Mi hijo sí, pero yo no. Yo soy un viejo republicano, como ustedes ven. Conozco personalmente a don Manuel Azaña, y en líneas generales estoy con ustedes, con el Gobierno de la República. ¿Qué más da lo que pase entre chavales?

–Eso no es asunto nuestro. Tenemos orden de detenerle. Dígale que salga.

Cayo Pombo no quiere complicar la situación. Considera mejor avisar a Alvarín y ocuparse después de resolverlo todo. Hablarlo con quien sea necesario. En ese momento, Cayo Pombo Ybarra todavía cree en serio que él mismo es una persona de reconocido prestigio en Santander, una persona bien conocida de la ciudad. Estaba seguro de que se atendería cualquier petición que hiciera ante la autoridad competente. Así que le dijo a Elena que informara a Alvarín. Con lágrimas en los ojos, Elena despertó a Alvarín, que a esas horas seguía durmiendo. Alvarín apareció en pijama, soñoliento. No parecía entender lo que ocurría. Uno de los policías se dirigió a él:

–Está usted detenido por sublevación contra el Gobierno de la República.

–¿Detenido yo? ¿Qué he hecho?

–Haga usted memoria. De momento se viene con nosotros a la comisaría. Allí dará usted las explicaciones pertinentes.

Alvarín no ofreció resistencia alguna.

–Voy a vestirme...

–Vístase, sí –dijo el policía que había hablado primero haciendo una seña a su compañero para que acompañase a Alvarín al interior de la casa.

Elena se secaba las lágrimas con el delantal. Mercedes contemplaba la escena con un gesto de incredulidad. Cayo Pombo se situó delante del policía que acompañaba a Alvarín a su cuarto.

–No tiene usted derecho a entrar así en mi casa.

–¡Tengo todo el derecho que me confiere el Gobierno legítimo de España! –exclamó el policía dirigiéndose a Cayo Pombo mientras le apartaba con cierta brusquedad a un lado.

–¡Eh! ¡Deje usted a mi padre en paz!

–¡Vamos a tener la fiesta en paz! Vístase y se viene con nosotros.

Cayo Pombo se da cuenta de la gravedad de la situación. Una detención así, en ese momento, implica un enfrentamiento político deliberado. Alvarín regresa vestido para salir a la calle.

–Voy contigo, hijo.

–Usted no hace falta aquí. Hable con quien considere oportuno. Nosotros estamos cumpliendo con nuestro deber. Hable usted con el comisario después o con quien crea conveniente. Ya le informarán.

–¡Voy contigo, hijo!

–Mejor no, papá, quédate. Mejor no armar un lío. Además, no he hecho nada.

Todo esto sucede muy rápidamente. El primer policía esposa a Alvarín.

–¿Hace falta eso? –exclama Cayo Pombo.

–¡Hacemos lo que hay que hacer!

Los policías bajan por las escaleras con Alvarín esposado ante la inquietud y la impotencia de Cayo Pombo. Tras unos interminables

segundos, Cayo, Mercedes y Elena entran en la casa. Elena rompe a llorar.

–¡Le van a matar!

–¡Elena! Calla, mujer, ¡no digas eso! –dice Mercedes.

Cayo Pombo se mantiene callado con la mirada perdida en el suelo.

–Tenemos que estar tranquilos ahora. Voy a ponerme en comunicación con el Gobierno Civil. Conozco a mucha gente. Conozco a muchos republicanos en Santander. Esto no es más que una consecuencia exagerada de la pelea que han tenido el otro día los chicos.

A diferencia de las dos mujeres, Cayo Pombo se esfuerza en tranquilizar la situación y darle un aire de normalidad. Por un momento está seguro de que, con su influencia, liberará a su hijo.

Después de un rato, ya en su despacho, llama por teléfono al gobernador civil de Santander. La secretaria del gobernador, que reconoce por teléfono a Cayo Pombo, le informa de que se encuentran en un estado de provisionalidad en ese momento. También le dice que las detenciones de falangistas son solo simples detenciones y no detenciones propiamente dichas. Su hijo está retenido, por el momento, en la comisaría del comisario Manuel Neila. Cayo Pombo le pregunta:

–¿Podría hablar con el comisario?

–Don Manuel Neila no está para conversaciones privadas ahora.

Se le ocurre a Cayo Pombo hablar con un abogado que ha sido, durante mucho tiempo, el abogado de la familia y administrador de las fincas. La voz de ese hombre es amable pero temerosa.

–Un mal momento, don Cayo, para gestiones así. Habría que tener mano en Gobernación. Yo no la tengo. Además, yo no soy penalista. Y, para colmo de males, todo el mundo sabe en Santander que estoy discretamente del lado de los sublevados. Lo que puedo hacer es darle el teléfono de un abogado penalista amigo mío para ver qué puede hacerse.

Cayo Pombo telefonea al penalista, que resulta ser un faccioso vociferante. Desde el principio, Cayo Pombo ve que, con semejante energúmeno, no va a conseguir nada. Entonces piensa en su hermano, Gabriel María, que en ese momento está a bien con el Gobierno de la República. O, por lo menos, lo estaba.

Gabriel María, que desde el primer momento se ofrece para hacer lo que haga falta, declara, sin embargo, que el responsable de la policía en ese momento en Santander es, efectivamente, Manuel Neila, un hueso duro de roer, a quien conoce solo de oídas. Gabriel propone reunirse con su hermano al día siguiente en su casa a mediodía después de hacer algunas llamadas telefónicas a republicanos santanderinos de su confianza.

–De momento tenemos que tener paciencia.

Al día siguiente, Gabriel María trae malas noticias:

–Están deteniendo a todo el mundo sospechoso de apoyar la sublevación. Como falangista, tu hijo Álvaro está en la peor de las situaciones posibles. Pero entre hoy y mañana me confirman que han ido casa por casa a lo largo de todo el paseo de Pereda. Toda la juventud de derechas, todos los religiosos, también, están siendo detenidos o, como dicen ellos, retenidos por la autoridad competente.

Armarse de paciencia en ese momento es lo único posible y lo más imposible de todo. Equivale a sentirse impotente. Cayo Pombo se siente impotente ahora, incrédulo también: le parece imposible que los santanderinos de siempre se hayan dividido de ese modo tan radical entre nacionales y republicanos.

A solas con su hermano Gabriel María, Cayo Pombo comenta:

–De esta radicalización tenemos mucha culpa nosotros. En el fondo hemos seguido pensando que Santander es una ciudad alegre y confiada. Hace seis años que cayó la Monarquía. Hemos tenido tiempo de prever lo que se nos venía encima y no lo hemos hecho... Y no hubo modo de convencer a mi hijo de que se pusiese a salvo yéndose con su madre a Francia. Me siento muy responsable, Gabriel, de todo esto.

Gabriel hace lo que puede por tranquilizar a su hermano, aunque, en el fondo, cree que no hubiera servido de nada simpatizar con la República o procurar hacer amigos republicanos. Gabriel María piensa que Santander y toda España se enfrentan ahora con su destino histórico. España se les ha ido de las manos. Están en manos del Frente Popular, en manos de la revolución. No se expresa así, sin embargo, pero la detención de su sobrino le da muy mala espina.

Han pasado tres días interminables sin noticias de Alvarín. Al cuarto día, Cayo Pombo decide que no puede más y, acompañado de Gabriel María y del abogado faccioso, se presenta en la comisaría para intentar ver a su hijo. Allí se encuentran con el policía de la entrada, a quien exponen su pretensión y que se muestra muy escéptico y desanimante.

–No creo que se pueda hacer nada. Han venido otras familias preguntando por sus familares y de momento no han podido verles.

–Mire usted, yo soy una persona muy conocida en Santander, mi nombre es Cayo Pombo Ybarra, soy amigo del presidente don Manuel Azaña. Soy, además, simpatizante de la República. Creo que tengo derecho a ver a mi hijo aunque solo sea un momento para saber que se encuentra bien.

–A mí eso no me compete, lo siento. Lo que puedo hacer es hablar con el comisario a ver si puede recibirles.

Pasa un largo rato y, finalmente, les hace pasar al despacho del comisario donde se encuentra Manuel Neila sentado a su mesa. Una vez ante él, Neila les contempla a los tres fijamente con una media sonrisa.

–¿Qué quieren ustedes de mí? –dice por fin.

–Mire usted, comisario, han detenido a mi hijo, que no ha hecho nada, y me gustaría verle por lo menos un momento.

–¿Cómo que no ha hecho nada? Su hijo es falangista, así que algo habrá hecho. Estamos en el Gobierno de la República. No se puede permitir el menor asomo de simpatía ni por la sublevación ni por

los sublevados. De momento están muy bien donde están. Y no, no hay permiso especial para ver a nadie. En su momento se les hará un juicio justo. No tengo más que decir.

Cayo Pombo insiste en vano un poco más y deja sobre la mesa un paquete de tabaco sin abrir.

–Le agradecería que hiciese llegar a mi hijo estos cigarrillos, al menos, ¿sería posible?

–Vale, déjelos usted ahí. En la cárcel, los señoritos no fuman, se joden. Pero, en fin, déjelos usted ahí.

Los tres abandonan el edificio pesarosos. De vuelta en casa, Cayo cuenta a Mercedes, a Elena y a Paco lo poco que ha conseguido con sus gestiones.

En comisaría, el comisario Neila se da una vuelta por los calabozos.

–¡Pombo! ¿Quién coño es Pombo?

–Soy yo. Álvaro Pombo.

–¿Sabes que tu padre quiere sacarte de aquí? Mal asunto. Solo ha hecho que significarte entre todos. Te voy a tener muy en cuenta, hijo de puta. A mí no se me viene con recomendaciones ni con enchufes. ¡Os vais a enterar todos de quién soy!

Neila tira el paquete de tabaco medio vacío al calabozo donde se encuentra Alvarín.

–Ahí tienes el tabaco que te dejó tu padre.

Alvarín recoge el paquete de tabaco del suelo. La aparición de Manuel Neila desconcierta mucho a Alvarín, que se había animado al encontrarse, incluso en el calabozo, con muchos otros compañeros y conocidos suyos. Una camaradería fácil hacía las veces de libertad ahora: libertad para, al menos, reconocerse entre amigos. El comisario, con sus maneras distantes, le ha helado la sangre. Reparte los pitillos entre los que están con él. Fuman pensativos.

25

–Hemos causado mala impresión en comisaría, Cayo. Hemos entrado a la vez los dos, más tu absurdo abogado faccioso, y hemos irritado a Manuel Neila. No es que sea muy fino el tipo, pero es listo como el hambre y sabe de sobra quién es quién. Nos conoce de sobra y conoce de sobra a quién mete en comisaría, a quién detiene, a quién retiene. No es un miliciano loco, todo lo contrario. Se parece, creo yo, más a ti que a mí. Tú, al fin y al cabo, has sido republicano toda la puñetera vida. Y yo he sido y soy leal al Rey de España, ahora en el exilio. Tú eres cuña de su misma madera. Y eso no le gusta a Neila. No le gusta su misma madera. Creo que tendrías que ir tú solo. Ir a cuerpo. Cuerpo a cuerpo. Decirle: Mire, Neila, ¡qué coño!, es mi hijo, ¡qué quiere que le diga? Algo así. Tienes que ponerte en sus manos. No puedes aparecer tú como si pudieras disponer de él. Nosotros no disponemos de ellos ahora, ellos disponen de nosotros. Y esto va para largo. Y puede pasar cualquier cosa. ¡Hay que sacar a tu hijo de ahí!

–Entonces, ¿crees que debo ir a la comisaría yo solo hoy mismo si hace falta?

–Sí, lo creo. Si te hacen pasar a la primera, bien. Si te hacen esperar, esperas. Tienes que ser lo que de verdad eres, por cierto, un padre que pregunta angustiado, que quiere saber cómo está su hijo. Verle solo un momento, hablar con él solo un momento. Tienes que hacerle ver que no es solo un asunto de clase o de significación social. Que es tu corazón de padre el que se angustia. Estoy sonando, quizá, melodramático. Pero más vale melodramático que altivo o seco en este momento en Santander.

Cayo Pombo se anima oyendo a su hermano Gabriel. Acepta que es muy verosímil que, sin proponérselo, se haya mostrado seco o altivo o consciente de su propia superioridad clasista. Cualquier cosa en ese momento puede ofender al comisario. E incluso declararse republicano o azañista, como de hecho se ha sentido todos esos años Cayo Pombo Ybarra, ahora puede parecer un mero oportunismo. La calle está desmadrada. Manuel Neila sabe que la

comisaría y la calle son espejos cóncavos por donde desfilan abarrotados todos los santanderinos desafectos al régimen. Ni siquiera la comisaría es ya comisaría nada más. Todo el Ayuntamiento entero de Santander se ha convertido en comisaría, en dependencia policial regida por un comisario político, Manuel Neila.

–Este Neila –cuenta Gabriel María– era el hijo de los dueños de la tienda de confecciones y telas del paseo de Pereda. Era un dependiente, un sirviente de la burguesía. En algún momento de su vida ha tenido que hacer reverencia a nuestras elegantes madres, abuelas, tías o primas, que se ponían pelmas eligiendo telas para sus vestidos de verano. Un sirviente del señoritismo. Habrá tenido que ser adulador y facilitador: A la señorita le va de primera esta seda rosa palo. –Imita Gabriel María el tono de un posible vendedor de telas, un dependiente–. Como no es un verdadero oficial, no es un comisario de carrera, tiene que hacerse el duro. Tiene que fingirse comisario. Ahí está la dificultad. Debajo del comisario, con su uniforme miliciano, hay un dependiente santanderino, un vendedor de tela que conoce a todas las familias bien. Nos conoce a todos nosotros. Reconozco, Cayo, que mi tendencia al optimismo, mi temperamento eufórico, ha simplificado las cosas hace un rato: Neila va a ser un hueso duro de roer porque no es quien es. Es un actor representando, hasta sus más extremos límites, el papel de un gran comisario de policía. Esta es la dificultad. No piensa tener la menor indulgencia con nosotros. Ha vendido telas a todas nuestras féminas. Ahora le toca jodernos a los machos. ¡Ahora le toca jodernos a los señoritos machos! No sé si me entiendes, Cayo...

–Te entiendo y no te entiendo, Gabriel. Entiendo que Neila esté resentido, pero no veo por qué tiene que ser, además, inhumano: un uniforme no cambia a un hombre. El hábito no hace al monje y un uniforme de miliciano no hace a un miliciano.

–¡Craso error, hermano! ¡El uniforme es todo lo que hay! Ahora es el Sóviet Supremo. Él es la totalidad del sistema marxista o leninista o como quieras llamarlo. ¡Y nosotros somos los putos hijos y descendientes zaristas que él mandó fusilar en 1917 en Leningrado! No está en Santander, está en Leningrado. Y va a hacérnoslas pasar putas, todas las perrerías que se le ocurran. Pronunciadas, eso sí,

blandamente, con la voz, la entonación de un dependiente de un comercio de telas del Muelle. Ahora nos va a dar veraneos regios a todos nosotros, me temo.

–Si esa interpretación tuya es correcta, dará igual que yo vaya o que no vaya a rogar por mi hijo. No van a soltarle.

–No, no van a soltarle. Pero tienes que tener un enlace con este personaje y otros parecidos. Tenemos un preso en una checa de Santander y es una situación peligrosa. No sabemos qué pasará mañana. Sabemos que hay una sublevación en marcha desde el 17 de julio. Estamos en agosto. Están deteniendo gente. Están matándoles también a tiros. Si queremos salvar a tu hijo hay que ser cautelosos: tienes que ir a ver a Neila y hablarle de corazón a corazón, implorarle como un padre implora, humillarte ante él. Eso le hará sentirse superior, espero. Si te ve solo, puede fingir, sin dejar su gran papelón de comisario político, una cierta benevolencia. Y eso puede ser una rendija salvadora. Tenemos que encontrar una rendija, un agujero, una pequeña apertura en la correosa máscara del régimen ahora.

Cayo Pombo está aterrado escuchando las palabras de su hermano. El otro sentimiento que le ocupa, como una masa móvil, ambigua, en el fondo de la conciencia, es una sensación de vergüenza. A lo largo de esos años, desde la proclamación de la Segunda República hasta la fecha, ha ido acompañando la política nacional y local con un distanciamiento no irónico, sino más bien acobardado. A diferencia de su hermano Gabriel, que ha seguido implicado en la vida cultural santanderina, entrevistándose con todas las figuras señeras de la cultura española que han pasado por el Palacio de la Magdalena, por la Universidad de la Magdalena, Cayo no ha querido complicarse la vida. Es cierto que no se encuentra bien. Las frecuentes jaquecas, el malestar difuso que le acompaña desde hace años y que le avieja, no le sirven ahora de disculpa. No solo se compara con Gabriel, su hermano, también con su mujer, Ana Caller, que ha mostrado todo ese tiempo arrestos de sobra, aunque solo fuera para largarse de Santander y echarse el mundo por montera. Se ha enterado, de un día para otro, no solo de la detención de su hijo, sino de la detención de casi un centenar de falangistas santanderinos en la capital o en la provincia. Es como si

de pronto, para Cayo Pombo Ybarra, la situación política hubiera cobrado realidad. ¿No es eso vergonzoso? Cualquiera de las mujeres de su círculo, familiares o amigas, que más horrorizadas se han mostrado con la situación estaban, sin embargo, más enteradas de la situación que él mismo. El caso de la escritora Concha Espina, la escritora encerrada en Luzmela, es ejemplar en el sentido de que ahí está, en el sentido de que ha tenido una reacción valiente. Se ha quejado, se ha asustado, se encontrará, con seguridad, desamparada en la casa de su pueblo. Sin embargo, ha protestado, ha escrito artículos en los periódicos. Es una combatiente. Ahora él, Cayo Pombo, tiene que enfrentarse a la única consecuencia grave para él mismo que la grave situación de España implica para todos. Y está asustado, temeroso, decidido, por supuesto, a enfrentarse con Neila, pero demasiado inquieto, cohibido. ¿Cómo puedo sentirme cohibido en medio de una explosión tan terrible como esta que se nos viene encima? Las colegialas del Sagrado Corazón de Jesús que se pasean por el Muelle con sus uniformes son mil veces más valientes que yo.

Entre la conversación con Gabriel y la audiencia de Neila transcurren casi veinticuatro horas. El comisario Neila le hace, efectivamente, esperar más de una hora en la antesala de su despacho. Cuando Cayo Pombo entra en el despacho del comisario, Neila se levanta a recibirle con la mano tendida, como si esperase la visita, como si le alegrara verle. Le recibe con estrepitosa euforia y amabilidad. En el despacho hay un diván de cuero, de confortable aspecto. El comisario Neila conduce a Cayo hasta ese sitio y le invita a sentarse, se sienta junto a él y se muestra sonriente.

–Me alegro de verle, don Cayo. Siempre me alegra verle a usted. Un republicano de corazón, como usted, es difícil de encontrar en este Santander señoritista. ¿Qué puedo hacer por usted?

–He vuelto para pedirle y rogarle que liberen al chico. Sí, es cierto que es miembro de Falange, eso es verdad. Pero es casi un juego de críos para él. No ha intervenido en ningún atentado. Ha hecho más o menos como todo su grupo de amigos, afiliarse a Falange.

–Lo sé, lo sé, don Cayo. Hace tiempo que les tengo vigilados y mi obligación es detenerlos y controlarlos por el propio bien de los chicos. Créame que está mejor en este momento preso que suelto.

–Pero ¿podría verle? Hablar con él un momento...

–Mire usted, don Cayo. No puedo darle un trato de favor a ninguno. No es nada personal. Es que no puedo convertir el Ayuntamiento en el Rosario de la Aurora porque terminaríamos a bastonazos. No puedo hacer excepciones con su hijo. Y me gustaría, que conste, pero no estoy en condiciones de hacerlo. No puedo ni debo. Usted, al fin y al cabo, es de mi cuerda. Pero ¿qué pensarían las demás familias de Santander si liberase a su hijo y mantuviera presos a los otros? Es mejor dejar las cosas como están. Le aseguro, repito, que está mejor detenido aquí que en la calle. Y por lo demás está muy bien acompañado. Tengo ahí un montón de falangistas. Tienen su comida a sus horas, le he pasado los cigarrillos que me dio para él. No llega la sangre al río, se lo aseguro. Pero yo represento ahora en Santander la seguridad y el orden. No crea usted todo lo que le cuenten, don Cayo. A su debido tiempo se le hará un juicio de faltas a su hijo y a los demás. Ahí se verá lo que ha pasado. No puedo tolerar peleas callejeras ahora. Se arreglará con una multa y un poco de tiempo a la sombra. A los falangistas, además, les viene bien ahora, a los nacionales les viene bien un poco de martirio: presos por la causa... ¡Por Dios y por la Patria!, como dicen ustedes.

Cayo Pombo oye con toda claridad el fondo zumbón, guasón, de las últimas frases de Manuel Neila. Tiene la sensación de hallarse con una anguila que se le escapa entre las manos, se le escurre, sonríe y se le escapa. No sabe qué decir. Neila ha situado la situación a un nivel tan trivial que mostrar preocupación sería ofenderle, sería como llamarle, como llamar a todos los socialistas asesinos. No todos lo son...

–Sé lo que se dice en Santander de nosotros, don Cayo. Las derechas de aquí consideran al Frente Popular como una horda asesina, pero no somos asesinos. Nos respaldan las más brillantes mentes de España. Don Julián Besteiro, don José Ortega y Gasset, Federico García Lorca, lo más granado, la crema de la intelectualidad nos respalda. ¿Cómo vamos a ser asesinos nosotros? Solo que tenemos la responsabilidad de mantener el orden público ahora, por eso está su hijo ahora retenido aquí. No puedo hacer nada en este momento, sería incluso contraproducente para sus propios intereses, don Cayo.

–Pero ¿por qué no puedo comunicarme con él? ¿Por qué no puedo

hablar con mi hijo?

–¡Pero sí que puede! Puede usted escribirle una carta. Y él mismo puede escribirle a usted. Y lo hará en breve. La juventud, ya sabe usted, no es de mucho escribir cartas.

De algún modo, Cayo Pombo quiere creer lo que Manuel Neila le está diciendo. De algún modo desea ser consolado. Es consciente de que no puede hacer gran cosa y de que no le conviene enfrentarse con el comisario. Tiene que ceder. Se levanta del sillón. Ahora están los dos frente a frente.

–Entonces, me asegura usted...

–Yo le aseguro, don Cayo, que su hijo está bien detenido conmigo. Detenido, pero protegido de sí mismo. Vigilado, protegido, bien alimentado. Está mejor aquí que en ningún sitio.

Cayo Pombo le da las gracias. Le da la mano. Se despide. Manuel Neila sonríe para sus adentros y piensa que su interlocutor está asustado, atemorizado, humillado, justo como él desea ver a toda su casta.

Cayo Pombo se encamina lentamente de regreso a su casa. Enhebrando las frases de la carta que escribirá a su hijo. Que tiene intención de hacer llegar a Manuel Neila, que confía en que este hará llegar a Alvarín. Una carta que nunca llegará a su destino.

Querido papá:

Espero que te llegue esta carta. Estoy contento de estar aquí. No lo digo para tranquilizarte. Lo digo porque es raro este optimismo carcelario. Este orgullo que siento por haber sido detenido con los demás. Me siento más falangista que nunca. Estamos en un cuarto rectangular del piso bajo del Ayuntamiento que tiene una salida a un patio en forma de triángulo. Cantamos mucho en el patio para joder al rojerío, que les gustaría vernos atemorizados y tristes. Estar en este sótano del Ayuntamiento es estar en el puesto que tengo allí. Me consta que has hecho gestiones con tío Gabriel para sacarme. No te diré cómo lo sé. Todos sabemos un poco lo que nos pasa a todos. Lo que pasa en nuestras casas. No dejan recibir visitas. Pero, en cambio, perdona, comemos muy bien. Nos mandan buenas tortillas de los bares. Tengo un hambre feroz. Lo malo es dormir, que no cabemos. Cabemos de pie o sentados, más o menos, pero no horizontales. Hay un tal Prudencio Bidegaín que se las arregla para acostar a cuatro en un metro cuadrado. Es de los más antiguos. Estoy contento aquí y te echo mucho de menos. Las dos cosas a la vez. Me he encontrado en el cuarto de las señoras, que está al lado nuestro, con Petronila Pombo, que ha encontrado una chaise longue destartalada donde reposa con su gran aire de mujer valerosa, elegante. ¡Y es difícil estar elegante aquí! Parece ser que en esta checa estamos tres o cuatro días, por lo regular. Las dos excepciones son Prudencio y Rafa Mazarrasa. A veces nos recuerdan y a veces nos olvidan los carceleros. Todo sucede un poco por casualidad, los males y los bienes, papá. Por tener, tenemos incluso un botones, cuyo nombre no recuerdo. Es una especie de enano velazqueño. Le encargamos cigarrillos, cerillas, cosas así. Y hasta puros habanos. Recuerdos a Mercedes, Paco y a tío Gabriel. Dile a Elena que me acuerdo mucho de ella.

Alvarín relee su carta deprisa, antes de mandarla, y se alegra de haber encontrado un tono optimista. Es verdad que está de buen humor. Piensa que es un primer acto de servicio falangista. «Mal de

muchos, consuelo de tontos», comenta con Rafa Mazarrasa de vez en cuando. Pero no es cierto. El mal de muchos, en este caso, es el bien de todos los que aceptan la prisión con energía falangista. Hablan mucho de José Antonio Primo de Rivera y de Falange Española. Están en ello. Ninguno piensa en el destino final de esos encarcelamientos.

La situación en Santander –y en el resto de Españaempezaba a ser alarmante. Cada vez eran más frecuentes las detenciones de falangistas y las sublevaciones de grupos pequeños y grandes, más o menos organizados, pero de marcada contraposición al Gobierno de la República. Se llegaron a contabilizar más de mil cien detenidos solo en la provincia de Santander. Peleas callejeras entre falangistas y republicanos. Enfrentamientos y redadas policiales que llevaron a las calles de Santander a ser un lugar poco seguro. Ante esta situación de inseguridad ciudadana, el Gobierno Provincial decidió hacer algunos cambios, con el objetivo de restaurar la seguridad y limpiar las calles de las peleas, que cada vez derramaban más sangre. El 11 de agosto se produjo un nuevo nombramiento, con Juan Ruiz Olazarán como gobernador civil de Santander, Palencia y Burgos. Un antiguo camarero y oficinista de marcada actitud socialista y sindicalista. Por sus ideas políticas, Olazarán tuvo que exiliarse a Francia y a Bélgica tras la revolución de octubre de 1934. Antes de ser nombrado gobernador civil, en 1936 ocupó el puesto de concejal del Ayuntamiento de Santander y presidente de la Diputación Provincial. Lo primero que hizo Juan Ruiz Olazarán fue reconstruir las autoridades santanderinas, combinando el Frente Popular y el Comité de Guerra. Cualquier sospechoso de tener simpatías con la sublevación era automáticamente detenido. Desde chavales adolescentes hasta curas y personajes santanderinos conocidos, como fue el caso de Petronila Pombo. Este cambio de gobernanza implicó, para los detenidos de la checa del Ayuntamiento, el traslado a la cárcel provincial el 8 de septiembre de 1936. Un mes de checa en el cuartucho del Ayuntamiento para Alvarín. Lo mismo él que sus compañeros vieron la cárcel provincial como una salvación. Les trasladaron de improviso como de costumbre, lo que les impidió mandar ningún aviso a sus casas sobre el cambio de sitio. Durante ese largo mes de agosto de 1936 en la checa de Neila en el Ayuntamiento, Cayo consiguió mantener cierta comunicación con su hijo por medio de cartas. Algunas

llegaban y otras no. Una de las que llegó fue una carta de Cayo Pombo a su hijo que contenía dentro otra carta cerrada en la que Alvarín reconoció enseguida la letra alargada y desmesurada de su madre.

Mi Alvarino querido:

Espero que te llegue esta carta. He sabido, por tía Rosa, que te han detenido junto con otros falangistas de Santander y que estáis todos en la checa del Ayuntamiento. Estoy horrorizada. Espero que tu padre intervenga para que te saquen de ahí y que le hagan caso. Tanto presumir de republicano todos estos años y ahora mira. ¡A ver si hace valer lo que dice que vale! He tardado tanto en escribirte porque no sabía si mandarte la carta directamente al Ayuntamiento o, como siempre, a Gándara 6. Por fin la he mandado a Gándara 6. Espero que tu padre te la haga llegar sin abrirla. Estamos ocupadísimas con las alemanas elegantes del nuevo Tercer Reich. Tía Rosa estaba horrorizada también cuando me llamó. Y después me llamó también para decirme que seguramente saldríais pronto, que en las checas pasabais tres o cuatro días, como mucho. No sé si eso será verdad. Tía Rosa tiene información, no sé si muy buena, por su cocinera de toda la vida y por Víctor, su antiguo chófer, que sigue en la casa de criado. Tienes que escribirme, Alvarino, y contarme. Por otro lado, por una hermana de Mazarrasa, tu amigo, me ha llegado que estáis contentos en la cárcel porque sois unos valientes y no hay quien pueda con vosotros y además coméis bastante bien porque os pueden llevar comida de casa. Me alegro porque tú tienes buen diente y la comida es lo primero. Me gustaría que me escribieras y me contaras tú mismo cómo estás, cómo te encuentras, qué sientes. También han detenido a vuestro jefe nacional, a José Antonio Primo de Rivera, y se habla de que van a hacerle un proceso público. De Madrid y de España me llegan noticias casi constantemente por unos y por otros. También de los militares sublevados y de los monárquicos, que conozco cientos. Pero es de ti de quien no tengo noticias directas, y como tu padre y yo no nos escribimos ni hablamos por teléfono... ¡Estaría bueno que hablásemos después de lo que pasó! No tengo más remedio que enterarme como puedo por tía Rosa y por las noticias que llegan de España. Pero quisiera saber de ti por ti mismo, aunque sé que te cuesta escribir cartas, como a mí. Los dos somos

iguales en eso, escribir cartas es lo que más nos cuesta. No gusta, en cambio, leerlas. Y tú siempre dices que las que yo te mando son divertidas. Estoy preocupadísima por ti. Y me iría a verte a España si no fuera porque este es el peor momento posible y además no creo que me dejaran verte. Ahora sí que verás cuánta razón tuve yo en decir que te vinieras a Francia. Y te lo sigo diciendo. Nada más que te suelten te vienes para aquí conmigo. ¡Ya está bien de Gándara 6! Espero que recibas esta carta, que la leas y que la guardes junto a tu corazón. Y sobre todo que me escribas de tu puño y letra. ¡Quiero ver de verdad lo que tú sientes ahora en estas circunstancias!

Un beso de tu madre, que te adora,

Ana

Alvarín se sorprendió a sí mismo al leer esa larga y en cierto modo insustancial carta. Era, una vez más, su madre hablando de lo mucho que le quería y dejando ver el rencor hacia su padre y a todo lo que fuera Gándara. El caso era que nunca se había sentido Alvarín más cerca de ellos. ¡Nunca había apreciado, más que entonces, los buenos oficios de Elena, los guisos de Mercedes, las tareas de las que se encargaba Paco...! La imagen de su madre, que retornó bruscamente a su conciencia, era una imagen de otro tiempo y de otro mundo. París le parecía tan lejano –o más aún– que su propia madre. Pensó que vivía ahora cercado por lo cercano y se alegró por ello. La cárcel le había hecho valorar la libertad que había disfrutado hasta entonces en Santander. Y la cárcel le había hecho entender también que ser falangista era importante, lo más importante de su vida. Después de su casa y su padre, la cercanía más profunda era Falange Española. No sentía rencor por su madre ni especial desamor, solo una indiferencia, como quien ve un espectáculo cómico o estrafalario en la calle que en parte le divierte y en parte le parece chusco y poco divertido. Su madre, Ana, se había situado a sí misma fuera de órbita, a salvo una vez más. Y, en el fondo de su alma, los que se ponían a salvo ahora le parecían, a Alvarín, traidores a la noble causa de España.

Querido hijo:

Escribirte estas cartas es lo mejor que hago. O lo segundo mejor. Lo primero mejor es leer las tuyas. Tus cartas están llenas de compañeros y de amigos y de no sé qué alegría que incluye la presencia de la muerte, que os asesinen ahí como una parte natural de vuestro día a día. Pero tanto me impresiona vuestra alegría –lo digo en plural porque es tuya y de todos tus demás amigos– que se me olvidan mis estúpidos achaques. Mercedes me ha dicho el otro día que desde que te tenemos allí no me ha oído quejarme ni una vez de nada. Y yo le dije que tenía razón porque no me duele nada pensando en ti y en vosotros. Es como si el malestar se hubiera ahuyentado, desvanecido, al representarme vuestras dificultades, el mal olor, la mala comida, el hacinamiento, la posibilidad de morir... Como si al ver todo eso en tus cartas, inundado por vuestra juventud, vuestra alegría, rejuveneciera yo también. Eso que decía el poeta del «divino tesoro» de la juventud tiene que provenir de que la verdadera juventud rejuvenece a la gente mayor, a la gente de mi edad. No existe elixir de la eterna juventud, por supuesto que no, pero exista una vigorosa energía, una generosidad bienhumorada que desprecia las molestias y los inconvenientes y las dificultades y se ríe. Os oigo reír y os oigo canturrear ahí, en ese infierno donde os han metido. Y yo canturreo también y arrastro los pies pensando que igual todo acaba bien y te sueltan más pronto o más tarde... Me preocupa, claro, que las tropas nacionales avancen tan deprisa, porque esto puede empeorar vuestra situación, aunque tú de esto nunca me hablas, pero supongo que lo hablaréis entre vosotros...

Al escribir las últimas líneas, Cayo se para un momento a pensar para sí mismo: ¿Y si todo sale mal? ¿Y si no sueltan a Alvarín? Cayo Pombo no está triste estos días pensando que tiene a su hijo en la cárcel. Solo angustiado todo el tiempo. Es la angustia de sentirse inmovilizado, inútil, incapaz de hacer ninguna gestión para sacar a su hijo de ahí. Esa angustia es como un hormigueo constante, como un malestar crónico. Se confunde, de hecho, con su crónico

malestar digestivo. Pero es también un sentimiento de ahogo situado en la boca del estómago, una desazón continua, una rumia de todo lo posible y malo que puede sucederle a Alvarín sin que él pueda hacer nada para impedirlo.

Cayo Pombo cierra su pluma sin apenas darse cuenta, dobla la carta sin terminar y la mete en un sobre. La angustia que siente ahora es un vuelco insoportable. Se le ocurre salir al pasillo para telefonear a su hermano Gabriel. Quedan en verse en Gándara 6 esa misma tarde a media tarde. Cayo, al tumbarse en la cama en su dormitorio y cruzar las manos sobre el pecho, piensa con qué poco se arregla uno en tiempos de necesidad. Quedar con su hermano Gabriel, que hasta hace poco era una rutina semanal, se ha vuelto esa tarde un consuelo inmenso. Le dice a Mercedes que don Gabriel vendrá a merendar y que le encantan los escones que Mercedes hace. Una vez hecho eso, se tumba en su dormitorio y se queda dormido. Ahora vendrá Gabriel y lo hablamos todo, piensa, como si se acunara, a la vez que se duerme.

La entrada de Gabriel le despierta. Son pasadas las cinco de la tarde. Una hora espléndida para tomar un té fuerte y los escones de Mercedes. Y, sobre todo, charlar, hablar. Gabriel, que siempre está en todo, estará también en eso, a Cayo no le cabe duda.

–Es normal que estés preocupado, Cayo. También yo lo estoy. ¡Y mira que conozco a todo el mundo ahora mismo! De una manera o de otra, todos los capitostes hablan conmigo casi a diario...

–¿Y qué sacas en conclusión?

–Que estamos en guerra, Cayo... La única conclusión es esa: que se ha declarado una guerra muy real y efectiva entre los republicanos y nosotros.

–Pero nosotros somos republicanos también. Incluso tú, que eres monárquico.

–Sí, pero no nos tienen por tales. Don Manuel Azaña fue el que más cerca estuvo de nosotros. Lo mismo tú que yo le entendíamos, aceptábamos su izquierdismo moderado, su idea de España, que era puro regeneracionismo noventayochista. Con Azaña pudimos

entendernos. Ahora Azaña está encerrado en el Palacio Real, horrorizado por la guerra. Porque lo que hay ahora es guerra. Franco y los generales no van a parar y la República no va a dejarse vencer. Es una confrontación bélica sin más. Y ahí tenemos a nuestro Alvarín, en medio y, encima, falangista. Falangista, hoy día, es peor que cura, más irritante para los milicianos porque saben que, a diferencia de los curas, que más o menos les aguantan, los falangistas les atacan. Y nuestro Alvarín es un crío, pero nadie va a pensar en eso, creo. Y yo no quiero darte falsas esperanzas. La única esperanza es que los nacionales entren en Santander como acaban de tomar San Sebastián. Pero eso es ya la guerra, sin más.

–Todo esto me aterra, Gabriel... ¿Qué podemos hacer? ¿No hay nadie con quien podamos hablar?

–Hablar podemos, aunque hemos hablado ya con todo el mundo. Pero el momento de hablar se queda atrás ahora. Las palabras se han vaciado de significación. Decir, por ejemplo, que somos republicanos tú y yo, que entendemos la validez de la causa republicana, no suena a nada. No les suena a nada. Quieren saber si estamos con ellos o contra ellos, nada más. Tenemos que elegir bando, y quienes, como yo, o como tú mismo, elegimos los dos bandos a la vez nos llevaremos todas las bofetadas, gane quien gane. No soltarán a tu hijo. Hay una única cosa que me anima a esperar que no le maten: que la República desea dar buena imagen internacional. Nos han visitado ya comisiones internacionales en Santander. Me consta que se les ha hecho ver que los presos no son tales presos políticos, sino muchachos retenidos por su propio bien. Están retenidos, nos dicen. ¡Ojalá que el miedo a la opinión internacional sea lo bastante fuerte para impedir lo peor!

–Lo peor es el asesinato en frío...

–A eso voy.

–Sé que vas a eso y no puedo soportar la idea de la muerte de mi hijo.

–¿Tienes noticias de Alvarín? ¿Sabes cómo se encuentra de verdad? –pregunta Gabriel, más que nada por cambiar el tono de la conversación.

–Hoy mismo le he escrito una carta que le he mandado no sé cómo. Sin terminar, creo. Ahora mismo, creo, o quiero creer, que no se encuentra mal del todo porque está con sus compañeros. Es una frase de su himno: estaré junto a mis compañeros. Es una frase del «Cara al sol». Mi hijo está viviendo en este momento, estoy seguro, a una gran temperatura heroica. Está viviendo el «Cara al sol» en su propia carne. La frase, Gabriel, si te dicen que caí, me fui al puesto que tengo allí, lo dice todo. Pero esa misma frase funciona en dos sentidos contrarios: para los falangistas funciona como un detonador de heroísmo y para los republicanos suena como una chulería de señoritos babosos. Y no hay términos medios...

–Justo lo que estás diciendo tú. Y eso es lo grave. Que no haya ahora mismo posibilidad ninguna de arreglo. Para nuestra sensibilidad democrática, que es, por cierto, muy anglosajona, muy inglesa, lo lógico sería pactar, hablarlo todo otra vez. Es lo que los ingleses han querido hacer con Hitler estos últimos meses, hablarlo razonablemente todo ello subrayando los horrores de la guerra.

–Nos queda la esperanza de lo que tú dices. Yo creo en la República y en don Manuel Azaña. Confío en que no quieran cometer las atrocidades que quieren cometer los sublevados y que están cometiendo para avanzar.

–En una guerra, Cayo, todos cometen atrocidades... Solo nos queda confiar en la República. Estos días he estado reuniéndome con algunas personalidades de aquí. No sabía si decírtelo o callármelo, porque no sé si puede preocuparte más. A mí me ha preocupado más, la verdad. Dicen que están deteniendo a tanta gente que ya no caben. Son demasiados. Y están hablando de volver a habilitar el barco, el Alfonso Pérez, como estancia para los presos en lo que se resuelve todo. Ya se utilizó para tal fin hace dos años, cuando la Revolución de Asturias, no sé si te recuerdas.

–Claro que me acuerdo. Recuerdo muy bien el gran esfuerzo que tuvo que hacer la República para defenderse a sí misma de sí misma. Yo tuve, y aún tengo, la esperanza de que don Manuel Azaña salga airoso de este imposible laberinto bélico, un laberinto de odios. Y lo que es peor, banderas y gesticulaciones. Hasta nuestros grandes poetas nacionales, un Antonio Machado, un Alberti, hablan de bajar en tranvía al heroísmo. Es un heroísmo

criminal, igual que el nuestro, Gabriel. ¿No se podría, Gabriel, ofrecer dinero, el que fuese, un rescate, todo lo discreto que pudiese hacerse?

–¿Crees que aceptarían, Cayo, un soborno para soltar a un soldado que puede luchar contra ellos mañana? Se darían el gusto de llamarnos capitalistas una vez más. Se darían el gusto de darnos una gran lección de moral. La República es insobornable. Me temo que, por ese lado, en este momento, hay muy poco que hacer, porque en el bando republicano están funcionando ya más como masa popular, frente popular, que como individuos. Lo que está en marcha es una masa en ignición, como la lava de un volcán. Cualquier sentimiento o sugerencia que hagas se ve devorada y barrida por un impulso revolucionario que es a la vez puro y criminal, comprensible y salvaje, comprensible e incomprensible a la vez.

Días antes de ser trasladados al barco, corrió la voz del traslado. Y Alvarín se representó imaginariamente el barco, el Alfonso Pérez, que conocía de haber remado muchas veces alrededor, cuando estaba fondeado en el Pozo de los Mártires. A diferencia de la Prisión Provincial, pensaba, aquella nueva prisión flotante sería confortablemente marinera. Era una idea absurda porque se trataba, en cualquier caso, de otra prisión, el barco-prisión lo llamaban. Y, sin embargo, Alvarín sentía que por hacinados que fueran a estar, por incómodamente que estuvieran, en el barco sentirían las subidas y bajadas de la marea, el aire marítimo, a diferencia de la cerrazón carcelaria de la Prisión Provincial. Ni siquiera le desanimó que cuando el traslado efectivamente tuvo lugar, la multitud que rodeaba la cárcel les abucheara o insultara. Le parecieron insultos anónimos, irreales, dirigidos a todos ellos y a ninguno. Les trasladaron en camionetas descubiertas y fue, en efecto, un viaje estrepitoso, precedido y seguido por el griterío de los republicanos santanderinos y, sobre todo, de las republicanas, que se mostraban feroces alzado el brazo con el puño cerrado. Se las oía cantar el himno de Riego transformado en letra revolucionaria:

Somos hijas de Lenin,

de nuestro régimen feroz,

el comunismo ha de venir

con el martillo y con la hoz.

El comunismo había venido, en efecto, y estaba resultando feroz. Pero Alvarín, envuelto en una comprensible ingenuidad estimativa, solo se guiaba ahora por los latidos de su propia euforia. Se sentía joven, en la primera línea de Falange Española, rodeado por las hordas marxistas que cantaban canciones cómicas, entre sangrientas

y cómicas. Y la idea del barco, el hermoso Alfonso Pérez, no obstante ser un buque inválido para el comercio, le parecía exaltador y poético. Al sentirse ya sobre el mar, flotando sobre la bahía, no lograba percibir en su realidad lo que en realidad iba a ocurrirles. Lo que en realidad ocurrió al subir al barco desde el muelle de Maliaño fue que les distribuyeron por bodegas. Había cuatro bodegas a las cuales se descendía desde cubierta por unas escaleras metálicas bastante quebrantadas. Los presos mayores o en mala forma física se caían a veces al bajar. Alvarín no tuvo dificultades en eso. Y, una vez allí, se encontró con muchos conocidos. Oyó comentar que los nacionales habían tomado San Sebastián. Que aquello, el ser llevados allí, solo significaba el principio del fin. Que los rojos, el rojerío, los milicianos, estaban atemorizados y confusos. El hecho de que no lo pareciera –los guardianes del barco parecían más bien feroces y se comportaban con ellos sin muchos miramientos– no le disuadió al principio. Se sentía unido a todos los demás, conocidos y desconocidos, apretujándose allí, tratando de encontrar sitio para dar una cabezada. Era una euforia juvenil falangista. La euforia de la camaradería y de no ser del todo consciente del estado de la situación. Jodidos pero contentos, pensaba. Confirmaba esa sensación el hecho de que en el Alfonso Pérez, una vez dentro de las bodegas, se hubiesen establecido desde un principio relaciones jerárquicas relativamente firmes. Provisionales y firmes a la vez. Había, por ejemplo, un jefe de bodega, en el caso de Alvarín, que organizaba lo mejor que podía los sitios donde iba a dormir cada cual. Daba igual que el sitio fuese en realidad húmedo y más pestilente incluso que la Prisión Provincial: las letrinas eran simplemente un agujero abierto en una esquina. Había que cagar y mear ahí, más o menos en público. Y había muchas diarreas. Eso era consecuencia de una alimentación descuidada, aquellos garbanzos cocidos y aguados, mal cocidos, pensaba Alvarín, a quien le encantaba el cocido de Mercedes. Uno tenía a la vez hambre y asco. Y vencía siempre el hambre. Al final, todos devoraban el rancho por vomitivo que fuese. También se enteró, con gran satisfacción, de que había cierta tolerancia con respecto a las comidas: los presos santanderinos podían recibir cestas o cajas con alimentos de la familia. Al parecer, el comandante del barco –un personaje peculiar, un anarquista que Alvarín llegaría a conocer más adelante– se servía de esas cestas familiares para ahorrarse el

tener que guisar la comida de los presos.

La última remesa de cartas que las familias enviaron a la Prisión Provincial les fueron llegando –a casi todos– al barco con tres o cuatro días de retraso. Habían nombrado un cartero, un tal Julián, de Falange. Había uno en cada bodega, a quien los milicianos daban la correspondencia y que luego iba cantando los nombres que leía en los sobres.

–¡Álvaro Pombo Caller! –voceó.

A Alvarín le pareció un grito liberador. Era la última carta que le había enviado su padre a la Prisión Provincial.

A diferencia de otras cárceles, como las de después, con el nacionalsocialismo, o las de antes, con las checas estalinistas, los encarcelamientos santanderinos de aquellos meses en el barco tuvieron un punto relativamente relajado. Se consideraba que el hacinamiento y la peste de las cagaderas y las meadas y la relativa oscuridad de las bodegas eran, de momento, suficiente castigo para los presos. Se les dejaba un poco en paz. Provisionalmente, los carceleros fueron milicianos santanderinos que hacían, casi sin darse cuenta, un poco la vista gorda porque conocían, por referencias o personalmente, a muchos de los detenidos. Izquierdas y derechas que antes acudían juntos a los combates de Rodolfo Díaz. Aún recordaban esos tiempos. Así que funcionaban con una mezcla de implacabilidad y compasión. Un estado de ánimo metaestable este, que muy pronto había de volverse criminal y asesino.

Lo primero que hizo Alvarín al recibir la carta de su padre fue pedir unas hojas de papel y una pluma a un compañero para responderle.

Querido papá:

Me llegó tu última carta sin terminar. La he recibido ya en el barco. Me imagino que os habrán avisado que estamos en el Alfonso Pérez. ¡Estoy al lado de casa! A medio kilómetro de casa, la verdad. Y a veces tengo la sensación de que voy a subir a cubierta y tranquilamente bajar por la

pasarela y volver a casa. Esto es una fantasía, claro, pero a veces lo pienso. Al leer tu última carta me parece que te estás poniendo de mi lado demasiado, y de Falange. Me da miedo y me hace gracia a la vez. Sigue así. Esto es muy aburrido, papá. Y no es nada heroico. Lo que es, es asqueroso. La boca de una letrina, un agujero que apesta. Estar aquí es muy aburrido. Cuando salimos a cubierta coincido con Mazarrasa y Escalante, de la segunda bodega. También hablo mucho con un fraile, creo que es benedictino. Le he dicho que ni tú ni yo somos creyentes pero que respetamos las creencias religiosas, y él ha dicho que eso es suficiente para hablar, y eso es cierto. Así que hablo con este benedictino acerca de la valentía y la cobardía y también acerca de si es posible afrontar la muerte con buen humor, con el corazón limpio. Atemorizado no importa estar, creo yo, pero sí limpio. Aquí no hay manera de andar limpio. Si me ves, no me reconocerías, de lo mal que vamos todos. Por cierto, lo más importante: aquí, en el barco, podemos recibir cestas de comida de casa. Echo mucho de menos los guisos de Mercedes. Como estoy al lado de casa, he pensado que Elena o Paco podrían traerlas. Se corre el riesgo de que se lo coman los milicianos, pero hay que correr el riesgo. Si puedes, mándame también algo de tabaco para mí y para mis compañeros. No mandes cajetillas buenas, sino picadura y papel de fumar, que eso no les interesa a los guardias. Tengo muchas ganas de volver a verte y pienso en ti y te echo de menos muchísimo.

Un abrazo de tu hijo, que te quiere,

Álvaro

Las primeras semanas en el Alfonso Pérez transcurren deprisa. Casi sin darse cuenta empiezan a acortarse los días y llegan los primeros benevolentes rayos del sol de septiembre en la bahía de Santander. Alvarín y Rafa Mazarrasa han coincidido una de esas tardes en cubierta. Como son muchos presos, hay turnos de media hora, mañana y tarde. De ordinario, Alvarín da vueltas más o menos solitario en cubierta. Rebrilla el sol de septiembre en los miradores del Muelle. Parece otra vida de pronto. La misma de antes. El mismo muelle que Alvarín veía desde su bote, de abajo arriba, ahora lo ve desde el barco, de arriba abajo. El paseo de Pereda, los Jardines de Pereda, el Muelle entero hasta Puertochico, el Club Marítimo... Como una estampa de una película de antes de la

guerra, un documental del Santander del veraneo regio. Contemplar su ciudad amada –porque Alvarín cree en serio que Santander es la ciudad más bonita del mundo–, una sedación sobrevenida que coincide con la pleamar y que envuelve la bahía entera como un fantástico espejo de platino, hace que Alvarín se sienta relajado. En esto, Rafa Mazarrasa aparece a su lado. Les ha coincidido el turno. Rafa le ofrece un cigarrillo. Lía un cigarrillo de picadura para cada uno. De pronto parece que están solos. De pronto parece que no están presos. Rafa interrumpe la meditación de nuestro héroe con una pregunta extraña:

–¿Rezas mucho tú, Álvaro, estos días?

–¿Cómo que si rezo? No, no rezo. Nunca he rezado. Ahora tampoco. ¿Rezas tú, Rafa?

–¡Hombre! ¿Qué quieres que te diga? La verdad es que sí. O, por lo menos, me junto con los que rezan abajo en mi bodega. Rezan a media voz y más o menos yo sigo las oraciones. Conozco las oraciones que rezan: el padrenuestro, las avemarías, el credo... La verdad es que en mi casa se rezaba el rosario después de cenar. Me aburría mucho el dichoso rosario. Acabé acostumbrándome. Somos una familia católica, menos que los Escalantes, pero muy católicos también, tú nos conoces.

–Ese no es mi caso, desde luego. Yo no he rezado realmente nunca. Estoy bautizado, claro, así que católico soy yo también, pero mi padre es agnóstico. Y la religiosidad de mi madre es demasiado discontinua para hacerme creer a mí, animarme a imitarla. Para mi madre la religión viene a ser como la música, que le encanta también. Es artística mi madre, ya la conoces. Hace bailes que ella llama bailes plásticos y que vienen a ser como una mímica. No acaba de ser baile ni lo contrario. Es divertido verlo, interesante, ¡religioso, incluso! Pero, al final, frívolo. No es malintencionado, no lo creo, Rafa, es solo insustancial. Baila y reza, nos abraza, nos adora y nos olvida a los hijos, a mi hermano y a mí...

–Tu madre es todo un personaje. En casa hablaban de ella con frecuencia mi madre y mis tías. La maravillosa Ana de Pombo, decían muchas veces. Y otras, al contrario, la estrafalaria Ana de Pombo. Llegó a Palacio el otro día, al cóctel, con una pamela roja

estrafalaria. Todo el mundo, incluido el Rey, se quedó boquiabierto, parece que ella disfrutó muchísimo de esa pamela colorada. Así que no me extraña lo que cuentas, Álvaro...

–Es raro, es gracioso que hablemos de esto ahora, Rafa, de rezar. No es un instinto que yo tenga, no, pero entiendo más o menos lo de pedir a Dios, sea quien sea, que nos ayude. Está claro que ahora, como no nos ayude Dios o alguien de fuera, el general Franco o cualquier otro, va a comernos la puta miseria en este barco. ¡Así que que Dios nos ampare, Rafa! Signifique lo que signifique esta frase.

¿De verdad no sabe Alvarín lo que significa la palabra Dios? Dicho así, esto no sería verdad. Sabe de sobra lo que significa. Y también ahora, encarcelado en el barco, se da cuenta de lo mucho que significa para sus compañeros presos, católicos practicantes la mayoría. Es, sin embargo, verdad que la elegante indiferencia religiosa de su padre le fascinó en su pubertad. Le pareció un cortar por lo sano. Y así lo denominaba en su fuero interno: el catolicismo, así sin más, complicaba, en opinión de Alvarín, las relaciones personales sin fruto ninguno. En el caso de sus padres, Cayo y Ana, Alvarín ha pensado en otras ocasiones –y vuelve a pensarlo ahora– que, más que un enfrentamiento de creencias o falta de ellas entre los dos, había un enfrentamiento de poses. Ni el agnosticismo paterno ni la fe católica materna eran, después de todo, posturas radicales. Tenían un aire de postureo elegante. Declararse católica su madre en el París racionalista y frívolo de sus años parisinos había sido un postureo acentuado, quizá no mucho más acentuado que la declaración de liberalismo agnóstico de su padre. Al fin y al cabo ambos, Cayo y Ana, se asemejaban mucho por pertenecer a una misma clase social santanderina. La clase social les asemejaba más profundamente de lo que cualquiera de los dos pretendía manifestar con sus tomas de posición ideológica. Ambos pertenecían por tradición, por familia, por recursos económicos, a la mal llamada derecha o derechas de España. Tanto la rebeldía de Ana como el escepticismo conservador de Cayo se ambientaban bien, se expresaban al dedillo en las idas y venidas ideológicas de la clase social a la que ambos pertenecían. Tan elegante era ser un liberal descreído como ser una católica ferviente en aquel tiempo. Es muy probable, piensa ahora Alvarín, que se gustaran e incluso se

quisieran de recién casados porque, a ojos de todo el mundo, de todo Santander, hacían una pareja original, sí, pero coherente, con toda una escala de valoraciones altoburguesas de época. En cierto modo, piensa Alvarín sonriendo ahora, su padre y su madre estuvieron de novios hechos el uno para el otro. La artista y el escéptico recién casados que se hacían fotografías maravillosas de familia unida. Mientras se hacían la foto, mientras contemplaban las fotos resultantes que el fotógrafo enviaba a casa, se gustaban, se amaban. Sus dos hijos, Álvaro y Cayo, fueron hijos de un amor momentáneo –o no muy prolongado, tal vezpero auténtico. Un brillante y últimamente debilitado noviazgo muy de la época, 1912, que preludiaba ya los años veinte. Y el hecho de que Cayo fuese veinte años mayor que Ana era, en definitiva, más original y sugerente que sorprendente o raro. Es cierto que la madre de Alvarín, cuando llegaron las peleas que dieron lugar a la separación, solía decir que se casó con un viejo enfermizo. Pero eso Alvarín no acabó nunca de aceptarlo. Se casaron porque se gustaron, porque se enamoraron, más o menos como todo el mundo.

–Mi madre se cansó de mi padre como se cansa de todas las cosas.

Y este cansancio, que siempre le había parecido a Alvarín egoísta e injusto, ahora, al verse preso, se le antojaba menos hiriente y más comprensible. Y se abría camino en su corazón, en su conciencia, un sentimiento relativamente nuevo, a saber: se sentía capaz ahora, encarcelado, de entenderles a los dos mejor que nunca, encarcelados ambos en un matrimonio socialmente aceptado, socialmente de moda, y, sin embargo, trivial. A consecuencia de estas reflexiones, que no comunicó a Mazarrasa aunque comenzaron a producirse en conversaciones con él, emergió un nuevo sentimiento filial que era equivalente a un borramiento o un rebajamiento del rencor que el abandono de su madre había dejado en su alma. Lo de las creencias religiosas –o falta de ellas, de ambos– iba por otro lado: quizá hubo también postureo en esa oposición de las dos actitudes, pero Alvarín, ahora que se sabía en peligro de muerte como todos sus compañeros, se sentía inclinado más a igualar las figuras paterna y materna que a contraponerlas o a enconar el distanciamiento que había existido entre ambos. Y esta dulcificación de su opinión sobre sus padres venía a ser un sustituto de la fe católica que seguía sin sentir pero que le parecía,

igualmente, más comprensible ahora que nunca antes.

29

Octubre entra frío y lluvioso en el Alfonso Pérez. Cayo Pombo se debate entre la esperanza y el miedo. La esperanza de que esta guerra que apenas acaba de comenzar termine pronto sea en beneficio del lado que sea. El miedo de que, si la balanza se inclina del lado de los sublevados, los republicanos, los suyos, tomen represalias contra Alvarín y sus compañeros detenidos. Y el miedo de que si, al revés, la balanza se inclina a favor de la República, les fusilen o les encarcelen el resto de su vida. El republicanismo de Cayo Pombo queda ahora en un segundo plano. Por muy en contra que pueda sentirse de una posible victoria de los sublevados, lo preferiría, sin duda, si eso salva la vida de su hijo.

Mientras tanto, el año sigue su curso y la vida de Santander también, como a espaldas de la ominosa presencia del barco-prisión. Cayo Pombo, angustiado y malherido ya por los desórdenes anatómicos que le llevarán a la tumba años más tarde, dormita en la penumbra del despacho. En esa adormidera nihilizante de su despacho, con los negros volúmenes del Espasa ennegreciendo aún más el ambiente, Cayo se dice a sí mismo, cada vez que se despierta de sus cabezadas, que leer toda la tarde no le hace más sabio ni tampoco calma el sufrimiento, solo le hace más delicado o, si se quiere, más enfermo todavía.

A diferencia de la penumbra triste y el silencio de Gándara 6, en las bodegas del Alfonso Pérez hay una cierta animación juvenil. Hay una especie de resistencia bienhumorada al mal humor de los guardias y a la asquerosidad de las letrinas. Las cuatro bodegas, cada una a su estilo, tienen a ratos el aire de un patio de colegio. Esto enfurece a los guardias, que desearían ver a sus presos más cohibidos y asustados. En la tercera bodega, Alvarín se encuentra con el Wences, Wenceslao Rodríguez. El Wences parece, por su pinta, más rojo que nacional, con sus gafas redondas de pasta negra y el pelo pelado al cero, que muestra una elegante nuca griega. Es reservado pero amable, así que ha sido fácil conectar con él, porque no parecía esperar, de Alvarín ni de nadie, mucha conversación. Y, sin embargo, como Alvarín descubrió encantado al rato de estar con

él, le encantaba charlar. Muy pronto le contó que era maestro nacional en un pueblo próximo a Reinosa, que aquel agosto acababa de terminar su primer curso, que le detuvieron más o menos los mismos días de agosto en que detuvieron a Alvarín. Los rojos santanderinos le detuvieron por considerarle nacional. Y añadía Wences, sonriente:

–Y me temo que, si algún día entran los nacionales en Santander, me detendrán por rojo. Nadie ha sabido nunca a qué carta quedarse conmigo, y, la verdad, tampoco yo sé a qué carta quedarme conmigo mismo a veces.

Alvarín declaró entonces:

–Eso me pasa a mí también, Wences. Mi padre es republicano y yo falangista. A veces pienso que le traiciono yo a él y a veces lo contrario, que me traiciona él a mí.

Lo más curioso de Wences, lo que más seducía a Alvarín, es que sabía muchos versos de memoria. Tenía una memoria prodigiosa para textos literarios. Un día que hablaron, casi con descaro, de los temores de los dos, de que acabaran matándoles, Wences recitó:

Compadre, quiero morir,

decentemente en mi cama.

dDe acero, si puede ser,

con las sábanas de Holanda.

dPero yo ya no soy yo,

ni mi casa es ya mi casa.

–¿De dónde sacas eso tan bonito y tan verdadero, Wences?

–Pues lo saco del primer Romancero gitano de Federico García

Lorca que publicó la Revista de Occidente. Son los romances que escribió entre 1924 y 1927. Este fragmento que te digo de memoria se titula «Romance sonámbulo». Y empieza:

Verde que te quiero verde.

Verde viento, verdes ramas.

El barco sobre la mar,

y el caballo en la montaña.

Alvarín pensó en aquel momento que la gracia del Wences consistía en pasar de unas ideas a otras con un tono monótono donde la emoción era como el recorrido veloz de un relámpago en el atardecer cárdeno. El relámpago que precede al trueno es tan rápido y tan esplendente, tan mental, que apaga el estrépito de la tronada y del chaparrón subsiguiente. Parece una súbita revelación silente que se agolpa en la imaginación y que anula toda exterioridad como si, en vez de ser un fenómeno atmosférico, el súbito relampagueo fuera un fenómeno de la conciencia subjetiva. Y el texto de Lorca, de quien había oído hablar pero apenas sabía nada, le parecía mágico. Es curioso lo muy santanderino y provinciano que era Alvarín a pesar de haber viajado, como su hermano Cayo, por media Europa, a pesar de lo muy moderna y al día que estaba Ana, su madre. Y había, sin embargo, en ese provincianismo santanderino una como certeza o confianza en su Santander, en el encanto del Santander que conocía, en la bahía que tantas veces había cruzado en su bote de remos remando esforzadamente. No había aprendido casi nada y, sin embargo, amaba la vida sensible, las nuevas amistades, las cosas nuevas que le contaban, con una intensidad que parecía más propia de un poeta que de un pobre señorito rico de diecinueve años.

–No sé, Wences, si entiendo bien lo que recitas. Suena como una canción popular montañesa y a la vez suena muy serio. Suena gitano, eso de «compadre», y suena verdadero eso de «compadre

quiero morir decentemente en mi cama». Y a la vez suena como una tontería eso de que quiera el gitano que la cama sea de acero, supongo que quiere decir de barras de hierro, y con sábanas de Holanda. Debe de ser una ensoñación de gitano andaluz. A mí las camas de hierro me parecen desagradables. Yo duermo en una cama parecida a esa, pero de caoba. Parece mi cama más cómoda que la que desea tener el gitano...

–Se te ve la oreja de señorito del Muelle, chiquillo –comentó el Wences sonriendo.

–¿Por qué dices eso? ¿En qué notas que soy un señorito estúpido y no soy un maestro como tú, un sabio como tú?

–De sabio nada, niño. Lo que quiero que te fijes es en que los personajes del Romancero de Lorca son criaturas de la calle, de la intemperie, del peligro, en la imaginación del poeta son medio raqueros, como nosotros decimos, mangan cosas, les persigue la Guardia Civil. Son criaturas salvajes y Lorca los deifica, los ennoblece. Casi se diría que les engaña primero a ellos y luego a nosotros, sus lectores...

–¿Qué quieres decir con que les engaña o con que nos engaña?

–Quiero decir que Lorca es un maestro de la expresión poética española y que, al transformar en retratos la vida de los gitanos, transforma también nuestras propias vidas de lectores, nuestras vidas sedentarias, cómodas. A nosotros no nos persigue la Guardia Civil... –Y añadió riéndose–: O no nos perseguía. Ahora estamos en guerra y no sabemos ya quién nos persigue y quién nos ampara. Fíjate, Álvaro, que la intensidad del romance está en la última estrofa:

Pero yo ya no soy yo,

ni mi casa es ya mi casa.

»Por eso, en el poema dice también:

Compadre, vengo sangrando,

desde los puertos de Cabra.

¿No ves la herida que tengo

desde el pecho a la garganta?

»¡Eso es lo que tienes que ver tú, Pombo, Álvaro Pombo! La herida del gitano. ¡Y a la vez tienes que ver cómo toda esa tragedia sangrienta se cuenta en un romance, la más española de las formas poéticas, que lo aligera todo, que hace que todo parezca una simple canción, una canción más, una experiencia real convertida en maravillosa canción, en romance!

La verdad es que Alvarín nunca se había sentido tan a gusto ni había oído hablar tan en serio usando un lenguaje tan extraño como el lenguaje poético que Wences usaba con el mismo tono de voz con que preguntaba si tienes tabaco o qué hora es. Y se sentía Alvarín como liberado del barco, como liberado de las estrecheces y miserias de aquel barco-prisión inmerso en un más acá, vuelto ahora un más allá verbal que convertía el más acá de la guerra y el encarcelamiento y las convicciones políticas en algo superficial y pasajero. Sintió que lo esencial y lo eterno era la voz monótona del Wences. Solo acertó a decir:

–Estoy emocionado, Wences, solo con oírte. Mi vida ha sido muy superficial. He sido un niño bien que siempre ha vivido bien su vida superficial...

–Nuestras vidas son superficiales, Álvaro. Prefiero llamarte Álvaro que Pombo después de todo lo que hemos hablado. Con frecuencia pensamos eso o lo decimos, que nuestras vidas son superficiales. Tú acabas de decirlo ahora mismo. Lo que queremos decir, sin embargo, pocas veces está claro. Supongo que lo decimos como quien se disculpa, como si dijéramos: Perdona, mi vida no es tan profunda como la vida de Miguel Ángel, un suponer, el pintor de la

Capilla Sixtina, o la vida de Jesús de Nazaret o de Lutero, el gran reformador de la fe cristiana que cambió la Europa de su tiempo. Y, sin embargo, nuestras vidas, la tuya y la mía, solo parecen superficiales porque son anónimas o lo han sido hasta ahora. Y ahora resulta, de pronto, como en un relampagueo silencioso, que, a pesar de ser así, superficiales, estamos, con toda nuestra superficialidad a cuestas, en lo más profundo, al borde de la muerte, como el gitano perseguido por la Guardia Civil o por cualquier compadre que le odie. Ahora estamos al borde de la muerte, Álvaro, como el barco sobre el mar y el caballo en la montaña, que diría Lorca. El caballo y el barco están ahí porque sí, y nosotros estamos ahí porque sí, y nos han puesto ahí porque sí. A lo mejor un día un poeta escribe sobre ti y sobre mí y nos ve a los dos al borde de la muerte, aunque igual nos salvamos, salimos de esta y acabamos tomando unos chatos de vino en cualquier tasquita del puerto.

Wences se detuvo, interrumpió casi bruscamente su larga frase y, contemplando a su amigo Alvarín cara a cara, soltó de pronto:

–Hay una cierta ingenuidad aquí, en este barco-prisión, con su cochinería y los broncos modales de los guardias...

–¿Ingenuidad? Mala leche, más bien, es lo que yo veo. ¡Mala baba! Odio de clases o como quieras llamarlo. Es lo que veo yo. No entiendo eso de ingenuidad, a qué se refiere. –Alvarín hablaba enfurruñado, en parte adrede, como para demostrar que el cambio de sentido de su amigo le había sorprendido desagradablemente.

–Me doy cuenta de que es una gansada. Pero a la vez, insisto, hay una cierta ingenuidad, como en una crueldad de la familia, unos contra otros, una maliciosidad como infantil. Como cuando uno tiene una madre pegona o malhumorada y a la vez se cabrea con ella y piensa que todo ello no tiene gran importancia y que en el fondo es todo ello muy ingenuo, familiar...

–Sigo sin entenderte. Pero, en fin, si tú lo dices... Depende, claro, de lo que llames tú ingenuidad. ¿A qué llamas tú ingenuidad, Wences?

–Supongo que llamo ingenuos a los que se aferran a una seguridad o a una convicción propia que creen infinitamente estable y que les hace sentirse, ingenuamente, seguros de sí mismos, seguros de que

tienen toda la razón. Son malvados ingenuos, yo digo, porque no ven más allá de sus narices. Si vieran más allá de sus narices verían lo crueles que están siendo. O, quizá, lo crueles que estamos siendo los unos con los otros estos años.

Alvarín se había quedado pensativo rumiando lo de ingenuidad, como quien rumia o mastica algo que no acaba del todo de tragar. Al fin y al cabo, ingenuidad era una cierta clase de virtud, próxima a la inocencia, un aspecto del carácter de las personas que a Alvarín le satisfacía particularmente. Mercedes era ingenua, por ejemplo, o Elena. Incluso su padre, con todo y con ser tan Pombo Ybarra, resultaba, cuando se le trataba y se convivía con él, ingenuo, a veces. Pensar que su padre era ingenuo inspiraba ternura al hijo, le hacía sentirse protector, como si los papeles de padre e hijo estuviesen momentáneamente intercambiados. Esto sucedía, a veces, en las conversaciones acerca de conocidos comunes o familiares. Su padre afirmaba que alguien de la familia era una ingenua o un ingenuo que no tenía malas intenciones o que no se daba cuenta de tenerlas. Y, de pronto, Alvarín se daba cuenta de que en eso se parecían Wences y Cayo Pombo, en que algunos días se dejaban arrastrar por la benevolencia. Algo que a Alvarín le sonaba, por un lado, escandaloso e inquietante y, por otro, quizá una señal indirecta de bondad natural o de deseo de alcanzar una bondad natural que a todos nos falta a veces en las relaciones de los unos con los otros. Decir que alguien malicioso es ingenuo, pensaba Alvarín, era equivalente, quizá, a decir que no era del todo responsable de lo que decía o hacía. Y seguro que si esa persona pensaba dos veces lo que había dicho o hecho se daría cuenta de su ingenuidad, de su ingenua malicia. En cualquier caso, en esta ocasión decidió inquirir un poco más en el asunto y le pidió a Wences que se explicara más claramente acerca de cómo podían ser ingenuos los carceleros del barco-prisión. Entonces Wences hizo una declaración sorprendente, mucho más sorprendente aún que el calificativo de ingenuos para los responsables políticos de su encierro. Declaró:

–Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

Y añadió:

–Como sabes, esta es una de las frases que se atribuyen a Jesús en el

Nuevo Testamento. Jesús de Nazaret está colgado de la cruz y dice eso: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen. Es como si Jesús de Nazaret quisiera decir que, si supieran lo que hacen, no lo harían, pero son ingenuos. Son menos malos y terribles de lo que ellos mismos creen ser...

–De verdad que a veces te retuerces, Wences, hablas retorcido. Ahora sales con lo de Jesús de Nazaret y con que hay que perdonar a nuestros enemigos porque no saben lo que hacen. Yo soy incapaz de perdonarles, Wences. Nos están jodiendo mucho y saben de sobra que nos joden, y encima lo disfrutan. ¡No son ingenuos!

–Piensas eso porque tú también eres ingenuo, Álvaro.

–¿Ingenuo yo? ¡Qué va! ¿Por qué dices eso de mí?

–Porque no eres en absoluto malicioso. Eres noble y directo y bien nacido, si quieres decirlo así. Pero, sobre todo, sin malicia. Por ejemplo, te has entregado a una conversación y a una amistad conmigo, que te agradezco muchísimo, sin preguntarte quién soy o de dónde vengo, sin maliciarte nada. Me has ofrecido tu compañía y tu amistad ingenuamente, sin conocerme apenas.

–Dímelo tú entonces. Dime quién eres y de dónde vienes. Se te ha puesto una cara picuda de guasón.

Wences se echa a reír.

–Vengo de un barrio obrero, muy pobres éramos, y vengo, sobre todo, de Monte Corbán, el seminario diocesano de Santander.

–¡Entonces eres un cura!

–No, no... No he llegado a cura, ni siquiera a diácono. Soy un exseminarista. Entré en el seminario diocesano muy joven y cuando tuve en serio que decidir mi vocación, descubrí o decidí que no tenía vocación sacerdotal. Todo el seminario y una posible vida de clérigo me atosigó y me agobió de pronto.

–¿¡Entonces te saliste y te echaste novia!?

–La verdad es que no me salí por eso, aunque sí es verdad que me

eché dos novias, una detrás de otra, y las dejé a las dos, dos guapas montañesas. Quedé mal con las dos. Lo único que me salva un poco fue que las dejé enseguida.

–¡Pues lo sentirían mucho las dos!

–La verdad es que bastante, sí. Pero a la vez no mucho. Eran montañesitas guapas que buscaban maridos para casarse, no chicos para salir... O no solo para eso. Y yo era un típico chico para salir, acababa de dejar el seminario.

–Entonces, ¿no te gustaban?

–Sí que me gustaban. Pero yo quería sentirme libre en aquel momento. Necesitaba eso, aire, nuevos libros, nuevas ideas... El seminario era agobiante. Yo quería estudiar filosofía, quería estudiar teología, el laicado, hice todo eso y de paso la carrera de maestro nacional. Y aquí me tienes.

–¿Y me llamas ingenuo por no haber adivinado todo eso?

–Hombre, un poco sí, porque ha habido en mi conducta una cierta malicia, una cierta doblez. Una ambigüedad intelectual, una cierta ferocidad conceptual que el seminario no calmaba. Toda una filosofía nueva por descubrir: el marxismo, el existencialismo, el historicismo, el vitalismo de nuestro Ortega y Gasset. Se me ocurrió una vez decir que la propia revelación de Dios en el mundo era histórica, no inmutable, que la palabra de Dios, la Biblia entera, el Antiguo y Nuevo Testamento, estaban sometidos a la hermenéutica, a la historia. Declaré, solemnemente, la célebre frase de Ortega: El hombre no tiene naturaleza, solo tiene historia. Eso, en el seminario, lo consideraban un pensamiento salvaje, heterodoxo, disolvente de algún modo. Y a partir de ahí empecé a querer dejarlo y empecé a sentirme agobiado. Empecé a querer no ser lo que había sido hasta entonces, un piadoso seminarista... No dejé de creer en Jesucristo, en su existencia histórica o en su maravillosa doctrina, pero dejé de creer en la trascendencia divina de algún modo. Más que las novias o las chicas o la libertad de ir y venir, fue la libertad de pensar nuevos pensamientos, la libertad de atreverme a saber nuevas sabidurías... En fin, aquí me tienes, con treinta y tres y entre dos luces de izquierdas y de derechas a la vez... ¡Tienes todo el

derecho, Álvaro, de considerarme un chaquetero y un veleta!

–¡De eso nada! Mi padre te diría, si te conociera, y espero que te llegue a conocer algún día, cuando nos saquen de este puto barco, que una cierta doblez del alma en el fondo no es más que capacidad intelectual, capacidad reflexiva. A mí me echa en cara que solo sé ser falangista de la primera hora. Y él es republicano y azañista, encima, porque ahí hay mucho personaje contradictorio, inteligentes y contradictorios a la vez, el ideal de mi padre, por así decirlo. Pero es una gran persona, no es un falso, es solo un pensador, mi padre, un meditador.

–¡Dios te oiga, Álvaro! Ojalá tengamos oportunidad de irle a visitar los dos después de todo este caos carcelario y político.

Julio del 36 fue, en Gándara 6, el mes de Azaña. La lectura fascinada de los discursos políticos de Azaña por parte de Cayo Pombo. La agitación política exterior era un estímulo para que el padre de Alvarín se concentrase en el pensamiento político del presidente del Gobierno. Y, especialmente, en los tres discursos pronunciados en ese mismo año: el discurso de propaganda electoral que pronunció en Toledo el 13 de febrero de 1936, el discurso de la sesión de las Cortes del 3 de abril de 1936, un hombre fatigado, y la alocución por radio al pueblo español el 23 de julio de 1936, en esa hora trágica. Recuerda Azaña a sus oyentes en ese discurso de Toledo que veinte años atrás, en 1916, discurseó en la ciudad imperial contra el caciquismo toledano. Y dice que actuó, entonces, con la imprudencia inconsciente que da la juventud. Nos arrojamos a la pelea sin habernos parado a medir antes las dificultades o la casi imposibilidad de la victoria. Y dice Azaña que entonces, en 1916, sembró palabras de generosidad y de esperanza, inspiradas en un sentimiento liberal que, en su opinión, por fortuna no se había perdido todavía en 1936. Y repite las palabras de su discurso de propaganda de Mestalla: Las circunstancias políticas de la República, el pasado de la República, lo mismo el pasado inmediato y trágico del año 34 que el pasado glorioso y victorioso del 31 y el 32, reclaman: si queremos volver a poner la República en sus cauces, que se instituya una política republicana desarrollada por un gobierno republicano, con la asistencia natural de los partidos republicanos que entren en la coalición que entonces nosotros proponíamos, y con el apoyo electoral y parlamentario de los socialistas y de todos los grupos proletarios que tengan interés en salvar la República, debemos hacer ver al cuerpo electoral español victorioso que tendrá en nosotros al servidor del programa de la coalición; el cuerpo electoral español derrotado o poco victorioso no tendrá en nosotros más que una esperanza para volver el día de mañana a tratar de ganar una victoria.

Cayo Pombo leía esto reanimándose, procurando, con estas lecturas de los discursos de Manuel Azaña, aliviar la tristeza y la

preocupación que el encarcelamiento de Alvarín en el barco-prisión le producía. Le parecía imposible que un hombre que habla con la elocuencia con la que hablaba Azaña, y con unas opiniones tan parecidas a las del propio Cayo, no lograra reconducir la agitada situación política española a un cauce firme. No se trataba de un líder comunista –Azaña había declarado claramente que él no era comunista ni anarquista ni socialista, sino, sencillamente, un líder republicano de izquierdas–. En esas pocas frases, Cayo se veía representado a sí mismo, un terrateniente santanderino de una conocida familia santanderina, venida un poco a menos ya por aquellos años, que había tenido la audacia juvenil –que aún conservaba– de oponerse al hueco catolicismo ambiente y que, a sabiendas de que se estaba quedando muy solo y aislado –aparte también de enfermo–, se enardecía con los discursos del republicano Manuel Azaña. Y lo curioso era que, a la vez, el falangismo de su hijo Álvaro, el entusiasmo de Alvarín por José Antonio Primo de Rivera y su grupo político, tan combativo desde las propias filas de la derecha, daba a Cayo un aliento espiritual, un sentirse vivo y razonable con la racionalidad política azañista que se complacía en rememorar ahora leyendo los discursos del actual presidente de la República.

Era consciente Cayo Pombo de que su admiración por Manuel Azaña ofendía, literalmente, a sus allegados. Y cada vez que estos reaccionaban ofendidos o molestos ante su azañismo, Cayo pensaba que cometían una injusticia grave contra el presidente de la República. Y lo grave –en opinión de Cayo Pombo– era que no había en España en aquel momento ninguna alternativa política seria a la izquierda republicana de Azaña. La alternativa no podía ser, por supuesto, ni el regreso de la Monarquía, que implicaba también el regreso de una plutocracia egoísta y clasista. Cayo Pombo siempre había creído tener razón. Pero ahora, con su hijo apresado por la izquierda que él siempre había defendido como solución para España, se sentía asaetado por su obvia contradicción. Su hermano Gabriel se lo había dicho palabra por palabra:

–¿En qué quedamos, Cayo? Yo soy un monárquico impenitente, como sabes. Sé que no volverá la Monarquía y reconozco los errores que cometió don Alfonso. Pero, aun así, sigo siendo un impenitente monárquico que carece de soluciones, pero también de

contradicciones. Tú en cambio, querido hermano, vives en el seno de una contradicción. Has educado a tus hijos en el clasismo más puro e ingenuo, si quieres llamarlo así. Cayito y Alvarín han sido siempre dos chicos bien que hacían sus cursos en Francia y en Inglaterra y que amaban los deportes y el liberalismo europeo. Dos chicos, en realidad, sin mucho seso, pero buenos chicos, eso no lo dudo yo. Tú, en cambio, Cayo, que yo sé que eres bueno, estás siendo sin embargo ahora incoherente, y eso te tortura. Tu hijo Cayito ha resultado ser más o menos apolítico. Álvaro, en cambio, se ha inclinado con todo corazón hacia el fascismo español. No solo le han detenido por ser un señorito del Muelle. Sobre todo le han detenido por formar parte de la primera línea de la Falange Española santanderina. ¡Y Alvarín forma parte de Falange Española porque es un niño bien! Ya sé que en Falange hay mucha gente muy variada, pero hay una superfetación de niños bien, de señoritos. Con la excepción, quizá, de Edilla, nuestro líder montañés, los cuadros dirigentes de Falange son señoritos todos. Imagina por un momento que, en lugar de ser un señorito guapo que viene con estudios en Francia y que juega muy bien al tenis y boxea con mucha elegancia, hubiera sido uno más de los muchos chavales santanderinos rapados al cero para librarse de los piojos y de las liendres. Si hubiera sido un chico de la calle tendrías ahora a un chaval de izquierdas que odiaría a las derechas. Es así de simple, pero también es la verdad pura y dura. Y el problema es que tú, Cayo, hermano mío, no puedes ahora intervenir en nombre de tu sincero republicanismo para salvar a tu hijo de su sincero falangismo. Neila será un hijo de puta, pero cuando fuimos los dos a interceder por Alvarín nos mandó al carajo con toda la razón: desde su punto de vista ahí tenía a dos señoritos ricos metidos en años intercediendo por un puto falangista. No tenía ninguna manera de ayudarnos, aparte de que no quisiera hacerlo. Alvarín no estaba en su lado del mostrador, no era un comerciante santanderino al servicio de las señoras ricas que compraban telas en la tienda de Neila. Era un maldito hijo de esas señoras. Y si me dices que en esa actitud de Neila se oculta un mal disimulado deseo de venganza te daré la razón: estamos padeciendo ahora mismo precisamente porque la venganza se está ejecutando. Tú sigues siendo azañista y Alvarín sigue siendo falangista. Tú sigues pensando que España necesitaba un cambio en el sentido en que se inició en 1931 y Alvarín piensa, imitando curiosamente a la vez tu frialdad religiosa

y tu desdén por el catolicismo español, no obstante que la solución está en la línea de José Antonio Primo de Rivera y no en la tuya. Se ha quedado enganchado como sin querer en la dialéctica de los puños y las pistolas, en un alzamiento nacional que es contrarrevolucionario, antirrepublicano y ateo o agnóstico, como eres tú mismo. ¡Si es que ese es el problema! El problema, hermano, es que no tienes autoridad moral para sacar de ahí a tu hijo... Perdona que sea tan crudo con esto.

–Entonces, Gabriel, estás diciendo que yo tengo la culpa de todo, que yo soy responsable de la violencia santanderina de este momento.

–No, no estoy diciendo eso. Lo que estoy diciendo es que estás inerme ante la violencia social e ideológica de este momento santanderino. Nadie te escucha ahora, ni de izquierdas ni de derechas. Solo te escucho yo, que soy tu hermano menor y que te he querido y admirado siempre.

Cayo se arrepiente ahora de un cierto esnobismo en su posicionamiento político. Nadie de verdad inteligente y sensible estaba, en 1931, en condiciones de rechazar la Segunda República española. Todos los intelectuales de primera fila, un Gregorio Marañón, un Ortega y Gasset, incluso don Miguel de Unamuno, incluso Antonio Machado, estaban más o menos de acuerdo en que la República iba a ser la salvación. Y Cayo Pombo, que estaba al día, que conocía la obra de esos grandes autores a quienes admiraba, no dudó en aceptar sus términos políticos. Por otra parte, su matrimonio con Ana Caller, que ahora iba tomando cada vez más el tono de un mal sueño, había sido una muy deliberada elección de vida de Cayo Pombo. Había elegido a una mujer sobresaliente y rompedora, de su misma clase social, pero con esos pujos revolucionarios de los artistas de toda la vida. Ana, finalmente, había acabado en París, había triunfado en París. El triunfo parisino diluía la arbitrariedad de su abandono de la familia y la justificaba un poco, como si fuese una valedora del arte por el arte, que lo era, pero era también a la vez una hija de la alta burguesía santanderina, procedente de una familia muy parecida a la de los Pombo. Por eso se hartó de mí, porque llevaba en su naturaleza hartarse de una vida matrimonial como la que yo le proponía,

cansarse de los hijos, cansarse del marido y largarse a París, la libertad. Pero yo había elegido a esa chica, a Ana, porque precisamente amaba la libertad. Una vez más, el contradictorio fui yo. Se fue por culpa de mis contradicciones. Y mi hijo Álvaro está preso por culpa de lo mismo.

Cayo Pombo alzó la cabeza de pronto y contempló a su hermano Gabriel María, el monárquico, el esnob, el chaquetero, que nunca negó serlo, el hombre de mundo.

–En resumidas cuentas, lo que me estás diciendo, Gabriel, es que, a diferencia de don Manuel Azaña, que se comprometió desde un principio con su izquierda republicana, y ahí le tenemos, presidente de la República, yo he sido siempre un falso izquierdoso, un amateur, un esnob de pacotilla. Y ahora, naturalmente, estoy atenazado por mi propia ligereza de entonces, por mi propia insolvencia y frivolidad de tantos años. Tú eres ahora, Gabriel, como don Manuel Azaña, el serio, el responsable, el monárquico responsable. Y yo soy un payaso incoherente, infiel a la República y a mí mismo, incapaz de salvar a mi propio hijo, que, sin dejar de quererme, pobrecillo, ha optado por una línea recta mientras yo optaba por la más frívola ambigüedad política...

La voz de Cayo Pombo se quiebra al decir esto último. Es conmovedor verle hundido y verle reconocer su posible culpabilidad o corresponsabilidad en el encarcelamiento de Alvarín. Al hijo le han encarcelado porque era sinceramente lo que decía que era. Al padre le han respetado porque todo el mundo sabe que no sabe ni ha sabido nunca lo que quiere en política. Don Manuel Azaña se comprometió con la República. Cayo Pombo se comprometió con las imágenes brillantes del advenimiento de la República española. Esa diferencia entre lo real, lo auténtico, y lo fingido, lo postureado, le parte el corazón ahora. Da pena verle. Y Gabriel no sabe qué contestar cuando le pregunta:

–¿Qué puedo hacer ahora, Gabriel? Porque no sé qué debo hacer. Solo sé que quisiera salvar a mi hijo de mis propias contradicciones y no sé cómo hacerlo.

–Ahora mismo solo te queda rezar a un Dios en el que no crees. Solo nos queda rezar. Y es posible que ese Dios en quien no crees te oiga

mejor desde tu incredulidad que desde mi convencional aceptación de la fe cristiana.

–¿Entonces crees, Gabriel, que debo alzar mi corazón a Dios, que debo pedir a Dios ahora la salvación de mi hijo?

–Sinceramente así lo creo, pero no creo que puedas... Solo te queda el consuelo de saber que, desde tu incredulidad, desde tu incoherencia, de la que te arrepientes, has conseguido educar a un hijo coherente consigo mismo y con sus ideales y más valiente que tú, y, por lo tanto, también, más en peligro que tú y que nadie ahora mismo.

En el Alfonso Pérez se vivía peor que mal. Y, a la vez, con los amigos que uno, casi sin querer, iba haciendo, bastante mejor que bien, y hasta muy bien a ratos, como ahora. Wences y Alvarín habían aprovechado la hora escasa de subir a cubierta –solía ser dos veces al día, un ir y volver cabizbajamente, de proa a popa y de popa a proa– para trasegar, cuando lo había, camuflado en cantimploras, una botella del tinto que «el Cojo» despachaba en el bar Las Olas, con una cierta diligencia abstraída y, en general, con malos modos. De resultas del impulso asalvajado y aguado del vinazo, Alvarín declaró:

–¿Sabes qué, Wences? No sé si sabes lo del gori-gori.

–No, no lo sé. ¿A qué llamas tú el gori-gori?

–Hombre, Wences, seminarista, tú debías saberlo. El gori-gori es una manera popular de llamar al dies irae, diez illa.

–Vale, estamos. Lo sé más o menos de memoria. Lo he cantado y oído cantar muchas veces en misas de difuntos. Con todo y con ser muy impresionante y muy antiguo, y una parte de los rituales de difuntos, las misas cotidianas de difuntos, nunca acaba de gustarme del todo.

–A mí, en cambio, sí, da como miedo. Uno piensa: Qué bien no estar muerto todavía.

–Déjame que te explique por qué no me gusta, por qué no acaba de gustarme... Porque suena a mis oídos como un lamento medieval y suena más estetizante y folclórico que sincero.

–Eso sí que no lo entiendo.

–Es la imagen de Dios que sale de ahí. El Dios justiciero, el Dios terrible, el Dios que pide cuentas. Acuérdate, cuán grande será el temor, cuando aparezca el justo Juez a pedir cuentas de cuanto hemos hecho. La terrible trompeta dejará oír su voz dondequiera

que haya muertos para llamarlos a todos ante el divino Tribunal.

Wences se detiene un poco y vuelve la cara hacia su amigo. Ahora están los dos frente a frente y Wences añade:

–No me acaba de gustar la imagen de Dios como juez, por divino que sea. Incluso una parte tan solemne como rex tremendae majestatis qui salvando salvas gratis, salvame fons pietatis. Hay un no sé qué amargo, sombrío, sobre todo inexacto, en esa imagen tan tradicional al fin y al cabo del Dios terrible que hará justicia al final de la vida. El mensaje de todo el himno es alejador y nosotros no queremos un Dios alejador, sino acercador, sobre todo ahora, tú y yo, que estamos en manos de Dios en este barco.

–Jamás había pensado en nada de esto. Confieso que me gustan los entierros. Ver sacar las carrozas negras con los caballos negros y oír cantar en latín, oír cantar frases que no entiendo. Tampoco las entienden los demás. Hay que ser medio cura, como tú, para entender los latines.

Wences se echa a reír.

–Hay que hablar de Dios de otra manera. Como tú y yo hablamos de Dios ahora, a tientas y sin pensar en nuestros pecados o nuestras faltas o nuestros defectos, pensando, qué sé yo, con alegría en la Resurrección.

–Pero nosotros no resucitaremos. ¿Cómo vamos a resucitar? Es una idea difícil de aceptar, me parece a mí. Mi padre, por ejemplo, ha comentado algunas veces que es una idea escandalosa, una trampa para osos, nosotros somos los osos entrampados y la trampa es la Iglesia. Lo dice suavemente, pero lo dice. Y yo me he acostumbrado a pensar que siempre dice la verdad, siempre dice lo que cree, por lo menos lo que cree que es verdadero. Pero ahora saltas tú con la Resurrección. ¡Saltas con eso y no sé cómo ponerme, cómo reaccionar! Y conste que te quiero y que te creo, Wences, y que nos vendría resucitar bastante bien en estas circunstancias.

Cabrillea el sol en la bahía fulgente. La conversación, de algún modo, les ha entretenido a los dos. Están embebidos en su conversación. No se llega a decidir nada. ¿Resucitaremos, no

resucitaremos, nos matarán, no nos matarán? Igual salimos de esta, piensan los dos. Ha habido muerte todo alrededor de ellos esos meses en Santander. La muerte es un hecho real, una implosión en nuestras vidas que deja un regusto amargo, incomprensible, la muerte inigualables nos hizo a la destreza. A su manera, los dos, Wences y Alvarín, se han vuelto diestros en capear los desastres de la guerra. Es como si la muerte misma hubiese dejado un guión a seguir a los que aún viven. Acuérdate de que eres mortal. Vive cada instante como si fueras inmortal y, tal vez, cuando yo llegue, no me veas con tan malos ojos como me ves si no piensas nunca en mí... En esto, un guardia les vocea desde el puente de mando:

–¡Eh, eh! ¡Vosotros dos! ¡Se acabó el parloteo! ¡A la puta bodega! ¡Las mariconas de Falange!

Las voces sobresaltan a los dos amigos, que se apartan de la borda y se encaminan hacia la entrada de las bodegas. Alvarín está furioso y responde destempladamente a gritos:

–¡Maricón tú! ¡Te partía la boca, si fueras más valiente!

Un miliciano que andaba por allí oyendo a Alvarín le metió un culatazo en las costillas:

–Señorito de mierda... ¡Calla la puta boca!

El culatazo dolía de verdad. Alvarín y Wences bajan como pueden escaleras abajo a las bodegas. Una vez a salvo de la mirada de los guardias, se dan la mano y se abrazan.

–Arriba España, Alvarín –murmura Wences–. Arriba el corazón.

–Arriba España... –Alvarín contesta retorcido por el dolor del culatazo.

Una vez tumbado en su jergón de la tercera bodega, separado por otros tres o cuatro del jergón de Alvarín, Wences repasa la figura o, como él dice, el incipiente carácter de su nuevo amigo. Hay en él esa ligereza, casi superficialidad, que le hace parecer insensible a los padecimientos del barco. No es una fortaleza estoica, piensa Wences, es más bien una integridad infantil. Alvarín, no obstante su

fornido aspecto, tiene todavía una valentía de niño, que no es, sin embargo, inconsciencia. Lo mismo que Wences, sabe de sobra –o sospecha de sobra– lo que acabará ocurriéndoles a los dos, a medida que pasan los días y a medida que la República no acaba de derrotar a los sublevados. Wences piensa ahora, emocionado, en esa especie de integridad espiritual de su amigo, ese saber y esperar lo peor, la propia muerte, como si no fuera con él mismo. En comparación con Alvarín, el Wences se siente acobardado casi todo el día. La situación es intimidante. No es que se opongan dos ideologías, dos posiciones políticas, es que se encuentran en manos irresponsables, violentamente irresponsables. Cabe esperar, de sus guardias, cualquier cosa. Cabe esperar cualquier caprichosa liberación y, al revés, cualquier caprichoso asesinato.

A Wences le cuesta mucho pasar ese tiempo aprisionado. Los días se le hacen eternos. En realidad, duerme mal, se despierta bruscamente varias veces en la noche. Cualquier movimiento de un compañero en el jergón le despierta, cualquier ruido a bordo. Alvarín, en cambio, duerme como un tronco. ¿Será eso una bendita inconsciencia? Si lo fuera, la valentía de Alvarín valdría menos. Wences no acierta a calificar, para sí mismo, la peculiar valentía de Alvarín, su integridad en esas circunstancias. ¿Es que no tiene miedo? En los puntos de Falange se dice, sencillamente, que la muerte es un acto de servicio. ¿Será eso lo que está dando fuerza a Alvarín ahora? ¿Será que considera que, arrojado a esa bodega, en peligro de muerte, está haciendo su acto de servicio? Wences se inclina por esta opción que, sin embargo, a él mismo le sirve para muy poco. Al dejar el seminario, Wences se dio cuenta de que, junto con la idea de liberación, se introducía en su cuerpo una ensoñación de hedonismos consentidos. Verse libre de la rigidez de las normativas del seminario era equivalente a verse también en condiciones de disfrutar de la vida. Comer y beber a deshora, quizá más adelante también echarse una novia guapa, sentirse a gusto, más tarde todavía, en una casa propia o en un cuarto propio. Disfrutar de la vida, sentirse querido por los compañeros o por una novia. Sentirse a gusto con las inclinaciones del propio cuerpo –que no eran, por cierto, en el caso de Wences, demasiado violentas–. Un hedonismo tolerable, civil, le había parecido a Wences, al dejar el seminario, una de las ventajas de su nueva situación. En cambio, Alvarín no parecía hedonista: el hedonismo requiere una cierta

complicidad con uno mismo, una cierta liberalidad con el propio cuerpo, con la propia imaginación. En Alvarín resplandecía, piensa Wences esa noche, una especie de austeridad infantil, una aparentemente imposible e impracticable pureza que venía, quizá, de su niñez, que quizá le hizo abrazar el falangismo con naturalidad, una ascética de gimnasia y de marchas, de relaciones francas con los compañeros, con los amigos..., con la muerte, incluso. Me hallará la muerte, si me llega, y no te vuelvo a ver. Cantar eso era equivalente a jurarlo, a prometer vivir así. Solo un santo inocente –eso tan imposible de concebir– sería capaz de arriesgar su vida y de ofrecerla sin atender a su propia conservación, sus propios miedos, su propio egoísmo.

Wences hubiera querido decirle a Alvarín, a su cara, todo lo anterior. Y, sin embargo, sabía, estaba persuadido de que decírselo hubiera sido absurdo. Entrevió, imaginariamente, el desconcierto de su amigo al oírle. Se hubiera sentido avergonzado al verse, en su opinión, excesivamente mejorado en aquel retrato verbal, en una imagen de sí mismo que apenas reconocería. Se le ocurrió a Wences en aquel momento, se le pasó por la cabeza, que la heroicidad, que la santidad, tenía, a la fuerza, que ser inconsciente para el propio héroe, para el propio santo. De decir algo, de pensar algo en concreto, Alvarín pensaría: ¿Qué querrá decirme el Wences con esto de mi integridad y mi pureza? Su buena opinión de mí es muy de agradecer, pero se equivoca. Seguro que me parezco más a uno cualquiera de nosotros que a esa imagen que Wences tiene en su cabeza. Tan jodido estoy aquí como el que más, como mínimo igual que el propio Wences. No hay heroísmo en esto. Mi padre tampoco lo creería. Diría: No te creas esas cosas. Se resiste porque sí. Un gentleman aguanta lo que le echen.

Wences dio vueltas esa noche a lo que Alvarín le diría si le dijera que le veía como un héroe, como un valiente. Incluso Wences pensó que Alvarín pensaría que, si tanta importancia le daba su amigo, si tanto le distinguía, tanto más se avergonzaría de él cuando viera, quizá muy pronto, lo poco que valía Alvarín para héroe falangista o lo que sea. El puesto que tienes aquí –hubiera dicho quizá el fundador de Falange– es un accidente, casi una casualidad. Todavía no forma parte de tu destino. Como mucho es tu destino en fárfula. Estás aquí porque estás aquí, camarada, de momento por

casualidad, sin demérito, pero sin gran mérito tuyo propio, eso tampoco. Pobre Wences, pensaría Alvarín, me da pena desilusionarle, pero, en fin...

Wences no recuerda ahora qué escritor o escritora dijo lo de que la imaginación es la loca de la casa. Y piensa Wences que, sea quien sea, dio en el clavo. En esta casa de locos del barco-prisión, la imaginación individual es también una desmelenada loca. Lo piensa porque se ve a sí mismo sumergido en imágenes continuas y discontinuas, envilecidas y nobles, verdaderas y falsas a la vez. Y recuerda la letrilla de don Antonio Machado: En mi soledad / he visto cosas muy claras / que no son verdad. Las cuatro bodegas del Alfonso Pérez son cuatro especies de soledades distintas e idénticas, cuatro desiertos monásticos: la imaginación hace de las suyas, enloquece al monje encerrado en su celda. Por eso –quizá también por eso– su interpretación de la realidad de su amigo Alvarín le parece a ratos verdadera, la única verdad, y a ratos, quizá como al propio Alvarín si llegara a oírsela expresar, desatinada, enloquecida. Wences se da cuenta de que su necesidad más acuciante ahora es tener un héroe, poder admirar a un héroe, a un santo. Seguro que hay algunos héroes entre los presos. Pero el único que Wences reconoce es su amigo Álvaro, que a su vez no se reconoce a sí mismo como héroe. Y es en ese no reconocerse heroico y serlo donde se apoya Wences para darse ánimos en ese generador de envilecimiento que se ha vuelto el Alfonso Pérez. Comer el exiguo rancho que les preparan en las cocinas del barco es envilecedor, pero lo más envilecedor de todo es el terror que sus guardianes le inspiran. Secretamente envidia a quienes como Bustamante o Mazarrasa suben a hablar con el comandante y vuelven a bajar contando que es un anarquista estrafalario que unificaría anarquismo con Falange Española. Wences nunca ha asistido a esas reuniones. Y, en cierto modo, solo es capaz de verbalizar su situación hablando con Alvarín, que vive esa misma situación con absoluta naturalidad sin miedo, aparentemente sin temor. Estamos donde tenemos que estar, Wences, ha dicho en alguna ocasión, ahora tenemos que estar aquí presos. Si salimos de esta, tendremos que ir al frente. Ahí seguro que nos matan a tiros, es lo que hay. Pero lo admirable en estas frases no es el estoicismo, sino la ingenuidad, la integridad infantil del joven Pombo.

El héroe de todos los héroes, para Alvarín, es José Antonio Primo de Rivera. ¿Disminuye esto la estatura de su padre? No, a los propios ojos del chico. Solo que Cayo Pombo Ybarra es más que un héroe, alguien admirable y exterior a él, su padre es la casa, lo familiar profundo. Lo profundo –a diferencia, quizá, de lo santo– no puede ser heroico, porque no tiene fisionomía exterior. Su padre –ese buen hombre melancólico que ha acabado siendo Cayo Pombo– finalmente se ha convertido en una interioridad pura para su hijo. Una interioridad pura es un recinto que sirve de fundamento, pero que, en cierto modo, no se objetiva, es la emocionada subjetividad propia, transferida al fundamento, a la casa. José Antonio es una figura exterior, política, relevantísima para Alvarín, pero es exterioridad: no viene de abajo hacia arriba ni de atrás a delante. Viene, al revés, de fuera a dentro y de delante a atrás. Dentro de dentro está la casa, está su padre, Cayo Pombo. Entonces no es un héroe, sino un dios-lar. Para darse cuenta de la importancia absorbente de su casa, de su padre, Alvarín no ha tenido que moverse apenas. Su padre es su dios protector, que le ha protegido siempre, incluso de la brillantez de su aventurera madre, Ana Caller. Le ha protegido, incluso, del desamor que podría haber sentido, del resentimiento que podría tener contra su madre. Su padre-lar le ha dejado abierto, de par en par, como una habitación primaveral soleada: uno se sienta en esa habitación, en el suelo, con las piernas cruzadas, y apoya la espalda y la cabeza en la pared, mira al frente, cierra los ojos. Es un templo pequeño de un dios-lar, del dios de la paternidad. Por eso no es un héroe, Cayo, para su hijo Álvaro, porque Cayo es la casa, es la oración que se dice, que se pronuncia antes de quedarse dormido: padre, papá, casa paterna, descanso, sueño, reposo, regreso del día y del sol. La paternidad de su padre es, para Alvarín, un continuo nunca interrumpido, una continuidad benéfica, salvadora. Más, entonces, que el propio José Antonio Primo de Rivera. Cayo Pombo Ybarra representa para su hijo lo sagrado, la continuidad sagrada de la vida, lo irrompible, el amor filial, lo único irrompible. Pero su padre no es un héroe, claro que no, porque no tiene la cualidad exterior del héroe, la teatralidad, a veces brillante y a veces tórpida, de lo exterior. No hay exterior en casa. Por eso no hay tampoco vergüenza. Ante su padre, Alvarín no se avergüenza, está desnudo ante él, como si remotamente oyera decir: Los dioses no tuvieron más sustancia de la que tengo yo. He aquí, quizá, el motivo por el que Alvarín

muestra esa tranquilidad, preso en el Alfonso Pérez, que tanto ha llamado la atención de Wences. Alvarín siempre ha sentido esa tranquilidad, en Santander, en Francia, en el colegio, igual que ahora, en el barco, de saber que su padre, el interior de su interior, estaba en su casa leyendo el periódico en su despacho o sentado en esa imaginaria habitación primaveral abierta de par en par.

32

Desde el exterior iban llegando al barco noticias del gran héroe exterior, el mejor hombre de España en el imaginario falangista. Se decía que le habían detenido, que le habían llevado a Alicante, que estaba en manos de los rojos. Esas noticias emanaban de dos distintas y muy opuestas fuentes: una fuente eran las familias de los falangistas y demás juventudes de derechas encerradas en el barco, que aprovechaban el permiso para llevar cestas de comida a los detenidos. Incluían ahí papelillos doblados dos veces escondidos dentro de las fiambreras. Eran noticias felices para los presos, noticias secretas que indirectamente les recordaban sus casas, sus familias. Y había otra fuente que eran los comentarios, con frecuencia malintencionados, de los guardias del Alfonso Pérez.

–¡Ya está en el bote vuestro jefe, cabrones! ¡Ya le huele el culo a pólvora, ya! Después de tanto chulear, los falangistas acabaréis como va a acabar vuestro jefe, ¡cagaos de miedo a la muerte!

Fraseos así irritaban a Alvarín, que se encrespaba dispuesto a liarse a trompazos con los guardias, lo cual era suicida. Wences hacía lo imposible por detener la inocente furia de su amigo. La noticia, sin embargo, de la detención de José Antonio Primo de Rivera en Madrid y del traslado después a la cárcel de Alicante tenía dos lados para los falangistas a bordo del barco-prisión. Había un lado de orgullo: encarcelado está, como nosotros, por la noble causa de España. El encarcelamiento de José Antonio aumentaba el valor moral del encarcelamiento de los falangistas santanderinos. Había otro lado más ambiguo que el orgullo no lograba disimular, el miedo a la muerte: si un personaje tan notorio, tan brillante como José Antonio Primo de Rivera, tan conocido internacionalmente, había caído en las garras de los milicianos, que hablaban de fusilarle, de cortarle los huevos, de humillarle antes de morir, si eso se lo hacían a José Antonio, ¿qué no harían con ellos, pobres falangistas de provincias? Orgullo y terror. La posición de Wences en esto era curiosa, conocía el pensamiento joseantoniano mejor que nadie en el barco, recordaba de memoria fragmentos de sus discursos. Un discurso que le gustaba especialmente comentar con

su amigo Alvarín era el publicado en Arriba, en diciembre del 35, titulado «Homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset». Una de las frases que Wences parafraseaba era aquella de que no se puede acudir a medias al llamamiento de la política. Ni con la política, ni con la ciencia, según Ortega, se puede flirtear. Le gustaba a Wences citar textos que sospechaba habían de gustarle más a su amigo. Así le recordaba que mientras que en filosofía se arranca de la duda y se procede por revisión constante de las propias conclusiones, que siempre son provisionales, en política no. Toda gran política, decía Primo de Rivera, se apoya en el alumbramiento de una gran fe. De cara hacia afuera –pueblo, historia– la función del político es religiosa y poética. A los pueblos los mueven los poetas. La comunicación política no es solo mental, sino poética y religiosa. Para que un pueblo no se diluya en lo amorfo, para que no se desvertebre, la masa debe seguir a sus jefes como a profetas. Alvarín oía todo esto exaltándose.

–¡Eso es –exclamaba– lo que yo he querido decir siempre, lo que he sentido siempre y nunca he sabido decir, Wences! Tenemos que ser poetas y mártires, poetas y santos. Va con la profesión, con el oficio que hemos elegido, va con la camisa azul y con el cara al sol.

Y Wences le tomaba el pelo diciéndole:

–Bueno, eso tú, que eres un falangistón de pro, yo no me he comprometido tanto como tú, yo solo soy un simple exseminarista, exmaestro, he hecho de todo un poco y soy un ex de todo un poco, pero admiro a José Antonio también, no tanto como tú, pero también le admiro y reconozco que sus textos me emocionan a veces con su grandeza y su nobleza distantes.

En una de las salidas a cubierta, ese único recreo que tenían, Wences sorprendió a Alvarín diciendo:

–¡Si no fuera por ti, me vendría abajo yo!

Estaban acodados en la proa del barco, desde donde se veía Santander reluciente a media tarde. Un Santander como de postal en color, con su paseo de Pereda arrebatado al mar y la majestuosidad afrancesada de las casas del Muelle que daban ya a Puertochico, frente al Club Marítimo. Alvarín se volvió bruscamente

a su amigo.

–Pero ¡qué dices! Seguro que es al revés. Aquí dependemos todos de todos, pero yo, sobre todo, dependo de ti, Wences.

–Sí, pero tú estás tranquilo. Y yo, por más que lo disimule, estoy agitado. Contemplar tu tranquilidad en estas circunstancias es tonificante. Viéndote, he llegado a creer que la valentía, el valor, es la tranquilidad de conciencia. Tú sabes de sobra dónde estamos y lo que te puede pasar a ti y a todos nosotros. Y a la vez estás tranquilo. Sin darte cuenta me tranquilizas a mí, que estoy siempre intranquilo y desasosegado.

–Pues no lo parece, Wences –exclamó Alvarín, sinceramente asombrado–. Tú sí que pareces tranquilo.

–Igual sí, pero en mi caso es el resultado de un esfuerzo consciente. Tengo que estar tranquilo porque tú estás tranquilo. Tú me enseñas a desentenderme de mi agitación como un buen médico o una buena enfermera enseña a sus pacientes a dejar un poco a un lado sus achaques o sus padecimientos. Una buena enfermera, un buen médico, te alivian más sonriendo o dándote un poco de conversación trivial que, incluso, recetándote cualquier cosa o curándote. Un enfermo es siempre incurable para sí mismo. El buen médico, el buen enfermero, le curan o le alivian, le tranquilizan más por la atención que le dedican, la comprensión que le ofrecen, que por los remedios que le apliquen. Tú me tranquilizas porque no me das consejos, no se los das a nadie, como si no tuvieras nada que decir, nada especial, como si todo consistiera en estar ahí y aguantar mecha. Incluso cuando te cabreas estás tranquilo. Ese es el buen temple de ánimo, esa templanza en la adversidad, también en el bienestar y en la alegría.

Una vez más Alvarín se siente abrumado y divertido por todo ese discurseo de Wences acerca de su persona. Piensa: Está equivocándose mucho conmigo. Favor que me hace. Lo que yo soy o lo que yo aguante se entiende mejor si se piensa que he tenido más suerte que nadie en la vida. Tengo a mi padre, tengo a Mercedes, tengo mi cuarto de dormir en la calle Gándara, tengo mi sitio en Santander. Mi sitio y mi familia me hablan de mí y me dicen quién soy, cómo tengo que ser, a diferencia de muchos

desgraciados sin familia y sin casa, yo tengo por suerte las dos cosas. Estoy tranquilo porque he sido amado. Estoy tranquilo porque sé que estoy siendo amado ahora mismo.

Si por un momento pudiéramos ver a esos dos jóvenes, Wences y Alvarín, desde fuera, desde arriba, desde todos sus lados a la vez, si fuera posible verlos como absolutamente son y no han llegado a ser aún, ¿qué veríamos? Veríamos, quizá, un ejemplo ejemplar, un caso ejemplar de dignidad y de cordura, que no excluye el miedo a la muerte, pero que incluye a la muerte y a la vida dentro de un mismo circuito vivificante. Los ejemplos vivifican los relatos. Un buen relato, por muy de ficción que sea, vivifica la vida que vivimos a diario, como si de pronto fuéramos capaces de sobrevolarnos y sobrentendernos y entendernos de sobra, como si nos protegiese de pronto la luz de una inmensa sabiduría, por inimaginable e inverosímil que este concepto sea. El problema antropológico y personal de la idea de Dios en el mundo, el problema de la presencia de lo sagrado en este mundo, consiste en que a la vez podamos concebirlo y verlo por un instante, y a la vez que lo concebimos y lo vemos, lo perdemos inmediatamente de vista. Lo sagrado, pues, nos acompaña en el modo de su instantánea desaparición. Visto y no visto.

–¿Crees tú que es verdad, Wences, lo que andan diciendo de José Antonio, que le han detenido?

Es el rumor que nos ha llegado a todos. Igual lo dicen para jodernos, pero igual es verdad. Lo que sí es cierto es que andan inquietos porque los sublevados militares rodean Madrid. Y es un hecho que, sin emisoras, ni telégrafos, ni teléfono, ni correo con Madrid, la prensa de Santander inventa mentiras a su gusto. Lo que nos ha llegado aquí es que ha sido condenado a muerte en Alicante, a treinta y ocho años de prisión su hermano Miguel, y a seis la esposa del hermano, Margarita Larios. No creo que tengan, nuestros milicianos de aquí, mucha más información que nosotros, porque el avance de las tropas nacionales ha cortado la comunicación normal con Madrid. Lo de José Antonio, si es verdad, es terrible, porque es el creador y el alma de Falange Española.

–Pero es que es una locura, ¿no te parece, Wences? ¿Por qué tienen que matarle?

–Porque acaba de empezar la sublevación y, en pocos meses, están ya los sublevados en Madrid. Los republicanos están rabiosos. Aquí, a Santander, siempre llega todo un poco retrasado y apagado. Pero en Madrid y en Toledo andan a tiros.

Aquellos dos años escasos desde la fundación de Falange en el Teatro de la Comedia a finales del 33, los dos siguientes años, 34 y 35 –Alvarín se apuntó a Falange a finales del 34–, fueron años de exaltación de conciencia de grupo. Al fin y al cabo, si se recontaban falangistas, en toda España venían a salir unos cinco mil en aquellas fechas. Cinco mil, en aquellas fechas, eran cuatro gatos. Nada comparable –dentro de la derecha– a la enorme fuerza numérica de la CEDA o de los carlistas o, incluso, de los alfonsinos. Pero Falange Española tenía, para Alvarín, un encanto romántico, el encanto de una expedición o una aventura o un viaje contra viento y marea. Más que las consignas políticas, eran las consignas espirituales del partido lo que le hacía vibrar, y, más aún que las consignas, lo que le hacía vibrar era la personalidad de José Antonio Primo de Rivera. Una personalidad que, por cierto, resultaba sin fisuras en aquel momento: un héroe de una pieza. Había un sentido heroico de la milicia que Alvarín había captado nada más afiliarse. La milicia no es una expresión caprichosa y mimética. Ni un juvenil jugar a los soldados. Ni una manifestación deportiva de alcance puramente gimnástico. La milicia iza su banderín de enganche en todas las esquinas de la conciencia nacional. (...) Es la patria quien necesita de nuestro esfuerzo y de nuestros brazos; es ella quien nos manda uniformar, formar todos como uno, vestir las azules camisas de la Falange. El Wences había sugerido a su amigo Álvaro que indagara un poco en las hemerotecas, en las colecciones, por ejemplo, de Arriba, de febrero del 36, donde José Antonio se enfrentaba con la figura de don Manuel Azaña.

–Azaña no puede ser para ti ahora un héroe del calibre de José Antonio. Se le ha pasado ya la edad de serlo. Es un político que tiene la edad de tu padre. Pero, sin embargo, tienes que ser justo con él, porque el propio José Antonio es justo con él en sus artículos del Arriba. Es característico de tu José Antonio Primo de Rivera, y también del mío, tratar de reconocer la valía, la validez de sus enemigos políticos. En un artículo titulado «Aquí está Azaña», recuerdo que decía: Con un brío que contrasta con la flojedad de las

derechas, en 1933, las izquierdas han reclamado la entrega del Gobierno. Y a estas horas está en el poder un ministerio presidido por don Manuel Azaña. He aquí la «segunda ocasión» de este gobernante, una ocasión llena de peligro pero que puede dar resultados felices. Por lo pronto, hay que señalar esto: el triste pantano cedorradical del último bienio no permitía alimentar a nadie la más leve esperanza, ni el menor interés, ni el más ligero gusto por la participación. Aquello era como una muerte lenta y estúpida. Esto de ahora, con Azaña, es peligroso. Pero está tenso y vivo. Puede acabar en catástrofe, pero puede acabar en acierto. Aquí se juega una partida arriesgada y emocionante. Ahí estaba todo perdido de antemano. Le rodea a Azaña una caudalosa esperanza, pero le cercan dos terribles riesgos: el separatismo y el marxismo. La operación infinitamente delicada que Azaña tiene que realizar es esta: ganarse una ancha base nacional, no separatista ni marxista, que le permita, en un instante, emanciparse de los que hoy, apoyándole, le mediatizan, es decir, convertirse en el caudillo de una facción injusta, como todas las facciones, en el jefe del Gobierno de España. (...) Lo importante es esto: España ya no puede eludir el cumplimiento de su revolución nacional. ¿La hará Azaña? ¡Ah, si la hiciera!

Con el tejemaneje de las cestas de comida, entraba y salía del Alfonso Pérez mucha valiosa –aunque desordenada– información. Y discontinua, por supuesto, porque la línea gastronómica –cuyo funcionamiento complacía al comandante del barco, pues le ahorraba gran parte del engorro de los ranchos– se interrumpía en ocasiones por castigos y también por la curiosidad voraz de los milicianos y los guardias, que se comían las tortillas de patata y el arroz con leche. Así y todo, la información abreviadísima iba colándose mal que bien. Y así se iba sabiendo de los avatares de la guerra que acababa de empezar aquel verano y que no acababa de pintar del todo bien para la República.

Había, para los cautivos, información euforizante, como el precipitado y absurdo anuncio de Radio Lisboa de la caída de Madrid con Franco entrando Castellana arriba en un caballo blanco. E información deprimente también –mucho más realista– de los fallidos intentos de los sublevados de hacerse con Madrid. Las infructuosas batallas de Garabitas en la Casa de Campo, del Parque del Oeste, la Ciudad Universitaria, la primera batalla de la carretera de La Coruña... Todo indicaba que se iba fijando y endureciendo lo que empezó a denominarse el Frente de Madrid.

Sea como sea, se ha de conseguir,

que los boinas rojas entren en Madrid.

Canturreaban los jóvenes requetés cautivos en las cuatro bodegas del barco-prisión. Muchos de estos chavales, boinas rojas, eran del requeté navarro y guipuzcoano, y entonaban bien el célebre:

Por Dios, por la Patria y el Rey,

lucharon nuestros padres.

Por Dios, por la Patria y el Rey,

lucharemos nosotros también.

Lucharemos todos juntos,

defendiendo la bandera

de la Santa Tradición.

Wences y Alvarín, que coreaban también estas canciones, las comentaban después con un dejo entre escéptico y guasón.

–No podría decirse que mi padre, Wences, luchara por eso que coreamos –comentaba Alvarín–. Lo suyo con la Santa Tradición era más bien una sensación de agobio, un sentimiento de rechazo.

–Y lo comprendo –replicaba Wences–. Yo dejé el convento por eso, más o menos por lo mismo.

–Pero ahora somos aliados. Nos une la sangre derramada de ambos bandos. ¿No es así, Wences? Por eso canturreamos con gusto las mismas canciones.

De entre estas noticias se enunció, borrosa, como una mata de remolacha azucarera recién entresacada, una sospecha terrible que se le metió en la cabeza al Wences, alojada en una de las fiambreras que le llegaron, como a los demás, de parte de sus amigos o familiares santanderinos: Federico, asesinado en Granada. Los falangistas le mataron. Los malditos amigos de sus amigos falangistas.

La inicial sospecha fue un golpe terrible para Wences, que la aceptó desde un principio como una auténtica noticia, como un hecho fatal.

–Han matado a Federico, los hijos de puta. Ganas que le tenían y ahora mira.

Eso fue todo lo que comentó al principio con Álvaro. No lloraba, no levantaba la voz, solo murmuraba como si cuchicheara al oído de su amigo.

–Le han asesinado, ¡los hijos de puta! A tiros, por la espalda. Ya medio muerto, aún le metió dos tiros por el culo un malnacido de Falange.

–¿Cómo sabes que eso es verdad, Wences?

–No lo sé, no se sabe. Pero se sabe... Lo sabe el mundo entero. Sé que lo sabe el mundo entero.

Al final le pareció a Alvarín que el llanto sin llanto de su amigo tenía principio pero no tenía fin. Como un tornillo sin fin, porque no quería ser consolado. Alvarín le abrazaba. Y la espalda y el cuello de Wences, rígidos, rechazaban sin rechazarlo el abrazo, el consuelo. Su amado y admirado Lorca, al que Wences siempre había deseado saludar cuando pasó por Santander, con su teatro, con La Barraca, se merecía de sobra ese duelo inconsolable.

Nadie supo a ciencia cierta, en aquel momento, si las habladurías eran ciertas o solo una estrategia del miedo por parte de los sublevados, incluso una estrategia del odio por parte de los republicanos. Lorca había sido cruelmente asesinado tres meses antes, a los treinta y ocho años, en su tierra, su Granada, el 18 de agosto de ese mismo año 1936.

Nunca más certero que aquí, más valiente, el gran Luis Cernuda, cuando escribió, a propósito de ese asesinato:

Bajo la luz tranquila de Granada,

Distante, entre cipreses y laureles,

Y entre tus propias gentes

Y por las mismas manos

Que un día servilmente te halagaran.

–Le halagaban y le envidiaban a la vez –murmuraba el Wences–. No olvides eso, Álvaro, que Federico les encantó, les sedujo, les arrastró con su teatro y sus poemas. Y, al mismo tiempo le odiaron, le envidiaron y le odiaron.

Y recordaba Wences una anécdota que en esos días repitió varias veces a beneficio de Álvaro, donde intervenía José Antonio Primo de Rivera:

–Parece ser que fue en Palencia, en un restaurante, mientras comían los barracos. Entró José Antonio Primo de Rivera, acompañado de cuatro falangistas. Lorca se mostró inquieto, y más inquieto todavía cuando un camarero le trajo una nota de Primo de Rivera escrita en una servilleta:

Federico, ¿no crees que, con tus monos azules y nuestras camisas azules, se podría hacer una España mejor?

¿Era irónica esta propuesta? En su inmenso estudio biográfico, Ian Gibson sugiere que lo fue. Pero Wences, a quien también había llegado eso mismo, se obstinaba en defender –saltándose, quizá, una razonable dosis de verosimilitud– que José Antonio Primo de Rivera y Federico García Lorca, los dos grandes ausentes, se habían conocido y habían sido, de algún inverosímil modo, próximos y amigos.

Me encontré con la muerte.

Prado mortal de tierra.

Una muerte pequeña.

El perro en el tejado.

Sola mi mano izquierda

atravesaba montes sin fin

de flores secas.

Una muerte y yo un hombre.

Un hombre solo, y ella

una muerte pequeña.

El caso era que el duelo de su amigo por la muerte de Lorca, aquel llanto sin llanto que le hacía rígido el cuello y la espalda, estaba compuesto a la vez de recuerdos, de versos. Como si los versos fueran –porque de verdad lo sonramalazos de una conversación ininterrumpida con el poeta al que nunca llegó ni tan siquiera a saludar. Y era tan inmenso el quebrantamiento y la desolación de Wences, y tan intensa la preocupación de Alvarín, que llegó a preguntarle:

–Wences, yo quiero acompañarte en el sentimiento. En ese sentimiento que tú tienes ahora de pena inconsolable. Y sé que no llego hasta tu pena, que es un pozo, y al fondo del pozo estás tú treinta metros más abajo, como un cubo arrojado desde el brocal con una soga para sacar agua, que se rompe la soga y se queda el cubo dentro. Tú eres ese cubo de pena, ese pozo de pena. Y yo estoy arriba, en el brocal, y no sé si tirarme dentro o esperarte fuera. Pero no sé cómo vas a subir, porque no hay escaleras. Y la soga que unía tu cubo con el aire y con la luz se ha roto. Y ahora entiendo: los versos y las canciones de Federico son para ti, no son literatura, son el saboreo de una conversación borrada, apagada para siempre. Tú

hablabas de tú por tú con tu poeta. Y ahora de pronto no le oyes...

E intercaló Wences:

–No le oigo porque se ha muerto. Le han matado. Se ha muerto como todos los muertos de la tierra. Como todos los muertos de la guerra. Como todos los perros que se olvidan en un montón de perros apagados.

–Es como si se hubiera muerto mi padre. Así me sentiría yo si mi padre se hubiera muerto. Si le hubieran matado. Querría salvarle de la muerte innumerable y no podría y me sentiría como tú. Estoy contigo porque Lorca se te murió en tu alma y te dejó el alma muerta. Como si mi padre se muriese ahora y me dejase el alma muerta.

–Es eso, eso mismo, Álvaro. Porque mira, cuando me fui del seminario, cuando me largué de una vez, Lorca era un símbolo de alegría. De algún modo me bailaban sus letrillas populares en los ojos, en la garganta. La alegría de los pelegrinitos hacia Roma.

Hacia Roma caminan

dos pelegrinos,

a que los case el Papa,

porque son primos.

Sombrerito de hule

lleva el mozuelo,

y la pelegrinita,

de terciopelo.

Al pasar por el puente
de la Victoria,
tropezó la madrina,
cayó la novia.

Han llegado a palacio,
suben arriba,
y en la sala del Papa
los desaniman.

Les ha preguntado el Papa
cómo se llaman.
Él dice que Pedro
y ella que Ana.

Les ha preguntado el Papa
que qué edad tienen.
Ella dice que quince
y él que diecisiete.

Les ha preguntado el Papa
de dónde eran.

Ella dice de Cabra
y él de Antequera.

Les ha preguntado el Papa
que si han pecado.
Él le dice que un beso,
que le había dado.

Y a la pelegrinita,
que es vergonzosa,
se le ha puesto la cara
como una rosa.
Y ha respondido el Papa
desde su cuarto:
¡Quién fuera pelegrino
para otro tanto!

Las campanas de Roma
ya repicaron,
porque los pelegrinos
ya se casaron.

»¿Qué más religión que esta querían los hijos de puta que le mataron? ¿Qué más catolicismo y más salero que este? ¿Qué más repicar las campanas de Roma? Federico era un transformista. El fiel de una balanza sentimental que oscilaba de los infiernos a los cielos. Pero, claro, era también un triunfador, un guasón, un hombre de farándula y teatro. ¿Cómo no iba a serlo? Y eso es lo que no se podía tolerar, la gracia bendita, la gracia gratis data del mayor poeta español que yo he conocido. Y ahora van a matarnos a nosotros y, sobre todo, a ti, Álvaro. A ti más que a nadie, por falangista. Igual que los falangistas han matado a Federico. A ti más que a nadie, por señorito. Lorca también era un señorito. Esta guerra también es una guerra de clases. No solo de lados políticos, también de clases, de venganzas y de rencores.

–Esta guerra es una situación que se ha ido de las manos. Podían haberla parado a tiempo y han dejado que se escape de las manos. Aunque nos maten, nunca nos matarán del todo. Como a Federico García Lorca, si lo han matado. Si a Lorca lo han matado, nunca lo habrán matado del todo. Federico García Lorca seguirá vivo, para siempre, en el mundo entero. De sobra sé que esto no te consuela. Ni esto ni nada, Wences. Pero mira, aquí estoy contigo, pase lo que pase. Y lo que pasará, casi seguro, lo sabemos de sobra. Lo único que nos falta es la muerte que nos sobra. Esta muerte pequeña, de tu Lorca, que es un acto de servicio.

–Tú me consuelas, Álvaro. Es consolador tener a alguien tan realista, tan valiente, tan nada presumido y chuleta. ¿Qué haría yo sin ti? Igual nos salvamos.

Hemos entrado en diciembre y hace buen tiempo. Y los santanderinos se pasean por el Muelle, olvidados, de pronto, de la guerra y de los bandos de la guerra y de las muertes ajenas y de sus propias muertes. Los aviones sublevados sobrevuelan Santander a gran altura. En vez de bombarderos parecen aguiluchos, alimoches que planean, curioseando el Muelle pacificado. La ciudad soleada, pacificada, olvidada en su esquinazo cantábrico.

En el barco creen que ya no falta nada, que los altos aviones traerán la libertad, chatos de vino y jarras de cerveza en el bar de Las Olas y en La Austriaca, y en los barrios obreros y en las pescaderas de Puertochico remendarán las redes brillantes de escamas resecas. Y que saldrá en procesión por la bahía en trainera la Virgen del Carmen, patrona de los pescadores y los marineros, y repicarán las campanas de Roma. Y se oirán dar las doce del mediodía en los Jardines de Pereda, en el reloj de la iglesia de los Jesuitas.

Es así, Dios anclado, como quiero tenerte.

Panderito de harina para el recién nacido.

Brisa y materia juntas en expresión exacta,

por amor de la carne que no sabe tu nombre.

Contrastan en la cubierta del Alfonso Pérez los últimos días del aumento de la violencia y el miedo con este soleado diciembre que, como una bendición inesperada, endulza el paseo de Pereda y los barrios pesqueros. Alvarín respira hondo y Wences, como aliviado poco a poco de su inconsolable duelo, comenta, acodados los dos en la borda, la «Oda al Santísimo Sacramento del Altar» de Federico

García Lorca.

–Católico y rojo. Maricón y católico, ¡no faltaba más! ¡Ay, Federico García, llama a la Guardia Civil! –dice Wences entre dientes.

–Es como esto mismo, Wences...

–¿Como qué?

–Como estar aquí, en el barco, presos, muertos de hambre y muertos de risa. Y, a la vez, desde aquí, viendo los botes de los pescadores que han salido a pescar maganos, como si no pasase nada y aunque haya demasiada luz para pescarlos.

–¿Qué día es hoy, Álvaro?

–27 de diciembre. Es domingo. ¡Parece primavera!

–Y ahora mismo están a bombazos y a tiros en Madrid, en la carretera de La Coruña. Miedo me dan esos aviones que se pasean por encima de Santander. Aunque a la gente se le ha pasado el miedo de tanto que pasan y ya no corren a esconderse a los refugios antibombas. La gente seguirá paseando y disfrutando del sol, aunque suenen las sirenas, porque han perdido el miedo.

–Están vigilando, sin más, Wences.

El Diario Montañés también se hace eco de esta momentánea calma: Los dos domingos anteriores, algunos aparatos rebeldes habían hecho acto de presencia en nuestro cielo, pero sus vuelos se limitaron a una simple exploración, pues no descargaron la metralla. Esto sirvió para que cuando el domingo último, poco después de la una de la tarde, las sirenas dieron el toque de alarma, ante la presencia de aparatos facciosos, la gente no se apresurara a buscar refugios. Había el precedente de otros días durante los cuales los aviones enemigos evolucionaban a gran altura, sin intentar atacar a la población indefensa, y nadie creía que fueran a actuar y a efectuar un bombardeo sobre esta ciudad, que para ellos no puede tener objetivo alguno, y menos que lo hicieran a la hora en que casi toda la gente se hallaba tranquilamente en los paseos, muelles y jardines.

Todo el mundo, pues, en Santander, aquel domingo 27 de diciembre, oyó todo, sabía todo. Esperaban todos, nacionales y republicanos, un inminente bombardeo faccioso. La nueva aviación alemana se estrenaba con nosotros. Y, a la vez, saber que había de producirse el ataque, tras las dos ocasiones anteriores, les cogió desprevenidos. Quizá también como cansados, inconscientemente díscolos, como escolares despreocupados, a la vez alarmados y aburridos de tanto oír los bandos de ambos lados.

El Comité de Guerra en Santander había enviado una nota que fue enviada a los periódicos poco más de un mes después del inicio de la guerra en agosto del 36.

1. Al oírse la seña de alarma, si es de día, la población civil se recluirá en el acto en los sótanos, comercios, cafés y pisos bajos más próximos al lugar donde se encuentren, y sin que por ningún motivo pueda negarse tal albergue. Si fuera de noche se apagarán totalmente las luces, cerrándose las ventanas, recluyéndose en pisos bajos y suspendiendo en el acto toda circulación...

2. Las calles quedarán totalmente despejadas con el fin de que las fuerzas encargadas de la defensa ocupen los lugares designados.

3. La señal de alarma será dada por una potente sirena, cuya señal será reproducida por distintas sirenas de buques del puerto, a fin de que llegue a los lugares más apartados de la ciudad.

Es importante señalar que la tranquilidad en Santander durante los primeros meses de la guerra civil hizo que se tomaran a la ligera las recomendaciones de las autoridades. El peligro se percibía como muy lejano aún. El enemigo no avisa, sorprende y mata, se repetía una y otra vez en La Voz de Cantabria.

El general jefe del Ejército del Norte, el general Mola, reveló las intenciones últimas del alto mando nacional acerca de la guerra aérea el 18 de septiembre de 1936. A partir de una hora del día 25 del corriente, quedo en libertad de acción para proceder contra los objetivos tácticos y estratégicos con la violencia que las necesidades militares lo requieran. A partir de esa fecha, ningún bombardeo aéreo será anunciado. El bando de Mola estaba especialmente dirigido a vascos y montañeses.

La aviación, en aquel momento, era todavía una gran novedad. La guerra civil española, que en el verano del 36, con el alzamiento nacional, había empezado a mostrar su ferocidad en ambos bandos, era, sin embargo, una guerra de tierra, de posiciones, de trincheras, de ganar o perder cotas en los avances y en los retrocesos. Era una guerra, al fin y al cabo, muy de infantería, aunque, por supuesto, los tanques habían revolucionado, en la guerra del 14 y del 18, las tácticas militares. Pero la aviación era en aquel momento, todavía, una presencia arcangélica exterminadora instantánea. Un ataque devastador podía durar quince minutos o menos, y las escuadrillas de aviones que sobrevolaban altísimas las ciudades podían, en un abrir y cerrar de ojos, precipitarse casi a ras del suelo, ametrallándolo todo. Por trivial que suene ahora, en aquel tiempo la idea de bajar a los numerosos refugios antiaéreos concienzudamente preparados por las autoridades santanderinas era una lata. Y de la misma manera que cuando oímos hablar de un accidente automovilístico y vamos conduciendo un automóvil pensamos: Eso no va a pasarme a mí, también con los bombardeos se pensaba que aquello no iba a pasarnos a nosotros. Los santanderinos, además, de derechas y de izquierdas, vivían, como es natural, inmersos en el día a día de sus vidas. Había estrictas normas para la adquisición de alimentos. Había que proveerse de antemano de arroz y de pasta, de harina y de azúcar. Había que tener botes de legumbres preparadas. En Santander la guerra transcurría en las afueras. Como mucho, en las provincias limítrofes, en Bilbao, en Asturias. Y la agitación política de aquellos meses y las peleas juveniles de las bandas de rojos y falangistas confundían un poco la perspectiva: son las riñas de siempre. Esto es un conflicto de pobres y ricos, de obreros y patronos, la famélica legión contra el capitalismo salvaje. Y estas ideas, no obstante la ominosa presencia del Alfonso Pérez y de los numerosos paseos y los asesinatos, tenían un punto gansteril, de mala baba local, que de algún modo disminuía la sensación de terror que todo el mundo sentía sin embargo en el fondo.

Aquel mediodía extrañamente primaveral del 27 de diciembre, Mercedes estaba preparando un almuerzo de chicharros. Lomos de chicharros al horno, sazonados a la manera de los besugos o de las lubinas que ahora apenas se veían en la plaza de la Esperanza. La elaboración ahora de las comidas en Gándara 6 tenía la

complicación añadida de preparar una tartera para que Elena se la llevase a Alvarín al barco. Así que Mercedes solía hacer, además de la comida de don Cayo y de los tres miembros del servicio, una comida especial, como una paellita o unos macarrones o una ternera asada en su jugo, para el prisionero. Ocurría además, en Gándara 6, que las cartas del señorito Álvaro eran tranquilizadoras. Don Cayo le había leído algunas de ellas a Mercedes, que ahora recuerda mientras prepara los chicharros.

Domingo, 15-XI-36

Querido papá:

Sigo muy bien de salud, hasta ahora se puede decir que no he tenido ni siquiera el más pequeño catarro. Las comidas y el tabaco los recibo todos los días perfectamente. Hoy me han entregado la muda y el martes, como todas las semanas, os enviaré la ropa sucia. También he recibido las gafas y la boina. De vosotros estoy sin noticias, sin duda se habrá extraviado vuestra carta, así que la próxima vez que me escribas podéis hacerlo dos veces, una el 19 y otra el 20, pues probablemente una de las dos llegará. No te olvides de darme noticias de ti, de mamá, de Cayito y también de la tía Rosa. Felicita a Mercedes por sus menús. Tengo noticias de que el bote está varado en muy buenas condiciones en Puertochico. Ya sé que Gabriel sigue en el Ayuntamiento empleado; en cuanto a Fernando, si le veis dadle recuerdos míos.

Abrazos,

Álvaro

A todo trance, Mercedes tiene que ahuyentar y hacer a un lado la paralizante sensación de peligro que implica tener detenido al señorito Álvaro en el barco. Preparar los chicharros, que irían acompañados de un par de patatas cocidas servidas en rodajas y espolvoreadas de perejil, es, para Mercedes, ese mediodía del 27 de diciembre, un gran recurso mental. Piensa que dejar de tomar el besugo –esa costumbre navideña– es consecuencia de las dificultades para la pesca de altura causadas por los muchos buques de guerra que surcan el Cantábrico esos días. Había que atenerse a lo que había, guisar del mejor modo posible lo que se tenía. Mercedes hacía lo imposible por mantenerse tranquila en el día a día, procurando no pensar en otros tiempos culinarios de mayor brillantez. Me viene grande pensar las cosas mucho, piensa Mercedes. Y se siente inerme en su imposibilidad de intervenir o alterar la situación en nada. La última carta de Alvarín de mediados de noviembre, con aquella referencia a sus menús, había sido consoladora. Y ha tenido Mercedes también que consolar a Elena, que estos días apenas sale de casa excepto para llevar las cestas a Alvarín al Alfonso Pérez.

–Te veo que no paras. Me pones de los nervios a mí –comenta Mercedes.

Elena se echa a llorar.

–Es que pienso en Álvaro, a quien no he podido ver en todos estos días. Ni una sola vez de tantas como he ido a llevarle la comida y las mudas. Le echo tanto de menos...

–¡Elena! Álvaro es el señorito y tú, como yo, trabajas para él. Yo también le echo de menos.

–Todo eso lo sé, Mercedes. Solo quiero decir que me acuerdo mucho de Álvaro. Le echo más de menos a él que al Rubio desde que se fue al frente. Estoy como enamorada del pobre chico, con quien tanto hablaba mientras hacía la plancha y se sentaba en el cuarto

conmigo.

–¡Cómo vas a estar enamorada, Elena! No digas tonterías. Lo que estás es preocupada, como yo, como el señor, porque eres un alma buena y cariñosa. Y Álvaro es así también, cariñoso y bueno con nosotras y con su padre. Pendiente de nosotras. Esta casa está vacía sin él. Pero no estás enamorada, estás entristecida, como yo. Estamos todos aterrados, Elena.

–¡Pues sí, lo estoy! Y no es de ahora. Siempre le he querido. Siempre pensé que era guapo y fuerte y alegre. Y también él me quería un poco. Creo yo que un poco sí que me quería.

–¿Qué crees tú, Elena, que yo no me había fijado en eso? Era un imposible que a la vez era comprensible. Tenéis más o menos la misma edad. En fin, ahora eso no tiene importancia o, si quieres, tiene mucha importancia, pero no podemos hacer nada. Tenemos que confiar en que todo acabará bien y en que saldrá de esa cárcel cuando lleguen los nacionales. Que cambiará nuestra suerte, no sé, la suerte de esta casa.

Iba siendo ya hora de servir la comida. Los chicharros estaban dorándose en el horno. Mercedes recuerda que miró la hora en el reloj de la cocina. Acababa de dar la una. En esto que oyeron los alaridos de las sirenas, como se habían oído tantas otras veces. Rugían los trimotores Junkers de bombardeo escoltados por los biplanos Heinkel. El rugido de los motores se oía claramente. Parece ser que los primeros en darse cuenta del peligro que se les venía encima fueron los vecinos del barrio obrero de la zona del Paseo del Alta. En la cocina de Mercedes no solo se oían ahora las sirenas, como las otras veces. Se empezaron a oír nítidamente las explosiones, los bombazos. Los aviones nacionales –la aviación alemana aliada de los nacionalesno habían ido solo, como otras veces, a inspeccionar el terreno. Habían ido a matar. El ataque duró quince minutos que, en la cocina de Mercedes, parecieron interminables. Cayo Pombo también había oído lo mismo desde su despacho y apareció también en la cocina. Lívida la cara blanca y ojerosa.

–¡Están bombardeando Santander!

–¡Son los nuestros, señor! –apuntó Mercedes.

–Si son los nuestros es más grave todavía. ¡Tenemos a Álvaro en el barco! Tenemos a nuestro hijo del alma en las bodegas de ese barco horrible.

Pareció una eternidad y fue, sin embargo, un abrir y cerrar de ojos. Se hizo un gran silencio en todo Santander. Y después, poco después, se oyó el rumor de la multitud que se echaba a la calle. Se oyó en Gándara, también, el vocerío de mujeres.

–¡Al barco! ¡Al barco! –gritaban.

En la cocina de Gándara 6, Cayo Pombo, Mercedes y Elena se miraban atemorizados, temblando de miedo.

Muy pronto llegaron noticias a Gándara 6 de que el bombardeo había dañado un mínimo de diez edificios y otros diez o veinte quedaron gravemente perjudicados. Las zonas más afectadas fueron el barrio Obrero del Rey, además de las calles próximas al puerto, Antonio López, calle Madrid, Marques de la Hermida, todas ellas en el conocido por aquel entonces como el Ensanche de Maliaño. En Una ciudad bajo las bombas dice José Manuel Puente Fernández: Es casi inexistente la documentación conservada durante aquel bombardeo. Apenas hemos hallado una referencia en el Archivo Histórico del Ejército del Aire: «Frente Norte: Legión Cóndor ha bombardeado Trubia y Santander.» Tampoco hemos podido encontrar ningún informe o documento que nos indique de quién o quiénes provino la orden de ejecutar semejante ataque sobre la ciudad.

Cuenta Ramón Bustamante Quijano en su libro A bordo del «Alfonso Pérez» que la expectación en las bodegas del barco-prisión fue enorme. Muchos creyeron que aquel ataque aéreo precedería a un avance de las columnas de tierra en secreta y eficaz ofensiva. Había llegado la hora de nuestra liberación. No fue así, por supuesto. Cuando por fin dejaron de oírse las explosiones y se hizo el silencio, había llegado el momento de esperar la reacción del pueblo, las turbas.

Desde las bodegas del barco se oyeron y llegaron a sentirse las

explosiones como si las bombas cayeran ahí mismo. Alvarín y el resto de los presos entraron en pánico por sus familias santanderinas y por ellos mismos.

–¡Qué cojones es eso, Wences! ¡Están bombardeándonos! ¡Están bombardeando Santander!

–¡Están bombardeando Santander, Álvaro! ¡Son aviones nuestros, nacionales!

–¡No me jodas! ¡Mi familia! ¡Y la tuya, Wences! Lo de menos somos nosotros.

Apenas veinte minutos después de las explosiones, desde las bodegas empezaron a oír los pasos y las carreras en la cubierta. Algunos presos pensaban que podían ser los suyos que habían llegado a sacarles. Pero Alvarín, Escalante, Wences, Mazarrasa, los Cosío sabían que su suerte estaba echada. Que ahora no habría salvación. Levantaron los tablones de madera de la cubierta que cubrían las cuatro bodegas. Les gritaron que formasen en el centro de cada bodega.

–¡Salid al centro de la bodega, que nada os pasará! ¡Salid, canallas, perros! –gritaban los milicianos–. ¡Como bajemos, no quedará uno vivo!

Nadie hacía caso y empezaron a sonar las armas asesinas. Pistolas, ametralladoras, fusiles y, muy pronto, también las bombas de mano. Era terriblemente mortífero el efecto de la metralla al rebotar en las paredes metálicas de la bodega. Los compañeros de Alvarín caían al suelo desplomados. El propio Alvarín cayó, junto a Wences, víctima de la metralla. Fue una muerte pequeña, pensaría después Wences, que consiguió salvarse, ni él mismo sabía bien cómo. La muerte de Alvarín fue una muerte pequeña. Y, quizá, podemos decir que el hecho de que muriese en aquel asalto fue misericordioso. Murió confundido con todos sus camaradas falangistas.

Ramón Bustamante Quijano, que también se salvó, contó en su libro: Poco a poco se fueron distanciando las detonaciones: indudablemente había pasado la agresión principal. De vez en cuando un tiro o una bomba de mano nos hacía pensar en alguien

que habría llegado tarde a la fiesta. Por fin, el silencio. Aquello se había acabado. Se contentaban con lo hecho y no bajaban a la bodega. La vista que se ofreció a nuestros ojos no la olvidaré nunca: amigos del alma de tantos meses de cautiverio tumbados por todas partes, muertos o heridos. Nuestra inmediata preocupación fueron estos últimos. Tuvimos que subirlos a cubierta por la casi vertical escalera. Alineados en la cubierta estaban los muertos y heridos de la tercera bodega, lo mismo que los de la nuestra. Terribles horas las que siguieron a aquella matanza, en las que alternábamos las preces por los compañeros caídos con los comentarios, cábalas y pronósticos de lo que podía seguir pasando. ¿Qué habría sido de las familias que habían venido aquella mañana a las visitas? ¿Habrían sufrido también las represalias de las enfurecidas turbas? Y, aun cuando nada les hubiera sucedido, qué no estarían padeciendo en aquellos momentos bajo la cruel duda de si habrían perdido a sus hijos, a sus hermanos o a sus maridos.

Esos eran ahora el miedo y la desolación en Gándara 6. Pronto llegaron noticias de lo ocurrido en el barco, junto con las de los sesenta y siete inocentes muertos por el bombardeo de la Legión Cóndor. A esos había que añadir los muertos de ahora. Antes de saber que el propio Alvarín había muerto de un balazo, en Gándara 6 se vivía una angustia silenciosa, mortal.

De la masacre del barco-prisión se tuvo noticia en Gándara 6 esa misma tarde. Para evitar a don Cayo el sobresalto trágico de las llamadas telefónicas, Mercedes desconectó el teléfono del despacho para que las llamadas llegasen directamente a la cocina, directamente a ella misma. También Mercedes estuvo aquel día en primera línea de fuego, como Álvaro Pombo Caller, el falangista de la familia. Era, en realidad, una única noticia que explotaba expandiendo su metralla salvaje en miles de esquirlas mortales. Ni siquiera a Elena ni a Paco comunicaba Mercedes la noticia terrible de aquel 27 de diciembre. Elena, sin embargo, que bajó a la calle a última hora, oyó contar lo sucedido en el mostrador de la farmacia de Puertochico. A Mercedes la llamaron las cocineras y las amigas de las otras casas del Muelle. Habían despanzurrado a tiros, con bombas de mano incluso, a los presos de las cuatro bodegas. No habían muerto todos. Había muchos heridos. Al parecer, la primera bodega acribillada fue la tercera, donde sabían que estaban Alvarín y el Wences. Desde un principio, Mercedes decidió no informar a don Cayo ni esa tarde ni esa noche. Que, por lo menos, durmiera lo que pudiera. Que conserve algo de esperanza, si cabe hablar así. Cayo Pombo, encogido en la cocina al principio, fue llevado por las dos mujeres a su dormitorio. Procuraron tranquilizarle. Le hicieron tomar un sedante. La noticia del doble asalto a las bodegas, primero uno espontáneo de «la chusma» y luego uno refinado de los milicianos del barco, provistos de listas de falangistas, de curas y de gente de derechas. La noticia explotaba, llamada tras llamada, como la metralla de las bombas de mano. Aquella noche y todo el día siguiente se hizo el recuento de supervivientes. Así fueron contando y descontando los heridos más graves, los muertos.

Durante los meses que siguieron al ataque aéreo del 27 de diciembre, las incursiones de la aviación nacional se hicieron más frecuentes a medida que se aproximaban a Santander los frentes de batalla. La situación se volvió insostenible para el Gobierno republicano a partir del mes de agosto de 1937. Las tropas franquistas llegaron a finales de agosto de aquel año. Santander fue ocupada por las brigadas navarras e italianas el 26 de agosto de

1937.

Todo en Santander, una vez consumados los asesinatos del barco-prisión, volvió a una especie de normalidad enloquecida. Así que tenemos que volver una y otra vez a lo que desde entonces llevaba nombre, nombre, nombre. Aquella larga baraja de nombres de todas las familias conocidas, nombres a medio registrar o registrados con toda claridad de los cadáveres que, esa misma noche del 27 de diciembre, se inhumaron en una fosa común de Ciriego. Todo eso se supo enseguida la misma noche del 27. También Cayo Pombo lo supo todo, aunque fingió tranquilizarse o no saberlo aún, o no creerlo. Pero lo sabía ya. Lo preveía. Y, en cierto modo compasivo, a contrapelo, prefirió no dar de momento muestras a Mercedes de saber lo que sabía para no añadir a la desolación de Mercedes con excesiva prontitud o detalle la suya propia. Y temía, además, que la natural tristeza de la pobre mujer, en su espontaneidad y con la viveza de sus lágrimas, multiplicase desmesuradamente la suya propia, el punzante dolor por la muerte de su hijo Álvaro. Tiempo habría de sobra los siguientes días y semanas y meses de consolar y ser consolado, de regresar malherido a la cotidianeidad imposible que significaba la obvia ausencia absoluta del hijo.

Dos días seguidos estuvo sonando el teléfono desde París, después de que Ana Caller hubiera sabido lo ocurrido por una de sus amigas santanderinas, al que solo respondió Mercedes. Cayo Pombo no quiso responder, no pudo responder a las llamadas dramáticas de su exmujer, la madre que también perdió a su hijo aquel 27 de diciembre de 1936 y con cuya muerte hizo años más tarde unos cuantos poemas mediocres.

No quiso Cayo Pombo conciliar el sueño aquella noche –no pudo, que viene a ser lo mismo–. Se encerró en su despacho las primeras horas. Oyó cuchichear a Mercedes y a Elena, cambiar la palanca del teléfono. Y de puntillas salió de su despacho y llegó a su dormitorio y se tumbó en la cama vestido, dejando estar a la muerte todo el tiempo restante hasta el día siguiente. Como alguien que oculta o demora dar la noticia de su enfermedad mortal a sus allegados, querer ser misericordioso con las tres personas del servicio que dependían de él y que aguardaban desconsoladas en la cocina le ayudó a vaciar su conciencia de la muerte de Alvarín y, como un

opiáceo, le ayudó a reducir el dolor sin perder la lucidez.

No pudo Cayo Pombo, sin embargo, no pensar, a través de su desolación inconsolable, en las otras familias, conocidas y desconocidas, que esa misma noche se veían atravesadas por un dolor análogo al suyo. Tiempo habría también para compadecerlas, para dejar a su vez que ellas le compadecieran. Pero no podía dar ese paso ahora, ni siquiera imaginarlo. Le paralizaba el frío desconsuelo. Se sentía impedido y tiritaba vestido sobre su cama.

¿Fue capaz Cayo Pombo, en plena desolación, de pensar claramente en su hijo Álvaro, al que acababan de asesinar, y, a la vez, en sí mismo, que acababa de perder todo cuanto tenía y cuanto amaba? Es difícil precisar, ochenta años más tarde, la intensidad de una desolación así. Pero aún más difícil es concebir qué ocurría en el interior de esa conciencia paterna, imaginar una lucidez suficiente que empaña, sin embargo, un dolor insufrible. Y, sin darse cuenta, repasaba Cayo Pombo los detalles de aquella relación paterno-filial tan especial, que había empezado al regresar su hijo a casa y había durado hasta aquella noche trágica del 27 de diciembre. Y le dolía pensar que, bien mirado, solo había disfrutado de su hijo Álvaro dos o tres años mal contados. Mientras Ana vivió en la casa, durante la niñez y la adolescencia de los dos hijos, apenas le sobresaltó Alvarín. Ana ocupaba estrepitosamente todo el espacio afectivo de su marido, un acontecimiento continuamente imprevisible pero real y efectivo en la vida de Cayo. Cuando Ana le dejó y Álvaro regresó de Francia, Álvaro acaparó toda su atención. Era un chaval mucho más impulsivo que su hermano Cayito, menos guasón, quizá también menos listo de calle, menos hablador, menos presumido y destemplado, menos seguro de sí mismo. De ahí que Falange Española fuese un lugar muy natural para él, un camarada más con los otros camaradas. Aquellos listados que acabaron convertidos en placas de bronce y de piedra en los monumentos, y donde se rastrea con dificultad su nombre propio, Álvaro Pombo Caller, son también un símbolo de su voluntad de estar junto a sus compañeros, sus camaradas, de su relativa inocencia de falangista de la primera hora.

Dice un filósofo contemporáneo, Patricio Peñalver, comentando Ser y tiempo, de Heidegger, que lo que totaliza en la muerte al ser-ahí

es la perspectiva que rompe con la ilusoriedad forjada en la vida cotidiana de una continuidad ininterrumpida en un tiempo homogéneo. Esa es la continuidad que echará horriblemente de menos ahora Cayo Pombo, por eso le está costando tanto reconciliarse con el asesinato de su hijo, aceptarlo. Alvarín ofreció a su padre un suelo afectivo. De eso Cayo no había gozado nunca. Y cabe decir, sin miedo a equivocarnos, que en aquellos pocos años de Alvarín en casa lo aprendió por primera vez. Y fue un consuelo dentro de un mundo espiritual desconsolado, enajenado, que puede describirse como un malestar de la cultura –Freud– o como un ser para la muerte –Heidegger–. Ninguno de estos dos maestros ofrece, al término de sus descripciones y hermenéuticas, un consuelo.

Consolarse es escaparse. Conformarse demasiado deprisa es acobardarse: ¿qué iba a hacer Cayo aquella noche sin fin, sin Álvaro? Quedarse desnudo ante sí mismo, sin consuelo, cerrado en su dormitorio sin dormirse.

Y se le ocurrió de pronto esa noche, por primera vez quizá en su vida, que nunca había querido sufrir ni padecer ni cargar con el peso ambivalente de una vida cotidiana y cómoda: malentenderse con Ana –abandonarle ella, detestarla él– no fue un sufrimiento ni una iluminación ni un desengaño. Fue un simple accidente de una vida cómoda que no le descolocó ni alteró. Una vida que fue, irónicamente, al contrario, un inmenso descanso para Cayo. Más vale solo que mal acompañado –que hubiera dicho Mercedes–. Pero Álvaro sí, Alvarín clausuró con su presencia ese espacio insípido, transformando, por un instante, la continuidad insípida de Gándara 6 en una continuidad sabrosa. De esta suerte Cayo Pombo se acomodó, gracias a su hijo menor, a los sencillos placeres y deleites de una continuación anodina y rutinaria de su vida. Y, como es lógico, no contó desde entonces con la muerte, porque la muerte es la posibilidad de la imposibilidad de la propia existencia. Y a Cayo le parecía ahora que la vida en compañía de su hijo dando paseos por Santander o sentándose a cenar o a almorzar juntos hacía posible una existencia nueva.

Y tuvo lugar, en medio de aquella inacabable noche insomne, una iluminación para el doliente padre, a saber: sintió que el odio que sentía contra los asesinos de su hijo, odio contra aquella guerra

civil, odio contra la muerte misma, como quien da patadas contra el aguijón, había transformado su conciencia –durante un rato al menos–, ayudándole a recuperar su dignidad, que, al fin y al cabo, siempre había sido, en su caso, verdadera. Comprendió que no tenía que atormentarse ahora y que su obligación más urgente era mañana, a primera hora, consolar a Mercedes, su fiel Mercedes, a la que Alvarín tanto había querido. Y el tiempo de los relojes de las noches tristes es el mismo tiempo, instante tras instante, que el tiempo de las noches felices. Así que aquella noche se acabó, al fin, con la madrugada. Cayo Pombo se quedó entonces adormilado. Y cuando se despertó de nuevo eran las diez de la mañana. Se sacudió el traje, entró en el lavabo para lavarse la cara y arreglarse el poco pelo que le quedaba. No se fijó gran cosa en su propio rostro reflejado en el espejo del cuarto de baño. Y eso fue una suerte. De haberse fijado, habría visto el demacrado rostro de su muerte propia, fingiendo austeridad o, incluso, una sonrisa burlona. Mercedes estaba sola en la cocina cuando entró Cayo y se sentó a la mesa.

–Tomaría con gusto un café caliente con leche –dijo.

Mercedes le hizo ese café con leche y se lo puso delante. Era un tazón humeante, un café con leche, un desayuno inocente. Se detuvo un momento delante de él y preguntó:

–¿Quiere el señor también un poco de pan frito? –A Álvaro le gustaba una rebanada de pan frito con azúcar en el desayuno.

Y, tras decir esto, Mercedes se echó a llorar. Y Cayo dijo:

–Siéntate aquí conmigo, Mercedes, que yo también tengo que llorar mucho y no puedo. Es como si los sentimientos me hubieran abandonado. Solo siento un vacío sin llanto, sin palabras también. Alvarín ha sido un hijo que yo no merecía, por eso no puedo ni siquiera llorarle ahora y vengo aquí a llorar contigo, a que llores tú por mí.

Y Mercedes dijo, entre sollozos:

–Esta madrugada nos acercamos Paco y yo al Muelle de Maliaño. Estaban sacando los cuerpos, envueltos en lo que parecían mantas

de dormir. Iban echándoles entre dos, como fardos, a la caja de un camión. Yo me acerqué a uno, no pude evitarlo, uno que parecía el capitán o el jefe de los milicianos, y le pregunté que si podía ver los cadáveres, reconocer a un familiar mío, dije yo. Y me contestó: No, no puedes, compañera, ni falta que te hace, ¿para qué quieres verle?, ahora nadie es nadie, los llevamos todos a Ciriego. Y no lo decía malamente el capitán aquel, el miliciano. Lo decía fríamente, sencillamente, sobre todo lo último que dijo: ahora nadie es nadie. Era terrible oírselo decir, porque a la vez era la verdad. Nadie es nadie ahora. Los han dejado en paz.

–Los mataron a tiros, Mercedes... Los acribillaron a balazos. No descansan en paz, descansan retorcidos, como todos los muertos del bombardeo. Da igual de qué lado. Por mucho que nos duela a ti y a mí, da igual de qué lado.

Durante una semana, quizá dos o algo más, apenas hubo movimiento en Gándara 6. Cayo Pombo acabó haciendo sus tres comidas diarias en la cocina, en lugar de en el comedor –mucho mejor esto que tratar de ingerir sin ganas, a solas en el despacho, los alimentos que Elena le traía–. Elena, pobre Elena, apenas se atrevía a hablarle. Y la verdad es que Cayo resultaba prohibitivo, intimidante casi, aquella figura avejentada que se limitaba a dar, en cada ocasión, las gracias por el servicio, abriendo apenas los ojos para mirar a la preciosa y juvenil Elena, que se movía frágil y solícita por la habitación pronunciando solo las cuatro frases consabidas del oficio. Solo Mercedes se sentaba un rato con Cayo Pombo después de comer, cosa de una hora, entre las cuatro y las cinco, hablando los dos muy poco, solo frases sueltas con alguna noticia de la calle más o menos apañada por Mercedes para evitar recordar, en lo posible, lo que ninguno de los dos era capaz de olvidar ni un momento. Y también Paco, entre las cinco y las seis, entraba en el despacho y acompañaba a Cayo a fumar un par de pitillos, cuatro o seis entre los dos algunos días, de picadura, que Paco sabía liar tan pulcra y gentilmente. Gabriel María, durante esas dos semanas, llamó por teléfono diariamente a última hora. A veces hablaba con su hermano, a veces, según Mercedes veía al señor, o por indicación suya, Gabriel hablaba solo con Mercedes. A finales de enero, Gabriel María logró hacerse con un automóvil y organizó con Mercedes una visita a Ciriego. Irían cuatro: un chófer

de confianza, Gabriel, Cayo y Mercedes. Se trataba de visitar la fosa común. Mercedes se las apañó para comprar en la plaza de la Esperanza a una florista amiga un ramito de claveles rojos. Los únicos que había. Los cuatro rodearon la fosa. Y Mercedes, de rodillas, rezó un padrenuestro que contestaron Gabriel y el chófer. No se habló, en aquel momento, de exhumación ni de lápidas. Alguien había clavado una cruz de madera en la tierra removida, hecha con lo que parecían las astillas de un cajón de fruta. Los cuatro se quedaron en silencio una vez rezado el padrenuestro. Era un mediodía de enero, ventoso, de aguanieve intermitente. Se oía el bronco son de la marea alta rompiendo en los acantilados. Volvieron todos a casa. Una vez allí, Gabriel contó a su hermano que ese chófer, un hombre aproximadamente de la edad de los dos hermanos, había sido, en su día, miembro de la Guardia Real y que le conocía de entonces. Era él, Benito de nombre, quien había alquilado el coche a un miliciano con el pretexto de hacer un corto viaje a Torrelavega. Gabriel subió con Cayo y Mercedes al piso y, una vez allí, Mercedes ofreció su café con leche a los hermanos, que ambos agradecieron y tomaron en la cocina. Luego, Cayo y Gabriel se encerraron en el despacho. Hacía tiempo que no se veían. Y Gabriel pensó que su hermano había envejecido mucho en muy poco tiempo. Se movía con rigidez, con dificultad, sin hacer apenas comentario alguno o gesto alguno de iniciar una conversación. De todas maneras, Gabriel lo intentó:

–Me doy cuenta, Cayo, de que no hay nada que decir. No es que no tengamos los dos mucho que hablar. Ya lo hablaremos más adelante. Pero ahora mismo no hay nada que decir. Casi solo se trata de mantenerse en pie como sea. Lo único que se me ocurre es que, desde el punto de vista falangista de tu hijo, Álvaro está haciendo ahora guardia frente a los luceros. Y ahora no es una frase heroica que se canta. Es un acto de fe falangista que a Álvaro le gustaría que recordáramos.

–Así es. Sé que mi hijo querría ahora que dijéramos de él y de todos sus compañeros lo de «impasible el ademán, y están presentes en nuestro afán». Yo acabo de decirlo, por cierto. Y quisiera poder creerlo también, pero no puedo. Por eso esta muerte es absurda para mí. Es un sinsentido, un sindiós, nunca mejor dicho.

–Me voy ahora, Cayo. Te llamo mañana por la tarde, como todos los días.

–Hazlo así. Te agradezco mucho esas llamadas. Y también Mercedes las agradece.

A principios de marzo se produjo una visita inesperada en Gándara 6. Mercedes abrió la puerta y le hizo pasar al vestíbulo.

–Espere un momento que aviso al señor.

–¿Sabe usted quién soy? Usted es Mercedes, ¿verdad?

–Al verle con el brazo en cabestrillo y la muleta, imaginé que sería usted un compañero del señorito Álvaro en el barco.

–Así es. Me dieron ayer el alta en Valdecilla y me han dejado salir. Están las cosas muy revueltas fuera. He venido tan pronto he podido. No sé si me detendrán otra vez, aunque no lo creo. La República está perdiendo la guerra.

–Espere aquí un momento, por favor.

Mientras hablaban, Cayo había abierto silenciosamente la puerta del despacho y se había quedado ahí.

–Yo soy el padre de Álvaro. Y tú eres Wences, ¿verdad?

–Así es señor.

–De ti sé por las cartas de mi hijo. Te tenía gran admiración y cariño.

–Y yo a él –contestó Wences conmovido.

Y, temiendo que se le saltaran las lágrimas, añadió:

–Gracias a Álvaro pude aguantar los meses de prisión en el barco. Vengo a darle las gracias a usted.

–Vamos a entrar un momento en el despacho y charlamos.

Así lo hicieron. Una vez sentados los dos frente a frente en cada uno de los dos sillones de orejas, Cayo dijo:

–¿Crees tú que mi hijo Álvaro murió por Dios y por la Patria, como ahora dicen?

–Bueno, lo que yo creo realmente es que Álvaro murió como un mártir, es decir, como un testigo muy puro de la causa en que creía. Y la causa en que creía era Falange Española. Y eso, sí, puede resumirse en que murió por Dios y por la Patria. La verdad es que momentos antes del tiroteo, cuando ya oíamos los pasos de los milicianos encima de nosotros, nos abrazamos y Álvaro dijo: ¡Arriba España, Wences! Y yo le contesté lo mismo: ¡Arriba España! Y los dos nos volvimos a mirar el boquete de cubierta desde donde nos gritaban que nos alineáramos en el centro de la bodega. Nadie lo hizo. Todos nos pegamos contra las paredes. Entonces Álvaro dijo o yo le oí decir: ¡Viva Falange Española! Y ya no oímos más que los tiros y los gritos. Y Álvaro y yo caímos. Álvaro muerto y yo herido. Entonces creí que de muerte yo también, pero solo fueron heridas de metralla en la pierna y el brazo. Al final me subieron a cubierta y me alinearon con los otros heridos. Ahí fue la última vez que vi a su hijo, cuando subieron su cuerpo y lo apilaron junto a los otros muertos. A los demás nos llevaron de madrugada a Valdecilla. Nunca podré librarme de esa imagen de Álvaro muerto, apilado encima de los otros.

–Entonces me dices que Álvaro, hasta el final, se mantuvo firme. Eso de arriba España y de viva Falange. Me ha chocado en esas circunstancias.

–Álvaro se fue haciendo fuerte con eso en los meses de prisión. Se fortaleció a sí mismo con la idea de que la muerte era un acto de servicio como había dicho José Antonio Primo de Rivera. Estaba preparado para morir. Aunque ni él ni yo ni ninguno queríamos morir entonces. Álvaro y yo teníamos el plan de venir aquí a charlar con usted cuando saliéramos del barco. Y salimos. Pero Álvaro no salió vivo... No sé si he hecho bien en venir y recordarle todo esto, don Cayo.

–Has hecho bien en venir. Has hecho muy bien. Nadie más ha venido. No he hablado con casi nadie. Solo con los de casa y con mi

hermano. Hablar contigo, con la última persona que estuvo con Álvaro, me deja una imagen fuerte que no me consuela, pero me tranquiliza, una imagen victoriosa. Ahora sí que puedo responder yo a lo que preguntaba, según creo, el apóstol San Pablo: ¿Dónde está, muerte, tu victoria? La fortaleza de mi hijo fue una victoria, una pequeña victoria sobre la muerte. Por eso te agradezco que hayas venido a verme. Allí estaba la victoria...

La conversación entre Cayo Pombo y Wenceslao Rodríguez duró poco más. El Wences, antes de marcharse, pidió a Mercedes saludar un momento a Elena en el vestíbulo. Elena salió sin saber a qué.

–¿Tú eres Elena? Qué guapa eres, Elena. Solo quería decirte que Álvaro me habló de ti todos esos meses que estuvimos presos en el barco. Y quería yo que supieras eso. Que te quería.

Elena, entre lágrimas, solo pudo responder:

–Yo también a él. Alvarín se hacía querer y yo también le quería mucho.

Los siguientes meses de la guerra en Santander fueron un decaimiento drástico de la salud de Cayo Pombo, con su hijo siempre presente en el pensamiento, hasta su propia muerte a principios de diciembre de 1939.

La exhumación oficial y los funerales por los caídos del Alfonso Pérez se hicieron en agosto de 1937, después de la ocupación del bando nacional de Santander. Cayo Pombo Ybarra no asistió, pero sí asistieron Mercedes, Paco y Elena. Fue un solemne funeral falangista.

EPÍLOGO

Deseo subrayar aquí que Santander 1936, que es una novela, que es ficción, a la vez contiene un gran número de elementos y personajes reales que forman parte de la guerra civil en Santander, como mi propio tío Álvaro Pombo Caller o mi abuelo Cayo. No hubiera sido posible escribir esta novela sin la ingente colaboración de Mario Crespo López: unos cuatrocientos folios que proceden de la hemeroteca de El Diario Montañés y demás material histórico. La generosa ayuda de Mario Crespo ha sido, pues, indispensable. Sin el realismo documental de un historiador como Mario, esta novela se habría quedado en nada.

Edición en formato digital: enero de 2023

© imagen de cubierta, buque mercante Alfonso Pérez. Fotomontaje: Eva Mutter

© Álvaro Pombo. Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria, 2023

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1815-4

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es